This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

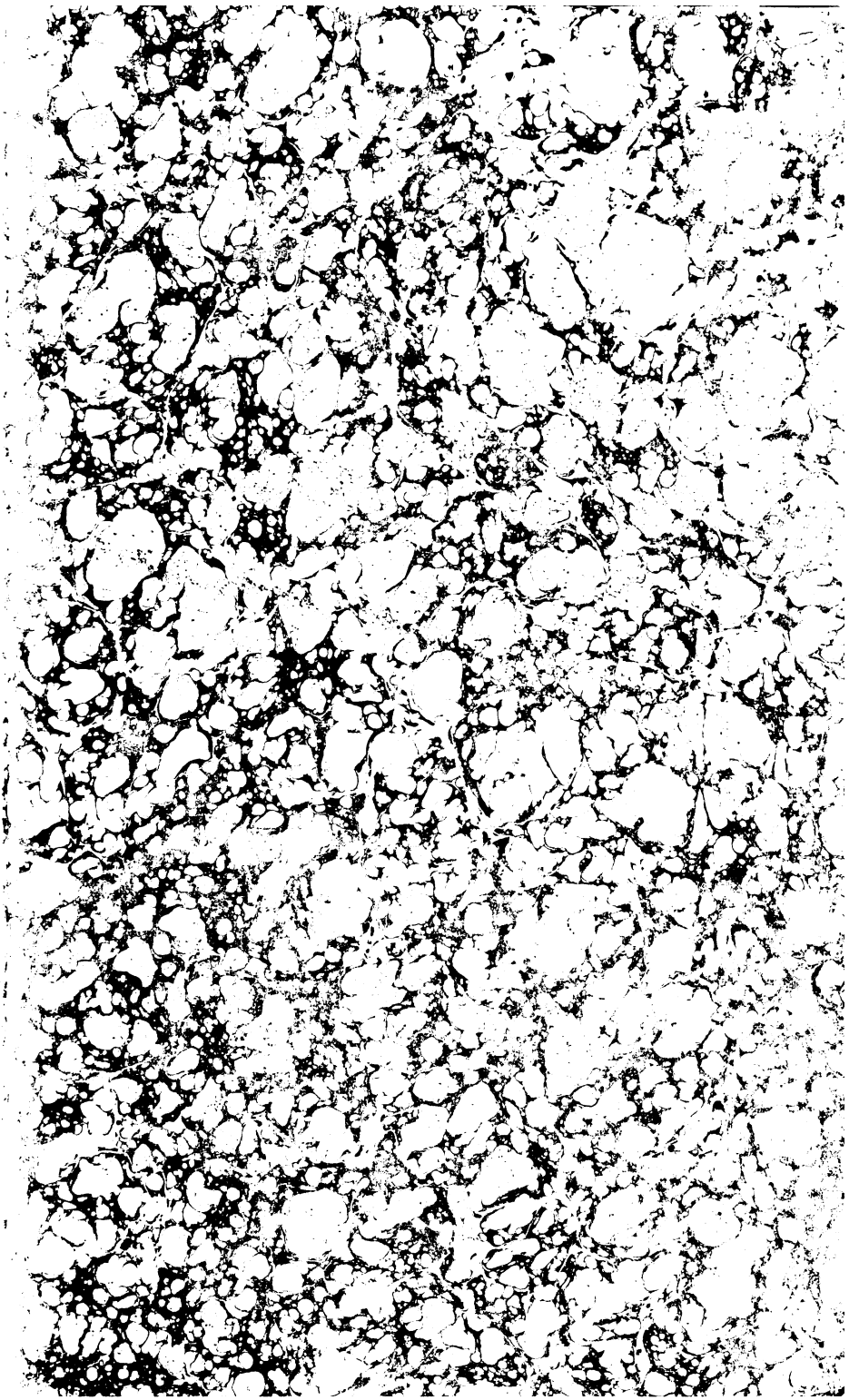
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA



R.C.

MIS

P = MA. 1941

326 p.p. 1h.

U 2.527

= S.C. =

917
e-3

LA CUESTION DE ORIENTE.

LA

CUESTION DE ORIENTE

POR

EMILIO CASTELAR.

443

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

MDCCCLXXVI

Es propiedad.

MADRID. — Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

D463
C3

LA BOSNIA Y LA HERZEGOVINA.

Justo es comenzar los estudios del problema oriental por el capitalísimo asunto de la Herzegovina, que ha hecho bajar las Bolsas de Europa y subir las amenazas de guerra. Si Dios ha dejado la verdad entregada á las disputas de los hombres, y la tierra entregada á sus batallas y competencias guerreras; si hemos de combatir siempre en cumplimiento de incontrastables leyes, el gérmen principal de enemistades y de odios se encuentra hoy en esa eterna cuestion de Oriente, difícil para la diplomacia y para la política, é intrincada y confusa para nuestra inteligencia. Una religion que se muere, una raza que se consume, un imperio que se extingue en prematura vejez; gran porcion de pueblos jóvenes, pero inhábiles en gobernarse á sí mismos, que pugnan por la libertad; razas diversas que se creen con derecho á formar el núcleo de venideras confederaciones; emperadores fortísimos que se adelantan á reclamar con el filo de su espada la parte del primogénito feudal en pingüe herencia y la parte del leon invencible en cuantiosísimo

despojo; naciones de Occidente que tiemblan al ver la extension alcanzada por sus enemigos históricos; tribus ayer opresas que hoyo primen, despues de emancipadas, á tribus no ménos indóciles; ensueños y apocalípsis históricos, catástrofes geográficas, conquistas y guerras lo mismo por los mares que por los continentes, lo mismo por el Nuevo que por el Viejo Mundo, todo esto late en los problemas orientales y surge así que el Sultan mueve su lecho de agonía sobre las orillas del Bósforo y las regiones al Sultan sometidas suenan sus cadenas abrumadoras en los oidos de la atribulada Europa.

Un hecho aparece como indudable en todo este laberinto de hechos, la muerte irremisible del Imperio turco. Venido á castigar la indolencia, el despotismo, la consuncion, la inmoralidad teológica, la podredumbre moral, la imbecilidad y la impotencia de los emperadores bizantinos, cayó en sus mismos vicios; y hoy se extiende, como un Imperio asiático, incompatible de todo en todo con la civilizacion y con la cultura europeas, á las puertas de nuestro continente, en las regiones dichosas donde la humanidad pondrá, cuando lleguen los dias de su regeneracion, la capital de la tierra. Todas las razas que no admiten la libertad de pensar y no renuevan por tanto su inteligencia; que no admiten la responsabilidad moral y no reivindican su autonomía y su derecho; que no admiten el progreso y no cambian sus instituciones históricas; entregadas á la voluntad omnipotente de un Emperador y al oráculo infalible de una teocracia, se consumen, cual se han consumido esos imperios hieráticos de Oriente, colosales como sus esfin-

ges y como sus esfinges mudos y frios, enterrados en las arenas del desierto.

La existencia de Turquía en Europa se explica por un pensamiento arraigadísimo en la poderosa Inglaterra, por el pensamiento de la trabazon que existe entre sus propios dominios del Asia y los dominios del Sultan. A este principio de la política británica se une otro principio de política general basado en la necesidad de que Imperio tan grande como el Imperio ruso no ocupe punto de tanto valor estratégico y geográfico como el Bósforo de Tracia. Pero contra estos dos principios se ha ido lentamente verificando la descomposicion de los turcos. Desde el dia en que los españoles y los genoveses y los venecianos detuvieron la media luna en sus excursiones conquistadoras por el Mediterráneo; y los polacos, los húngaros, las sirvas la detuvieron en sus excursiones por los turcos, raza conquistadora que si no pelea decae y se corrompe, adquirieron el terrible mal á cuyos embates hoy se postran y entraron definitivamente en su rápida decadencia.

Los mismos que más pugnan ahora por la conservacion de Turquía han contribuido á precipitar su ruina despojándola, en parte por amor á la libertad y en parte por amor á la ciencia y á la historia, del más preciado entre todos sus dominios, de la hermosísima Grecia. Desde entónces, desde aquel dia, no perdió tanto el Imperio turco por la tierra materialmente arrancada á su cetro, como por la ruina del dominio moral ejercido sobre las diversas razas tributarias, contagiadas todas de las mismas ideas, advertidas todas por el reciente ejem-

plo y ardiendo en el deseo natural de recabar su independencia. Católicos, griegos y áun judíos, dominados de igual horror al Koran; eslavos, bizantinos, romanos, croatas, dominados de igual enemiga á Turquía, se reunieron en esta empresa con tanto ímpetu y hablaron de sus dolores con tanta elocuencia, que poco á poco, desprendidos del inmenso Imperio, sólo conservaron con él nominales lazos, cada dia más aflojados por una interpretacion de las convenciones diplomáticas amplísima y favorable á su definitiva independencia. Los unos, como los rumanos, se decian descendientes del Lacio, trasportados desde las orillas del Tíber á las orillas del Danubio por la victoriosa espada de Trajano, legion opuesta de antiguo á los bárbaros; y reclamaban en virtud de su comunidad de orígen y de sangre con las naciones más privilegiad y la il. globo y más distinguidas de la historia, su parte sus mismos ire en la moderna civilizacion europea. Los otros, como los servios, se decian eslavos, y recordando los timbres de esta raza y el peso con que una de sus naciones, Rusia, abruma al planeta, reclamaban vida independiente en consonancia con su poder y con su grandeza. Lo cierto es que poco á poco se fueron formando las extrañas nacionalidades conocidas con el nombre de Principados Danubianos, todas igualmente consagradas á minar el Imperio turco, promoviéndole en las provincias todavía á su autoridad sujetas conflictos y perturbaciones sin cuento con cuyo en calor se encienden los relámpagos de guerra universal todos los horizontes de Europa.

La Bosnia, sita en el ángulo Nordeste de Turquía, es

una de las regiones más trabajadas por la interior aspiracion á la libertad y por las maniobras de las antiguas tribus hoy manumitidas de su pasada servidumbre. La Herzegovina, asunto de tantas notas, objeto de tantos escritos, gérmen de tantas amenazas, pertenece á las provincias meridionales de la Bosnia. Toda esta region es montañosa, y por lo mismo propia para la libertad, que encuentra su templo principal en las montañas, cuyas cimas elevan el alma á lo infinito y cuyos desfiladeros defienden hogares y nacionalidades contra las extrañas invasiones. Aristas formidables de vastas cordilleras separan Bosnia y Dalmacia, como valles crateriformes separan Servia y Bosnia. Casi todos los montes de Bosnia, como ha observado un ilustre geógrafo, se elevan á medida que avanzan hácia el Mediodía, tanto que algunas de sus cumbres más altas sirven de señal á los marineros en sus navegaciones por el pintoresco Adriático. Y esta region montañosa, surcada por valles profundos, apénas tiene caminos, á causa de la perezosa administracion turca, lo cual aumenta su natural defensa é imposibilita y dificulta el ataque de sus enemigos. Hasta la historia parece consagrar esta region inexpugnable con sus recuerdos y la poesía con sus cánticos. El romancero servio, compuesto y recitado por todo un pueblo, como nuestra epopeya de la Edad Media, traza con colores de sangre la descripcion del sitio de Kossovo, tierra de catástrofes, donde en el siglo décimocuarto murieron cien mil eslavos al filo de las espadas turcas y donde se consumará el desquite demandado por los restos de los mártires y estallará en el dia de las venganzas la terrible

tempestad que ha de borrar la media luna de los cielos de Europa. La geología misma da á estas regiones batallador aspecto. Su tierra es movible é incierta como su destino. Los valles se cierran de pronto. Los rios desaparecen y se ocultan. En este punto surge un lago y en otro se evapora. Los torrentes desgarran su seno saliendo de madre con la rapidez de las tormentas. La Bosnia, propiamente dicha, conserva sus antiguos umbrosos bosques; pero la Herzegovina ha sido talada, lo cual aumenta su desolacion y hasta cierto punto su majestuosa grandeza. Las pieles de oso forman uno de los ramos principales del comercio. Y los turcos llaman á la baja Bosnia tierra de cochinos, por los muchos cerdos que vagan en sus prados y los muchos jabalíes que corren por sus selvas. La naturaleza, pues, ha hecho á estos pueblos, llamados en la antiguedad ilirios, ha hecho á estos pueblos muy aptos para la libertad por sus montañas, y muy aptos para la guerra por sus contínuas cacerías. Son naturalmente pueblos libres y pueblos heroicos.

Extraña á primera vista que hayan por tanto tiempo conservado el yugo mahometano cuando regiones ménos fuertes por la naturaleza y más cercanas á Constantinopla, lo han sacudido, fundando gobiernos independientes. Los recuerdos históricos, la inspiracion poética, el clima y la naturaleza, las fortificaciones formadas por los desfiladeros inexpugnables, debian haber dado ántes que á ningun otro pueblo su autonomía á Bosnia. Pero hay en su historia multitud de concausas que explican la perennidad de su servidumbre y que recuerdan algunos episodios de la dominacion sarracena en nuestra Es-

paña. Maravilla tambien á primera vista que el pueblo español, cuyas fuerzas parecieron indestructibles y cuyos recursos inagotables en el combate con los cartagineses y con los romanos, se sometiera tan fácilmente á los árabes despues de Guadalete. Y no se explica la victoria de nuestros enemigos, y la postracion nacional en aquellos momentos, sino por la rivalidad de la raza visigoda con la raza hispano-romana, la cual prefirió el reciente yugo sarraceno al antiguo yugo de los bárbaros. Pues lo mismo ha sucedido en la Bosnia y en la Herzegovina. No hay allí entre los cristianos razas enemigas, porque todos son eslavos. Pero hay dos religiones enemigas, dos Iglesias irreconciliables, la religion y la Iglesia de los griegos, la religion y la Iglesia de los católicos. Ambas admiten los principios esenciales del Cristianismo, diferenciándose realmente en puntos de rito y de disciplina y de cánones y de organizacion como las inmersiones en el bautismo y el reconocimiento de la autoridad superior religiosa en Roma y sus obispos. Y por estas cuestiones se han odiado de muerte, se han combatido de contínuo, se han ensangrentado y oprimido mutuamente, prefiriendo cada cual con torpeza al predominio de una de las sectas contrarias el dominio absoluto de los infieles. Y hay más, los mahometanos de Bosnia no son realmente turcos de raza; son eslavos y cristianos renegados. Parécense muchísimo á los innumerables renegados españoles que tanta importancia tuvieron en el califato. Para conocer bien esto hay que estudiarlo en la historia de nuestros muzárabes, en los cronicones de Eulogio y Alvaro de Cór-

doba, donde se revelan su apostasía y su traicion. La pintoresca villa de Ronda vió á uno de los renegados constituir gobierno tan poderoso que llegó á tener en los tiempos de la pujanza árabe relaciones con los primeros imperios del mundo. Pues en el siglo XV los señores feudales de Bosnia, prefiriendo sus castillos á sus conciencias. Para continuar en el goce de sus detestables privilegios y en la tiranía sobre los opresos siervos; y se convirtieron al mahometismo. Y estos conversos forman todavía el núcleo de los gobiernos que el pobre eslavo quiere destruir á toda costa, ménos celoso de su religion y de sus querellas de secta que en otro tiempo y más celoso por tanto de su libertad y de su patria.

En Bosnia hay cerca de quinientos mil cristianos y trescientos mil musulmanes; en Herzegovina cerca de trescientos mil cristianos y setenta mil musulmanes; en Rascia cien mil cristianos y veintitres mil musulmanes; desproporcion que muestra lo duro del yugo turco y lo profundo de las divisiones eslavas, cuando una minoría orgullosa oprime así á una mayoría fuerte de suyo y acostumbrada de antiguo á las batallas y á la guerra. El ilustre geógrafo Reclus describe magistralmente las condiciones del pueblo eslavo; la ruda franqueza de su carácter, la hospitalidad patriarcal de sus costumbres, el valor heroico en los combates, la devocion religiosa á la familia, el culto ferviente á la amistad, las vocaciones poéticas de su alma y la sobriedad espartana de su vida, no obstante haberlo endurecido y haberle prestado un fondo de barbarie el descuido de la Administracion, dejándolos sin comunicaciones como sin escuelas y el influ-

jo de la tiranía oprimiéndolos con toda suerte de servidumbres. El suelo está dividido en vínculos musulmanes, pertenecientes en su mayor parte á la raza conquistadora cuya riqueza no tiene la proporcion debida con su número. Estos vínculos no pasan, como nuestros mayorazgos, al primogénito, sino á toda la familia que elige su jefe por votacion. Los campesinos cristianos sobrellevan la mayor parte del trabajo y de las cargas al par que obtienen la menor parte en los beneficios. Tan dura legislacion los arroja de la agricultura al comercio y les da alguna superioridad social por el influjo civilizador propio de la actividad y de la inteligencia en el tráfico. Comparten este ministerio con los cristianos los judíos, en su mayor parte españoles, aunque de nuestro suelo, que tanto ilustráran, lanzados por la criminal intolerancia, y conservando todavía la purísima habla castellana del siglo XV y el recuerdo de la ingrata patria á cuya memoria profesan entrañable amor y de cuyas pasadas grandezas y eterna hermosura hablan con profundo enternecimiento. Y esto nos lleva como de la mano á mencionar una de las causas principales á que se debe la duracion del Imperio turco en Europa. Inmóviles en sus instituciones, apegados á su teocracia, sometidos á un despotismo secular, adorando esa ciega fatalidad que los inhabilita para todas las libertades, han profesado los musulmanes una tolerancia relativa con las diversas sectas cristianas en épocas de universal intolerancia. Si el sepulcro de Cristo estuviera en poder de los cristianos, ese sepulcro en cuya imposible conquista consumimos inútilmente tres siglos, la secta poseedora alimentára á la puerta las

hogueras de su respectiva inquisicion, y prohibiera la entrada á los disidentes con los vetos y las excomuniones de su respectiva teocracia. El griego lo hubiera cerrado al católico, y el católico al protestante. La tolerancia turca deja que cada comunion tenga allí su altar y consigue que la tumba del Salvador sea de esta suerte la única Iglesia verdaderamente universal y ecuménica que hay en la tierra. Si la Meca hubiera estado en nuestras manos como Jerusalen está en manos de los turcos, sería de ella lo que es hoy de la Aljama de Córdoba, un monumento que enseña el gusto artístico oriental y la incurable intolerancia española.

Pero la tolerancia religiosa es un proceder de alta política internacional que no puede muchas veces el Sultan imbuir á sus dependientes, á sus autoridades inferiores, á sus visires arbitrarios y despóticos. Cuando gobernador de mal talante cae sobre pueblos desdichados, la opresion es indecible por lo brutal y por lo caprichosa. Y no hay manera alguna de dulcificarla, puesto que entre la autoridad suprema y sus agentes se interponen siempre partidos cuyos privilegios y cuyos intereses conspiran por la perpetuidad del despotismo. En Bosnia y en Herzegovina los visires han extremado la crueldad, y las aristocracias mahometanas, compuestas, como hemos dicho, de renegados, han ejercido todas las tiranías del feudalismo. Algunas veces, á los clamores del pueblo opreso, á la intervencion de los gobiernos compadecidos, al grito unánime de la prensa europea escandalizada, el Sultan responde poniendo empeño en las reformas y decretándolas; pero sin conseguir más resultado que la re-

sistencia violentísima de sus vasallos feudatarios y la guerra civil de los mismos mahometanos, insuperable obstáculo á todo progreso y nueva causa de debilidad y de ruina. En 1851 los mahometanos se levantaron contra el Sultan y contra sus disposiciones benignas. El mal mayor que engendra necesariamente la educacion teócrática es el fanatismo, y el mal mayor que engendra el fanatismo es la guerra civil. Todos los pueblos sometidos por una educacion fantástica á una disciplina intolerante se lanzan á la guerra civil con frecuencia desde los muslimes de los Alpes ilirios hasta los vascones de los Pirineos ibéricos. La tolerancia constitutiva del Imperio turco no ha llegado á los nobles renegados de Bosnia, más mahometanos que el profeta Mahoma y más sultánicos que el Sultan de Constantinopla. Así en su ceguera, en su ódio, en su empedernida crueldad, han llevado los señores turcos á tal extremo la violencia, que no podrá continuar sin graves perturbaciones interiores el Imperio turco, perturbaciones en cuyo seno truena una guerra universal. Es preciso, es indispensable, sin embargo, que la cuestion de la Herzegovina se resuelva pronto como se resuelven por lo general todas las cuestiones en Europa, á favor de los oprimidos y en contra de los opresores: que para los problemas políticos como para los problemas económicos no hay solucion posible sino en la libertad, por la libertad y con la libertad.

Sin embargo, todo esto tiene una sombra, y muy espesa y muy amenazadora; tiene la sombra de que puede ocultarse en tantos manejos y en tantas maniobras una aspiracion del Imperio ruso á recoger Constantinopla

en nombre del elemento y del principio panslavista. ¿Qué obstáculos encuentran las soluciones políticas en Oriente? El primero y más grave es el cáos de razas discordes allí latente; la lucha de ideales opuestos, allí viva; la codicia de ambiciones desapoderadas y terribles, allí cada dia más exacerbada y pujante. Austria, que ha perdido el Milanesado y el Véneto en Italia, y que por Dalmacia se avecina á Bosnia, quisiera dilatar en esta region su Imperio, proyecto contrario á las pretensiones de Rusia, siempre pendiente de la herencia guardada para ella á las orillas del Bósforo. Luégo, á la cabeza del Imperio austriaco se encuentra hoy la familia húngara y la familia húngara prefiere los turcos á los eslavos. La causa de esta preferencia se explica fácilmente, no sólo á causa del parentesco de raza ideado entre los mongolès de Pesth y los turcos de Constantinopla por algunos escritores germánicos, sino á causa tambien del horror á Rusia y al predominio ruso en gran parte aumentado últimamente por la tendencia de este Imperio á dirigir todas las razas eslavas. Y para odiar á estas razas tienen dos razones capitalísimas los húngaros: primera, el recuerdo de su destruccion el año cuarenta y nueve consumada por las fuerzas de Rusia; y segunda, las inquietudes que sus propios eslavos interiores, los asentados en la nacionalidad húngara, les inspiran. Estas tribus no se avienen al predominio magyar, y acarician como un ideal político el panslavismo, creyendo que merced al panslavismo podrán un dia dominar á sus dominadores. Y con sólo leer la proclama de los insurrectos de la Bosnia meridional, publicada en todos los periódicos, échase de ver cómo

se anima la idea panslavista en la reciente insurreccion, y cómo se manifiesta por las reconvenciones dirigidas á Rusia, ingrata hasta el extremo de abandonar pueblos consanguíneos suyos, acreedores al amparo de su poder y de su fuerza.

En el verano de 1875 encontré yo por las playas normandas una familia húngara, con la cual departí largamente sobre la política, la literatura, la estadística, las artes de Hungría con el interes vivísimo que me inspira todo cuanto atañe al progreso de la humanidad y á los grandes problemas humanos. Se enojan mucho mis compatriotas, decíame uno, cuando les habla de su parentesco estrecho con los turcos y de su orígen mongólico el pedantismo aleman. No parece sino que sean los turcos algunos hotentotes. Han dominado gran parte de la tierra, y en el siglo décimosexto han compartido con España el poder político sobre todas las razas. Nuestros reyes y nuestros héroes combatieron fuertemente con ellos; salvaron de su cimitarra en más de una ocasion apuradísima á Europa; y nadie se lo agradece. Todo el mundo habla del glorioso Sobiesky polaco, y todo el mundo ignora el nombre de los gloriosimos Sobieskys húngaros. Nosotros hemos hecho mal en contribuir á la decadencia de Turquía, porque en política el sentimentalismo no conduce á ninguna parte, y la disminucion de Turquía sólo ha traido por principal resultado el engrandecimiento de Rusia. Y esta magna potencia aspira á una de aquellas confederaciones bárbaras que los Teodoricos, los Gensericos, los Alaricos formaron en otro tiempo para desplomarse como un témpano de hielo so-

bre el volcan de Occidente. Todos hemos visto un congreso de los eslavos verificado en Moscou, congreso ridículo, donde estos hermanos en espíritu, sangre é historia tenian que hablar frances para entenderse entre sí, y elevar en sus oraciones al cielo votos y en las comidas á los postres, brindis por su panslavismo fantástico, valiéndose de una maldecida lengua neo-latina. Reconstituir la raza eslava es el sueño de los sueños. Hay eslavos oprimidos por Prusia, eslavos oprimidos por Austria, eslavos oprimidos por Hungría, eslavos oprimidos por Grecia, eslavos oprimidos por Constantinopla, eslavos oprimidos por otros eslavos. Cuando el Czar se dirige al Sultan hablándole á favor de los eslavos meridionales é insinuándole la necesidad de emanciparlos, á encontrarme yo en el pellejo del gran Turco, le diria: «Ahora mismo emancipo á estos pobres montañeses, más griegos y más italianos que rusos, á título de eslavos, con la condicion de que V. M. comience por emancipar á otros eslavos más gloriosos, más civilizados, más genuinos, más ilustres, á los pobres polacos, raza entregada á la matanza y al escarnio, que ha venido á ser por sus desgracias y por sus emigraciones, proscrita y errante, el disperso Israel de nuestro siglo.

Dejando á un lado estas opiniones y esta conversacion, reveladoras del sentir de una de las partes más interesadas en el conflicto, no cabe duda que la cuestion de Oriente se hubiera resuelto mil veces á tener una solucion aceptable. Sobre las ruinas del Imperio turco sólo podria erigirse una confederacion greco-eslava, capaz de gobernarse á sí misma con prudencia y de sus-

traerse al predominio moscovita con habilidad. Pero los celos de religion, los hábitos contraidos en larga servidumbre, las rivalidades interiores de todas estas tribus, la indisciplina y la anarquía sembradas lo mismo por sus guerras civiles que por sus guerras de independencia; el carácter primitivo y semi-bárbaro dado á muchas de sus regiones por la atrasada administracion; el aislamiento á que las reduce su falta de caminos y de escuelas con su sobra de pasiones; la larga ausencia de los derechos más primordiales, necesarios por lo que elevan y por lo que educan; todas estas desgracias históricas juntas hacen dificilísima en la práctica la solucion, á todas luces aceptable en teoría, para regular ese pavoroso testamento del Imperio turco. La clásica y latina Rumania ha presenciado hace pocos años el destronamiento de un príncipe y la exaltacion de otro venido de las regiones germánicas, el cual á cada paso y á cada instante lucha con mil dificultades nacionales é internacionales. La eslava Servia, con ser la privilegiadísima entre todas estas regiones y la mejor gobernada de todas estas monarquías, ha visto hace pocos años tambien su príncipe apuñalado; y un colegial de las pensiones de París exaltado al trono, donde castigó con bárbara crueldad, digna de la Edad Media, los conjurados, sin impedir nuevas conjuraciones que hoy renacen demandando al Gobierno parte activa en la guerra de Bosnia y auxilio á la insurreccion de Herzegovina, é interponiéndose en su accion como para quitarle toda autoridad. Grecia lanzó su dinastía de Baviera, y fué más hácia el Norte en busca de otra dinastía extraña, cuyo trono vacila al

menor viento y cuyo reinado es como una prolongada agonía. A pesar de haber recibido el riquísimo presente de las islas Jónicas y haber agrandado su poder, Grecia no muestra en el ensayo de su régimen constitucional aquella mezcla de mesura y de atrevimiento, aquel sentido práctico que no excluye un racional idealismo, aquel apego á la libertad y á la autoridad verdaderamente inseparables, aquel elevado patriotismo, aquellas cualidades necesarias para salvarse de las dos mayores calamidades que pueden caer sobre los pueblos, de los pronunciamientos y de los golpes de Estado, que los reducen á eterna minoridad y los entregan de los brazos de una anarquía infecunda á los brazos de una reaccion vergonzosa. Y como la política es la viva realidad, precisa no olvidar que en Oriente habrá treguas, pero no soluciones. Y la única tregua por ahora posible está en la ereccion de nuevo Estado en Bosnia, autónomo en realidad, y en el nombre tributario á la Sublime Puerta. Puede ser que este medio término señale el punto de una nueva serie de graduales emancipaciones, á cuyo fin se encuentre la confederacion greco-eslava, indispensable para dar al Bósforo toda la grandeza que merece en la tierra y todo el antiguo esplendor que ha tenido en la Historia.

No hay que desconocerlo ni que ocultarlo inútilmente; la fuerza excesiva de Rusia en Europa es peligro inmediato y gravísimo. Este Imperio se cree grandiosa confederacion armada, que un general ceñido de doble corona, Emperador y Pontífice á un mismo tiempo, dirige, como una reserva de la Providencia, para castigar los vicios y renovar la sangre del decaido Occidente. Y

la grandeza de Rusia proviene en su mayor parte de los despojos de Turquía. Por el tratado de Radzin, á fines del siglo XVII, se apoderó de Ukrania, primer despojo turco, y desde entónces no ha cesado un punto en su obra de allegar nuevos territorios en Europa y en Asia. Suecia, que pudo un dia contrastarla, cayó á sus piés rendida, y el tratado de Nystadt consagró á principios del siglo XVIII la definitiva prepotencia rusa en el Norte. Apénas habian trascurrido treinta años de este último tratado, cuando Rusia podia llamarse señora del golfo de Finlandia en los mares del hielo y de las nieblas, como señora de Crimea en los mares de la luz y del arte. Casi á un mismo tiempo estuvieron á su arbitrio y aumentaron su colosal grandeza desde 1772 á 1774 Turquía por sus derrotas y Polonia por sus desgracias. Diez y seis ó diez y siete años más tarde tomó en una nueva guerra con la Puerta todo el territorio que se extiende desde el Dnieper al Dniester, á lo largo del mar Negro, territorio á primera vista despoblado y estéril, pero luégo fecundísimo por la fundacion de Odessa y otras poblaciones importantes. Y á los tres años de este nuevo crecimiento sucedió la última desgracia de Polonia y su terrible desmembracion. Así cuando pasára de esta vida Catalina II, en 1796, Rusia medía cinco millones trescientas sesenta mil millas cuadradas. No es mucho, pues, que al despuntar nuestro siglo, los rusos vencieran al pueblo más poderoso entónces de Occidente, al pueblo frances, por mar en las islas Jónicas, por tierra en Novi. Si esta brillante estrella moscovita se eclipsó por breves momentos, primero en

Zurich y luégo en Friedland, hasta sus derrotas le reportaron engrandecimiento, pues en el año primero de nuestra centuria adquiria la Georgia, y en el año siete, estipulado el convenio de Tilsitt, se aumentaba con el territorio de Bialystock y una parte de la Prusia oriental. Y para que nada le faltára, mantenia de 1808 á 1811 sus dos guerras tradicionales, la guerra con Suecia en el Norte, la guerra con Turquía en el Sur; y arrebataba toda la Finlandia hasta el rio Tornex, inclusa la isla Aland, á los suecos, y á los turcos Besarabia y la parte oriental de Moldavia, ensanchándose hácia el Pruth y el Danubio. Y si en la amistad con Napoleon adquirió territorios, en la guerra última con Napoleon los adquirió tambien, quedándose con el Ducado de Varsovia despues de demostrar cuán difícil era vencerla en sus madrigueras, defendida por los furores de su clima que podia ocasionar catástrofes como el paso del Beresina y por los furores de sus generales que podian en una noche incendiar ciudades como la sagrada ciudad de Moscou. En 1828 y 1829, recogió nuevos fragmentos de Turquía, y dos provincias de Persia, sin perder jamas de vista su cruzada eterna, que parece fabulosa, no sólo en lo audaz, sino en lo tenacísima, por la cual penetra en el corazon de la gran Tartaria, amenaza á China, y se encuentra frente á frente de las posesiones británicas en la India.

Y una nacion así tiene un ideal que acarician unánimemente todos sus hijos. Rusia está dividida en dos partidos fortísimos, á saber: en partido puramente ruso tradicional, reaccionario, y en partido avanzado, innovador, comunista. El uno, á cuya cabeza se encuentra

Katkof, quiere el absolutismo moscovita y la ortodoxia griega; el otro, á cuya cabeza se encontró Herzen ayer y hoy Bakounine, profesa el ateismo materialista en ciencia y quiere la anarquía internacional en política. Pero ambos á dos pugnan por el predominio de la raza eslava en la tierra. El uno os dirá: nuestra historia es la historia de nuestras ciudades; Kief es la ciudad que nos bautizó con sus monjes bizantinos; Moscou es la ciudad que nos unificó con sus czares rusos; Petersburgo es la ciudad que nos administró con su burocracia germánica; Constantinopla es la última ciudad que nos falta, la ciudad donde Rusia llegará á ser más que Europa, donde Rusia será la humanidad. Para llegar á Constantinopla hay que fortificarse en la tradicion puramente rusa; desceñirse de los lazos germánicos que nos han atado al escepticismo protestante y á la confusa filosofía hegeliana; condenar esa literatura impregnada de la desesperacion byroncesca en que nos han iniciado Pouchkine y Lermentof; maldecir de esa crítica inspirada en la idolatría occidental que han acreditado Belinsky con Herzen; levantarse más allá de Pedro el Grande y Catalina II y sus legiones de extranjeros; desconfiar de San Petersburgo, que á título de instruirnos á la alemana, ha sustituido el pedantismo á nuestra natural vitalidad y la burocracia á nuestras patriarcales costumbres; retroceder á los tiempos de Ivan el Terrible para fortalecernos en la ortodoxia griega y en la verdadera autoridad moscovita, llevando al corrompido Occidente sangre nueva purificada por la sávia de la estepa y fe vírgen recogida en el verdadero cristianismo.

Y los comunistas os dirán. Se necesita destruir la propiedad, desarraigar el gobierno, disolver el capital, desmontar esa máquina del Estado que todo lo complica, poniendo tanto los bienes como las fuerzas en comun; y para esto no hay raza como la raza eslava, in lividualista hasta llegar á la anarquía y social hasta llegar al comunismo; que no quiere la propiedad hereditaria sino en comun, y prescinde fácilmente de esa sirte de autoridades políticas en que todo se pierde; raza municipal por excelencia, dada á la vida socialista por necesidad, en quien los bienes colectivos se elevan á la categoría de instituciones fundamentales y que podrá traer á las venas de los pueblos viejos sangre nueva y á la tierra de Occidente desolada por las divisiones y subdivisiones de sus campos la tribu patriarcal llamada á resolver todos los antagonismos y á fundar la perdurable igualdad hermanada con la justicia.

Un pueblo que reune á fuerzas inmensas ideales fantásticos, puede someterse á predestinado Emperador, y seguirle á todos los campos de batalla creyendo por la propaganda imperial ó por la propaganda comunista llegar al cumplimiento de una especie de mesianismo, ó autoritario ó revolucionario, muy provechoso para él, y muy terrible para las razas que deseen conservar su autonomía y su independencia. No lo olvideis; Turquía ha servido á Rusia siempre para crecer en territorio y para amenazar á Occidente. Recordemos, pues, razas occidentales, cuánto valen nuestra civilizacion y nuestra libertad; cuánto importan al mundo la integridad de nuestros territorios y la conservacion de nuestra independencia.

EL PUEBLO SERVIO Y SU INDEPENDENCIA.

Esta numerosísima raza eslava tiene pueblos llamados eslavos del Norte y pueblos llamados eslavos del Mediodía. Los últimos ocupan parte de la Istria, y parte de la Dalmacia, y parte de la Albania, la Croacia, la Eslavonia, la Bosnia, sobre todo en sus fronteras militares, y la Herzegovina y los dos principados de Montenegro y de Sérvia. Encerrados en la genealogía eslava primero por la erudicion, despues por la poesía; sus intereses se han convertido en intereses de todos los pueblos que se creen sus hermanos de orígen y de sangre, y que se sienten llamados á unos mismos destinos en las confederaciones que hoy traza la idea y que mañana registrará, segun ellos, la Historia. Por esta causa el levantamiento de las tribus de Herzegovina ha conmovido profundamente á todos los eslavos. En su entusiasmo quisieran que la guerra de ignoradas tribus, perdidas en desfiladeros casi desconocidos del mundo, despertára el interes vivísimo despertado por Grecia en la hora de su independencia, cuando se acordaban todos los pueblos

de que algun elemento de aquella su vida heroica tenian en las venas, algun reflejo de aquellas sus luminosas artes en la fantasía y algun calor de aquellas sus espléndidas ideas en la mente. Por regla general todos creen aquí en Europa que la actual organizacion del Imperio turco no puede durar por más tiempo y todos temen las competencias que habrán de suscitarse á su completa caida. Así el entusiasmo por los insurrectos se contrasta con el temor universal á sus patronos, los verdaderos testamentarios de ese eterno enfermo que agoniza en las orillas del Bósforo. Solamente lord Russell, caido en verdaderas extravagancias, y desmintiendo un principio antiguo de política inglesa, confunde la insurreccion griega, que tanto le apasionára en sus mocedades, con esta insurreccion eslava en cuyo seno laten muchas cóleras de las poblaciones cristianas, pero tambien muchas maniobras de la política rusa. El mismo Garibaldi, cuyo temperamento es el heroismo, cuya mente arde al fuego de la libertad, soldado de toda cruzada democrática, á pesar de su prestigio personal y del influjo que ejerce sobre todos los corazones, ha llamado en socorro de los opresos á los libres por medio de proclamas, donde el ardor guerrero compite con el tono profético; y no ha podido encontrar la resonancia de otros tiempos en que la causa de cualquiera tribu esclavizada se confundia con la causa de la libertad propia por todos cuantos aman el principio sacratísimo de la emancipacion universal. Y no es ciertamente porque el despotismo turco tenga valedores en Europa, ni enemigos el impulso generosísimo de un pueblo encadenado hácia la conquista

de su libertad; las ideas del derecho se han extendido y se han arraigado en términos que nuestros corazones laten unísonos, así por el montañes de los desfiladeros de la Bosnia como por el negro de los bosques de la Florida, por todos cuantos sufren ó han sufrido opresion bárbara en el mundo. Desgraciadamente en la insurreccion de la Herzegovina pasa un fenómeno bien extraño; se descubre una intriga de la diplomacia ántes que un movimiento hácia la libertad. Los alemanes y los rusos, más enemigos en el fondo de sus almas cuanto más amigos aparecen en la cortesía de sus palabras, se arrojan á hurtadillas la responsabilidad de este movimiento. Los alemanes dicen casi en secreto que es una maniobra de Rusia para suscitar la cuestion de Oriente en su provecho; los rusos murmuran que es una venganza de Alemania para desquitarse del veto opuesto esta primavera por Rusia á toda tentativa de guerra. Lo cierto es que tales rumores enfrian los ánimos y quitan á los pobres montañeses en armas aquellos votos de la conciencia pública á que tienen perfecto derecho por las acerbas amarguras de su opresion y por los heroicos esfuerzos de su resistencia.

Donde la guerra eslava, esa guerra de razas, enciende y apasiona los ánimos ciertamente, es en el seno de los principados danubianos, que han consumido la vida combatiendo en guerra abierta y eterna con los turcos. Sobre todo esas dos regiones verdaderamente eslavas del Montenegro y de la Servia, que tienen igualdad de historia, de orígen, de tendencias, de porvenir, de pasado, con los insurrectos, se estremecen á sus esfuerzos, y pug-

nan por lanzarse á esa pelea en la cual ven debatidos sus derechos. El águila no se agita cuando tocan á su nido, ni el leon ruge cuando urgan á su madriguera, como se agitan y rugen estos pueblos al ver la cruz cristiana y la media luna muslímica levantarse como dos enseñas enemigas en los desfiladeros regados tantas veces por la heróica sangre de sus padres. Aquel antiguo imperio servio, que tuvo por trono las montañas eternas y por culto la independencia nacional; adscrito en una gran parte á la religion bizantina, y sin embargo, escapado al yugo de Bizancio; muro fortísimo del Oriente contra las ambiciones occidentales y del Occidente contra la irrupcion oriental hasta impedir el establecimiento de un imperio griego sobre las ruinas del imperio romano, y vedar á los papas la reconstitucion de Roma en su universalidad y en su grandeza; unido cuando todo el mundo europeo se rompia y se desquiciaba en el cáos de las instituciones feudales; fuerte y sereno, cuando los rusos se desplomaban bajo el sable de los mongoles y los hijos de Polonia y de Bohemia corrian á Alemania para que los libertára de las irrupciones tártaras; extendido un dia desde el mar Jonio hasta el mar Negro; con la tiara por corona como los pontífices y el globo rematado en cruz por enseña; al fin del siglo décimocuarto, en el año ochenta de esta centuria, reciente la empresa soñada por sus héroes de dilatarse hasta Constantinopla y erigir en capital de una raza militar aquella muelle sede de los griegos; llega á la terrible jornada de Kossovo, al juicio final de su antigua historia, y muere bajo la cimitarra de Bayaceto, despues de un sacrificio cruentísimo, pero

inútil, desvaneciéndose con el grito último y el último suspiro de sus mártires. Quizás una gran parte de sus desgracias se explica por las diferencias religiosas. Los servios del Oeste se inclinan á la religion romana; los servios del Este á la religion griega. Estas diferencias explican muchas rivalidades interiores de la Servia y muchas enemigas de sus tribus con las tribus vecinas. Cuentan los cánticos populares servios que un dia estalló la guerra entre los húngaros, gente católica, y los turcos, gente infiel. Uno de los reyes servios, perteneciente, como la mayoría de su nacion, á la ortodoxia griega, fué al encuentro del húngaro y le dijo: «Si vences, ¿qué harás de nuestra Iglesia?—Impondré por fuerza el catolicismo.» Y yéndose al sultan le preguntó lo mismo, recibiendo esta contestacion: «Si venzo, elevaré junto á las mezquitas iglesias para que vayan á aquéllas cuantos crean en Mahoma, y á éstas cuantos crean en Cristo.» La religion griega cuadraba mucho más al espíritu y al carácter de Servia que la religion católica. El predominio de la metafísica en el helenismo cristiano atrae á pueblos naturalmente inclinados á las ideas místicas. Así es que los conventos orientales, perdidos en selvas oscuras, levantados en montañas abruptas, aparecian á los ojos de aquellas tribus guerreras en los espejismos de la fe, en los arreboles de la esperanza, como santuarios del pensamiento donde los sacerdotes guardaban el fuego sacro de las ideas, y los penitentes intercedian con Dios por su pueblo, y los profetas lloraban con sus lamentaciones á los muertos y llamaban á los vivos en la hora señalada por la Providencia

al combate y á la muerte. Durante cuatrocientos años, la Servia, enterrada en Kossovo, resucita todos los dias en el corazon de sus hijos. Ninguno de ellos cree que su héroe Lázaro ha desaparecido en el nefasto combate. No, está oculto en aquellos espacios, tras el velo de misterios impenetrables, como Dios tras los estrellados celajes del firmamento. Los apóstoles que bautizaron á Servia han descendido de sus altares para abrigarlo y acorrerlo próvidamente; los ejércitos, que dirigia, comulgaron de rodillas, y en esa comunion recibieron al par de la hostia divina la inmortal esperanza de ver un dia á su jefe subir desde su templo invisible al trono visible de la Servia; misteriosas golondrinas que vienen desde Jerusalen hasta Belgrado casi de un vuelo, despues de haber rozado con sus alas sedosas las cenizas del Calvario y las aguas del Jordan, cantan por las selvas y á la puerta de los monasterios patrióticas leyendas solamente perceptibles á los oidos de los servios.

¡Pobres gentes! Su martirio es una de las más desgarradoras tragedias que guarda la historia, y sus montes los más altos calvarios y más ensangrentados quizás de la crucifixion de los pueblos. Perseguidos, martirizados, su vida durante tres largos siglos se parece á la muerte. Los opresores arrojan una parte de ellos del seno de las ciudades al seno de los bosques, y les obligan al estado salvaje, á errar por los desfiladeros, á vestirse con la corteza de los árboles. Los que en las ciudades se quedan, llevan la frente inclinada sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo. Si alzáran la cabeza dirian que la alzaban para buscar la luz del cielo y con ella

la libertad; si alzaban la mirada dirian que la alzaban para mirar á sus tiranos y enviarles á la muerte. Unos eran arrancados de su familia para que no habláran de la patria ni en el apartado hogar con sus hijos, ni en el lecho nupcial con sus esposas. Otros eran asesinados para que realzáran el martirio ántes de sentir los impulsos del heroismo. El terror imperaba de tal suerte, que los ancianos, las mujeres, iban en busca de los más fuertes en la tríbu, y les decian: «Mátame, ántes que dejarme al árbitro de los dominadores.» ¡Cuántas veces el montañes, al partirse á las selvas, cogia por el pelo á su amada, que lo miraba con ojos extáticos de amor, y le clavaba en el corazon su cuchillo de caza, lanzando un quejido horrible, y recibiendo en cambio una suprema sonrisa de aquella mártir glorificada y trasfigurada en este sangriento holocausto! El heroe principal de la independencia sérvia mató por su propia mano á su viejo y adorado padre. En aquel cautiverio eterno, en aquella desgracia secular, adquirió esta raza una mezcla de entusiasmo y disimulo, egoismo y abnegacion, fortaleza y astucia, que pasma y que le da con la prevision y con la finura de los débiles toda la energía y toda la pujanza de los fuertes.

Así no conozco historia más digna de atencion y de estudio que la historia de la independencia servia. Abandonados de todos, se erigirán los servios en fortísimo pueblo por la fuerza indomable de su carácter y por la virtud indecible de su idea; pero sin dejar nunca de medir los obstáculos y las dificultades que les oponia la realidad, ni de emplear la paciencia, la astucia y hasta el

dolo cuando no podian emplear la fuerza y las armas. Sus brazos ¡ah! son nervudísimos; pero siempre al servicio de sus inteligencias maquiavélicas. Y la cualidad que resalta en ellos es un sublime egoismo. Durante la Edad Media se valieron de Roma contra Constantinopla y de Constantinopla contra Roma; durante el siglo décimonono se valdrán de Rusia contra Turquía y de Turquía contra Rusia. Segun les convenga, serán un pueblo de esclavos ó un pueblo de héroes; se prosternarán como débiles monjas en sus solitarios monasterios á importunar al cielo con sus oraciones y sus lágrimas, ó saldrán al campo armados y arrogantes, como los guerreros de la antigua Grecia, á convertir sus desfiladeros en Termópilas. Ninguna causa conmoverá su férreo pecho, sino su propia causa. Ningun oprimido merecerá la compasion de quien ha apurado solo todas las amarguras y ha sufrido todas las opresiones. Enmedio del entusiasmo universal que suscita la independencia griega, ungida por el recuerdo de los primeros poetas antiguos, y cantada por la lira de los primeros poetas modernos, ellos permanecerán indiferentes, á pesar de ser el enemigo de Grecia su propio enemigo, calculando que un grande imperio helénico podria reducirlos á una dependencia más duradera que su dependencia de los turcos, y arrancarlos á un destino tan brillante como la jefatura y la direccion de los pueblos cristianos en Oriente. Y cuando los mahometanos de la Bosnia, todos eslavos, como los servios, se sublevaron contra los turcos, Sérvia ayudó á Turquía á someterlos, con excusa de que eran renegados antiguos, traidores á su patria en el nefasto

dia de Kossovo; pero con ánimo de granjearse la amistad de los fuertes prestándose á concurrir al aniquilamiento de los débiles. Así no hay pueblo que haya sabido aprovecharse de cuanto le era favorable y huir de cuanto le era adverso. Él adivinó la política del Imperio ruso en Oriente, así que la estableció Pedro el Grande, con ese instinto admirable de ciertas aves que presienten y anuncian la tempestad en la montaña, la tormenta en el Océano. Encorvada hasta tierra su espina dorsal, se irguió en cuanto se presentó una ocasion favorable para pasar de la servidumbre á la libertad. Nadie ha conocido como Sérvia las flaquezas y las fuerzas de Turquía. Nadie como Sérvia ha aprovechado la politica humanitaria y reformadora de José II de Austria. Nadie ha combatido como esta nacion singular en la persona de su héroe Jorge Kara al Sultan, cuando las condiciones de Europa á principios del siglo facilitaban una victoria. Nadie hubiera hecho como Sérvia, de Milosch, de este instrumento de opresion, un apóstol y un redentor. La historia de su independencia es una epopeya de los tiempos heroicos, por el valor sublime que en cada una de sus páginas brilla; y es un curso de política por la habilidad y la prudencia que se mezcla al heroismo. Sólo así, el año doce, abandonada de Rusia, entregada á Turquía, pudo, arrastrándose é irguiéndose al compas de la fortuna, combatiendo ó negociando á medida de la necesidad, penitente ó guerrera, mártir ó cortesana, de un valor fabuloso en ciertas ocasiones y en otras de una prudencia más increible que su valor; con la audacia de los salvajes y con la previ-

sion de los sabios, constituirse en nacion á un tiempo independiente y tributaria de Turquía, y conseguir que Europa asegurase su existencia y fuese cómplice de sus aspiraciones al engrandecimiento con que sueña despues de tanta humillacion y servidumbre en el fecundo y misteriosísimo Oriente.

Sin embargo, en la tarea difícil de gobernarse á sí mismo, este pueblo servio no ha mostrado la alta capacidad y la singular maestría que en sus combates por la independencia. Despues de haber conseguido tantas victorias sobre sus encarnizados enemigos, consigue bien pocas victorias sobre sus propias pasiones. El despotismo oriental, que parecia alejado con el alejamiento de los turcos, se erige en la cima de aquella sociedad y las conjuraciones se extienden por todas partes. Los ministros conspiran contra el soberano; los soberanos, contra la libertad. La Constitucion de 1835 muestra la primitiva inexperiencia de estos pueblos. Junto á la autocracia la demagogia; junto á la oligarquía aristocrática el comunismo bárbaro; junto al patriarcado asiático la democracia occidental. Las instituciones se alteran al arbitrio del príncipe, y las costumbres se corrompen allá en su fondo, sin perder la aspereza y la barbarie de su extraña superficie. Las asambleas son reuniones periódicas de numerosos diputados, que duran cuatro ó cinco dias, y que sólo saben ó prestar obediencia ciega ó escribir inútiles protestas. Los consejos de Estado se convierten poco á poco en una conjuracion permanente, y los consejeros aspiran á una absoluta omnipotencia. El príncipe Milosch es destronado en 1839, y le sustituye su hijo

mayor, el príncipe Milano, muribundo, que ni siquiera sabe en su lecho de agonía el destronamiento de su padre y la propia fortuna. Al príncipe Milano, hijo primogénito de Milosch, sucede el príncipe Miguel, hijo segundo, no á título de heredero, sino á título de elegido, no por razon de su sangre régia, sino por razon del sufragio popular. Este príncipe, que contrastaba con el antecesor á causa de su dulzura, sólo encontró la conjuracion y el motin allá en el pueblo, las intrigas subterráneas allá en la córte, conspiraciones presididas muchas de ellas por sus propios ministros, intrigas muchas de ellas urdidas por su propia madre, hasta que viene una catástrofe final, en 1842, y con ella su destronamiento. Con esto un heredero del primer héroe de la independencia vuelve al trono, y es víctima de nuevas conjuraciones y reo de nuevos crímenes. Su familia ocupa todos los puestos eminentes y malversa todos los tributos nacionales. La política exterior no es ménos funesta que su política interior. Siervo de los Haspburgos, cortesano de su fortuna, espía de sus maquinaciones, sargento de su ejército, envia las bandas servias á pelear con la heroica Hungría, y contribuyendo poderosamente á su derrota, contribuye tambien á la esclavitud de su propia gente, sometida en su mayor parte al despotismo de Meternich, al cabo tan temible como la misma autocracia del Sultan. Las asambleas populares cayeron para evadir la discusion de tantas faltas, y la indignacion pública subió hasta consumir la dinastía. Una asamblea la depuso, y el príncepe Milosch volvió triunfante, en 1859, cargado de años, á representar la antigua autocracia sérvia des-

pues de haber prometido representar la libertad. Y volvió su hijo ántes destronado, su hijo Miguel, de singular ilustracion y de largos viajes por Europa, á establecer un sistema mucho más parlamentario y á fundar una relativa libertad. Pero este príncipe bondadoso cayó al puñal deuna se sino y no pudo rematar su obra. Un descendiente suyo, educado en austero colegio de París por un filósofo eminente, por M. Huet, reina hoy en Sérvia. Los patriotas le dicen que descuida los intereses públicos y sólo cuida de los propios intereses; que refrena las tendencias de su patria á prestar un decidido apoyo á la independencia de sus hermanos de Bosnia. Y esta impopularidad del príncipe de Sérvia contrasta con la popularidad del príncipe de Montenegro, que al frente de doscientos mil montañeses parece el jefe de un gran ejército por su resolucion y por su ánimo. Todos á una alaban la entereza de su carácter, la claridad de su inteligencia, la intensidad de su valor, la energía de sus convicciones, la alteza de su patriotismo, la mezcla rarísima de eminentes cualidades y la seguridad que tiene de servir noble y provechosamente á su heroica raza. Los pueblos oprimidos por Turquía esperan que el Montenegro, fortaleza inexpugnable para la defensa, contendrá al turco hácia el Mediodía, miéntras la Sérvia al Norte, más populosa, más rica, más fuerte, podrá representar el papel que han representado siempre los montañeses en la redencion y en el establecimiento de las grandes nacionalidades modernas.

EL IMPERIO TURCO Y SUS ABUSOS.

El ejemplo de independencia en pueblos eslavos como Sérvia y Montenegro, ejemplo contagioso, llama á sus consanguíneos en raza, á sus hermanos en religion, á sublevarse contra el Imperio turco, sujeto, como todos los poderes despóticos, á estas revoluciones periódicas. En la sublevacion de Herzegovina se encuentran con facilidad dos elementos esencialísimos; la irritacion de aquellos montañeses abrumados por diezmos que los empobrecen, y el concurso de los servios y de los montenegrinos, ansiosos por dilatar sus dominios y por tener mayor número de pueblos á su lado que hayan roto el yugo de Turquía. Así es que los principados eslavos se arman como si hubieran inmediatamente de bajar á la contienda; y los servios componen un ejército de 156.000 soldados, y los montenegrinos un ejército de 50.000. Nada hay de religioso en esta guerra. Muchos turcos se unen á los cristianos para sacudir el yugo que les oprime y redimirse del tributo que los empobrece. El Papa de Roma tiene vivísimo interes en la conservacion del

Sultan de Constantinopla y en la paz de su Imperio, porque todas sus gentes poseen fondos turcos en abundancia. Así, durante la insurreccion de Creta predicaba el Papa á los cristianos la conformidad con su servidumbre; y el telégrafo nos anuncia que el jefe de los creyentes musulmanes ha pedido al jefe de los creyentes católicos ahora que vuelvan á predicar resignacion á los insurgentes de su fe. El problema es puramente político, nacional, de raza; y tendria inmediata solucion favorable en el nacimiento de un nuevo Estado, ó independiente, ó tributario, si Europa no temiese, con temor fundadísimo, las consecuencias inmediatas del litigio guerrero amenazante siempre por la cuantiosa herencia vinculada en la incomparable Constantinopla.

Esta ciudad, destinada en muchos Apocalipsis sociales á capital de la tierra; ciudad relativamente moderna, si con aquellas que han tejido la vida histórica se compara; ciudad, cuya grandeza presintieran y señaláran los sacros horóscopos de Apolo; rival de Roma mucho más afortunada que Alejandría; madre de una Iglesia en la cual se juntaban la majestad hierática del Asia con el genio metafísico de Grecia; núcleo del espíritu de Oriente y canal de su infusion misteriosa en nuestra vida; luminar, como Aténas, como Jerusalen, como Córdoba, como los más brillantes soles, en los dilatados cielos del espíritu; Sibila del cristianismo en contra de su competidora de Occidente que lo rechazaba y lo combatia en sus comienzos como injuria á sus leyes y atentado á su grandeza; Sede principal de los Concilios que han constituido los fundamentos de los dogmas religio-

sos, tiene Constantinopla sobre todos estos prestigios el singular de su posicion geográfica en el maravilloso Cuerno de Oro; á las orillas de ese Bósforo celeste que puede ofrecer abrigo á todas las naves del mar; á la desembocadura de esos rios que llevan la fertilidad por el centro de Europa y que son vías militares y vías comerciales de singular importancia; al borde del Asia y á las puertas del Oriente de Europa; vecina á Siria y vecina á Italia; con comunicaciones abiertas á todos los productos del trabajo, y con desfiladeros cerrados á todas las invasiones de la guerra; bajo cielo de mágicos resplandores y sobre territorio de sagrados recuerdos; entre los encantos de la naturaleza y los arreboles de la poesía; siendo tal vez el sitio señalado en las trasformaciones de lo porvenir, como punto de interseccion de razas y continentes, á sede y asiento de una confederacion de pueblos que cierre los tiempos del privilegio y abra los tiempos del derecho, cuando la tierra por el trabajo se haya hermoseado y engrandecido en la naturaleza, y el espíritu se haya acercado más á Dios por la libertad y por la justicia.

Esta region, la más hermosa de la tierra, está manchada por un despotismo sin igual. Las últimas rebeliones de la Herzegovina han hecho que se abriera de nuevo el informe contradictorio sobre el imperio turco y que resultára inapelablemente condenado. Los hombres ménos supersticiosos en política, los economistas, son los que más acerbamente critican á Turquía y con más seguridad señalan su irremediable ruina. La bancarota última ha sido terrible, no sólo para su crédito, sino

tambien para su existencia. Allí, como en los antiguos imperios asiáticos, no hay más que un hombre, el Sultan. Todos los otros son, como si fueran bestias de carga, docilísimo ganado. Descendiente de los califas y heredero de Osman, este único hombre de Oriente reune en sí el poder espiritual y el poder temporal más poderoso que en el mundo existe, como Pontífice, como legislador, como monarca supremo, como supremo juez, como delegado de Dios y copartícipe de su omnipotencia. Recluido en su serrallo, fuera casi de la sociedad, en alturas donde el aire parece irrespirable, superior á toda crítica, libre de todo exámen de sus actos y de toda intervencion en su autoridad, ningun vasallo, por grande que parezca, se acerca á él sino temblando, ni entra en su estancia sino con las ceremonias y en la actitud de aquellos que penetran hasta un religioso santuario. Nadie puede mirarle cara á cara ni oirle ninguna palabra sin responderle con toda suerte de adulaciones y de loores. Engendrado en el serrallo, nacido de entrañas esclavas, educado por eunucos, penetradísimo de que todo derecho y toda autoridad le corresponden por juro hereditario, con menosprecio completo á la civilizacion europea, con espejismos asiáticos en la mente perturbada por las vertiginosas alturas desde cuyas cimas contempla al mundo perdido en los abismos; cree que el imperio entero debe someterse y sujetarse á la contínua oscilacion de su voluntad y al jugueton mariposeo de sus caprichos de déspota, aumentados y recrudecidos por la venenosa atmósfera de incienso y mirra en que contínuamente vive y respira. Los viérnes sale á caballo, acompa-

fiado de su córte, circuido de sus eunucos, á recitar bajo las bóvedas de la mezquita escogida, en procesion que podria llamarse la procesion de un ídolo, las oraciones de rúbrica. Despues se encierra en su palacio y se entretiene en presenciar riñas de gallos y juegos de atletas, en visitar las aves rarísimas de sus pintadas pajareras y las jaulas de sus alimañas feroces, en contar los presentes recibidos de las diversas provincias, desde aquellos que provienen de los desfiladeros de Macedonia hasta aquellos que provienen del Egipto y de la Nubia, entre los cuales hay hermosas doncellas para el serrallo y jóvenes mutilados que las celen y las guarden.

De un presupuesto que sube á 500 millones de francos, retira 50 millones para su divina persona. Y no es maravilla en verdad, si se cuenta que tiene 5.500 domésticos de ambos sexos, 300 cocineros, 400 mozos de cuadra, otros 400 músicos, 100 porteros, 1.200 esposas, 25 ayudas de campo, 50 médicos, 50 cirujanos, 50 pajes, 150 esclavos negros, 7.000 personas á quienes dar de comer todos los dias, y cuya comida importa más de 12 millones de francos al año, 600 caballos de silla, 200 carruajes, 150 cocheros, 4 millones de francos anuales que gastar sólo en el harem, 400.000 francos en terrones de azúcar, 2.500.000 en joyas, 700.000 en leña, 500.000 en cebada, cerca de 5 millones en regalos, 14 millones en la construccion de nuevos palacios, no bastándole para su recreo los setenta y dos que habita y que recorre todo el año; sumas fabulosas que parecen sacadas de la *Mil y una noches*, y de las cuales no quiere rebajar ni un céntimo, pues lo necesita

todo para mantener su prestigiosa gloria en Oriente.

Esto no puede durar. Ese principio del fatalismo condena al imperio turco á una inmovilidad asiática; y esta inmovilidad asiática lo condena á su vez á una corrupcion gangrenosa. Ese principio de la autocracia opone una valla insuperable á todo progreso ordenado. Esa organizacion de la familia es una causa permanente de inferioridad moral, que trae consigo otra multitud de causas permanentes de inferioridad política. Un solo libro entregado al comentario perpétuo de una raza muy dada á las argucias teológicas petrifica la inteligencia y le da toda la rigidez de la muerte. No se han examinado bien las causas que produjeron el esplendor intelectual de nuestros árabes en la prodigiosa Andalucía. Prescindamos de la cultura natural en aquella tierra milagrosa; prescindamos de la mezcla de razas y del grande influjo que ejercen siempre los indígenas, ora por sus muzárabes, ora por sus renegados; lo cierto es que una gran parte de aquella gloria se debe á la heterodoxia del califato de Occidente, que abria más anchos horizontes á la libertad de pensar; y despues de caido el califato, á la individualidad de aquellas ciudades disgregadas que se convirtieron en verdaderas academias. Los ilustres Abdibitas de Sevilla, tan extraordinarios astrónomos como inspirados poetas, los que estudiaban los secretos del cielo desde la gallarda Giralda, eran verdaderos herejes. Pero el actual imperio mahometano del Oriente de Europa contrasta por su rigidez ortodoxa con la fina heterodoxia y con la contínua movilidad del antiguo imperio mahometano de nuestro privilegiado Occidente.

Así es que á las investigaciones de la raza árabe en Andalucía ha sucedido una fe verdaderamente mongólica por lo rígida, por lo intransigente y por lo absurda. Con esta fe pueden esperar los turcos que se les abran las puertas del paraíso, pero tambien pueden temer que se les cierren las puertas del Bósforo. Todas las palabras de progreso quedan reducidas á frases oficiales, sin realidad objetiva; todas las promesas de reformas á programas diplomáticos sin cumplimiento posible.

Donde quiera que la rebelion se ha presentado, el Sultan ha opuesto á su desarrollo moral en la conciencia de Europa el programa de sus reformas; y donde quiera que la rebelion ha sucumbido, el Sultan ha tratado de evitar su renacimiento con un horrible olvido de su palabra y con una crueldad implacable. El testimonio de esto se encuentra manifiestamente en las promesas que daba cuando la heroica insurreccion de Creta y en el olvido de esas promesas así que ha caido Creta bajo el peso de sus desgracias, á pesar de los esfuerzos de su heroismo. Por esta razon la Europa occidental no debe consentir que la emancipacion de los pueblos opresos del Oriente quede á merced de la iniciativa de Rusia. La cuestion de Oriente debe regularse de manera que la libertad de los cristianos prospere, sin que aliente á la política moscovita. Y para esto hay que rendirse á una verdad evidente, á la verdad de que el imperio turco no puede continuar en Europa. Desde aquel impulso incontrastable que tenía en los siglos décimocuarto y décimoquinto, con el cual arrolló á sus enemigos y se apoderó del Oriente, ha caido en una disolucion ir-

remediable. De sus ruinas, de sus fragmentos, de sus restos, se elevan innumerables nacionalidades, débiles, incipientes, frágiles, pero de todo punto inevitables. Este movimiento de descomposicion en Turquía y de recomposicion en sus naciones tributarias, condena irremisiblemente á una muerte cierta al despótico imperio. Los estadistas turcos, acostumbrados á la resignacion oriental, creen que Europa no los arrojará de su seno porque los hace necesarios el pavoroso asunto de su herencia y la dificultad insuperable de su reemplazo. Lo mismo creian los cardenales de Roma. Cuando se hablaba de la inminencia de un ingreso inmediato de su capital en Italia, elevaban multitud tal de obstáculos políticos, religiosos y sociales, que imposibilitaban por completo la caida del Papa. Y, sin embargo, cayó, y las dificultades se han vencido con fortúna singular: que los problemas políticos, cuando se plantean con claridad se resuelven fácilmente, y cuando penetran en la conciencia se encarnan en la vida. Europa ha decretado la muerte del imperio turco, y el imperio turco morirá.

UN TIPO ORIENTAL

RELACIONADO CON LAS COSTUMBRES ORIENTALES.

Aunque los turcos no pertenecen á la raza árabe, ni por consiguiente, á la raza semítica, ántes son mezcla de tártaros y mongoles, por su política, por su religion, por sus leyes y costumbres se aproximan á los antiguos árabes, que personifican lo que podriamos llamar el verdadero orientalismo.

Para conocer el Oriente basta con estudiar un tipo oriental, pues la uniformidad de las instituciones ha destruido la variedad de los caractéres. La conformidad con las fatalidades históricas, la indiferencia al mal lejano, la imprevision ciega llevaron razas tan fuertes y tan ilustres en otro tiempo, como hoy es fuerte y es ilustre la raza anglo-sajona en el mundo, á irremediable decadencia. Acordaos, si no, de los árabes. ¿Quién que los haya seguido en la historia, en la realidad de ayer, los conocerá al presente, en la realidad de hoy? Conservan todas sus preeminencias fisiológicas y hasta morales; conservan la elevada estatura, las distinguidas maneras, el temperamento nervioso, la agilidad

maravillosa, la destreza en cabalgar, el arte en el manejo de las armas, los ojos profundos, la mirada escudriñadora, los labios perfectamente dibujados, la frente espaciosa, la nariz aguileña, la color atezada, la elevacion de miras y la profundidad de sentimientos que los constituyeron en los más sabios y los más guerreros y los más ricos entre todos los pueblos, desde el siglo séptimo hasta el siglo décimotercio de la moderna historia. ¡Cuántas veces, al verlos por las esquinas de Gibraltar, envueltos en sus túnicas blancas, calzados con sus babuchas amarillas ó rojas, los brazos caidos como al peso de un sentimiento, los ojos apartados de cuanto les rodeaba y vueltos á Dios ó á su conciencia, embebidos en la meditacion, se me han representado, al compararlos con la vulgaridad de los pueblos europeos, como los destinados á sorprender un nuevo milagro en el desierto más cercano á Dios que nuestras ciudades, y á traer á la vida nueva levadura divina con sus redentores ó con sus profetas!

Y sin embargo, esos pueblos han tocado en la última decadencia. Las ciudades que habitan parecen estercoleros; los templos que consagran parecen vacíos; las playas que dominan parecen despobladas; su religion se ha convertido en una fuerza mecánica desprovista de toda idealidad y su ciencia en un fuego fatuo que sólo anuncia la existencia de mondados huesos esparcidos por solitarios y antiguos campos de batalla. Donde ponen la planta desaparece la civilizacion. Bagdad, Damasco, Tiro, Alejandría, Jerusalen, Constantinopla, Aténas, las ciudades más activas y más gloriosas, dominadas por

ellos, han perdido el dón de las altas inspiraciones y se han resignado al culto de una tradicion muerta. Y esos mismos hombres, hoy tan decaidos, en aquella Europa que buscaba la piedra filosofal por la alquimia y la eterna vida por el misticismo, acreditaron los métodos experimentados y rehicieron los instrumentos científicos; enmédio de pueblos consagrados á la penitencia y que sólo esperaban oir la trompeta del Juicio y reunirse en el Valle de Josaphat para lanzar sus almas en la humareda del planeta reducido á cenizas, llevaban el astrolabio á los espacios, la balanza á la Química, el álgebra á las Matemáticas, la hidrostática á la Agricultura; y traduciendo á Platon y Aristóteles para los filósofos, á Hipócrates y Galeno para los naturalistas; levantando el primer observatorio astronómico en la Giralda de Sevilla y la primer escuela médica en la bahía de Salerno; inventando la trigonometría esférica y la agrimensura, el ácido sulfúrico y el ácido nítrico, la refraccion de la luz, al mismo tiempo que sostenian el calor de la ciencia en nuestros huesos ateridos y anticipaban la obra del Renacimiento necesaria á la unidad de la vida, conseguian que el Universo no quedára huérfano del humano espíritu, cuyo resplandor se hubiera apagado por completo á los piés de una intolerante teocracia y en las sombras de una espesa barbarie.

Y todas estas consideraciones sobre la raza árabe han venido á mi pluma con motivo de la presencia en Lóndres y en París de un huésped famoso, del Sultan de Zanzibar, á quien he tenido la honra de ver cara á cara en una de mis excursiones por el país latino, al salir él

de su visita al prefecto del Sena en el Luxemburgo y yo de mi visita al editor Renouard en la calle de Tournon. Y os doy todas estas señales, certificadoras de mi aserto, porque los cronistas suelen fingir lo que el público desea conocer. Uno de los más acreditados contaba cómo el Sultan árabe no comia carnes si no se las preparaban y adobaban en su alojamiento con arreglo á los ritos sacratísimos del Koran, y tal especie se ha desmentido de oficio. Y algunos periódicos ilustrados han salido con retratos originales, que luégo resultaban retratos de pura fantasía. Yo puedo asegurar que el Sultan es jóven, apuesto, fornido, demasiado grueso para sus cortos años, de mirar inteligente, de cara redonda, de color cetrino y de prosapia semítica. Los gobiernos europeos se empeñan tenazmente en obsequiar á estos hijos del desierto, y estos hijos del desierto han perdido desde su decadencia la facultad que más despierta el deseo del saber y el incentivo de una saludable emulacion; la facultad de admirar. Cuando el Shah de Persia vino, París salió de madre en la corriente de obsequios y cortesías á que le arrastra siempre su buena educacion tradicional. Los comerciantes pusieron muchas de sus tiendas bajo la advocacion del soberano de Persia; los sastres bautizaron sus prendas con este nombre de Shah, poco elegante y poco músico; las autoridades se esmeraron á porfía en agasajarle; y los chiquillos corrieron desalados á todas partes tras su coche, por atisbar el áureo sable retorcido y la escarapela de brillantes en la tiara de Astrakan. Periódico bonapartista hubo que al ver esta diligencia en seguirle y esta curiosidad por ver-

le encareció lo mucho que habia crecido la estrella del Imperio menguada en Sedan, y lo tentado que estaba el pueblo parisien de quedarse con un Shah persa á falta de un César romano. Y luégo, el monarca asiático, que ha resultado escritor como los antiguos califas, se ha reido á mandíbulas batientes de sus cortesanos, y ha demostrado que nuestra civilizacion le gusta hasta el punto de comparar las tocas de las Hermanas de la Caridad con las orejas de los elefantes blancos y de extrañar que se adore á Dios con tragos de vino en nuestra santa y para él incomprensible Misa.

El árabe tiene de suyo inclinacion á las meditaciones profundas, y afan de comparar las realidades delmundo y de la vida con la idealidad de su etérno Dios. Nuestro admirable escritor Pedro Antonio de Alarcon describe perfectamente en su pintoresca *Guerra de Africa* aquellos inmóviles santones de Tetuan, asentados sobre las piedras como las estatuas sobre los pedestales, que no convertian los ojos á mirar nuestros soldados en sus vistosas revistas, ni aplicaban el oido á escuchar nuestras músicas en sus armoniosas marchas. La idea de Dios inunda su alma y en esa inundacion todo lo que no sea Dios desaparece. Así no hay dioses ni santos en su religion uniforme. Si acaso entra algo humano, es un profeta capaz de entrever al Creador con alguna más claridad que el resto de los mortales y de anunciarlo al mundo con mayor poesía y elocuencia. No les mostreis, pues, cosas bellas con ánimo de conmoverlos, porque en su interior compararán nuestras frágiles creaciones con la hermosura eterna; ni cosas grandes ó poderosísimas con

ánimo de asombrarlos, porque para ellos no puede haber poderío como la virtud creadora que colgára en los espacios la tienda azul de los cielos y suspendiera en lo infinito, por cadenas invisibles, las áureas lámparas de las estrellas: toda sabiduría humana se eclipsa á sus ojos ante la omnisciencia divina, y no merece ni la pena de una velada, y toda voluntad, por avasalladora, por incontrastable que sea, se somete á otra voluntad más impetuosa que los huracanes juntos y más fuertes que las fuerzas cósmicas, á la omnipotente voluntad de Dios. Delante de ese ideal nuestras obras artísticas son cadáveres, sombras nuestras ideas, juguete nuestra mecánica, caprichos de niños nuestras libertades de ciudadanos. Contábame un andaluz el viaje que emprendió por España con cierto rico árabe de Tánger. Mostrábale el surtidor de la Puerta del Sol, y respondia: «Dios es más alto.» Medíale las dimensiones del Escorial, y le decia: «Dios es más grande.» Llevábalo por las alamedas de Aranjuez, y exclamaba: «Dios es más hermoso.» Conducíalo al Museo de Pinturas, y pasaba ante los cuadros pensando en la ciega idolatría que usurpaba á Dios su facultad de animar los seres. Desde nuestros teatros hasta nuestros Congresos, todo pasó ante sus ojos, no ya sin conmoverlo, pero sin impresionarlo siquiera, como si no pasase. Solamente un dia su sentimiento se exaltó hasta el delirio. Llegaron á Granada. La frondosa vega, el marco de montañas, la confluencia de los rios, las colinas coronadas de pinos y ceñidas de arbustos, las pirámides volcánicas de Sierra Elvira esmaltadas por la luz de Andalucía; el cristal veneciano

de Sierra Nevada que toma tantos reflejos y tiene tantos resplandores; los contrastes del color; la variedad de la vida en aquel resúmen de la creacion, le encontraron indiferente: que ni la naturaleza ni el arte lograban penetrar en su absorbente misticismo. Subieron al cerro de la Alhambra. Pasaron las umbrosas alamedas por donde bajan susurrando los claros arroyuelos. Detuvieron un momento la vista en las torres bermejas doradas por el sol, en los mármoles del interrumpido palacio imperial, en los bosques del Monte Sacro, en las quebradas márgenes del áureo Darro, en los blancos miradores y minaretes del Generalife que se destacan sobre el cielo azul, entre adelfas, cipreses y laureles. Por fin atravesaron la puerta del árabe alcázar y dieron con el patio de los Arrayanes. La fisonomía del árabe se contrajo, sus ojos se oscurecieron y sólo se aumentó su silencio. De aquella alberca ceñida de mirtos, con sus ajimeces bordados como encaje, sus galerías ligeras y aéreas, sus aleros incrustados, sus frisos de azulejos, sus pavimentos de mármol, pasaron al patio de los Leones al bosque de ligeras columnas, sostenes de arcos que parecen prontos á doblarse, como las hojas de los árboles, al menor soplo del aire que pasa por los intersticios de su gracioso y trasparente alicatado. El árabe, pálido como la muerte, se apoyó en una columna para poder continuar en aquella visita. Por fin, cuando penetró en las estancias y alzó los ojos á las bóvedas compuestas de estalactitas empapadas en colores brillantísimos; y leyó las leyendas místicas ó guerreras que esmaltan las paredes, semejantes á visiones orientales; y se detuvo en

aquel camarin incomparable que se llama el mirador de Lindaraja, á traves de cuyas celosías se esparce la esencia del azahar y se oye el rumor de la vega, su emocion iba rompiendo toda conveniencia y mostrándose en sacudimientos del cuerpo, semejantes á los espasmos de la epilepsia. Ya en el salon de Embajadores, con el Darro á un frente y al otro el patio de los Arrayanes; las paredes de mil matices, adornadas con los escudos de los reyes; los ajimeces bordados con todos los prodigios de la fantasía asiática; las puertas, recuerdos de los dias del esplendor y de la fortuna, cuando desde las tierras más remotas venian unos á recibir luz de tanta ciencia y otros de tantas artes, placeres y encantos; las bóvedas incrustadas en marfil y oro; las letras, semejantes á las grecas de una tapicería persa, repitiendo entre las hojas de parra y de mirto y de acanto cincelados los nombres de Dios; el corazon le saltaba en pedazos, y un inmenso lloro, un largo sollozo, que semejaba á la elegía de los Abdibitas en Africa, al perder á Sevilla, ó á las lamentaciones de los profetas en Babilonia, al perder á Jerusalen, llenó aquellos abandonados espacios, henchidos de invisibles sombras augustas, con el dolor de toda su triste y destronada raza.

No mostreis, pues, á los árabes nuestras artes y nuestras industrias, porque apénas las comprenderán. Mostradles algo que se relacione con su temperamento, con su educacion, con sus creencias, y entónces los veréis profundamente agitados. Nada más extraño al genio del Oriente que estas grandiosas ciudades del Norte. Así el Sultan de Zanzibar no ha venido á las nacio-

nes europeas por placer, sino por necesidad. Su religion no es el mahometismo puro y ortodoxo; ántes bien una secta algo análoga al protestantismo cristiano, pues admite el libre exámen para la interpretacion de los sagrados textos; sus dominios se reducen á limitadas posesiones y se hallan circundados de pueblos salvajes y paganos á cuya mente no llega la idea monotheista de Mahoma. Cuenta por la principal de sus posesiones, sin duda alguna, esa isla de Zanzibar, de que toma nombre, isla en otro tiempo perteneciente al fabuloso imperio descubierto y conquistado por el genio audaz de nuestros gloriosísimos hermanos los portugueses. Cien mil habitantes pueblan esta isla que ve todos los años aumentar y disminuir sus gentes, á medida que aumentan ó disminuyen los rendimientos del comercio, muy sujetos á las diversas variaciones de los vientos. Por potentado riquísimo pasaba con razon el Sultan cuando se permitia el comercio de negros. Los infames mercaderes de carne humana llegaban á sus costas, más seguras y hospitalarias que las costas continentales del Africa, y los vendedores á sus fronteras, recibiendo de esta suerte dos tributos considerables: uno, por el paso á traves de sus estados y otro por el embarque en sus puertos de la codiciada mercancía. Pero el progreso de las costumbres públicas, los sentimientos humanitarios en todos los pueblos difundidos, la incontrastable propaganda británica, los tratados internacionales han cegado esta fuente de riqueza, prohibiéndole su extraña tolerancia con ese negrísimo negocio. La esclavitud, sin embargo, continúa, y el clásico órgano de la sátira inglesa supone que el

jefe del Gobierno, jefe tambien del partido conservador, le ha dirigido algunas observaciones sobre esta cuestion, y que el Sultan le ha contestado, asegurándole que tambien Zanzibar posee como Albion, sus clases conservadoras preponderantes, con escrúpulos atendibles y respetables intereses. Y hasta en esos pueblos, medio africanos y medio asiáticos, las bases de la servidumbre se gastan, melladas por el contínuo trabajo de las ideas, las cuales se difunden por la conciencia como el calor y la luz por el universo. Y esta trasformacion necesaria, producto de las evoluciones contínuas que se suceden, así por las esferas de la sociedad como por las esferas de la naturaleza, han aumentado los bienes morales de la humanidad; pero han disminuido los bienes materialos del Sultan. Y su viaje tiene por principal objeto arreglar con las potencias occidentales algunas cuestiones arancelarias que aumenten sus tributos y le consientan desahogo. La Cámara de los Comunes ha debido pagarle su último viaje, que ha costado 20.000 duros españoles. Yo no dudo que al cabo aproveche á la general cultura, siempre aumentada por las relaciones de las razas y de los pueblos. Pero no lo dudeis; en cuanto se examina un tipo oriental se ve que la inmovilidad es su carácter y que la reforma no llegará jamas á su existencia. El Sultan de Zanzibar como el Sultan de Constantinopla es una petrificacion. Y estas petrificaciones pueden durar en el seno de Asia, pero no en la movible y agitada Europa.

POLÍTICA INTERIOR DE RUSIA
Y ESTADO DE SUS CONQUISTAS EN ASIA.

Nada tan difícil como conocer y apreciar las leyes generales de los hechos corrientes, diarios, sucedidos en nuestro tiempo y á nuestra vista. Al dirigiros á lo pasado, descubris con facilidad la idea que se exhala de sus ruinas. Las particularidades, los accidentes, los fenómenos han desaparecido, y sólo quedan los principios universales y el espíritu que ha vivificado los siglos. En vuestro tiempo, la multitud de hechos contradictorios que en la superficie pasan alteran la claridad del fondo, como la fuerza de intensas pasiones que se apoderan del ánimo oscurecen la claridad del juicio. Y sin embargo, los hechos presentes siguen una ley como la siguieron los hechos pasados. La idea es la luz que todo lo anima y todo lo vivifica; es la materia cósmica, igual bajo vuestras plantas á la que compone la esencia del astro apénas perceptible al telescopio.

Y para ver cómo las ideas viven, basta comparar los pueblos animados de un espíritu progresivo y los pueblos consagrados á la reaccion. Aquellos crecen, llenan

con sus hechos la historia, con sus obras intelectuales el espíritu, con sus naves los mares, y someten á su trabajo el planeta, miéntras que éstos, decadentes, enfermos, comparten su vida entre la epilepsia de las guerras civiles y la inercia del despotismo. En el siglo décimosexto, las regiones que hoy forman el moribundo imperio turco parecian destinadas á ser como las señoras de Europa, miéntras las regiones que hoy componen la gran república americana apénas eran conocidas y holladas por alguno de esos aventureros heroicos á quienes una voz interior llevaba á la inmensidad de las selvas vírgenes, á las corrientes de misteriosos rios, á la hercúlea empresa de los descubrimientos y de las exploraciones. Pues en las orillas del Bósforo la autoridad absoluta de un imperio militar ha secado todas las fuentes de la vida, miéntras en las selvas del Norte de América la conciencia libre, las ideas del derecho, el espíritu moderno, llevados allá por los sublimes peregrinos, han fundado una democracia y una república, que parecen destinadas en su crecimiento progresivo, á cerrar para siempre la era de las guerras y á abrir la era de los progresos pacíficos por la virtud creadora del trabajo.

La tierra se divide en tres términos, como se divide el tiempo. Asia y Africa representan lo pasado, y por lo mismo tienen sociedades inmóviles con el déspota en la cima y el siervo en la base. América representa lo por venir, y por eso allí no se ven las aristocracias que lo pasado arroja sobre lo presente. Y entre la esclavitud de Asia y la libertad de América, entre las castas del viejo y las democracias del Nuevo Mundo, entre las sombras de lo

pasado y la aurora de lo porvenir, se alza esta Europa, que representa lo presente, y que por lo mismo se divide entre dos fuerzas opuestas, entre dos principios contradictorios, entre los representantes de las castas, que, decaidas, flacas, áun tienen fuerza bastante para conservarse, y los representantes de sus democracias, que, invasoras, fuertes, robustas, no han adquirido todavía el desarrollo necesario para imponerse completamente. Y así como Asia es la tierra de las castas, y América la tierra de las democracias, esta Europa áun parece destinada á ser por algun tiempo la tierra del término medio entre Asia y América, como es lo presente el término medio entre lo por venir y lo pasado.

Para conocer el movimiento europeo precisa enlazar los hechos pasados con los hechos presentes y prever lo por venir. Como todo hombre es hijo de larga genealogía, y todo organismo resultado de otros organismos anteriores, todo hecho capital se enlaza con gran número de hechos precedentes regulados por la ley lógica de la serie. El enlace de estos hechos diarios con sus antecedentes y sus consiguientes, será siempre una de las mayores dificultades de la Filosofía de la Historia. En la naturaleza reina la fatalidad; pero en la sociedad reina la libertad. En la naturaleza no podemos pedirle cuenta al sol de que abrase ó incendie, porque cumple leyes ineludibles, miéntras podemos pedirle en la historia al hombre cuenta del bien ó del mal que haga, porque el hombre es libre, y por lo mismo responsable ante las leyes morales y ante la conciencia universal. Y por esta razon, siempre que encontremos en nuestro camino uno

de esos hombres, á quienes toca una parte principalísima en el desarrollo de los sucesos, le estudiarémos en su temperamento, en su carácter, en su inteligencia, en su vida pública, dándole la gloria ó la infamia que en nuestro juicio debidamente le corresponde.

Várias familias de pueblos ocupan hoy el continente europeo. Al extremo Norte habitan los escandinavos, de los cuales provienen razas como las razas normandas, que tanta influencia han tenido en el desarrollo de la civilizacion durante la Edad Media con sus correrías, última serie de las irrupciones comenzadas por los pueblos germánicos. Al Oriente habitan los eslavos, que el orgullo occidental llamó esclavones, grandes esclavos, siervos ó servios, y que ahora hacen estremecer al Occidente de terror con sus confederaciones en gérmen y sus alianzas en proyecto, cada vez más amenazadoras á la paz y á la estabilidad de nuestros Estados. Se asientan en la parte meridional del Oriente europeo los griegos, los artistas, y los filósofos y los tribunos del antiguo mundo, cada dia más alejados de su pristino esplendor; y los turcos, los herederos del imperio griego, que habiéndolo conquistado por la cimitarra, y no habiéndolo sostenido en la libertad, se preparan á legarlo á pueblos más jóvenes y más libres. La raza germánica y una parte considerable de la raza latina, con los anglo-sajones en su espaciosa isla, ocupan el centro de Europa. Y las dos grandes penínsulas que con Grecia han contribuido más á la cultura humana, las dos penínsulas de Italia y España, al Mediodía de Europa aquélla, al Occidente ésta, contienen razas, en las cuales, á pesar de los va-

rios elementos que les han aportado los siglos, predomina el carácter y el espíritu latino. En tan grandes aglomeraciones de razas hay pueblos intermedios que tienen una índole particular y propia, como por ejemplo, los magyares, instalados entre los eslavos del Norte y los eslavos del Sur, y los celtas, instalados junto á los sajones en la isla de Irlanda y en la familia de los ingleses, sin contar los rumanos, pertenecientes á los eslavos por su geografía, y á los latinos por su orígen.

Lo primero que provoca en las cuestiones políticas nuestra atencion es el imperio ruso, desde la guerra de Crimea consagrado á un trabajo de organizacion interior, y desde la guerra franco-prusiana consagrado á un trabajo de preponderancia extranjera. Si examinais este gran pueblo, cuyas tierras se parecen á las tierras de los antiguos imperios asiáticos, y cuyas gentes á las tríbus en armas, que esperan una consigna para lanzarse á la pelea, encontraréis un hervidero de pensamientos, de aspiraciones, de ensueños, mostrando la actividad febril de razas jóvenes, dotadas de una virtud predominante, dotadas de inquebrantable esperanza. El sentido comun, á primera vista, sólo descubre allí un czar en el trono, y un pueblo en el polvo; pero el estudio profundo descubre el Génesis de un nuevo espíritu. Las dificultades que opone oscura lengua al estudio de naciente genio, quitan á los nombres de los escritores rusos por lo general su merecida fama; y sin embargo, no hay literatura más apropiada á nuestro siglo, porque no hay literatura que tenga tan profunda trascendencia social. Ahora mismo lloran las letras rusas la

muerte de un escritor eminente, la muerte del Conde Tolstoi. Su pricipal título á la memoria y al reconocimiento de la posteridad es su tragedia de *Ivan el Terrible*, más parecida á los dramas históricos de Schiller, que á las acompasadas y clásicas obras del antiguo teatro frances. Personificacion terrible de la autocracia, astuto como Augusto, fantaseador como Neron, supersticioso como Calígula, desconfiado como Tiberio, cruel como todos los tiranos; dolorido en las alturas de su omnipotencia por el hastío, é inclinado al término de su vida, y bajo el peso de sus remordimientos, á una abdicacion suicida en sucesor incierto y á un entierro anticipado en oscuro claustro; horrible parricida que ha sacrificado su primogénito á la razon de Estado, y sólo encuentra para sustituirlo un jóven debilísimo, de pálida alma y de quebrantado cuerpo, impotente á luchar con la peste de los envenenados aires, con el hambre y la miseria, con las irrupciones de los polacos que envia el ocaso y las irrupciones de los tártaros que envia el Oriente y las irrupciones de los escandinavos que envia el Norte como otras tantas trombas henchidas por el hálito de la muerte; Ivan el Terrible, á la hora de su renuncia, al paso por la puerta de su monasterio, al borde mismo de su tumba, se encuentra con los boyardos que ha perseguido y que ha diezmado, de rodillas á sus plantas en demanda de su reinstalacion en el trono asentado sobre mondados huesos, y recobra toda su fuerza, y se ciñe su armadura, y aulla como un lobo hambriento, y llama á sus ejércitos, cuando la aparicion de un cometa le aterra y le evoca las sombras de sus víctimas; la

noticia de una derrota le enloquece, arrastrándolo á extremos de furor; y el anuncio astrológico de que el dia de San Cirilo morirá, en el dia mismo de San Cirilo le mata. ¿No veis pintados aquí de mano maestra todos los errores y todos los desórdenes del despotismo?

Pues en su novela grandiosa *La paz y la guerra*, veréis descrita la aristocracia rusa del pasado siglo, compuesta y aderezada á la manera germánica por Catalina II, desconociendo su propia lengua y hablando siempre en frances; los intrigantes, que llegan de cortesanos muy capaces en los salones, á generales muy incapaces en las batallas; los diplomáticos de porte elegantísimo y de inteligencia nula; los oficiales de fuerzas hercúleas, de carácter abierto, de vida tempestuosa; los príncipes riquísimos que se cansan del mundo ántes de haberlo conocido, y que se divierten arrojando á profundo rio un esbirro atado con un oso; los jóvenes indiferentes que se pasean como entre las ramas de un jardin, entre los incendios de Moscou; las horribles batallas y los innumerables ejércitos de los años 12, 13 y 14; el célebre conde Rostopchine que defiende la capital sagrada de la antigua Rusia, contra Napoleon, y que anuncia á sus habitantes cómo andan las tropas invasoras y cómo andan sus propias enfermedades á la vista; el general Koutouzot que duerme la víspera de Austerlitz porque todo está perdido y se cruza de brazos en la retirada del Berecina, porque todo está ganado, imágen fidelísima del fatalismo; los varios encontrados tipos de esta sociedad rusa, por cuyas alturas se descubre una aristocracia tan gastada como el resto de la aristocracia

europea; pero en cuyos abismos crece un pueblo no parecido á ningun otro pueblo en Europa.

Así no extrañaréis los progresos que el socialismo cuenta diariamente en la vieja sociedad rusa. Miéntras esas escuelas que quieren con una fórmula más ó ménos lata resolver las contradicciones sociales, pierden todo crédito en el Occidente, sublevado y encendido ántes por ellas, ganan en el Oriente, y sobre todo en Rusia, una autoridad peligrosísima. Yo conocí y traté á Herzen poco ántes de su muerte, muy decidido á persistir en su propaganda comunista, y muy orgulloso de pertenecer á una raza como la eslava, que, segun él, debia resolver las antinomias entre los derechos del individuo y los derechos del Estado en una síntesis perfecta. Yo oí en uno de los últimos Congresos de la democracia al perseverante Bakounine proponernos como ideal de toda política, como remedio á nuestros males, como puerto de refugio, como cielo de esperanza, el municipio eslavo con sus instituciones patriarcales y su negacion radical de toda propiedad. Pero nunca creí que estos ensueños desvanecidos siempre en cuanto se examinan á la razon y se prueban en la experiencia, pudieran penetrar tan profundamente como han penetrado en la sociedad rusa. Pensadores varios desde sus diversos Patmos del destierro los formulan; innumerables libros y folletos los propagan; sociedades que toman nombres diversos, como el de apóstoles de la verdad y el de proletarios espirituales, los organizan; inmenso contrabando más hábil que todos los esbirros, más fuerte que todos los ejércitos, rompiendo la extensa malla aduanera, los difunde; una

poesía exaltada hasta la vision y el iluminismo por la censura misma los poetiza; las mujeres, tiernas como el idilio, efusivas como el amor, enamoradas de su emancipacion los acreditan; y una juventud enloquecida por el fuego de la vida y por la comunion de las ideas jura defenderlos, si es preciso, en cien combates y realizarlos áun á costa de los mayores sacrificios. Leed la requisitoria del primer fiscal de la Corona, de Zychareff, y os asombrará la desmedida fuerza y la desmedida extension de las escuelas socialistas en Rusia. En Moscou, Roma de los rusos, se ha encontrado una imprenta clandestina, destinada á esparcir escritos revolucionarios y administrada por empleados imperiales. Los círculos y las secciones se extienden por todas partes en una organizacion poderosísima, semejante á la establecida por los carbonarios italianos durante la servidumbre de su patria. Un príncipe, antiguo funcionario público, preside el círculo de Petersburgo; un propietario territorial de primer órden, el círculo de Jarolasff; un manufacturero millonario, el círculo de Tamboff, y un juez retirado, de un crédito sin igual y de una integridad sin tacha, ha gastado cerca de cuarenta mil duros de su bolsillo particular en esta propaganda.

La provincia de Pawsa tiene su principal juez de paz en la legion socialista, y en la provincia de Viatka la diputacion de los nobles pasaba por la primera en allegar fondos, y el gobernador general por un seide sometido al Consejo de estudiantes, el cual se halla sometido á su vez á las órdenes y á las consignas de la Comision central residente en el extranjero. El bello sexo muestra

un fanatismo innovador, semejante al que poseyó á las jóvenes romanas en los primeros siglos del cristianismo, y á las jóvenes francesas en los primeros dias de la revolucion. La hija de un general sostiene escuelas socialistas; la mujer de un coronel de gendarmería incita á sus propios hijos á la propaganda de la misteriosa doctrina; várias señoritas pertenecientes á familias de consejeros privados del Emperador, adoctrinan en sus vastas propiedades á sus innumerables campesinos. El empuje de todas estas fuerzas reunidas es tan grande, tan impetuoso, tan por extremo incontrastable, que el agente imperial se desespera y declara solemnemente la imposibilidad de conocer todos los círculos y de perseguir todos los sectarios en una religion política que llena todos los espacios del Imperio. Las altas clases rusas sienten algo de aquel impulso revolucionario que sentian las altas clases francesas á fines del siglo último, y que las llevaba á pelear por la república en los campos de América y á deponer en la noche del 4 de Agosto sus propios privilegios al pié de la tribuna, ese Tabor de la libertad. Y las altas clases se confunden con el partido ortodoxo, con el partido ingenuamente ruso, con aquel que quiere despertar la antigua religion griega y el imperialismo anterior á Pedro el Grande en la implacable enemiga con que combate á la dinastía alemana, acusándola de haber destruido la originalidad moscovita, levantado burocracias serviles y sujetado los intereses rusos á los intereses á Rusia más opuestos, á los intereses de la orgullosa Alemania.

Esta interior situacion de Rusia se complica con la

situacion exterior, que segun el sentir comun, tiene sobre sí dos amenazas de guerra, emanada una de sus conquistas en Asia, emanada otra de sus ambiciones en Europa. Lentamente, como quien desvia de sí la atencion, el imperio moscovita se ha extendido en el centro de Asia con una extension considerable. La prensa inglesa, alarmada de estas conquistas, ha tocado frecuentemente á rebato, inquietando, es verdad, con profundas inquietudes á los flemáticos ciudadanos de Inglaterra; pero sin moverlos á una constante y decisiva accion. Bien es verdad que los rusos se apresuran á calmarlos y á decirles con Memorias geográficas y mapas militares en las manos cómo una completa ignorancia del Asia central explica tantas vanas é infundadas aprensiones. Las líneas militares que guarnecen las fronteras de Siberia se han encaminado y dilatado en todas direcciones, forzadas por agresiones contínuas, y heridas de asaltos inesperados, en una marcha indispensable á su seguridad. Estas razones de natural defensa, impuestas á todos los seres en el rudimentario instinto de conservacion por la misma naturaleza, han dilatado hasta el Turquestan los dominios de Rusia. Ciento veintitres años devoró toda suerte de ultrajes, de desafíos, de atentados, de asaltos, hasta que degollados por bárbaros crímenes sus representantes y diezmadas por ataques contínuos sus huestes, se decidió á una expedicion en 1840, por medio de arenales inacabables y de infinitos desiertos de hielo, donde se perdió tristemente un ejército devorado por la insaciable voracidad de las impías estepas.

La paz pedida por el Kan y firmada en 1842, no fué

más que un respiro del bárbaro batallador y una red tendida á Rusia. Así no bastaron los nuevos movimientos de las líneas militares, esa frontera movible; no bastaron las exploraciones del lago Aral y la flotilla lanzada sobre sus aguas; si el Kan de Kiva no se movia, arrojaba en cambio sobre el campo moscovita los feroces kirguises del desierto, que se condensaban y se deshacian como las nubes de la tempestad, esquivándose á todo ataque grave y á toda guerra táctica. Así fué necesario á los rusos contener las inciertas estepas dentro de sus dominios y dar á su imperio por frontera, no el desierto y sus razas nómadas, sino la poblacion sedentaria, las tribus fijadas en el suelo por la fuerza de una civilizacion imperfecta, pero de una civilizacion superior al rudo y salvaje estado de esas legiones agresivas, engendradas, como fantásticos mónstruos, por los océanos de arena en la inmensidad de aquella Asia, llamada entre los historiadores occidentales de las primeras irupciones germánica *vagina gentium*. Khiva ha sido anexionada al imperio ruso; pero no le basta esta anexion, há menester todavía fijar su frontera al Norte del Alghanistan y de la Persia. En este caso, aunque Rusia se apodere de Meru, donde ha fijado hasta ahora el límite de las conquistas que desde el mar Caspio la han conducido al centro del continente asiático, no tienen motivo los ingleses para estremecerse y alarmarse, porque todavía estarán separadas las posesiones rusas de las posesiones inglesas por setecientos kilómetros y una inexpugnable cordillera.

Así es que los conocedores del interior de Asia acon-

sejan á Inglaterra que, á fin de prevenir las complicaciones futuras y cortarlas á tiempo, imite el proceder de Rusia y tome Herat, para contrastar la probable toma de Meru. Pero la cuestion territorial no es la más importante entre las cuestiones anglo-rusas. Miéntras las posesiones asiáticas de Inglaterra están á larga distancia de la metrópoli y del Gobierno, las posesiones asiáticas de Rusia son como dilataciones naturales del imperio; miéntras la dominacion inglesa tiene un carácter puramente mercantil, impropio para cautivar las imaginaciones orientales, tan dadas á lo maravilloso, la dominacion rusa tiene un carácter militar é imperial muy en armonía con el genio de Asia; miéntras Inglaterra profesa una religion severa, austerísima, fundada en la independencia del criterio individual, poco idónea para mover los pueblos mismos del Mediodía de Europa, Rusia profesa una religion completamente oriental, con ritos poéticos y espejismos maravillosos, y tradiciones asiáticas, la única quizá que puede cautivar y traer al seno del cristianismo pueblos nacidos sobre la tierra de los misterios y bajo el cielo de los milagros. Así es que los temores de Inglaterra en Asia ante los progresos del imperio ruso me parecen fundadísimos temores.

Apénas se fijan los ojos en los lejanos horizontes del Asia, brota espontáneamente de suyo la cuestion capital hoy de Europa, la cuestion de Oriente. Los hechos europeos se desarrollan por series en torno de un hecho capitalísimo, que se diria dotado en la política corriente de la fuerza que tiene un astro céntrico en la mecánica celeste. Desde 1848 hasta 1853 los hechos capitales de

Europa se agruparon en torno de estos dos capitalísimos; en torno de la proclamacion de la república y de la proclamacion del imperio en Francia. Desde 1853 hasta 1859 los hechos capitales fueron la guerra de Inglaterra y Francia con Rusia, y la guerra del Piamonte y Francia con Austria. Desde 1859 hasta 1866 toda la política gravitó en torno de la rivalidad entre Francia y Prusia. Desde 1866 hasta 1870 gravitó á su vez en torno de la rivalidad entre Francia y Prusia. Hoy, desde la modificacion del tratado de París, que fué el desquite conseguido por Rusia de las humillaciones sufridas en Crimea, las cuestiones de Europa vuelven á girar en torno de una cuestion que las absorbe á todas, en torno de la pavorosísima cuestion de Oriente. Y al plantear la cuestion de Oriente reaparece con todo su vigor un problema pavoroso, el problema de la unidad de esa raza eslava, más preñado aún de guerras y de catástrofes que la unidad de esa raza alemana, cuyo trabajo interior ha dado ocasion á tantos y tan desastrosos combates.

Esta Rusia, tan grande, tiene, con el sentimiento municipal de las tribus jóvenes el sentimiento nacional de los pueblos maduros, y con el sentimiento nacional de los pueblos maduros, otro que comienza ahora á brotar en los corazones, y que se dilatará y se afirmará en lo por venir, el sentimiento, de raza. El eslavismo surge con poder y se afirma con robustez. Combatido duramente este principio por aquellos que en él veian una confirmacion de la ortodoxia tradicional y un apoyo del régimen autocrático, se acredita desde el punto en que críticos esclarecidísimos lo han unido inseparablemente

á la emancipacion, tanto nacional como política de los pueblos y de las razas orientales. Hace pocos dias, en casa de la princesa Troubeztkoi, encontré al célebre orador de Praga, Riegel, uno de los principales mantenedores en Oriente de esos principios eslavistas que hoy se apoderan de algunos espíritus eminentísimos y mañana descenderán, por la misteriosa filtracion de las ideas, desde las ciencias á la realidad, hasta penetrar en el fondo mismo de las sociedades á que han sido consagrados. Y Riegel demostró con gran número de datos y con verdadera claridad de expresion cómo el eslavismo ha nacido en los pueblos perseguidos, en los pueblos opresos, en los pueblos eslavos necesitados de vigorosos apoyos para su emancipacion, y que no podrian encontrarlos sino en el seno de Rusia. Segun él, no ha sido la gente moscovita la promovedora del eslavismo, han sido los diversos pueblos eslavos, que no pueden soportar el yugo de sus dominadores, ya sean austriacos, alemanes, húngaros ó turcos. En tales pueblos opresos han nacido los ilustres filólogos que han mostrado cómo la lengua litúrgica de la Iglesia rusa es respecto á los idiomas eslavos modernos lo mismo que el latin eclesiástico respecto á las modernas lenguas neo-latinas. De esos pueblos opresos provienen los historiadores que han evocado los perdidos tiempos de la unidad de su raza. En esos pueblos opresos cantan los poetas que piden al águila moscovita abra sus alas y dirija su vuelo al Mediodía, al Occidente, á esas orillas del Danubio sembradas de eslavos como en otro tiempo las orillas del Eufrátes; á esos nevados Alpes donde se oyen sonar

tantas cadenas, cuando el Creador los elevó para templos de la libertad y del derecho; á esos bosques oscuros y profundos de los Balkanès, donde la media luna brilla como un astro siniestro; á todas esas gemmonias, que para convertirse en fortalezas de la universal emancipacion sólo aguardan el grito agudo de guerra que debe levantarse en las regiones del Norte. La verdad es que si buscamos las ideas más precisas y más exactas sobre el eslavismo, las encontramos en Bohemia y en sus escritores eminentes. Allí se ve reconocido el fondo y carácter fundamental de las diversas familias eslavas; criticado el imperio, medio germánico y medio mongol en Rusia, que se ha sobrepuesto á la originalidad histórica y á la independencia interior de su nacion; acusados los alemanes y los magyares de opresores y de tiranos; reconvenida acerbamente la infeliz Polonia por sublevarse contra los intereses de su propia raza; señalados los límites de la confederacion de estos pueblos jóvenes, cuyas almas tienen una misma cuna y orígen allá en lo pasado, y tendrán una misma patria, sin perjuicio de la existencia de sus diversas nacionalidades, allá en lo por venir.

EL ISTMO DE SUEZ

EN SUS RELACIONES CON LA CUESTION DE ORIENTE.

Inglaterra que sustentaba la necesidad de mantener el imperio turco, parece resignada completamente á su muerte, y apercibida á consolarse con una parte considerable de la herencia. Así un dia, súbitamente, como quien toma extrema resolucion, compra la mitad del canal de Suez é interviene de esta suerte, con una intervencion activa y directa, en los problemas de Oriente. Ya era tiempo de que tal despertamiento viniese á revelar al mundo la existencia de una política internacional en la antigua Inglaterra. Su indiferencia llegára á tal extremo que parecia no curarse ni de los propios intereses. Todos los asuntos europeos se resolvian ó contra su influjo ó á pesar de su influjo. Quiso intervenir en las diferencias entre Polonia y Rusia, pero no se atrevió; quiso intervenir en las diferencias entre Dinamarca y Alemania, pero no se atrevió; quiso intervenir en las diferencias entre Turquía y Creta, pero no se atrevió tampoco. Su único acto internacional de verdadera importancia consistió en la restitucion del Archipiélago Jónico á su verdadera na-

cionalidad, á Grecia. Dinamarca fué sacrificada, Austria sacrificada, Francia sacrificada sin que se conmoviese Inglaterra. El tratado de París, que consagraba la victoria de su política en Oriente, se alteró, y el mar Negro se reabrió á las escuadras rusas. Para que nada faltase á este concurso de circunstacias adversas, vino la humillacion de Inglaterra ante América, públicamente confesada en los protocolos del litigio sobre el *Alabama*. Las gentes decian que era capaz de dejar á los alemanes completamente la desembocadura del Rhin; á los franceses la desembocadura del Escalda; á los españoles la desembocadura del Tajo, consintiendo que Holanda se anexionase á Alemania, Bélgica á Francia, Portugal á España. Un escritor publicó, en forma de novela popular, el final imaginario, pero posible, de toda esta larga decadencia; la irrupcion de los alemanes, más rápida y más victoriosa que la irrupcion de los normandos, y la ruina irreparable del Imperio inglés. Corria de boca en boca una anécdota atribuida al canciller aleman, suponiendo que levantaba los hombros al oir el nombre de Inglaterra, y la tenía por irremisiblemente perdida en poder é influjo. Mucho dañó al partido radical, y por consecuencia mucho sirvió al partido conservador, tan extraña política extranjera. Cuando veis un liberal inglés, y le preguntais por los ilustres repúblicos de su partido, os contesta doliéndose de la muerte del viejo Palmerston, y asegurando que su heredero, eminente hacendista, orador y sabio, de una lealtad á toda prueba y de una honradez sin tacha, desnoce por completo la política exterior y descuida en el extranjero los intereses britá-

nicos. Atribúyese por muchos esta falta al influjo preponderante de la escuela de Manchester en la política liberal; escuela que sólo mira un lado de las cosas, el lado económico; y que sólo tiene una divisa, buena en la esfera de las investigaciones científicas, pésima en la esfera de los negocios prácticos, la paz á toda costa, enseña por su sencillez misma inaplicable á un pueblo, donde los intereses han predominado sobre las ideas, y han sido estudiados con el criterio de la experiencia y sostenidos con una habilidad tradicional inaccesible al dogmatismo.

Así es que en uno de los discursos más aplaudidos por los suyos, y más encaminados á derrotar á sus contrarios, Disraeli aseguraba que los dos partidos ingleses en lucha se han distinguido siempre, porque los radicales anteponen los intereses de los demas pueblos á los intereses de Inglaterra, miéntras que los conservadores anteponen á todo su patria. Y quizás en alas de estas ideas subió á las cimas del poder y tomó en sus manos la direccion de la política inglesa, por tanto tiempo vinculada en manos del partido liberal. Pero al pronto, la trasformacion de la política inglesa no aparecia por ningun síntoma apreciable, á pesar de haber caido el repúblico ilustre á quien se acusaba de sacrificarla por completo al dogmatismo de una escuela economista. Cuando esta primavera las amenazas de guerra asomaron por los horizontes de Europa, y se desvanecieron, merced á los conjuros de la diplomacia, los amenazados lo agradecieron á Rusia, á Italia misma, á todas las naciones ántes que á Inglaterra. El dia que los periódicos

británicos quisieron granjearse la estima pública por estos recientes servicios á la paz europea, contestaron á una todos los órganos de la política alemana que la Gran Bretaña se parecia á la gran Cartago, que sus tesoros y sus intereses materiales aumentaban á expensas de su influjo moral, que sólo podria combatir como el púnico Senado con soldados mercenarios, y sólo podia contar con oro y no con sangre; que su orgullo, como el orgullo de la antigua ciudad fenicia, se humillaria fácilmenmente al empuje de pueblos más pobres, pero más patriotas, y al choque con ideas superiores á su estrecho egoismo. Así veíase desarrollarse, crecer la cuestion de Oriente, complicar y agravar todas las cuestiones europeas sin que el Imperio británico pudiese tomar la menor parte en aquello que más de cerca toca á su existencia, cuando, de pronto, el viaje del príncipe de Gáles á la India se decide, el paso por Egipto se convierte en una manifestacion política, la amenaza de maniobrar en las orillas del Nilo si Rusia ó Austria maniobran en las orillas del Danubio se dibuja, y la compra de una porcion importantísima del canal de Suez aparece como todo un programa político, cuya base es la necesidad para Inglaterra de sostener su preponderancia en los mares y de asegurar fuertemente el camino hácia su imperio asiático por una intervencion directa en el gran Canal, intervencion que fortalecen la propiedad de la fuerte plaza de Aden, allá en el estrecho de Babel Mandel, tomada en 1838 cuando se suscitó la cuestion de Oriente, y la propiedad de la isleta de Perim, enmedio del Mar Rojo, ocupada y fortificada en 1857, cuando se

vió que el canal de Suez iba á ser abierto al comercio del mundo.

La compra de esta gran cantidad de acciones, que obraba en poder del Virey de Egipto y que constituia la mitad casi del capital de la Sociedad de Suez, ha sido muy diversamente comentada, por lo mismo que representa un cambio en la política inglesa; y estos mismos comentarios, muy á fondo estudiados, por lo mismo que señalan con claridad las corrientes de la opinion pública en el asunto de los asuntos, en el asunto de Oriente. Desde luégo los periódicos franceses han deplorado que su patria, verdadera iniciadora del proyecto, renunciase á una participacion tan grande en él, por mero escrúpulo de economía, cuando las acciones se ofrecieron al Gobierno, y hasta se presentaron en la plaza. La irritacion ha subido de punto al saberse que se desechó la proposicion de venta por un regateo indigno y fué la compra á poder de Inglaterra por una miserable tacañería. El Imperio aleman, que deja al Austria y á Rusia gran libertad en Oriente á cambio de pedirles á su vez gran libertad en Occidente, toma el asunto como si fuera sólo mercantil, y propone, por medio de sus órganos, un tratado internacional que asegure el libre paso de Suez y que le quite su exclusiva preponderancia á Inglaterra. Los períodicos austriacos vacilan á causa de la posicion vacilante de su imperio y de la incertidumbre ya antigua de su política. Desearian, como es natural, una extension de fronteras en la Iliria, pero temen que los pueblos eslavos anulen hoy á los elementos preponderantes, al elemento germánico y al elemento húngaro.

Querrian que la Herzegovina y la Bosnia se emanciparan de Turquía, pero temen que esta emancipacion aumente la prepotencia de Rusia y la lleve á crear una confederacion greco-eslava en favor de su propia grandeza y en detrimento del Austria. Así no miran de mal ojo que un gran imperio occidental se alce á contrastar la autoridad absorbente y avasalladora del gran imperio oriental. En Rusia hay tres partidos poderosísimos: el partido ortodoxo, el partido socialista, el partido imperial. Los socialistas, perseguidos recientemente, no pueden expresar su opinion. Pero los otros dos partidos la expresan á maravilla con pasmosa claridad. Los ortodoxos, á cuyo frente esta Katkoff, odian á dos naciones en el mundo, á la Alemania y á la Inglaterra. Si en su mano estuviera el gobierno moscovita, elevarian la compra del canal de Suez á la categoría de un caso de guerra europea. Los imperiales, ménos ardientes, se contentan con decir que el paso de Inglaterra ha agravado la cuestion de Oriente, y que no podrá extrañar mañana si se toma sin su consejo y sin su voto una resolucion grave en Turquía, como grave ha sido la resolucion que ella ha adoptado, sin consultar á nadie, allá en Egipto. Los periódicos ingleses dejan aparte todas sus querellas para alabar el sigilo con que las negociaciones se han conducido, la maestría con que se han acabado, las consecuencias favorables al engrandecimiento de la Gran Bretaña y al desarrollo de su comercio. Sólo hay una excepcion en este concierto de alabanzas, la excepcion del periódico que representa á los economistas, el cual dice que esta adquisicion ha sido poco lucrativa; la in-

fluencia del Gobierno inglés, dados los estatutos de la Sociedad, poco decisiva; la necesidad de sostener con las armas en la mano estas propiedades, cada dia más urgente. Así nadie ha extrañado que en una asociacion de pesca hablára el organizador del ejército británico sobre la necesidad de atender al aumento de fuerzas militares en vista de la inminencia de grandes conflictos; que, en breve plazo, el Austria haya redactado las proposiciones de un arreglo con Turquía, en la necesidad de evitar nuevas complicaciones. Sólo ha venido á derramar un soplo de paz sobre estos recelos de guerra la tranquila arenga del emperador Alejandro en el banquete de la Orden de San Jorge, aunque esta arenga se inspira en recuerdos tan funestos como el recuerdo de la Santa Alianza, y elide los pueblos como si fueran cosa de poca monta, invocando solamente para asegurar la tranquilidad universal los emperadores y sus respectivos ejércitos.

En este asunto quien ha quedado á mayor altura y ha recibido de la opinion pública mayor homenaje es Lesseps, el genio que con su intuicion adivinó y con su perseverancia abrió en el seno de Africa esa comunicacion maravillosa entre Asia y Europa. Los ingleses, sus antiguos enemigos; los que creyeron puro idealismo su gigantesco proyecto; los que le negaron todo recurso; los que decidieron oponerse á ese rápido camino hácia las Indias asiáticas, el cual venía como á dar superioridad incontestable á los pueblos de las orillas del Mediterráneo sobre los pueblos de las orillas del Occéano, le ofrecen hoy el premio debido al genio, al valor, á la cons-

tancia, y le ciñen la corona de luz que sucede siempre en todo sublime martirio á la corona de espinas. ¡Cómo adivinó ese hombre superior que el Egipto, la tierra donde se trasformó el genio oriental, la escuela de los antiguos helenos, el anillo que uniera la Grecia con el Asia, el santuario en que la semilla de todas las libertades, la idea de la personalidad humana comenzó á brotar, y donde comenzó á erguirse la estatua que iba á ser como la apoteósis y la consagracion de nuestro organismo; el oráculo de los filósofos y el observatorio de los astrónomos; la encarnacion sublime del genio de Alejandro y el extenso zodiaco de los pensamientos neo-platónicos; aquella nacion que por Tébas y Menphis recogia en su seno todo el Oriente y por Alejandría todo el Occidente; la síntesis científica de la antigua historia, como Roma habia sido su síntesis política, la misteriosa sacerdotisa que llevaba al seno del cristianismo las inspiraciones del Verbo, la fundadora y la iniciadora de todos los sistemas que han arrancado á la naturaleza sus secretos y al cielo su lumbre, iba á ser todavía en el mundo moderno, merced á unos cuantos golpes de la industria y á unos cuantos esfuerzos del trabajo, como la cadena invisible de la atraccion que une los astros, el lazo material y visible que une los continentes! Si esta su obra perteneciese á tiempos más heroicos y más poéticos que nuestros tiempos, esencialmente positivistas, ya tendria los arreboles de poesía que esmaltaron el viaje de los Argonautas ó los esfuerzos de los primeros navegantes homéricos, y las sirenas escondidas en las olas del Mediterráneo elevarian ya en su loor una odisea semejante á

la antigua odisea repetida por los coros de aquellos armoniosímos escollos, de aquellos divinos promontorios, de aquellas serenas playas eternamente abiertas á las inspiraciones y á los milagros del arte.

Yo he visto á Lesseps uno de estos dias, y lo he observado con la atencion debida á todos los carácteres verdaderamente extraordinarios. Es oriundo de las costas mediterráneas, de esas costas que dieron á Marco Polo su atrevimiento y á Cristóbal Colon su genio. Tiene algo en su talento de Marsella, colonia mercantil de los antiguos griegos; y tambien de Barcelona, de esa ciudad que llevó sus naves desde Mallorca á Sicilia, desde Sicilia á Aténas y Constantinopla, aumentando con la luz de su alma las espléndidas estelas del Mediterráneo. Marsellés por su padre, catalan por su madre, reune á la vivacidad de los marselleses la reflexion de los catalanes. A estos prestigios de su nacimiento se agregan los prestigios de su educacion prodigiosa en los palacios orientales, comenzada á la sombra de las Pirámides, á las orillas del Nilo, entre las ruinas de los templos, sobre las arenas de esos desiertos que han consumido tantos pueblos y han exhalado tantas ideas; donde parecen los milagros como los fenómenos de cada dia, y como cosa natural, naturalísima, lo sobrenatural y lo maravilloso. Habla, ademas de su lengua nacional, el griego moderno y el árabe antiguo; el catalan como si áun estuviera en Barcelona; el castellano como si áun estuviera en Madrid; y esa jerga franca de nuestros marinos del Mediodía que oís en todos nuestros puertos y que parece como la base de un idioma internacional. Oyéndole creis oir á un

San German, sólo que, como aquél asistiera á todos los tiempos de nuestra historia, éste ha asistido á todos los espacios de nuestro planeta. Su edad es ya avanzada, pero su cuerpo todavía está erguido. En su frente resplandece la inteligencia y en su entrecejo la tenacidad y la porfía. El mirar es profundo; los ojos avizores y negros. Blanquea su cabeza, blanquea su bigote, y tiene su tez todavía la bronceada máscara que le ha puesto el sol de los desiertos. ¡Cómo ha trabajado ese hombre! Viajero incansable, escritor increible, orador abundantísimo, poeta verdadero, se ha inclinado como los cortesanos y se ha erguido como los tribunos; ha disimulado en los consejos de los reyes como un florentino y ha gritado en las Asambleas de los pueblos como un demagogo; ha arrastrado en pos de sí á los creyentes con sus trasportes místicos y á los comerciantes con sus cálculos mercantiles, envolviéndolos á todos con los espejismos de su poesía. Así, y solo así, ha roto el obstáculo geológico que separaba las aguas del mar Rojo de las aguas del mar Mediterráneo, y á la vista del Sinaí, sobre las tierras de las peregrinaciones israelitas, allí donde vencieron los esclavos y se ahogaron en los abismos los Faraones, le ha mantenido la virtud por excelencia creadora, la virtud de su fe en la grandeza de su obra, virtud que ha movido los montes y ha ablandado las piedras.

Yo le he oido hablar de los paisajes de Oriente con la poesía de Lamartine y de los resultados del canal con la seguridad de Cobden. Dumas le envidiaria, si le pudiese escuchar, refiriendo su embajada en Madrid al lado de Narvaez y las aventuras de su inmediato sucesor el

príncipe Napoleon Bonaparte, en mal hora elegido para representar los crepúsculos del imperio bonapartista en la villa inmortal del Dos de Mayo, digna capital del pueblo que sostuvo la heroica guerra por su libertad y por su independencia. La crónica de sus relaciones con el virey Mahomed-Said ofrece á cada paso un curioso incidente que parece copiado de las relaciones bíblicas ó de los cuentos árabes por su inspiracion oriental. Nada más curioso que el viaje á toda máquina por el ferro-carril egipcio huyendo de la presencia de Lesseps en el Cairo por temor de perderse en el concepto de Inglaterra y de enajenarse al Sultan de Constantinopla. Nada más gracioso que la observacion de su inmediato sucesor, el Kedive, hoy reinante, cuando en aquellas carreras vertiginosas y desenfrenadas le dice: «corremos muchos más peligros que correriamos viendo á Lesseps.» ¡Cuán oriental es aquel Consejo de ministros en que el Virey truena contra todo proyecto de canal en frases exageradas, y los ministros con él truenan, ménos el gobernador de Alejandría, que se queda solo al terminarse la sesion y le dice: «he comprendido á V. A.; esos imbéciles no saben que ahora es cuando se abre el canal de Suez, puesto que V. A. está más decidido que jamas á abrirlo!» ¡Qué gracia en el encargo de que le compre en París un coche con asientos muy muelles en el testero para él y asientos muy incómodos al vidrio para sus dos aduladores! ¡Qué característica esta advertencia por Said dirigida á Lesseps: «cuando vengas á palacio y me veas el baston que tú me has regalado, háblame del Canal; cuando no lleve ese baston, nunca me hables, por interes y por prisa que tengas!» Se ve

al Oriente entero cuando se oye al inmortal innovador que lo ha acercado á nuestros hogares y casi lo ha traido á nuestras manos. ¡Gloria al genio! ¡Gloria al trabajo!

TEMORES DE GUERRA EUROPEA Y MEDIACION DEL AUSTRIA.

Cuando vemos las aflictivas desgracias de la humanidad, nos imaginamos que la sociedad es como una continuacion de la naturaleza; que en su seno sólo existe la materia y sólo reina la fuerza; que leyes de la mecánica la rigen y no leyes del espíritu; que estamos condenados á ver los pueblos rivales en la historia, como las especies enemigas en el planeta, buscarse, perseguirse en una batalla sin término y sin tregua, para fundar su poder sobre el exterminio de un contrario, sobre sus miembros destrozados, sobre sus huesos esparcidos, sobre sus entrañas humeantes, pues como los dioses antiguos, las grandezas modernas necesitan y exigen tambien el bárbaro holocausto de los sacrificios humanos en este reinado inacabable de la fatalidad y del mal.

Se necesita evidentemente volver los ojos hácia los principios de justicia y en ellos fijarlos, para persuadirse de que la razon humana todavía puede impulsar los acontecimientos y dirigirlos hácia la realizacion completa del bien. Se necesita tener la fe en el ideal sentido

siempre por nosotros, para poder esperar que este ideal se cumpla. Pero así como en otros tiempos, miéntras el potro y el tormento todavía estaban de pié, miéntras la horca y el cuchillo campeaban en los torreones feudales, la razon humana iba mellándolos y destruyéndolos hasta conseguir lanzarlos de la realidad, despues de haberlos lanzado de la conciencia, hoy la razon humana condena la fuerza ciega, propone la sustitucion de los procedimientos de guerra por el arbitraje internacional, y conseguirá tarde ó temprano que la lucha del hombre con el hombre cese, que se acaben los combates de nacion á nacion, como se han acabado los combates de castillo á castillo y de ciudad á ciudad, para formar un pleno régimen de derecho y de justicia en una paz perpétua.

Hoy, sin embargo, estamos destinados á ver todavia muchas guerras. El espíritu humano del siglo décimooctavo, aquel espíritu que dió teóricos tan optimistas como Kant y Condorcet, prácticos tan honrados como Washingthon y Franklin, se ha perdido en multitud de tortuosidades incomprensibles. Al reinado de las ideas que tantas esperanzas nos daba, ha sucedido la apología de la fuerza hecha por desertores del idealismo hegeliano, como el doctor Strauss. Al sentimiento y á la idea del progreso se ha sustituido el sentimiento y la idea de un funesto pesimismo. Hase dicho que el advenimiento de las democracias, esta dilatacion y esta expansion de la vida, por tantos sucesos históricos y por tantas evoluciones preparadas, equivalia al retroceso hácia la barbarie. Por una especie de misticismo mate-

rialista se nos ha infundido el menosprecio al dón precioso de la existencia, á fin de que ni siquiera nos curemos de mejorarla y perfeccionarla. Mirando en serena noche el cielo inmenso sembrado de astros que centellean la luz y despiertan la idea, se ha dicho tristemente que allí, en aquellos focos del fuego creador, no puede existir, no debe existir esta irrision, esta burla, esta amargura que llamamos vida. Se ha cantado la nada, más terrible y más triste que los infiernos de todas las teogonías. Se ha creido preferible el no ser á nuestros dolores, como si todos no estuvieran compensados por el espectáculo maravilloso de la naturaleza, por las armoniosas escalas del arte, por la vision de la verdad en la ciencia, por la práctica del bien y de la virtud en la vida, por la interior satisfaccion que nos da el cumplimiento desinteresado del deber en nuestras relaciones con todos los seres. Y por el materialismo se ha llegado á las consecuencias mismas del más recrudecido misticismo; á elevar el conquistador y el verdugo al trono de los reyes; á idolatrar la fuerza; á predicar con el sacrificio de nuestros derechos la inmolacion de nuestras almas; á prometernos en este mundo la guerra perpétua y en el otro la nada perenne. Así somos tratados de utopistas, de soñadores, de ciegos cuantos queremos sustituir á estas ideas un principio de justicia y regular la vida social por los derechos humanos.

Cuando consideramos la serie larguísima de los sucesos pasados, sentimos fundada confianza en los progresos futuros. La ciencia precede á la realidad, y la precede á una larga distancia; pero la realidad obedece tar-

de ó temprano á la ciencia. La razon de Estado comienza por enemistarse con la razon universal, y concluye por obedecer, aunque sea á la larga. Lo presente es una transaccion perpétua entre lo por venir y lo pasado. Los organismos nuevos se asemejan mucho en la sociedad como en la naturaleza á los viejos organismos que los han producido. Para promover una trasformacion espiritual se necesita un filósofo, y para realizar esta trasformacion un estadista. Agudo sabio inglés lo ha dicho con una exactitud verdaderamente matemática; quitarle á la sociedad sus viejas instituciones sin haber producido otras nuevas, verdaderamente realizables, equivale á quitarle al anfibio los órganos con que respira en el agua ántes de haberle brotado los órganos con que debe respirar en el aire. Así el sabio inglés se consuela de que los estadistas británicos no respondan á la ciencia moderna, ni obedezcan á las puras concepciones científicas con esta reflexion profunda al par que sencilla : la desproporcion manifiesta entre su estado intelectual y el estado positivo de la sociedad traeria males irreparables á la patria. Hemos, pues, salido del período de las revoluciones y entramos en el período de las evoluciones. El armamento universal, combinado con el régimen parlamentario, no extirpa las guerras por completo, pero disminuye indudablemente las causas de estos tremendos conflictos. Si la guerra franco-germánica se hubiera discutido en una asamblea soberana, y no en una cámara imperial, de seguro se evita su terrible declaracion que tantas desgracias ha traido. Si los legisladores y los soberanos tienen que mandar sus hijos al igual que los hijos del pue-

blo á correr las aventuras de una guerra, se mirarán mucho ántes de derramar su propia sangre. Por esas transacciones que entre lo pasado y lo porvenir se pactan en lo presente podemos decir que no se han concluido los tiempos de la guerra, pero que han empezado los tiempos del trabajo.

Mas en estas reflexiones generales habíame olvidado de examinar si tantos temores de guerra como hoy embargan los ánimos, tienen verdadero fundamento. Podré pasar por sobrado optimista; pero no creo en este inmediato conflicto. El peligro más grave es la rivalidad entre Francia y Alemania, y ese peligro ha disminuido considerablemente. Los franceses se recogen sábiamente en sí mismos, como Rusia despues de Sebastopol, y Austria despues de Sadowa, consagrados hoy al mejoramiento de sus instituciones interiores y curados de aquellas propagandas revolucionarias por las ideas y de aquellas propagandas imperialistas por las armas que fueron orígen de sus glorias y de sus desgracias. Paréceles hoy más fecundo el ejemplo de un pueblo gobernándose en paz y en libertad á sí mismo, que el fastuoso apostolado de sus antiguas providenciales misiones. Alemania misma está un tanto desencantada de la guerra. El absoluto dominio intelectual que ejerciera en el mundo desde la aparicion de Kant hasta la muerte de Hegel, se ha quebrantado en gran parte desde que ha concluido por no ver cosa alguna sino materia y fuerza en la sociedad como en el universo, y sabe ya como la paz solamente puede volverla á un reinado sobre los espíritus tan parecido al reinado de la antigua Grecia y de la antigua Ita-

lia, y mucho más poderoso por su ilimitacion que las limitadas conquistas. Los millones que le ha reportado su victoria le han valido tanto como al rey de la fábula antigua el pernicioso dón de convertir en oro todo cuanto sus manos tocaban. Luégo, los recelos de esta primavera última se han calmado mucho. Ademas, por muy henchida que esté de sí misma, por muy embriagada de sus victorias, necesita Alemania para guerrear un motivo, y no pueden ser un motivo plausible aquellas reformas interiores de su ejército, de su armada, de su enseñanza, que Francia emprende en pleno ejercicio de su soberanía. Durante la larga crísis precedente á la última guerra, quejábase con sobrada razon Alemania de que la política francesa iba encaminada á detener su desarrollo interior. ¿Con qué derecho se mezclaria en el interior desarrollo de Francia? ¿Qué pretexto atendible podria ofrecer á esta agresion incalificable? Es desconocer injustamente la altísima inteligencia política de Bismarck, y confundirlo con los estadistas vulgares, cuando tantos títulos tiene á ser considerado como estadista de primer órden, el creerlo decidido á lanzarse con la precipitacion y la ceguera de un Ollivier en los conflictos europeos. La alteza de su inteligencia responde más que ninguna otra garantía, y asegura más que ninguna fuerza en este momento supremo la paz de toda Europa.

Sólo queda una causa, y causa considerable de guerra : la cuestion de Oriente. Pero la cuestion de Oriente no puede traer hoy conflictos inmediatos. Las dos naciones que más interes en ella mostraban y más compromi-

sos tenian, si no han variado de opinion, ha sido quitarle á esta opinion todo carácter exagerado y extremo. Inglaterra no sostiene tan á punta de lanza como en otro tiempo la integridad inatacable del imperio turco, ni Rusia se dirige con tanta prisa como en otro tiempo á la santa ciudad de Constantino. Una y otra han moderado su ardor al frio toque de la experiencia. Inglaterra conoce que para contrastar á Rusia necesita un apoyo en Occidente, perdido por completo desde que dejó sin protesta alguna consumar la dolorosa desmembracion de Francia. Rusia, á su vez, conoce que para resolver en su provecho la cuestion de Oriente necesita haber concluido la red entera de sus ferro-carriles y armado el numeroso contingente de sus reservas. En este momento, por tácito acuerdo, así los pueblos del Norte como los pueblos del Mediodía en Europa, han dejado la iniciativa principal, y el papel importante á ese Imperio austriaco de quien tanto hemos maldecido cuando proyectaba su sombra de muerte sobre Alemania y sobre Italia. Pero en este momento su mediacion puede amortiguar el choque tremendo de la Europa oriental con la Europa occidental, choque ocasionado á tantos pavorosos desastres. La geografía tiene una inmensa influencia en la política, y la geografía acerca el Austria á los turcos por várias intersecciones de límites entre los dos imperios y sus múltiples sometidos pueblos. El Imperio austro-húngaro ejerce su tutela, como el Imperio turco, sobre inmensa multitud de pueblos eslavos. Eslavas son Bohemia, Galitzia, Croacia y toda la antigua Iliria. Hay ademas otra razon que señala claramente la cuestion de

Oriente á la tutela austriaca. La poderosa Alemania tiene interes en que Austria pierda su carácter germánico, y crezca en los pueblos y territorios eslavos, para anexionarse sus regiones alemanas; y el Imperio ruso tiene interes en que otra potencia cristiana disminuya la fuerza de los turcos, segura como está de que nadie puede arrebatarle jamas la decisiva preponderancia y la autoridad superior sobre su propia raza, cuyas diversas tribus creen á una en el tantas veces prometido mesianismo ruso, bastante, con toda su vaguedad é incertidumbre, á deslumbrar la fantástica imaginacion del Oriente. Así todas las potencias, de comun acuerdo, han dejado al Imperio de Austria la direccion de los negocios de Turquía y la redaccion de la nota que podia y debia presentarse á Constantinopla en demanda de reformas. La nota se ha presentado, y aunque Turquía protesta, habrá de someterse por fuerza. El Austria cree que los proyectos complejos tienen que ser de realizacion difícil, y propone restringir la solucion política á la Herzegovina. Un Estado como Austria, que tiene tanta diversidad de caractéres y habla tal multitud de lenguas, y profesa religiones contrarias, y es así magyar como croata, germano como eslavo, griego como católico; inmenso mosáico donde se ajustan difícilmente pueblos enemigos; monstruosa organizacion que cuenta con tres gobiernos y várias asambleas; formado por la individualista raza germánica y la socialista raza eslava; tocando por su extremo oriental á regiones bárbaras como Turquía y por su extremo occidental á regiones de la más refinada cultura como Suiza é Italia, bien puede, tan acostum-

brado á expedientes y transacciones para mantener equilibrio inestable entre fuerzas contrarias y paz artificial entre nacionalidades enemigas, bien puede hallar alguna fórmula feliz que por de pronto prolongue la agonía del Imperio turco, y nos alcance relativa calma, la cual, áun siendo pasajera, como tregua, todavía servirá para reponernos de la presente postracion y para facilitarnos mayor consagracion al trabajo de la industria y de la ciencia, á ver si podemos establecer, tarde ó temprano, verdadero nivel entre la suerte de los pobres pueblos sumidos en la ignorancia, y la suerte luminosa de los grandes pensadores abierta al porvenir, obteniendo que el sentido universal del género humano condene y maldiga con horror las apelaciones desesperadas y desesperantes á la matanza y á la guerra, para resolver asuntos resolubles en justicia por la humana conciencia, en virtud de un arbitraje internacional y con sujecion estricta á los principios eternos del Derecho.

EL PRINCIPIO DEL FIN.

La cuestion de Oriente se agrava sin que la diplomacia pueda ni resolverla ni aplazarla. El predominio de la política rusa aparece avasallador é incontrastable. Repuesta de sus humillaciones, libre en sus manejos, apoyada indirectamente por las victorias alemanas y las derrotas francesas, ha vuelto á su antigua tutela sobre los pueblos eslavos de Oriente. Dos enemigos podria encontrar en esta obra de restauracion, Austria é Inglaterra: ésta, á causa de sus tradicionales creencias respecto á la integridad del imperio otomano; aquélla, á causa del predominio húngaro en su Gobierno, de ese predominio tan opuesto á los eslavos y tan favorable á los turcos. Inglaterra no puede hoy lo que podia en 1855. Austria no tiene hoy la unidad de otro tiempo. Dividida en dos poderosas secciones, enseña con este ejemplo la division á sus innumerables vasallos y los prepara á la anhelada autonomía. Desde los eslavos de Bohemia hasta los eslavos de Iliria, sienten todos, á lo ménos todos cuantos piensan maduramente en la consaguineidad de estos

pueblos, dos pasiones : el ódio á turcos y húngaros, el amor á una confederacion estrecha fundada en la vívida idea de raza. Alemania bien quisiera expulsar al Austria de su territorio y darle los despojos del Imperio turco á fin de recabar sus ocho millones de alemanes y constituirla en la cabeza de los eslavos del Mediodía. Pero todo esto encuentra dificultades innumerables y confina en los límites donde comienza lo imposible.

Lo cierto es que aquella antigua alianza de los tres Emperadores del Norte, á la cual fiaban su paz y su estabilidad hasta los pueblos del Mediodía, pasa por graves peligros y toca en cercanas catástrofes. Tras muchas conferencias, las condiciones impuestas al Imperio turco en la cuestion de la Herzegovina tienen tal gravedad, que pueden llamarse el decálogo revolucionario de los eslavos en armas. Concesiones múltiples á los insurrectos, armisticios vergonzosos para el Sultan, autorizacion dada á quejas que se expresan por medio de la sublevacion, disposiciones atentatorias á la integridad del Imperio otomono y preñadas de nuevos conflictos; esto y mucho más contienen las condiciones ideadas en Berlin é impuestas á un poder tradicional é histórico herido en el corazon por poderes tradicionales é históricos tambien, creidos de que sirven á los transitorios intereses de su autoridad monárquica cuando en realidad sirven á los permanentes derechos de la revolucion europea. Inglaterra, ora por espíritu conservador, ora por apego á las tradiciones de la antigua política internacional, ha negado su adhesion á las proposiciones de la última conferencia, y el presidente Andrassy, al volver

á Viena, ha dicho que la guerra se habia aplazado, pero que sólo se habia aplazado por un año.

Y miéntras esto pasaba en los consejos de las tres potencias del Norte, sobrevenia caso gravísimo en la córte de Constantinopla. Háblase mucho de las perturbaciones que traen los sistemas democráticos, los sistemas electivos, y á estas perturbaciones se atribuye, para demostrar lo indemostrable, su inferioridad respecto al sistema monárquico, es decir, al sistema hereditario. Sin embargo, la sucesion cuesta en las monarquías mucho más de lo que cuestan las elecciones en las repúblicas. Dos grandes poderes se crearon casi á un mismo tiempo en Europa á la caida de los carlovingios; el poder hereditario de la monarquía francesa y el poder electivo de la monarquía alemana. Pues al morir este imperio electivo se vió que las elecciones habian costado en Alemania cuarenta años ménos de guerra que las herencias en Francia. Casualmente esa Constantinopla ha sido teatro de grandes tragedias producidas por el derecho hereditario. Los retóricos anuncian á Constantino, cuando apénas acaba de fundarse el Imperio de Oriente y denominarse su capital Constantinopla, que reinará largos años en su descendencia. Y esta profecía se desmiente por los hechos. Cuando otro gran Emperador sube al trono, el Emperador Theodosio, la retórica vuelve á sus promesas pomposas y la sociedad á sus destronamientos periódicos, como lo demuestran la triste suerte de Valentiniano y de Graciano. En el siglo VIII parecia definitivamente fundada la monarquía hereditaria. Al Emperador Leon, tercero de los Isaurios, le piden que asocie su

primogénito al Imperio, que lo bendiga en Santa Sofía, que lo corone en el circo, que le decrete pomposos triunfos, que lo lleve á recibir los homenajes de todo el pueblo, que lo asiente á su lado sobre el trono, y cuando cumplidas todas estas ceremonias, creeríase realizada la trasformacion, el heredero ungido por la Iglesia y aclamado por las muchedumbres cae desde las vertiginosas alturas á los calabozos y muere, ¡él! que se imaginaba ya un Dios, como pudiera morir un perro. Dejemos á un lado todas estas consideraciones, pero no sin decir, como resulta del estudio atento de la historia, que no se evitan las guerras civiles por pasar de las instituciones electivas á las instituciones hereditarias, pues Roma, al convertir su República en Imperio, alcanzó una paz relativa y precaria sostenida durante algun tiempo, gracias al astuto Augusto, pero bien pronto turbada con asonadas sin número, guerras sin término, sublevaciones de las muchedumbres por cambiar de amo, batallas en las calles, asesinatos en el Palatino, imposiciones de los ejércitos, anarquía en las provincias, fraccionamiento de la autoridad, cínica division del poder, escándalos como el sacar la púrpura á pública subasta, catástrofes como la venida de los bárbaros, los cuales llegaron á infligirle merecidísimos castigos, consumando su ruina decretada inapelablemente desde el nefasto dia en que se arruinó la libertad.

El Imperio turco no es tan absoluto como generalmente se cree y como á primera vista parece. El Koran le puede limitar con el freno de una ley escrita. La costumbre viene luégo á ampliar todas las reglas más ó ménos exactas y claras relativas al Imperio y á la sucesion

legítima en el Imperio. La costumbre y la ley habian querido que la sucesion no fuera como un mayorazgo trasmisible de padres á primogénitos, sino del posesor al varon de más años en la familia. Así debia heredar la monarquía turca no el hijo, el sobrino del Sultan, hijo mayor de uno de sus hermanos. Pero Abdul-Aziz, el sultan reinante, vió con disgusto tales costumbres y pensó cambiarlas en favor de su primogénito, para que éste heredára á la europea usanza. Penetrado de la injusticia que cometia despojando á un heredero legítimo de derechos traidos por su nacimiento y afirmados por las tradiciones y las leyes, se propuso atormentar al mismo á quien despojaba, y lo encerró en vasto palacio, y lo privó del trato con las gentes, y lo tuvo en largo cautiverio, recelando que provocase una guerra civil y rescatára con sangre el derecho arrebatado por la fuerza. En esto comprometióse á venir á París, con motivo de la Exposicion Universal, y trajo consigo á su sobrino, como si fuese su sucesor, para ocultar que era en realidad su prisionero. Tendria á la sazon Murad veinticuatro años, y ya languidecia de pena en su encierro y adivinaba su desgracia. Llegado á París, creyóse libre como el esclavo asiático ó africano al tocar las playas de los pueblos europeos. No sabía el infeliz que su cadena pesaba mucho, porque su cadena se llamaba la razon de Estado. En vano trató de apiadar á los poderosos; en vano de tener una entrevista con el Emperador frances; en vano de pedir á las leyes ó las armas europeas su emancipacion; el terror que siempre ha inspirado la cuestion de Oriente ahogó todos los impulsos generosos, y el que

estaba llamado á asentarse entre los soberanos de Europa, la atravesó sin respirar aquel aire más vital y más codiciado que el aire de nuestra atmósfera, la deseada libertad. Vuelto de nuevo á los dominios de sus padres, una barca lo recogió, unos carceleros le acompañaron, y atravesando las aguas del Bósforo, encerróse en su durísimo cautiverio, reducido á soportar con impotente rabia su inmerecida desventura. ¿No veis cómo jamas cambia la vida asiática? Este sultan implacable, este heredero perseguido, este cautiverio en apartado palacio, estos recelos del déspota, estas desgracias de la víctima, recuerdan aquellos últimos dias del Califato de Occidente en que un sultan, por nadie visto, de nadie conocido, languidecia entregado á las odaliscas, sin saber dónde llegaban sus derechos, sin medir la extension ni la grandeza de su reino, vil juguete unas veces de sus berberiscos y otras de sus esclavos, siempre de sus guardias, aparecido al pueblo en la aljama cordobesa si la sultana ó el eunuco necesitaban de su prestigio y de su nombre y de sus fuerzas; desaparecido en cuanto no hacía falta hasta hundirse en tal menosprecio que resulta imposible hoy preguntar á la historia el sitio y la hora de su muerte.

Pero ninguna de las injusticias cometidas con el sobrino hubieran perdido al Sultan, á no perderse él mismo. Dormido en el profundo sueño de la materia, entregado á un sensualismo sin igual, indiferente á las ideas, fiado en su estrella como buen fatalista, ignorante del estado de su Imperio y del propio tristísimo estado, Abdul-Aziz empleaba los tributos en su regalo, el tiempo

en su haren, la vida en sus goces, las escuadras en traerle plantas raras á sus jardines orientales y brutos costosísimos á su casa de fieras, pasando del lecho al plato, del plato al sueño, como un Baltasar ó un Sardanápalo, como todos los predestinados á perder los grandes Imperios. Miéntras que devoraba sus manjares, y dormia ó roncaba en brazos de sus favoritas, y miraba pasar los años al són de los cantares de su serrallo; el Imperio se caia á pedazos; el Egipto compraba en oro sonante su independencia; la Rumanía conseguia hasta admitir representantes extranjeros y hasta pactar tratados de comercio; Creta se incorporaba para sacudir sus pesados hierros; Grecia movia la esperanza de las provincias componentes de su antigua nacionalidad aun marcadas con la media luna; los principados danubianos se convertian de feudatarios en enemigos; los tratados de París se rompian y los barcos rusos entraban á velas desplegadas en las aguas del mar Negro; la Herzegovina se sublevaba y el imperio de Osman se caia á pedazos, perdiéndose en irremediable naufragio.

Así, en los últimos dias todo anunciaba una revolucion. Los discípulos de las madrisas ó escuelas, más industriados en la cosa pública que el resto de los musulmanes, se congregaron, miéntras en el Norte se discutia sobre la suerte del Califato, y llevaron al sordo Califa sus amargas quejas. Pero Abdul-Aziz, que habia dejado amontonarse la tempestad en torno de su trono, estaba imposibilitado para conjurarla como para preverla. Entónces le pidieron que á lo ménos entregase su tesoro privado al Tesoro público, para que pudieran vestirse y

racionarse las tropas desnudas y hambrientas. Pero el Sultan se negó á esta demanda. Y al negarse le pasó como á Tiberio, como á Calígula, como á los déspotas más abominables; una revolucion palaciega le derribó en su santuario. Los mismos ministros que habia nombrado, le intimaron que estaba destronado. La misma guardia en que fiaba cumplió la órden de los ministros, como los verdugos cumplen las sentencias de los jueces. El telégrafo oficial anunciaba que se habia guarecido en seguro buque inglés el dueño absoluto de Turquía. Pero la conciencia pública no quiso creerlo. Instintivamente adivinaba que al destronamiento acompañaba otro crímen, y que el sable de Osman no se caia de manos del Sultan sino con la pérdida de su existencia. Así á los pocos dias se anunció que habia recurrido al suicidio, noticia más inverosímil todavía que la fuga á un barco inglés. El Sultan ha sido, segun la voz pública, asesinado en su palacio. Aquel carácter frio estubo incapacitado para elevarse súbitamente á la altura de Bruto y de Caton. Luégo, en la historia de Oriente son frecuentísimas estas catástrofes. Bayazeto II, hijo de aquel que conquistó á Constantinopla, fué depuesto del trono y envenenado por su hijo Selim; Mustafá I, el idiota á quien los ulemas querian acreditar de santo, y que se entretenia en cebar con áureas monedas á los peces del Bósforo, pereció á manos de los genízaros; Ibrahim, criado en el serrallo, y que á la hora de subir al trono rechazó el sable de Ostman, como Wamba el cetro de los godos, tambien sufrió deposicion violenta y violenta muerte; Mahomet IV, hijo de Ibrahim, exaltado desde la cuna al solio, tuvo

la misma tristísima suerte de su padre, á causa de haber atribuido los turcos á su mala estrella grandes victorias de los polacos; Mustafá II, en cuyo tiempo se reveló á Europa la incurable impotencia del Imperio otomano humillado por Pedro el Grande, anunció á su propio sucesor la aclamacion de las tropas en su pro y le entregó la eclipsada autoridad de los califas; Selim III, que al comenzar nuestro siglo llegára al trono con ideas de reformas, pasó del trono nuevamente al serrallo, y en el serrallo le descabezaron, como á tantos de sus predecesores, las rivalidades engendradas en los santuarios del despotismo; Mustafá IV, su triste sucesor, por una rebelion fué levantado y por otra rebelion destronado; imágenes vivas todos ellos de la incierta suerte á que el poder está sujeto cuando no se vivifica y anima en el aire purísimo de la libertad.

Como tantas veces ha sucedido entre los turcos, el prisionero oculto en los serrallos y olvidado del mundo se ha puesto á la cabeza del Imperio, exaltado de súbito, desconcertando todas las previsiones humanas y sorprendiendo todos los ánimos, cual por súbita intervencion del mismo Dios, con el desenlace de la pavorosísima tragedia. Murad, ayer aherrojado, aborrecido, celado, se levanta hoy exaltadísimo, aclamado, popular, llevando al trono las tristezas de su amarga prision unidas á la natural melancolía que engendra siempre el despotismo. Las gentes se regocijan, y los anuncios de grandes prosperidades se suceden. El riquísimo tesoro particular de su antecesor entra en el exhausto Tesoro imperial. Las mil doscientas mujeres que componian el serrallo reco-

bran la libertad como avecillas despedidas de áurea pajarera. Las costumbres y las leyes turcas se reforman en progresivo sentido. Una tolerancia, propia de nuestro siglo, abre los brazos á los sectarios de todas las religiones en que el Oriente se divide. Las quejas de los insurrectos son escuchadas; las notas de las potencias suspendidas. El armisticio se prepara y la reconciliacion de los insurrectos con su señor se anuncia. Hasta una constitucion aparece entre los arreboles de tantas ilusiones, y un Parlamento surge en las playas infestadas por la esclavitud de serviles razas. El ángel exterminador que vibraba su espada de fuego y traia consigo los horrores de la guerra, huye á los conjuros del jóven monarca educado á la manera asiática y resuelto á seguir en el gobierno las usanzas y las tradiciones europeas.

Todas estas noticias vuelan de periódico en periódico, obteniendo el crédito vulgar que suele prestarse á todas las esperanzas, pero sin convencer ni persuadir á los ánimos serenos, conocedores de los verdaderos resortes cuyo movimiento impulsa al Imperio turco. Su mal mayor proviene hoy de lo mismo que en otro tiempo constituyera su autoridad y su fuerza. Vaciado en el molde estrecho de una ortodoxia intolerante, no puede entrar en el espíritu moderno sin salir de esta ortodoxia, y no puede salir de esta ortodoxia sin destruirse á sí mismo. La grandeza de Dios le ha revelado leyes á las cuales no alcanza la poquedad de los hombres. Para entrar desde la fe en el libre exámen, desde la obediencia pasiva en el derecho moderno, desde el serrallo en la Asamblea, necesitarian quemar el libro donde se encierran sus con-

suelos eternos y sus eternas esperanzas. No les pidais á las teocracias dirigidas por mandamientos divinos obediencia á los cálculos humanos. Inmóviles como el dogma, prefieren á la transformacion la muerte. Y el Imperio turco preferirá morir á transformarse. Hay algo en la suerte y hora final del Imperio turco de lo que hubo en la suerte y hora final del Imperio griego. Tras cinco siglos se reproduce la misma tragedia con iguales catástrofes. El inmenso Imperio ruso rodea á Turquía como el inmenso Imperio turco rodeó á Bizancio; los pueblos eslavos, unos tras otros, van cayendo bajo la política moscovita, como en aquel tiempo caian bajo la cimitarra mahometana; el Occidente se conmueve y no puede acudir en socorro de la Constantinopla coronada por la media luna, como se conmovió en el siglo décimo quinto y no pudo acudir en socorro de la Constantinopla coronada por la cruz de Santa Sofía; una ortodoxia intransigente impide al Imperio turco transformarse y admitir los consejos de las potencias europeas, y otra intransigente ortodoxia impidió á la Iglesia griega su armonía con la Iglesia latina, y por consiguiente la transformacion necesaria á su salud y á su vida. ¿Estará destinado el jóven Murad V á reproducir el heroismo inútil del último Constantino y á morir en el mismo sitio consagrado por la victoria del gran fundador de su Imperio, como el último Emperador griego dejó la cabeza en la misma soberbia columna erigida como imperecedero monumento por el ilustre fundador de Bizancío?

LATINOS Y GERMANOS EN FRENTE DE LOS ESLAVOS.

AL POETA ALEMAN JULIO SCHANZ.

Las sociedades suelen componerse de vocaciones exclusivas y de temperamentos inflexibles. Cada hombre quisiera ser un mundo y vivir como los mundos, en sí mismo, sin comprender que esas estrellas rodeadas de sombras y que parecen islas de luz en la inmensidad, no existirian si no estuviesen unas de otras suspensas y unas á otras subordinadas como las piedras de un collar, como las abejas de un enjambre, como las ideas de un sistema, por las leyes de la mecánica celeste. El artista suele menospreciar al político, y el político tener por charlatan ó por loco al artista. Para los fuertes y batalladores el filósofo es un ideólogo, y para los ideólogos deben contarse los fuertes y los batalladores de temperamento entre las bestias de carga. Preguntad á un médico lo que le parece un alma religiosa, y os contestará que le parece como las brujas, duendes y endriagos, pues no sabe qué quiere decir ni religion ni alma. Preguntad á un místico qué le parece un naturálista, y os respon-

derá que un puerco encenagado en la materia. El matemático tiene al músico por un extravagante, aunque haya en la música muchas matemáticas. El músico mira como un ambicioso vulgar, ó como un intrigante, ó como un estafador público, al hombre que se consagra á la política. Odia el trabajador de los campos al trabajador de las ciudades; el agricultor al industrial, sin comprender que el uno transforma lo que el otro produce. Un pintor se levanta de hombros cuando ve pasar á un literato, y un literato desprecia al pintor, creyendo que no ha leido en su vida un libro. La ocupacion principal de los electores consiste en maldecir de los elegidos, y la ocupacion de los gobernados en maldecir de los gobernantes. Hemos dividido en tal manera el trabajo, que cada hombre se encierra en su vocacion y en su destino como en una fortaleza inexpugnable. Así la ley de la concurrencia no es aquella saludable rivalidad de que habla Hesiodo en sus poemas, sino una guerra á muerte y de exterminio. El Renacimiento, la época en que el mundo parecia volver á los tiempos helénicos, no era de esta suerte. Garcilaso, Camoens y Cervántes al par manejaban el plectro y la espada. En Lutero, un gran escritor, se encontraba tambien un gran músico. Erasmo de Rotterdam profundizaba la teología como un Tomás de Aquino, y alababa la locura como un folletinista moderno. Miguel Angel debe contarse entre los poetas, los arquitectos, los escultores, los pintores, los políticos, y Leonardo de Vinci cincela joyas, construye edificios, anima paredes y tablas, funde estatuas, traza planos, abre canales, eleva fortificaciones, idea batallas, profundiza la

filosofía y la geología. Uno de estos hombres podria resumir en sí la humanidad.

Pues en nuestro afan no nos contentamos con los individuos exclusivos; queremos pueblos exclusivos tambien. Hemos decidido que el inglés sólo sirva para el análisis y la experiencia; el aleman para la indagacion y la síntesis; el frances para la conversacion, el cesarismo y la igualdad; el italiano para el canto, y el español para la guerra. De suerte que intentamos hacer de los pueblos, como de los individuos, seres de una exclusiva vocacion y de un singular ministerio, cuando en los pueblos hay, como en el universo, paisajes múltiples, aptitudes diversas, contradicciones bruscas, matices y colores varios, pasiones en pugna, fuerzas contrarias, ideas contradictorias, manifestaciones multiformes del espíritu, afinidades infinitas de la vida, eslabones inmensos de la cadena del organismo. Y al mismo tiempo queda en el fondo de los pueblos este sentimiento: yo me basto á sí mismo, yo me basto á mí mismo. El español de abolengo se imagina que con su antigua religion tiene de sobra para satisfacer todas las aspiraciones del alma, y que son su territorio, tan vasto y tan rico, de sobra para satisfacer todas las necesidades de la vida. Si le dejarais, cerraria el hogar de su patria á toda creencia, como en el siglo décimoséptimo, y los puertos de sus dos mares á todo comercio, como la antigua China.

Pues luégo se ha extendido mucho más esto de los elementos exclusivos, y se ha dicho que hay razas exclusivas tambien. La historia antigua se ha dividido en un combate á muerte y eterno entre la raza semítica y

la raza aria, miéntras la historia moderna se dividia en otro combate á muerte entre la raza germánica y la raza latina. Los semitas son los reveladores, los patriarcas, los profetas, los sacerdotes del universo. Ellos nos han dado la Biblia, el Evangelio y el Koran. Ellos nos han traido Moisés, Mahoma y Jesucristo. Los arios son los filósofos, los legisladores, los tribunos, los políticos de la tierra. Ellos nos han dado los códigos romanos, las arengas del Foro y de la Agora; el banquete de Platon, donde las almas se congregarán eternamente á gustar el embriagante licor de las grandes ideas. Y así como la raza semítica y la raza aria tienen estos caractéres opuestos, la raza germánica y la raza latina los tienen tambien. Aquélla es la raza individualista, y ésta la raza social de la historia moderna. Aquélla ha traido el elemento personal con los bárbaros y el feudalismo; el elemento moral con la Reforma y la Filosofía, todo lo que consagra la humana libertad. Ésta ha traido los elementos sociales ó universales; su derecho, que universaliza la sociedad civil; su Iglesia católica, donde la conciencia personal se pierde en los dogmas comunes; su imperio romano, que ha formado el cuerpo de la humanidad; su revolucion francesa, que ha extendido y universalizado el derecho.

Yo debo confesaros una cosa, debo confesaros que el estudio de la historia me confirma cada vez más en estas ideas de las razas. Recordaréis sin duda que en el banquete de Roma yo protesté contra los que negaban la existencia de la raza latina, como protestaria contra los que negáran la existencia de la raza germánica. Pero yo me su-

blevo contra las ideas de preeminencia deducidas del reconocimiento de este principio de las razas. Yo veo una demostracion de la ley de variedad que rige al mundo en las razas, como la veo en las naciones, en las familias, en los Estados diversos, en los individuos y sus caractéres, en los oficios, en las aptitudes, en las vocaciones. Pero de que haya razas diversas no debe deducirse que sean esas razas forzosamente enemigas, como de que haya vocaciones contrarias no debe deducirse que una vocacion ahogue ó extirpe á la otra. Porque yo sea escritor no debo desconocer la necesidad social que hay de los agricultores, y porque yo sea latino tampoco debo desconocer la necesidad histórica que hay de los germanos. Esta idea mia nos lleva á todos á reunirnos en un ideal superior á la familia, á la nacion, á la raza, en el ideal de la humanidad. Por esta idea mia no se cae en las grandes injusticias que enemistan los pueblos entre sí y los preparan á la guerra y á la matanza. Inspirándose en esta idea no se dice lo dicho por Guizot muy seriamente respecto á la península ibérica, que no hemos contribuido en nada al progreso humano; como si no hubiéramos llevado las ciencias exactas y las ciencias naturales al seno de la Europa teocrática con las escuelas de Córdoba y Sevilla; como si no hubiéramos preservado al mundo cristiano de las razas africanas en las Navas de Tolosa; como si no hubiéramos descubierto, y bautizado, y traido á la vida moderna el Nuevo Mundo; como si no hubiéramos revelado el planeta con Colon, Magallánes, Vasco de Gama y El Cano; como si no fuera nuestro teatro el primer teatro del mundo, y Camoens

no hubiera escrito la epopeya del trabajo y la navegacion en los tiempos de la guerra, y Cervántes no hubiera enterrado el podrido organismo de la Edad Media, preparando el momento en que debia exorcizar y disipar completamente su espíritu la sana risa de Voltaire. Levantándose á esa idea superior de la humanidad, no se juzga á los franceses tan cruelmente como los ha juzgado Gervinus en su *Historia del siglo décimonono;* ni se niega á los germanos las brillantes cualidades que les ha atribuido Tácito, suponiendo su magistral retrato una fantástica imágen ideada por el moralista y el republicano contra el Imperio, como lo ha supuesto Zeller en su *Historia de Alemania.* La idea de la humanidad en las ciencias históricas es como el espectro solar en las ciencias cosmogónicas. Éste enseña la unidad del cósmos, aquélla enseña la unidad del espíritu.

Pero ¡ay! confesemos que los últimos sucesos acaecidos en Europa han retrasado mucho esta inteligencia necesaria entre las razas. Los dos pueblos que debian, por su posicion geográfica, por sus relaciones mútuas, por su lengua y por su historia, contribuir más á la union, se han querellado y se han combatido cruelmente. ¡Qué diferencia de aquellos dias en que el gran Federico II y el gran Voltaire se comunicaban sus pensamientos y contribuian el uno con sus libros y el otro con su política á la cultura universal! Entónces habia un cambio de ideas que aumentaba la robustez intelectual de Europa. Kant saludaba la revolucion francesa como una de las más fecundas erupciones del gran fuego central de la conciencia humana. Fitchte trazaba sus co-

mentarios sobre el 4 de Agosto de 1789, este dia sublime del génesis moderno. Schiller cantaba á Juana de Arco con el mismo entusiasmo que á Guillermo Tell. Goëthe venía á estudiar á Estrasburgo. Cousin iba á recorrer las escuelas alemanas, y á absorber sus ideas y su espíritu. La Universidad de Heidelberg, más cercana al centro de Europa, veia llegar una gran muchedumbre de discípulos franceses, que luégo difundian el espíritu germánico y su profundo idealismo interior en la literatura occidental. Heine parecia un frances por el ingenio y por la gracia unida al sentimiento y al idealismo de su raza. Michelet, el dulce poeta de la naturaleza, el gran historiador de la democracia, juzgaba los hechos capitales de la historia, vuestro Federico Barbaroja, vuestro Federico de Suabia, vuestra Reforma, vuestra paz de Westphalia, vuestros reyes y vuestros emperadores filósofos con un criterio verdaderamente aleman. ¡Qué desgracia tan grande para la cultura europea los conflictos guerreros interrumpiendo esta comunicacion, secando esta fuente de vida, comprometiéndoos á unos y á otros en grandes armamentos, sobre los cuales debia alzarse tarde ó temprano el cesarismo! Grande error el de Francisco II de Austria y Federico II de Prusia yendo como á una cruzada á la guerra contra la revolucion de Francia; grande error tambien el de Napoleon I y Napoleon III peleando contra la autonomía y la independencia interior de Alemania. La enemiga entre estas dos naciones, que era intensa despues de Jena, Austerlitz y Waterloo, se ha recrudecido despues de Sadowa, Metz y Sedan. No puede leerse un libro aleman que hable de

Francia, ni un libro frances que hable de Alemania. La cólera se extiende á todos los siglos y á todas las instituciones, á la filosofía, á la literatura, á la historia. Yo he oido decir á un filósofo frances que ántes de la guerra era hegeliano, y despues de la guerra se ha inscrito en la vieja filosofía escocesa. Yo he oido decir á un sabio aleman que no perderá su tiempo aprendiendo el frances. Debe aplicarse á los dos pueblos aquello que decia Montesquieu de un abate, su antiguo amigo: «Lo que diga el abate de mí, y lo que yo diga del abate, no lo creais, porque hemos reñido.»

Un error político puede contribuir á un grave atraso intelectual, y la grandeza de los pueblos no se mide tanto por la conquista de grandes territorios como por la conquista de grandes verdades. Nada queda de aquellos imperios asiáticos con reyes tan poderosos á su frente y esclavos tan oprimidos á sus piés, miéntras que de la breve y reducida Aténas quedarán siempre resplandores indelebles en la conciencia y en la historia. Dos pueblos que batallan sin razon, y que se oprimen sin misericordia, pueden turbar el concepto que deben merecerse mutuamente las razas. Acordaos de cómo juzgaban los italianos á los tudescos cuando los tenian acampados en el Cuadrilátero, y ved cómo los juzgan ahora que les deben la reincorporacion de Venecia y la entrada en Roma. Y yo digo que ciertos hechos eran inevitables lo mismo en la raza germánica que en la raza latina. El 20 de Mayo de 1856 decia yo ante el Jurado de Madrid, en defensa del periódico *La Democracia*, que la unidad y la libertad de Italia se habian elevado á principios adquiridos

por la conciencia moderna, y próximos á realizarse en el espacio. El 16 de Enero de 1861, al saberse en España la muerte de Federico Guillermo IV, escribia yo en *La Discusion*, el periódico más democrático entónces de nuestra patria, estas palabras: «Hoy, que agitada y convulsa la confederacion germánica, vencida por la libertad el Austria, vive más que nunca el pensamiento de unidad en Alemania, y Prusia necesita ser, para cumplir sus destinos históricos, el Piamonte aleman, hoy acaba de espirar, despues de una agonía tan larga y tan tenaz como el principio que representaba, Federico Guillermo IV, el gran reaccionario, el gran Juliano el apóstata de la filosofía y de la libertad alemana.» Y más abajo: «El sacro imperio austriaco, que ha sido á un tiempo el verdugo de Alemania y el carcelero de Italia, está en el polvo. Prusia, pues, debe representar el germanismo, la unidad alemana y la libertad alemana.» Y el 5 de Abril de 1869, en un discurso pronunciado ante las Córtes Constituyentes españolas, dije que el Imperio frances acababa de cumplir el ciclo que dura todo régimen aquí en Francia, y que se acercaba á más andar el inevitable advenimiento de la República. ¿Por qué fatalidad verdaderamente deplorable estos tres grandes hechos, que constituyen, digámoslo así, el carácter fundamental de nuestro tiempo y el trabajo gigantesco de nuestra generacion, la unidad y la independencia de Italia, la unidad y la libertad de Alemania, la república y la libertad en Francia, han coincidido con una guerra que ha indispuesto á dos naciones, por más de un concepto y por más de un motivo hermanas en el espíritu moderno?

Sobre todo, lo que realmente no puede desconocerse es la existencia de las dos razas, germánica y latina, así como la necesidad que tienen una de otra para completarse y perfeccionarse. En el hombre hay dos elementos; el elemento individual y el elemento social. Uno de estos elementos le lleva á reducirse en sí mismo; le lleva á la libertad y á la independencia; otro de estos elementos le lleva á reunirse con sus semejantes, le lleva á la autoridad y á la sociedad. Estos dos elementos son dos factores necesarios de la vida humana, son como el movimiento de rotacion y el movimiento de traslacion en los astros. Por el elemento individual puede decirse que el hombre gira sobre sí mismo, y por el elemento social puede decirse que el hombre sigue su órbita, obedeciendo á la atraccion universal. El perfecto equilibrio entre el elemento social y el elemento individual, la perfectísima ecuacion de la libertad con la autoridad, la síntesis superior de esta antigua antítesis es, creedme, el problema por excelencia de los modernos tiempos. Y puede decirse que el elemento individual de nuestra naturaleza está representado en la historia por la raza germánica, y el elemento social por la raza latina. Todo cuanto ha tendido á encerrar el hombre en sí, es vuestra obra; y todo cuanto ha tendido á extenderlo en la sociedad, es nuestra obra. Por eso vosotros sois la raza individualista, y nosotros la raza social; vosotros la raza de la libertad, y nosotros la raza de la igualdad; vosotros la raza del derecho personal, y nosotros la raza del derecho romano. Las tribus germánicas, el feudalismo, la reforma, la revolucion de Inglaterra, la revolucion de los Estados-

Unidos, todo cuanto tiende á dar latitud al individuo, á la personalidad, os pertenece; el derecho romano, el Imperio, el catolicismo, el Pontificado, el Renacimiento, la revolucion francesa, todo cuanto tiende á estrechar la sociedad y á fundar la igualdad, nos pertenece á nosotros. Vosotros habeis creado el hombre moderno, y nosotros hemos creado la moderna sociedad.

Ahora bien: el error de los últimos tiempos ha consistido en no reconocer que la libertad y la autoridad son dos elementos esenciales á la vida humana. Se ha querido sacrificar el elemento social al elemento individual, ó el elemento individual al elemento social, cuando de su coexistencia depende nuestro sér en la historia, como la ciencia depende de la síntesis entre las antítesis, y la mecánica universal depende á su vez del equilibrio entre las opuestas fuerzas; y existimos y nos desarrollamos por la oposicion y la reconciliacion de principios contrarios en la química eterna de afinidades y composiciones misteriosas que constituyen nuestra vida social. El principio individualista, liberal, germánico, es esencialísimo á la vida. El principio de autoridad, el principio de igualdad, el principio de sociedad, el principio latino, es esencialísimo tambien. Luego es indispensable que estos dos elementos se unan. La reunion de la libertad y de la igualdad constituye la base de nuestra idea de la justicia. La reunion del elemento individual y el elemento social constituye la base de nuestra política moderna. La reconciliacion entre el ciudadano libre y el Estado justo, sin que aquél usurpe nada á la sociedad, ni éste nada á la libertad, es el ideal perfectísimo. Se necesita,

pues, la ecuacion del principio germánico y el principio latino. Se necesita la union de la raza latina con la raza germánica en el moderno derecho y para nuestros futuros progresos.

Y esta necesidad se ve, se toca á cada paso, se satisface instintivamente mucho tiempo ántes de que se comprenda su razon y su justicia. Siempre que la raza germánica ha exagerado su principio individualista hasta tocar en la anarquía, ha restablecido el otro principio necesario, el principio social, la raza latina; siempre que la raza latina ha exagerado su principio social hasta tocar en el despotismo, ha restablecido el principio individual, la raza germánica. Recorred la historia, y os convenceréis de esta verdad evidente, demostrada en cada una de sus páginas. El grito de vuestra alma, el instinto viajero, el espoleo de otras razas os empujan aquende el Rhin, el Danubio, los Alpes, al principio de la historia moderna, y en aquella anarquía general, en aquella indisciplina, enmedio de las guerras y de las invasiones, el elemento romano ejerce tal virtud de educacion y tal fuerza de autoridad sobre vosotros, que Alarico, Ataulfo, Teodorico, se postran de hinojos ante lo mismo que destruyen con rabia, y se juntan, se disciplinan, se asocian á la invocacion de la sombra majestuosa del pueblo-rey; á la invocacion de la autoridad prestigiosísima de Roma. Fundais el feudalismo, en virtud de ese vivo sentimiento de independencia individual que os posee, apareceis próximos á disolver toda disciplina social en la vida moderna, y la raza latina os da dos principios de unidad; con su imperio la unidad civil, con su Iglesia la

unidad moral. Despues, en el siglo crítico por excelencia de la Edad Media, en el siglo décimotercio, cuando decae el Pontificado romano, decae tambien el imperio germánico. Las nacionalidades se forman y las monarquías las representan con justos títulos en esta edad de infancia social. Vuestro período del interregno señala admirablemente esta decadencia, ó mejor dicho, esta disolucion del Imperio, como el período de Avignon y del cisma señala admirablemente la decadencia, ó mejor dicho, la disolucion del Pontificado. La poligarquía reina en Alemania. La casa de Suabia se desvanece en el patíbulo de Nápoles. El ducado de Sajonia se desmembra, y el landgrave de Turingia ve divididos sus Estados. Vuestro historiador Kolsrausch cuenta doscientos principados en este tiempo; cien eclesiásticos y cien civiles. Cuando Rodolfo de Augsburgo quiso prestar juramento no encontró el cetro de Alemania. A pesar de la energía de este emperador, á los veintidos años de su muerte, despues de varios sucesores, ó demasiado débiles, ó demasiado violentos, se dividió el Imperio entre dos Césares. Y salís de este dualismo para sancionar la oligarquía con la bula de oro de Cárlos IV, ó caer en los más anárquicos desórdenes bajo la tutela de su arbitrario sucesor. La anarquía se extendió por todas partes, y las dos grandes ligas, la anseática y la helvética, se anudaron y se fortalecieron en contra de esta terrible y pavorosísima anarquía. La debilidad del Imperio fué tan grande, que Segismundo puede ser llamado con justicia un emperador eclesiástico, y Federico III necesitó que un monje lo salvára, al mediar el siglo décimoquinto, de

los turcos en Belgrado, lo cual no impidió que los viese más tarde á las puertas mismas de Viena. A tal estado os habia conducido el principio germánico de individualismo, y division, y variedad, llevado á sus últimas consecuencias en este general fraccionamiento. ¿Quién os sacó de este cáos espantoso y os dió la unidad posible en aquel tiempo? El genio latino, el genio español, el genio imperial personificado en nuestro Cárlos V. Y en nuestros mismos dias, despues de las grandes catástrofes que trajo la reaccion, disuelta la Asamblea de Francfort, humillada la Prusia en Olmutz, envalentonados vuestros príncipes feudales, prepotente el Austria, influidas las dietas por el espíritu reaccionario, fraccionada casi Alemania, os ha dado vigor, fuerza, audacia para emprender vuestra unidad, el genio político de Cavour y el ejemplo admirable de Italia.

Pues lo que la raza latina hace en la raza germánica, para oponerse al principio demasiado extremo de variedad, lo hace la raza germánica en la raza latina, para oponerse al principio demasiado extremo de unidad. Siempre que hemos estado á punto de perdernos por nuestras tendencias sobrado unitarias, vosotros habeis restablecido en nosotros el principio de variedad. El Imperio romano iba á inmovilizar y corromper el mundo, adscribiéndole á un régimen cuasi-asiático; vosotros nos trajisteis el elemento germánico de la libertad y de la variedad en vuestras robustas tribus. El sueño carlovingio de la restauracion de ese Imperio romano, que hubiera sembrado una serie de inacabables reacciones hácia la antigüedad, se disuelve y se desvanece en vuestro

feudalismo más individualista, y por lo mismo mucho más progresivo que aquella concepcion teocrática de la alianza entre el trono y el altar, el Imperio y el Pontificado. Despues del cisma, despues del cautiverio, despues de los Concilios, una restauracion del Pontificado que se engrandece por el descubrimiento de América y por el lustre de las artes animadas al fuego de sus altares; una restauracion del Pontificado va á detener á Europa en las tradiciones de la Edad Media, cuando viene á impedirlo el genio de Lutero, que creó la conciencia personal, y por consiguiente lo más íntimo de la vida moderna. Cárlos V va á restaurar el Imperio universal, y se lo impide Mauricio de Sajonia; Felipe II va á restaurar el catolicismo autoritario, y se lo impide Guillermo de Orange; Napoleon I va á restaurar el cesarismo antiguo, mitad religioso y mitad revolucionario, y se lo impiden Blucher y Wellingthon. El principio de unidad siempre es restaurado en la raza germánica por la raza latina, y el principio de variedad en la raza latina por la raza germánica.

De consiguiente, esta mutua influencia ciega que los hechos históricos y las ideas abstractas han ejercido sobre las dos razas se cambiará, á pesar de los obstáculos antiguos y de los obstáculos recientes, en un sistema de relaciones basado sobre principios de derecho y de justicia. A todas las obras verdaderamente universales y humanas de la historia han contribuido muchas gentes y muchas razas. Puede decirse que los cuatro hechos capitales, productores del espíritu moderno, han sido el Cristianismo, la Reforma, el Renacimiento, la Revolu-

cion. Pues ninguno de ellos hubiera sido universal y humano si á la obra comun y grandiosa no contribuyeran muchas gentes, muchas fuerzas, muchas ideas. Al cristianismo aporta elementos capitales toda la teología judáica, que habia terminado sus principales ciclos, y toda la filosofía griega, que habia concluido sus principales sistemas; el genio de Alejandro, que abriera los templos de Oriente á los filósofos helenos, y el genio de Roma, que fórmára de todos los pueblos conocidos como un solo cuerpo, el cual aguardaba una sola alma; la política de los seleucidas, revelando misterios asiáticos al occidente, y el cosmopolitismo de Alejandría, reuniendo todas las ideas; el genio divino de Jerusalen y el genio humano de Aténas; las diversas sectas surgidas tanto en Asia como en África y Europa, y las diversas legiones que creen pelear por César, cuando pelean por Jesus; los penitentes de la Palestina y las escuelas neoplatónicas; el mazdeismo persa y el monoteismo semítico; todas las inspiraciones del genio y todas las ideas del espíritu, como á nuestra vida material contribuyen vientos venidos de lejanas zonas, aguas evaporadas de apartados mares, calor irradiado de astros que se mueven muy léjos de nosotros, la chispa de electricidad misteriosa, el oxígeno que ha exhalado un bosque desconocido, los misteriosos agentes y las complicadas fuerzas del universo.

Y lo que decimos del Cristianismo pódemos decir del Renacimiento, al cual ha contribuido el turco con dispersar los griegos de Constantinopla, y el veneciano con recogerlos y abrigarlos; el aleman con la invencion de la

pintura al óleo; los franceses con su Rabelais y su Montaigne; los italianos con sus legiones de artistas, que tomariais por legiones de ángeles venidos á traer los cielos de la eterna hermosura á nuestro bajo mundo; los portugueses trayendo el genio del Asia al seno de Europa, y los españoles dilatando el planeta con el Nuevo Mundo, que parece una nueva creacion. Y á la Reforma han contribuido tanto los concilios de la Iglesia católica como á las revoluciones latinas, y sobre todo, á la revolucion francesa, las ideas de la conciencia germánica.

A este fin de la inteligencia entre las dos razas debe contribuir poderosamente la resurreccion milagrosa de Italia. Nosotros estamos muy apartados de Alemania, é Italia está muy cerca. Ademas, esta nacion es y será perpetuamente la nacion de las artes. Y las artes despiden una especie de electricidad intelectual tan viva que mueven el pensamiento á la creacion de imperecederas obras, y la vida al culto de lo ideal y de lo eterno. Maravillosa nacion, entre las cordilleras casi inaccesibles y los mares rientes; con su diadema de nieves perpétuas, brillando como gigantescos diamantes, y sus coros de islas seductoras como antiguas sirenas; al Norte Venecia, empapada en el genio oriental, y hácia el Mediodía Poesthum, revelando toda la sencillez del genio griego; al pié de los Alpes, aquellos lagos celestes, y sobre la frente del Etna y del Vesubio, aquellas tempestades eternas; aquí Roma con su austera sublimidad, sepulcro de todas las grandezas caidas, panteon de todos los dioses muertos, y allá Nápoles con su báquica alegría y su embriaguez de exuberante vida; en el centro Florencia, don-

de se oyen los acentos de la academia platónica resucitada, y se ven los resplandores de las artes modernas trasfiguradas en sus templos y sus escuelas, entre la etrusca Peruza y la republicana Sienna; á un lado Milan, que se parece á París; y á otro lado Palermo, que se parece á Córdoba y Sevilla; por todas partes las estatuas de mármol, las joyas cinceladas por tantos artífices, los frescos y los cuadros inmortales, sus ruinas que exhalan ideas, sus aires cargados de armonías, la miel de la inspiracion guardada en las obras maestras, el calor del alma, las diversas manifestaciones de esa cultura en la cual aprenderán los pueblos el arte de expresar bellamente las más inefables ideas, pues Italia, como la antigua Grecia, es musa, sibila, sacerdotisa de la moderna historia.

Sostened, amigo mio, la union de cada raza, de la raza germánica en sí y de la raza latina en sí, y luégo la union de estas dos razas entre sí. Que guerras recientes, que muertos numerosos, que recuerdos cruentos no os perturben ni os cieguen. Preservaos del ódio á nuestra gente, expresado en una inscripcion puesta al pié del monumento de Arminio. No creais, como creen muchos de los vuestros, que somos una raza degenerada, incapaz de grandiosos esfuerzos y de elevadas ideas. Creed que en el genio latino se guardan siempre las inspiraciones misteriosas, con las cuales hemos iniciado la civilizacion europea. No olvideis vuestro propio porvenir y vuestros intereses. Mucho habeis hecho por la cultura moderna, y negároslo sería tan injusto como la pasion de aquellos que niegan las prendas y los servicios de

nuestra raza. Nos habeis enseñado que las leyes sociales deben ser un reflejo de las humanas facultades, y que el Estado debe amoldarse á nuestra personalidad. Habeis representado el principio y el elemento civil en la Edad Media por vuestros emperadores contra el principio y el elemento teocrático representado por nuestros papas. En vuestras manos ha brotado la imprenta, y en vuestra conciencia el libre exámen. La poesía moderna os debe ese idealismo vago y ese profundo sentimiento, en los cuales encierra todo un mundo de grandes pasiones y todo un cielo de infinitas ideas. Vuestro ciclo filosófico, tan despreciado por el materialismo al uso, ha examinado desde el hombre en sí, en su esencia, hasta el hombre en sus relaciones con lo absoluto y en su desarrollo al traves de la naturaleza y de la historia, diciendo la última palabra de la ciencia sobre muchos antiguos misterios del espíritu. Durante un siglo ha hervido en vuestro seno la misteriosa ebullicion de ideas que iban á encender las conciencias, animar los corazones, inspirar las artes, y por consiguiente renovar el espíritu. Pero esa vuestra grandeza no eclipsó la grandeza de nuestra raza, que puede presentar á su vez toda una filosofía, por la cual ha comenzado la emancipacion de la conciencia; toda una serie de artes en que eternamente se despertará el sentido estético de la humanidad; todo un poema de heroicos hechos, de increibles navegaciones, de milagrosos descubrimientos que, como la palabra de Dios, ha creado la tierra, encendiendo luégo en ella el fuego de la libertad, alma de la vida, con las eléctricas corrientes de sus reveladoras y vivificantes revoluciones.

Por consiguiente, dos razas tan ilustres que han dado á la humanidad elementos de vida tan varios, están destinadas, sobre todo en el período de libertad y de trabajo que ha de suceder necesariamente al período de fuerza y de guerra, despues de haberse confederado dentro de sí, á echar las bases incontrastables de una confederacion europea.

No os durmais sobre vuestros laureles, ni os dejeis dominar por una excesiva confianza. Teneis un peligro con nosotros, el peligro mismo que tenía la antigua civilizacion romana; teneis en las estepas del Norte una raza que os odia y os maldice. Oid las palabras sacramentales dichas por aquellos que la representan y que la dirigen. Dícenle que su destino es renovar nuestra podrida sangre y destruir nuestras viejas leyes. Preséntanle como un modelo Ivan el Terrible y sus desoladoras excursiones precedidas por los cuervos, acompañadas por el incendio y la matanza, seguidas por los lobos hambrientos. Extienden por sus desiertos helados y por sus estepas relámpagos de ira contra todos nosotros, que engendran odios, cuya sed sólo puede saciarse con sangre. Y la palabra capitalísima, tonante siempre en esos odios, es la guerra á Alemania, el horror al elemento aleman que fué á matar con su burocracia y con su córte la nativa originalidad de los eslavos y la natural independencia de los cosacos. Y tal raza tiene una ortodoxia autoritaria completamente opuesta á nuestro libre exámen, y un imperio que es fuerte máquina de guerra, y que puede echar sobre Occidente, á una señal, dos millones de vengativos soldados. La prevision de un emperador

ilustrado y bondadoso tendrá por algun tiempo á raya esos odios. Pero mirad que son terribles los caprichos de la herencia. Tras Augusto puede venir Tiberio, y tras Marco Aurelio Cómmodo; y un dia lanzar sobre vosotros el primer estallido de un ódio de siglos, alimentado por una literatura que se llama á sí misma exclusivamente religiosa, exclusivamente nacional, exclusivamente eslava, todo lo cual quiere decir contraria al germanismo y enemiga implacable de Alemania. Esos odios son impotentes contra una confederacion del Occidente libre; pero si en el Occidente mismo encontráran cómplices, por la satisfacion de una inmediata venganza, ¡oh! esos odios podrán sumergiros en mares de sangre, como jamas los ha conocido vuestra historia, tan llena de catástrofes y de tragedias. No olvideis que en las letras se encuentra el pensamiento de los pueblos, y las letras eslavas ya os han dicho á quién aman y á quién aborrecen. El historiador Palacki os enseñará que aborrece á los magyares por haberse interpuesto como una cuña entre los pueblos eslavos del Norte y los pueblos eslavos del Mediodía, y haber sido causa primera de su debilidad y de vuestro poder en el centro de Europa. El poeta Kollar os presentará desnudo el pensamiento de un fortísimo imperio que tenga por cabeza los rusos, por brazos los tchèques, por piés los servios, cuya lengua resuene en el palacio de sus rivales, es decir, en el palacio de vuestros reyes. Y si visitais el infierno de la epopeya eslava os encontraréis allí, no léjos de los húngaros, que son los más aborrecidos y los más atormentados, malditos en el dolor y en las tinieblas, por haber dicho que

la lengua eslava es una lengua de esclavos. Si no veis ese gran peligro estais ciegos. Y si no veis que contra ese gran peligro sólo os queda la union estrecha con todos los pueblos de raza heleno-latina, lo mismo en Oriente que en Occidente, estais perdidos. Es necesario que os concilieis los demas pueblos latinos, como os habeis conciliado la Italia. Es necesario que representeis con vigor el espíritu moderno. Los hombres de Estado podrán dudar, vacilar, estremecerse á la vista de dificultades por el momento insuperables. Pero vosotros, poetas, filósofos, pensadores eminentes, no habeis nacido para cortesanos de la impura realidad, sino para entrever el ideal ántes que los demas mortales lleguen á columbrarlo. Sed profetas de la redencion universal y no rancheros de cruentos ejércitos. Formulad, escribid, cantad esa idea, en vez de atizar rivalidades que pueden perdernos y enconar heridas que pueden desangrarnos. Y en cuanto los pueblos eslavos vean extenderse desde las orillas del rio Elba hasta el estrecho de Gibraltar naciones hermanas, libres, pacíficas, dispuestas á no tolerar ninguna conquista, consagradas á las divinas creaciones del pensamiento y á las humanas creaciones de la industria; con la resolucion de oponer á los nuevos Daríos y Ciros nuevas Plateas y Termópilas, donde crecen con los laureles del arte los laurales del heroismo, apartarán los ojos de su Mesías armado, de su imperio amenazador, de sus apocalípsis de conquista; fundarán una confederacion eslava y libre y pacífica, deseosa de estrechar relaciones con nosotros; y serán felices é independientes por razon de nuestra misma fuerza. Entón-

ces comprenderán que el Imperio ruso nada tiene que hacer en Europa y mucho en Asia, y dejarán la herencia de Constantinopla á sus naturales herederos los griegos. Y la union de la raza heleno-latina con la raza germánica representará una síntesis superior histórica, base de incalculables progresos. Ya la ciencia moderna con sus profundos estudios nos ha unido en nuestra cuna y en nuestro orígen; ha unido los principios de nuestra vida y las raíces de nuestras lenguas. Vosotros y nosotros pertenecemos á la raza indo-eropea: vosotros y nosotros hemos nacido en la misteriosa region donde nacieron los dioses. El comercio entre las ideas respectivas de cada raza puede estrechar hoy nuestros lazos y confundir mañana nuestras armas. Yo siento que mi inteligencia sea mezquina y pobre para un pensamiento vasto y trascendental. Pero si vosotros, los grandes poetas, los grandes filósofos, los grandes pensadores de esa ilustre Alemania lo acogeis, la union de las razas latinas y de las razas germánicas se realizará prontamente. No teneis más que consagrarle vuestro genio. El inmortal Schiller lo ha dicho admirablemente en versos consagrados al descubridor del Nuevo Mundo: «Lo que el genio promete la naturaleza siempre lo cumple.»

LA RELIGION CRISTIANA EN ORIENTE.

Nada más vulgar que decir muertas y aniquiladas todas las religiones, y nada más contrario á la verdad de los hechos, ni más distante del estado mental de nuestra Europa. El dolor, la duda, la muerte, la oposicion necesaria entre lo ideal y lo real; nuestras múltiples aspiraciones sin satisfaccion posible; la presencia de lo infinito que tocamos fuera de nosotros en el universo y que dentro de nosotros tenemos encarnada en nuestras ideas; todos estos y otros muchos elementos componentes del humano sér nos dan una íntima naturaleza religiosa de la cual no podriamos desasirnos sino desasiéndonos de nosotros mismos y quebrantando leyes esènciales á nuestra existencia. Se procede con la religion como se ha procedido muchas veces con el arte que encanta, con el amor que perpetúa, con el deber que purifica á la humanidad. Se elimina la religion de nuestro sér como Platon eliminó los poetas de su ideal sociedad, y los estoicos el dolor de su contrahecha naturaleza. Pero contra estos sistemas exclusivos y sobre estos sistemas ex-

clusivos se levanta nuestro sér buscando en el corazon, en el arte, en la religion, en la metafísica, en todo cuanto ha condenado la arbitrariedad de los sistemas, consuelo á sus dolores, bálsamo á sus heridas, esperanzas á sus desengaños y á sus desencantos, idealidad purísima contra las tristes y amargas realidades de la vida.

Religion y filosofía tienen el mismo objeto: la misteriosa trinidad que componen Dios, La Humanidad y la Naturaleza; trinidad sentida en la esfera de la religion y pensada en la esfera de la filosofía; trinidad creida por los fieles y razonada por los pensadores; trinidad que á los ojos de aquéllos aparece entre los arreboles encendidos del misticismo y á los ojos de éstos en las cimas quizá ménos bellas, pero más reales de la ciencia; trinidad que contiene todo lo existente y todo lo posible, informando por lo mismo con su esencia desde las ideas más sublimes hasta los más sencillos hechos. La religion es un océano que todo lo contiene. Y hé aquí porqué no podria comprenderse jamas la cuestion de Oriente si no se comprende por prévio y especial preliminar la cuestion religiosa en Oriente, la cual encierra y entraña todas las demas cuestiones, y explica muchas de sus fases y muchos de sus fenómenos.

La historia europea es como una lucha perpétua entre el Oriente y el Occidente. La abre casi el sitio de Troya, en que los occidentales violan el territorio de Asia y sacuden las columnas de sus templos para que despidan las ideas, como suelen sacudirse las ramas de los árboles para que despidan las frutas. Y la continúan los combates de los griegos con los persas, de Ale-

jandro con los asiáticos, de Roma con Cartago, como si esta oposicion fuera una eterna ley de la historia. Cuando vinieron las dos grandes unidades, que compendiaron la vida del mundo antiguo y precedieron á la vida del mundo moderno, la unidad latina y la unidad cristiana, estalló tambien esta soberana contradiccion entre el Oriente y el Occidente. La unidad latina se rompió por la fundacion de Constantinopla que creó el Imperio de Oriente, y la unidad cristiana se rompió tambien por Constantinopla, que creó la Iglesia de Oriente: tan cierto es que hay una correlacion misteriosa entre los hechos de la conciencia y los hechos de la política, entre la metafísica y la vida, entre las creencias y las instituciones.

Constantinopla representó una reaccion contra Roma desde los primeros dias de su nacimiento. Y por esta causa Constantinopla abraza la religion de los humildes, la religion de los degraciados, la religion de los pobres, el Cristianismo, miéntras que Roma conservaba la soberbia religion de sus patricios, la antigua religion pagana. Así, en cuanto Roma, forzada por el avasallador genio de Theodosio, tuvo que convertirse á la religion de Constantinopla, ideó la magistratura teológica de sus papas, á fin de que continuára la magistratura política de sus Césares. Y sin embargo, Constantinopla, por haber sido ántes cristiana, humillaba á Roma y le imponia un exarca que de vez en cuando iba, ó bien á profanar una ruina, ó bien á exigir un tributo, ó bien á imponer una servidumbre. Roma entónces comienza á sublevarse; su carácter republicano se une al carácter

pontificio; sus monjes, que parecen evocaciones de las Catacumbas, toman como la majestad de los antiguos tribunos; la insurreccion se generaliza contra el Imperio y contra los emperadores de Constantinopla, hasta lograr desasirse completamente de su funesto exarcado y mostrar al mundo oriental, tras la tiara de los papas, la espada de los emperadores de Occidente.

¡Cuán grande contrariedad para los griegos, que se creian los continuadores del antiguo Imperio romano, esta creacion del imperio occidental ungido por el óleo de las ideas romanas y apoyado en los pontífices de Roma! La oposicion que está en la naturaleza de las cosas estalla en los hechos de la historia. El Oriente y el Occidente vuelven á combatir como en el sitio de Troya; como en las guerras pérsicas; como en la conquista de Alejandro; como en la furia púnica de Anníbal. Jamas una idea tan armónica y sintética apareció en la historia como la idea cristiana. Los principios judíos respecto á Dios y los principios griegos respecto al Verbo; el monoteismo semítico de Jerusalen unido á la trinidad aria de Alejandría; el sentido religioso de los orientales combinado con el sentido práctico y moral de los latinos; los apóstoles y los apologistas perteneciendo á las ciudades capitalísimas del mundo, desde Jerusalen hasta los últimos extremos de Africa y de Europa; todas estas combinaciones de contrarios elementos, que formaban y componian la unidad de doctrina, apropiada como ninguna otra á todo el género humano y á todo el planeta, no dieron la paz al mundo; y la serpiente oriental se levantó, personificada en la Iglesia oriental, á

perder al Occidente, como todas las magias y todos los sortilegios y todos los encantos del Asia se habian personificado siglos ántes en Cleopatra para perder á Roma.

Las causas principales, pues, de la ruptura entre el Oriente y el Occidente, fueron: 1.ª, la oposicion eterna del espíritu griego y del espíritu latino; 2.ª la supremacía disputada siempre entre los papas de Roma y los patriarcas de Constantinopla; 3.ª el dogma de la procedencia del Espíritu Santo, que, segun los griegos, proviene solamente del Padre y, segun los latinos, del Padre y del Hijo juntamente; *patri filioque procedit;* 4.ª, el culto de las imágenes durante cierto tiempo entre los orientales prohibido, lo cual dió ocasion á la terrible guerra de los iconoclastas; 5.ª, la naturaleza de las penas del purgatorio; 6.ª, la calidad del pan ácimo para la comunion; 7.ª, el nacimiento de ese imperio occidental en quien vieron siempre los ciudadanos de Oriente un desacato terrible á su primacía en el mundo y una sublevacion contra la autoridad que habian del gran Constantino directamente heredado para regir y gobernar todo el Imperio. ¡Ah! La contradiccion arraigaba tan profundamente que cuantas tentativas se idearon para arribar á la union, salieron fallidas; y ni las dos conquistas de Constantinopla, en el siglo décimotercio por los latinos y en el siglo décimoquinto por los turcos, lograron restablecer la unidad falta de bases sólidas allí donde únicamente podia fundarse, en la fe y en la mente de los dos pueblos enemigos, de las dos razas irreconciliables. Así es que, á mediados del siglo décimoquinto, en la ciudad por excelencia del Renacimiento, á las flori-

das orillas del Arno, los representantes de la Iglesia griega y de la Iglesia latina se reunieron en el mismo Concilio y llegaron al acuerdo de comun símbolo y doctrina. Los tiempos del Evangelio renacian, la unidad del espíritu humano se fundaba, el espíritu griego y el espíritu latino se confundian, cuando al llegar á Constantinopla, envanecidos de su triunfo, los prelados griegos, se encontraron tristemente con que el pueblo rechazaba toda avenencia y preferia en su angustia caer bajo la cimitarra de los turcos á entrar en el pacto con los romanos. Algun prelado griego, al ver esta ceguera enfrente de tan grave peligro, abandonó la concordia rechazada del pueblo, pero murió de pena al pié de los altares.

En el siglo décimonono estamos; un ministro inglés anuncia que la media luna de los mahometanos y la santa cruz de los griegos van á entrelazarse en las banderas de Bulgaria, y sin embargo, la gente latina y la gente griega no llegan á santa reconciliacion en el seno de una sola Iglesia cristiana. Cuando á la hora de reunirse el Concilio Vaticano, Pío IX, Papa de Roma, se dirigió al Patriarca de Constantinopla, encontró la misma negativa á sus demandas de conciliacion que hubiera encontrado si viviese todavía Phocio y todavia reinára en el mundo la intolerancia de la Edad Media. Y la verdad es que la parte teológica del cristianismo se debe muy principalmente al genio oriental y al genio griego. La idea madre de la religion cristiana, la idea de Dios, judía es; el Verbo, la segunda idea cristiana platónica es; la Trinidad, que completa estas dos anteriores ideas,

alejandrina es; el cuarto evangelio está todo él inspirado por los sistemas neo-platónicos y escrito en el mismo archipiélago donde brotaron los poemas de Homero; los concilios que han definido el dogma y que han soterrado la herejía, compuestos están de padres griegos y asistidos por la griega ciencia; los primeros apologistas loan la nueva religion en la antigua lengua de Demóstenes; el símbolo de la fe, que resuena en todas las iglesias del mundo, débese á Athanasio; el combate con la herejía, que tanto contribuye á la afirmacion y al desarrollo de los dogmas, débese á las escuelas de Alejandría y Capadocia; toda la parte trascendental y divina de la nueva fe á los mismos que representáran la filosofía y el arte en la antigua historia.

Así, oyendo á los griegos, se echa de ver en seguida su irreconciliable enemistad con los latinos, enemistad nacida de aquel orgullo helénico, que justamente envanecido de la luz proyectada por su inteligencia en la humanidad, no quiso nunca reconocer ni competidor ni rival en la elaboracion y produccion de las ideas cristianas. Yo he oido á muchos griegos juzgar la religion romana desde el punto de vista exclusivo que inspiran las supersticiones de raza y los privilegios de estirpe. Roma para ellos significa fuerza, y esa fuerza ha pasado á todos los tiempos y ha comprendido á todas las instituciones romanas. Y en nombre y por virtud de esa fuerza, Roma, que debiera haber sido tolerante como todas las ciudades paganas, adoradoras de múltiples dioses, se erigió en ciudad intolerante como Jerusalen, como Damasco, como cualquiera de las ciudades monoteistas, y

crucificó á Cristo en el patíbulo de los esclavos, *servile supplitium*, que decia Tácito. Y luégo Roma persiguió á los cristianos hasta llegar á decir como ántes se acabaron los verdugos que las víctimas. El cristianismo hubiera perecido en Europa, desarraigado por la persecucion, como pereció el protestantismo en España por la persecucion, desarraigado, si ántes de dar todas sus consecuencias naturales la sañuda persecucion no se funda providencialmente Constantinopla. Su gran fundador, Constantino, es tambien el fundador de la libertad religiosa, pues su gloria no se debe tanto á haber abrazado el cristianismo como á haber establecido la libertad de cultos, enarbolando el signo que mejor la personifica, el signo de la Cruz. Si Roma continuára con la capitalidad del Imperio no se estableciera jamas la nueva religion entre los hombres, como lo demuestra la reaccion de Juliano, reaccion que bajo la apariencia de culto profundo á las ideas griegas representa esfuerzo sobrehumano para retrotraer la nueva vida á las reaccionarias instituciones romanas. Vencidos por la Providencia los romanos, convirtieron sus obispos, que desde el triunfo de las nuevas ideas nombraba Constantinopla, en Césares absolutos. Así la costumbre que tienen los papas de cambiar el nombre de bautismo por otro nombre pontificio proviene de fines del siglo décimo, cuando el jefe de Roma, para ocultar su orígen mundanal, cambió el nombre de Octaviano, despues de haberse apropiado el gobierno de las almas y la administracion de las Iglesias, con el nombre de Juan XII, nombre que señala el atentado mayor á los principios y á los dogmas cristia-

nos, la confusion entre lo terreno y lo divino rota por la sublime palabra de Cristo. Desde esta hora tristísima comienza para los griegos la obra romana por excelencia, la cual consiste en paganizar el cristianismo, ya que no puede resucitar el paganismo.

De esta suerte llegó un dia tristemente célebre en que el patriarca Miguel Cerulario y el Papa Leon IX consumaron el rompimiento entre Roma y Constantinopla, rompiendo con él tambien la unidad de la Iglesia cristiana. Miguel era un ambicioso y Leon un señor feudal; Miguel un potentado político y Leon un instrumento de política ajena; Miguel un intrigante que se gloriaba de haber ascendido en las palmas de sus manos el Emperador bizantino de su tiempo al Imperio y Leon un siervo, un cortesano que se gloríaba de haber recibido la tiara de manos de Enrique II y de sus gentes, ambos por igual mezquinos y por igual débiles, ambos vanos y ambiciosos, ambos vestidos siempre como aparatosos comediantes y tocados como débiles mujeres, ambos aspirando en su miseria á un dominio universal que trajo el universal rompimiento entre las dos grandes porciones del mundo cristiano, y la desgracia universal de la Iglesia.

De aquí, siempre segun los griegos, provinieron los medios empleados por Roma para crearse un poder político enfrente del poder religioso oriental; de aquí provinieron los cónclaves, ó diminuta oligarquía designadora de los papas, contra las leyes cristianas que llamaban á la eleccion pueblos é Iglesia; de aquí las guerras religiosas y las cruzadas contra los herejes que desper-

taban las antiguas persecuciones del Romano Imperio; de aquí las falsas decretales que creaban mentidamente títulos y poderes ántes desconocidos; de aqui las órdenes monásticas convertidas en milicias pontificales y llamadas á sostener la supremacía romana en toda la tierra; de aquí la Inquisicion, que empleaba el tormento como persuasion y el fuego como propaganda; de aquí los jesuitas organizados como un ejército permanente para infundir la obediencia y sostener en la obediencia el carácter individualista moderno; de aquí por fin esa elevacion á dogma del poder temporal, contrariamente á la palabra de Cristo que declaró no ser su reino de este mundo, y al ejemplo de Cristo que rechazó las tentaciones de Satanas cuando le ofrecia todos los espacios de la tierra.

La Iglesia oriental no ha tenido necesidad alguna de esos instrumentos de imperio y de dominacion, segun los griegos. Su espíritu se inspira en los primitivos tiempos del Cristianismo; su gobierno tiene el carácter esencialmente constitucional y hasta republicano; el Patriarca de Constantinopla posee una dignidad de mero honor en estas hermandades de verdaderos obispos estrechamente unidos; los concilios ecuménicos han regulado el dogma, y los sínodos, parlamentos de menor cuantía que los Concilios, han regulado la disciplina; ningun siervo de Dios pretende el dominio de la tierra, y todos unidos por la comunidad de creencias y de sentimientos mantienen la fe viva y adoran á una en espíritu y en verdad la Divina Persona de Cristo y sus admirables revelaciones. Es cierto que en el seno de la religion griega ha habido los aspirantes á dominios temporales y ter-

renos, los cuales han plagiado la ambicion romana, como Pedro el Grande, fundador de un sínodo cuyo principal ministerio consistia en someter la Iglesia al Estado; pero tambien es cierto que al fundar el sínodo, y dirigirse al Patriarca de Constantinopla, no obtuvo contestacion, sólo concedida más tarde á los sinodales mismos que le hablaban sin el Czar ni su consentimiento, porque los patriarcas de Constantinopla fueron siempre defensores acérrimos de la libertad y de la independencia de su Iglesia. En todos los dominios regidos por el cristianismo oriental no habia más que un solo gobierno verdaderamente teocrático, el gobierno de los príncipes-pontífices de Montenegro. Como los papas de Roma vinculaban en sí el poder temporal y el poder espiritual juntamente, los príncipes de Montenegro los vinculaban tambien; como los papas de Roma se creian herederos de San Pedro, creíanse los príncipes montenegrinos herederos del apóstol más cercano á San Pedro, herederos de San Andres; como los papas de Roma fingieron una donacion territorial de Constantino, los príncipes de Montenegro alcanzaron una donacion territorial de Basilio II; como los papas de Roma dirigian lo temporal y lo espiritual, los príncipes de Montenegro decian misa y mandaban ejércitos, cogian la cruz y empuñaban la espada, dirigian oraciones al cielo y mandatos á sus vasallos; y despues de haber leido en la iglesia que el reino de Dios no pertenece á este mundo, subian á su trono temporal; y despues de haber meditado las imperiosas palabras con que Cristo imponia á Pedro que envainára su espada, esgrimian la suya en defensa de Cristo, con-

vertido por la persona de su representante montenegrino en césar y general de los ejércitos como pastor y sacerdote de las almas. Pero el espíritu de nuestro siglo penetró en aquellas negras rocas de la antigua Iliria. Por 1852 subió al trono un príncipe jóven llamado Danillo, que habia meditado sobre el espíritu de nuestro siglo y sobre la naturaleza de las instituciones que puede sostener y soportar. Y pretextando un viaje á Petersburgo para ver confirmada su autoridad religiosa, dirígese á Viena, y en Viena renuncia á su Pontificado por contrario y opuesto á la autoridad temporal, conjurando á sus pueblos á que elijan un obispo separado del monarca y reconozcan el principio cristiano por excelencia, la division natural entre dos grandes poderes sociales, de los que uno debe dirigir el mundo y otro la conciencia.

Ante estos ejemplos los griegos se extasian y declaran que Iglesia de tal naturaleza, capaz de imponer esos sacrificios, tiene grandes probabilidades de renovar por sus dogmas y por sus prácticas la moderna civilizacion. Su gobierno y su administracion parécenles á sus principales sectarios el gobierno y la administracion de los tiempos evangélicos, por las felices combinaciones entre el principio de variedad y el principio de unidad. En lo antiguo el Patriarca de Constantinopla nombraba los obispos á su arbitrio y este nombramiento llenaba, como es natural, de hechuras suyas todos los estados. Y dentro del Oriente, como dentro del Occidente, se habia producido por precision en la rica variedad de la vida la variedad tambien de las nacionalidades. El espíritu, que en diversos grados de desarrollo se encarna, el espíritu

aparece como espíritu de nacion ántes de ser espíritu de raza y ántes de ser espíritu universal de la humanidad donde terminan sus progresiones. Y al espíritu nacional de cada uno de los pueblos cristianos nacidos en Oriente repugnaba tener obispos extranjeros, fuera de los límites de su nacionalidad, y sometidos para mayor desgracia á un jefe de infieles, al Sultan de Constantinopla. Ante este inmenso peligro no hubo más remedio que constituir un jefe espiritual dentro de cada Estado; rodear este jefe de un Sínodo religioso que le esclareciera y le auxiliára; mantener relaciones con la sede primera del helenismo, con la ciudad de Constantinopla y con su jefe el Patriarca, á fin de que á la individualidad de los griegos y á su nacionalidad correspondiese un elemento que completase todas estas evoluciones en la universalidad de la Iglesia griega, cuyo seno debió confundir Dios y la humanidad por una difusion del espíritu divino en las venas del hombre y por una exaltacion del hombre hasta lo eterno y lo perfecto. Así, por medio de los Sínodos existentes en cada una de las nacionalidades helénicas, desde Petersburgo hasta Belgrado y desde Belgrado hasta Aténas, se realiza el principio de variedad nacional y por medio del Patriarca el principio de unidad cristiana, cumpliéndose de esta suerte una ley misteriosa que obedece á los elementos universales del Espíritu, de la Naturaleza y de la Historia.

Y en esta idea nacional se funda su sentimiento íntimo de ventaja inmensa sobre los demas pueblos cristianos. Poseidos de esta idea de superioridad respecto á los latinos, inútil decir qué pensarán y creerán respecto á los mu-

sulmanes. El helenismo es el único poder moral, segun ellos, bastante fuerte á desarraigar el islamismo y sustituirlo con una idea más progresiva y más santa. Cuando divisais una Iglesia oriental ó moscovita; cuando veis sus cúpulas áureas rematadas por la cruz griega; cuando penetrais en su vestíbulo misterioso; cuando, una vez dentro del monumento, advertís los santos litúrgicos destacándose en su rigidez y en su austeridad del fondo de oro; el santuario cerrado por puertas lujosísimas á traves de cuyas celosías, en penumbra verdaderamente mística, se celebra el santo sacrificio de la misa, acompañado por cánticos severos, realzado por ceremonias orientales, vistoso á los ojos á causa de las dalmáticas asiáticas, de los hábitos de mil colores, de los incensarios de oro, de los ropajes y preseas; si advertís que las cabezas de los fieles se inclinan hasta tocar con la frente en tierra, miéntras los brazos del sacerdote se elevan como si quisieran tocar con su esmaltado cáliz bizantino la bóveda del cielo, tened por cierto que en todas aquellas manifestaciones del arte, en aquellas notas del cántico primitivo, en las plegarias de las almas, en los rumores de los rezos, se oculta la eterna incontrastable aspiracion trasmitida de siglo en siglo á restaurar la sede cristiana del imperio bizantino y á rematar con la cruz griega á las orillas del Bósforo de Tracia la maravillosa cúpula de Santa Sofía, verdadero Vaticano del Oriente.

Esta Basílica aparece á los ojos deslumbrados de los fieles entre arreboles legendarios, tal como la ideó Constantino al romper la tierra de Bizancio para fundar la Alejandría de Europa; tal como la construyó y la ornó el

piadosísimo Justiniano circuido de sus ejércitos de masones que llegaban del iniciador Oriente y traian reminiscencias de las fábricas de Salomon; mística iglesia levantada entre las ruinas del mundo antiguo como la nave de Noé flotante en el universal diluvio; mística iglesia que han compuesto los ladrillos de Rodas, que han ornado los despojos de las romanas conquistas; en cuyas paredes se veian las ocho columnas de mármol verde de Epheso guardando aún el reflejo de Diana y las otras ocho de oscuro pórfido traidas del templo de Balbek consagrado al Sol; las lápidas de frigio jaspe blanco atravesado por vetas de rosa y las de libio jaspe celeste; los mosaicos y los cuadros de la más ortodoxa escuela bizantina, todos resplandecientes de oro y de cristales, rompiendo y reverberando la luz desprendida de las mil lámparas cuyas mechas alimentadas por olorosos aceites, van á formar juntamente con los cirios como puntos de mágicos colores en las facetas de los brillantes y demas piedras preciosas sembradas por los altares y por los santuarios, dignos todos del soberbio esplendor y del fastuoso lujo de la antigua Asia, la cual jamas vió en sus colosales monumentos una rotonda como ésta rotonda, á la que se prenden todavía las místicas oraciones y las consoladoras esperanzas de toda la raza griega. Y estas esperanzas se exaltan á impulsos del dolor cuando recuerda el corazon despedazado la profanacion del templo, la caida de sus altares, la desaparicion de sus mosaicos, la ruina del santuario, la sustitucion de la cruz griega por la media luna muslímica, la entrada de Mahomet á caballo en el

templo ensangrentado, recordando la entrada de Tito en Jerusalén, y la desolacion y la servidumbre de la iglesia señora de las iglesias y de la ciudad soberana de las gentes. Una tradicion antigua consuela de todos estos dolores, una tradicion que los griegos cuentan á los griegos en todas sus generaciones. Era el dia de la conquista. Los fieles que no pudieron ir á las murallas á pelear y morir heroicamente con el último de los Constantinos, se refugiaron en el templo á impetrar la divina misericordia. Decíase la misa como si nada al exterior pasase. El aroma del incienso se mezclaba con el hedor de la sangre; el cántico de los sacerdotes con el grito de los heridos y de los moribundos; el rumor de los rezos con el estruendo de las armas; y de pronto, en la ceremonia más solemne de la misa, el conquistador aparece como si fuera montado en el caballo fantástico del apocalipsis, asemejándose á los ángeles exterminadores, con la cimitarra chorreante de sangre en las manos y los relámpagos de la cólera guerrera en los extraviados ojos. El sacerdote interrumpe el Santo Sacrificio y huye con los fieles. La puerta por donde ha huido se tapia milagrosamente y desaparece. Mas pronto caerá la media luna, y entónces el sacerdote fugitivo se levantará de su sepulcro para celebrar esta pascua de su raza. La puerta volverá á abrirse por sí misma. La misa, que habia dejado interrumpida por cuatro siglos, se reanudará en el mismo instante. Las lámparas de oro vendrán como un enjambre de estrellas á beber en el santuario su lumbre. Y Santa Sofía resucitada será más hermosa que en tiempo de Constantino y de Justiniano, como María en su Asun-

cion á los cielos, ó como Cristo en la mística montaña del Tabor.

La ortodoxia griega se muestra, pues, á la manera del antiguo rito mozárabe español, como la más formidable enemiga de la religion musulmana y como la más viva encarnacion del Cristianismo. Pero no cabe dudarlo. Hasta la hora de su separacion definitiva del Catolicismo, la religion griega estuvo llena de vida, de ideas, con esa profunda interioridad psicológica que anima á las religiones vivas y les da verdadera virtud para saciar la sed del espíritu y calmar sus acerbos dolores. Todas las ideas de la filosofía entraban á una en su seno como ricos manantiales filtrados desde la razon humana en la fe sobrehumana. Todos los pensadores iban á su regazo completando las ideas platónicas con las ideas cristianas. Como aquella rica lengua griega no parece capaz de ninguna debilidad ni de ninguna decadencia, la literatura heleno-cristiana competia con la antigua literatura clásica y continuaba su inmortal hermosura. El Crisóstomo hablaba una lengua tan dulce y San Basilio una lengua tan enérgica como los primeros escritores, bien al reves de esa literatura latina, herida desde el principio de los tiempos eclesiásticos de una irremediable decadencia y de una hinchazon que se confunde con la hinchazon de la muerte. Mas digamos toda la verdad; en cuanto el divorcio se consuma entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente el helenismo eclesiástico decae, la antigua idealidad se extingue, y una vida mecánica y una fuerza temporal sustituyen al vigor de los dogmas y á la riqueza y á la variedad de las ideas. La ortodoxia griega

se somete al Estado y se convierte en puro instrumento del Estado, en rueda de su máquina. El patriarca no dependerá de los papas de Roma, pero pasará á cortesano primero del Emperador. Las grandes discusiones sobre Dios, el Verbo, el Espíritu Santo, se reemplazarán por las disputas y los ergotismos teológicos acerca de oscurísimos puntos é intrincados é indescifrables problemas. Los circos sucederán á los Concilios, y los azules y los verdes á los sabios elocuentes y á los Padres virtuosísimos. Por el trisagio, por el pan de la cena mística, por otras mil cosas teológicas, se empeñarán batallas en las cuales una mitad de los vencidos caerán muertos y otra mitad esclavos, no quedando más recurso que el sepulcro ó el mercado. La pasion religiosa encenderá los ánimos, y los ánimos encendidos de ira incendian los templos y hospitales, donde mueren carbonizados millares de creyentes y millares de enfermos. La Iglesia latina podrá servir de ejemplo para demostrar cuán débil es un Estado que se somete al clero; pero la Iglesia griega servirá de ejemplo para enseñar cuán debil es un clero que se somete al Estado. Poco á poco, los Emperadores bizantinos concluyeron por hacer de la religion una rueda mecánica del Estado. Y esta rueda llegó más tarde á caer en manos de los turcos, que la aprovecharon para montar la máquina de servidumbre donde debia languidecer el espíritu cristiano. Reprodújose muchas veces aquel tristísimo espectáculo de la España árabe, tan deplorado por todos los escritores cristianos y mártires, aquel espectáculo de un califa cordobes presidiendo sínodos cristianos, firmando símbolos y declaraciones

de fe, árbitro de nuestras diferencias, juez de nuestras herejías, jefe de nuestra Iglesia, que encontraba fácilmente por la simonía obispos dóciles y fácilmente por el terror cristianos obedientes para que aquéllos decretáran y éstos cumplieran cánones opuestos á la fe de Cristo y á los dogmas de la Iglesia, sobre cuya santidad se sobreponian las exigencias de la política y las cábalas del Gobierno. La religion, por su naturaleza, no es el miedo, como suponian los antiguos al idear que el hombre alzó la cabeza á las alturas y prestó culto á lo desconocido el dia que oyó bramar el huracan ó rugir el trueno; la religion es la idea humana que tiende á lo infinito como la planta tiende á la luz; el amor inmenso que se sobrepone y vence á las sombras de la muerte; la elevacion del alma á las alturas inaccesibles de lo eterno, desde donde baja en lenguas de fuego la revelacion con todas sus sacrosantas inspiraciones sobre nosotros; la tendencia incontrastable de nuestro frágil y deleznable sér á unirse con el sér perfecto y absoluto; la nota divina que hay en todas las artes; la melancolía infinita que hay en todos los amores; el vuelo místico hácia otro mundo mejor que hay en todas las grandes aspiraciones; la nostalgia del cielo, que hay en todas las almas; el deseo de convertir la vida entera en una nube de incienso que se eleve á las alturas y se disipe en la eternidad. No hay manifestacion alguna del espíritu humano que tanto necesite de la libertad como las manifestaciones religiosas. Nacidas de lo más íntimo de nuestro sér; ligadas con toda la parte moral y toda la parte espiritual de nuestra naturaleza; las manifestaciones religiosas buscan á Dios

y en Dios encuentran toda su satisfaccion. Si las someteis al Estado, si las sujetais á su arbitrariedad, si las resumís en los fines puramente mundanales, manchais el alma, y con el barro que poneis sobre sus alas casi la imposibilitais para lo infinito. Nada tan profundamente íntimo; nada tan espontáneo como la religion que se confunde en esta espontaneidad y en esta intimidad con el amor. Desde el dia y hora en que la someteis á la fuerza, le quitais toda su naturaleza. Así sucedió en Bizancio; y así el bizantinismo ha sido proverbial en todas las lenguas de la tierra.

Y esta religion, de suyo mecánica, se ha mecanizado todavía más pasando del antiguo Imperio bizantino al Imperio más autocrático que existe en toda Europa, al Imperio ruso. Era un principio fundamental de la religion griega que la Iglesia debia ser gobernada por los obispos. Pero ha sido una práctica constante que los obispos cayesen por necesidad en manos de los emperadores. Antes de Pedro el Grande, la religion moscovita se inspiraba más en la antigua ortodoxia griega; dependia más del antiguo espíritu de Constantinopla; se embebia más en la contemplacion de todos los dogmas verdaderamente helénicos; y se entregaba más en sus oraciones y en sus ritos, llevada por la natural espontaneidad de una comunion libre, á las efusiones de misticismo oriental, tan propio de pueblos ligados estrechamente con el Asia, esa cuna de la religion y de la luz. Pero Pedro el Grande vino á convertir todas estas fuerzas espontáneas de un pueblo en fuerzas materiales de un imperio. Extraño carácter en verdad el carácter de este

hombre extraordinario. Bajo la tutela de ambiciosa princesa en sus primeros años, adquiere toda la energía de incontrastable voluntad; circuido de amigos destinados á viciarle, hace de ellos en sus juegos infantiles el núcleo y el tuétano de su futuro ejército; ebrio hasta la brutalidad en sus esparcimientos y fiestas, practica una sencillez campesina y una sobriedad espartana en el campamento; esposo inconstante, padre cruel, juez ceñudo que se asemeja al verdugo, siente paternales afectos por su pueblo; nacido en la barbarie moscovita, se eleva á la civilizacion europea; educado por monjes, se acerca á los filósofos; henchido de las tradiciones de su patria, la abre al espíritu moderno; y despues de vencer á todos sus enemigos, desde los suecos á los polacos y desde los turcos á los persas, funda imperio autocrático para que congregue y eduque aquella confederacion de razas bárbaras, difícilmente mantenida bajo la sombra de un solo cetro; y para hacer más uno este Imperio, suprime al Patriarca, que pudiera ser considerado como un rival del Emperador, y sustituyéndolo por el Sínodo, semejante á un Senado político, se eleva como uno de aquellos déspotas asiaticos cuyo recuerdo todavía pesa á manera de horrible pesadilla en la historia, se eleva, gigantesco, inmenso, absorbente, sobre la conciencia y sobre la tierra.

La religion desde este punto aparece como pura razon de Estado. El Czar niega ser jefe de la Iglesia; no lo es en apariencia, porque esa jefatura queda personificada en el Sínodo. Pero á poco que el Sínodo se examine resulta como una fábrica burocrática de someter almas rebeldes al Emperador, sellándolas con el indeleble sello

de su autoridad y de su nombre. La fundacion del Sínodo fué un golpe de Estado religioso. Por ella penetró el Czar, con su látigo y su cetro, su espada y sus espuelas, en la conciencia de sus vasallos, y se asentó sobre sus almas. Tres catecismos principales tienen los rusos; el de Prokopovitch, que se dió largo tiempo en las escuelas; el de Platon, eminentísimo prelado de Moscou; y el de Philarete, que ahora se está publicando, destinado á todos los cristianos ortodoxos. Y en estos libros encontraréis los aforismos siguientes: 1.° La más alta autoridad paternal, despues de Dios, es el Czar. 2.° El Czar es el primer gobernante despues de Dios. 3.° El Czar no puede reconocer en la tierra ningun sér superior á él. 4.° Los directores espirituales se encuentran muy por bajo del Czar. 5.° El Czar no está sujeto á ninguna ley humana; la fe solamente puede mantenerlo en las vías de la justicia y recompensarlo. 6.° El Czar es el primer guardian y protector de la Iglesia. 7.° El Czar debe velar por todos los asuntos civiles, militares y eclesiásticos. 8.° La alta inspeccion sobre las autoridades religiosas, á fin de que cumplan su deber, toca de derecho al Czar. Hasta aquí las prescripciones religiosas que prueban cómo puede forjarse una religion del Estado verdaderamente al Estado sometida. Y lo mismo sucede, segun el erudito Fondini, en la Iglesia de Grecia. El Sínodo se compone de la asamblea de todos los obispos; pero todos los obispos no pueden tomar medida alguna sino en presencia del delegado de la Monarquía y con la autorizacion de su firma.

Así los diversos poderes religiosos del mundo greco-

eslavo se amoldan completamente al ideal trazado por la política y por la religion moscovitas. La Iglesia bizantina ha engendrado todas estas várias iglesias cristiano-orientales. Por esa tendencia á la variedad que en el espíritu humano reina, como reina en la naturaleza, estas Iglesias han tendido á formar nacionalidades religiosas, independientes de su capitalidad. Reconociendo la jurisdiccion teológica de los cuatro patriarcas que se asientan en las cuatro grandes ciudades de Oriente, Rusia se apartó en el siglo décimosexto del Patriarcado de Constantinopla y erigió para la administracion, para el gobierno de las cosas eclesiásticas, un patriarcado propio, signo de su independencia, cúspide verdadera de su nacionalidad. Miéntras los elementos que combatian dentro de aquel cáos y las razas que batallaban se sometian al espíritu religioso, el Patriarcado predominaba sobre todo á la manera del Pontífice en la Edad Media, y se interponia con autoridad entre los boyardos y sus siervos, como entre el Czar y sus vasallos. Despues, en el movimiento dialéctico de las ideas, en el desarrollo natural del espíritu, en la pujanza de las nacionalidades, el principio civil, ese espíritu vivificador de las monarquías, se sobrepuso al principio religioso, ese espíritu vivificador de las teocracias, como durante la Edad Media el feudalismo militar venció y arrolló al feudalismo eclesiástico. Y el representante de este espíritu laico, de este elemento civil, de esta especie de filosofía del Estado que sujetaba al Estado la religion para convertirla en verdadero instrumento de autoridad, cuando no de tiranía, debió ser Pedro el Grande, que adivinaba cómo no

es dable en el mundo fundar dominacion alguna que no arranque de la eterna base de todas las dominaciones, de la sumision de los espíritus. El Patriarcado pasó á la categoría de una de las conquistas imperiales, y la revolucion civil que debia destronar la autoridad religiosa y preceder á la revolucion política tuvo por manifestacion, así como entre los españoles á Aranda, y entre los portugueses á Pombal, y entre los franceses á Choisseul, entre los rusos á Pedro el Grande y su obra verdaderamente laica, á saber, el Sínodo ortodoxo.

Döellinger, en su obra clásica *La Iglesia y las Iglesias*, ha profundamente analizado la religion moscovita. La verdad es que de este erudito estudio, desempeñado con mucha elevacion, aunque un tanto sometido á las preocupaciones católicas, resulta ser la Iglesia rusa una burocracia esclavizada completa y absolutamente por el Imperio ruso. Las tres ciudades, Kiew, Moscou, y Petersburgo, representan los tres momentos de la historia rusa. Kiew es la ciudad de los patriarcas; Moscou es la ciudad de los czares verdaderamente nacionales; Petersburgo la ciudad de los czares semigermánicos. En Petersburgo, pues, se verifica bajo Pedro el Grande una revolucion semejante á la verificada en Brandeburgo despues que el Marqués pasa al protestantismo, y en Sajonia despues que el Elector obra la misma conversion, á saber, que el jefe de la nacion se trasforma á su vez en jefe de la Iglesia. El clero ruso, que de clase religiosa pasaba á clase burocrática, se dirigió á Pedro I para que restaurase el Patriarcado, y Pedro I, golpeándose el pecho con su acostumbrada furia, y despidiendo centellas

de sus ojos encendidos, exclamó: «En mí teneis el verdadero Patriarca.» El poder de este czar era tan grande, que logró dominar al jefe de toda la Iglesia griega residente en Constantinopla y llevarlo hasta la sancion de sus resoluciones religiosas, por más contrarias que fuesen al sentido y al espíritu de la ortodoxia. El Sínodo de Petersburgo fué, como el Patriarca de Jerusalen, la ciudad del Padre; como el Patriarca de Aténas, la ciudad del Verbo; como el Patriarca de Constantinopla, la ciudad del Espíritu; como el Patriarca de Alejandría, la ciudad de la Trinidad; un dignatario superior entre los griegos y los orientales, un dignatario encargado de definir y propagar el dogma cuando habia brotado este gobierno religioso de la cabeza de un autócrata sobre la cual no cayera jamas ni siquiera una gota del óleo santo, cuya virtud unge y consagra el sacerdocio. Y su firma de autócrata da fuerza á los reglamentos. Y su autoridad nombra á los obispos. Y el patrimonio de la Corona se confunde con el patrimonio de la Iglesia. Y esta confusion de los dos poderes, tan contraria y repugnante á la naturaleza moral de los eslavos, tiene tal fuerza, que Pedro I se ha llamado á sí mismo jefe de la Iglesia, y los demas autócratas lo han sido sin llamárselo. El obispo, nombrado por la divina voz imperial, extraido de un claustro donde no llega ni la luz de la inteligencia ni el rumor de la sociedad, designado teatralmente más por su corpulencia que por su alma y más por los sedosos cabellos de su barba que por las sublimes ideas de su espíritu, ha de ofrecer un aspecto imponentísimo de majestad y grandeza, ha de elevar su frente como los san-

tos litúrgicos y bizantinos allá en las alturas, ha de soportar el peso de su corona sacerdotal cargada de ricas piedras preciosas como un rey de los cielos, ha de mover á compas sus incensarios de oro, ha de arrastrar las dalmáticas cuajadas de preseas, ha de ser, en fin, el símbolo de la fuerza material con que los espíritus se agrupan y sostienen todos en torno de la soberbia autocracia. Ninguna comunicacion estrecha entre el alto y el bajo clero; ninguna esperanza en el bajo de dejar su casta sino por la degradacion que lo convierte en soldado, ni mejorar su suerte entregada á la doble tiranía del episcopado y del pueblo; silencio general en el sacerdocio que no puede predicar sino en la fiesta del Emperador para sostener una obediencia sin término á una autoridad sin límites; todas las obligaciones de los esbirros impuestas al clero, hasta la de revelar á la policía los secretos de la confesion; todos los horizontes del alma cerrados; y todas las esperanzas de otra vida superior desvanecidas, porque esta Iglesia es un ejército mecánico, con el cual sostiene un Emperador omnipotente la peor de todas las servidumbres, la horrible servidumbre de la conciencia, de ese último refugio donde parece que no debiera llegar jamas ni la coaccion de los tiranos, ni el eclipse de la libertad.

Pero una religion de esta suerte sometida al Imperio, si desde el punto de vista filosófico carece por completo de aquella idealidad que da á las religiones carácter espiritualista é íntimo, desde el punto de vista político tiene una inmensa fuerza, y hace de los territorios verdaderos campamentos y de los pueblos verda-

deros ejércitos. El Czar oprime, pero tambien dirige. Quita al espíritu su individualidad original y sus libertades necesarias, pero le da en cambio una fuerza de impulsion verdaderamente incontrastable. Desde los palacios á las cabañas, todos en Rusia saben el ministerio que su raza está llamada á desempeñar en el pavoroso problema de Oriente. Una especie de judaismo renovado inspira esa soberbia nacional de los pueblos jóvenes y conquistadores; la idea de un Mesías armado y batallador resplandece en el nimbo que corona las sienes de los santos y en las armas que empuñan las manos de los soldados; los dogmas humanitarios de una religion divina se someten á las esperanzas y á las supersticiones de un pueblo guerrero, siendo ruso el cristianismo y pagano é idólatra todo aquello que no sea ingenuamente ruso; Moscou aparece desde el seno de la estepa al campesino encorvado sobre su labor, como Jerusalen á los ojos de los israelitas, y el Czar aparece como el Pontífice, como el Profeta, como el enviado de Dios á los ojos de aquellas valerosísimas razas levantadas por un soplo religioso enmedio del desierto y seguras de combates y conquistas; la idea mística de borrar la media luna en los horizontes de Europa y sustituir el Evangelio al Koran se mezcla confusamente con la idea revolucionaria de emancipar los pueblos oprimidos y volver su libertad á naciones de tan ilustre prosapia como la nacion helénica; las evocaciones á los eslavos de todas las zonas, hermanos en la misma raza, destinados á una confederacion gigantesca, toman la majestad de un dogma y el acento de una epopeya; la esperanza de que el inmenso

imperio extendido desde Arcángel hasta el Adriático formará una sola familia imbuida de un solo espíritu, tiene la misma seguridad entre ellos que el cumplimiento de las promesas evangélicas, extendiéndose desde el seno de la Iglesia á los búlgaros y á los montenegrinos en sus montañas; á los rumanos y á los sérvios á las orillas de sus rios; á los croatas en la opresion y á los griegos en las ruinas; apocalípsis gigantesco, en que de un lado se cae y se destroza un imperio con el estrépito con que cayeron y se destrozaron Nínive y Babilonia, miéntras de otro lado se levantan pueblos jóvenes con la hermosura de Cristo resucitado ó de los ángeles aparecidos á los profetas; para que se cumpla y se realice la emancipacion religioso-político-social de todo el Oriente. Y hé aquí, pues, el vapor que mueve esta guerra; la idea que impulsa los ejércitos; la aspiracion que se eleva, como el humo del hogar desde el techo de las cabañas abiertas como madrigueras en la tierra hasta el frontispicio de los palacios y el cimborrio de los templos; el cuento que la abuela narra á sus netezuelos para adormecerlos en la cuna; y la lecccion que el profesor explica á la juventud desde las alturas de su cátedra: al filo de los sables rusos caerá el mahometismo, y al conjuro del genio ruso la cruz griega se levantará hoy sobre Santa Sofía de Constantinopla, y mañana sobre los altares y sobre las ruinas de la Ciudad Eterna.

UNA RELIGION DECADENTE.

En el capítulo anterior expusimos los progresos de la religion griega en Europa; y ahora, en este capítulo, vamos á exponer la decadencia de la religion mahometana. Jamas diré yo que la cuestion de Oriente sea una pura cuestion religiosa, y jamas negaré que la cuestion de Oriente se exima del influjo religioso, no siendo una sola cuestion sino como una serie de cuestiones emanadas directamente de otra serie de ideas. Por un lado toca en las altas cimas de la religion y de la metafísica miéntras por otro lado toca en los bajos de la utilidad y de la economía. Por regla general todas las grandes cuestiones son así, de esta misma suerte. Las Cruzadas de la Edad Media aparecen como un movimiento religioso que recaba el sepulcro de Cristo y resultan como un movimiento social que mece la cuna de nuestra democracia. Siempre, en todo tiempo, una idea contiene mucha vida, y la vida presenta muchos aspectos. Ese problema de Oriente para un descreido y superficial hijo del siglo, puede aparecer como un problema de pura

política; más para el que ahonda en las cuestiones, reune al aspecto político el aspecto religioso, que en las trascendentales problemas del mundo se interesa toda la sociedad y la sociedad multiplica y eleva todas las humanas facultades.

Despues de la religion griega vemos en Oriente su opuesta, la religion ismaelita. Y así como, al tratar la religion griega, hemos comenzado por exponer el pensamiento de sus sectarios y hemos concluido por exponer nuestro propio pensamiento, al tratar la religion musulmana empezarémos por exponer el pensamiento de sus apologistas y concluirémos por exponer nuestro propio pensamiento. El mahometismo cuenta defensores en Europa, no ya entre aquellos que lo profesan como una religion de su vida, sino entre aquellos tambien que en nuestra religion se han educado. Un gran escritor inglés comenzó hace algun tiempo este trabajo de rehabilitar el mahometismo; y un escritor frances, que á profundidad de inteligencia reune gracia incomparable en el estilo, ha trazado en libro lleno de paradojas atrevidísimas y de audaces pensamientos, la apología del triste enfermo que agoniza á las orillas del Bósforo y la defensa de sus creencias y de sus supersticiones. Al oirlo, creeriais oir un santon musulman educado en la escuela de Hegel. Sus comentarios semejan á bordados de cinceladuras europeas puestas sobre jaspes y azulejos de Oriente, á grecas, á guirnaldas, á grotescos de Ghiberti ó de Udina, tendidos por una capilla de Córdoba ó un patio de la Alhambra.

El Asia, y no Europa, representa el cerebro de la hu-

manidad. Nuestro continente da sólo comentadores de los dogmas; pero el continente asiático da los dogmas mismos en su ingenuidad y en su esencia. Y esta ebullicion del pensamiento asiático no ha cesado todavía. Miéntras aquí morimos por la organizacion del Estado, ó por la tarifa del trabajo, allí se pelea y se muere por la idea religiosa y por las abstracciones metafísicas. Los penitentes oran todavía en las selvas, los profetas hablan á los desiertos, los hijos de Dios descienden de los cielos, y los mártires del idealismo riegan la tierra con su fecundante sangre. El fundador del Babismo en Persia no encuentra jueces ni verdugos entre los musulmanes, y no hubiera muerto mártir sino le matan los fanáticos nestorianos. Allí, en torno de los fundadores de religiones, se extiende bien pronto el genio de la poesía que los saca de las tristezas de la realidad y los diviniza en los cielos de la leyenda. Al oriental no le importa que ni Jeremías, ni Isaías, ni Salomon, ni el salmista hablen de Moises; él perpétuamente lo verá en las arenas del desierto, en los espejismos del ocaso, en el humo de los vapores exhalados por las montañas, en todas partes, porque lo lleva dentro de sí mismo, en el seno fecundísimo de su alma.

Mahoma, en esa tierra de Asia, es el reivindicador de la unidad de Dios en toda su pureza. Cuando él apareció, la religion de Cristo se habia trocado en una religion política con su exaltacion al trono de los Césares; la pura unidad del Dios hebreo se habia perdido en los dogmas trinitarios y en la apoteósis de María; miéntras unos cristianos se iban á la córte de los césares bizantinos á

comentar estúpidamente las sutilezas de sofística teología en decadencia, otros se iban á atizar los furores demagógicos y las utopias comunistas de los ebionitas y de los gnosticos; el maniqueo resucitaba la dualidad persa, y ponia el diablo á la altura de Dios, miéntras el montanista anticipaba diez siglos el protestantismo y su libertad de pensar; dobles guerras, en Occidente por las herejías sobre la persona de Cristo, y en Oriente por las interpretaciones á los libros de Zoroastro, lanzaban sobre Arabia sectarios de todos los cultos, vencidos de todas las causas, apóstoles de todas las doctrinas, que llevaban con la tempestad de sus pasiones el hervidero de sus ideas; y como siempre que el espíritu humano se agita de esta suerte y despide por todas partes efluvios de su sér y estelas de su pensamiento, un hombre extraordinario se eleva en la tierra de los profetas y en la raza de los héroes, concentra en sí toda la vida, y opone á las divagaciones metafísicas de tantas sectas teológicas un sentido práctico, al paganismo extincto del Asia la viva unidad de Dios, idea fecundísima, rayo de las nubes á cuyas chispas se fundieron los ídolos, rayo de sol á cuyo calor se animó en la vida un nuevo espíritu.

Los apologistas del mahometismo dicen que en Mahoma concluye el reinado de la teología y empieza el reinado de la ciencia; que su política da la direccion de las sociedades al más sabio y tiene únicamente por sabio á quien lo sepa todo; que su empeño principal consistió en buscar la luz hasta en los últimos extremos del mundo y en los más apartados rincones de la tierra; que su moral ofrece el mismo carácter de unidad dado á su reli-

gion; que su espíritu toca al espíritu moderno imbuido de la más ámplia tolerancia, diciendo á los judíos y á los católicos: «Vuestro Dios y el nuestro es uno mismo»; que su razon serena expulsa los milagros de todas las concepciones teológicas; que su amor á lo absoluto se exhala en palabras sublimes como la incomparable de que todas las sombras de los seres van á inclinarse con humildad ante el nombre incomunicable del Eterno.

Para estos predicadores de la religion semítica la mezquita es como el templo de la igualdad; la peregrinacion á la Meca, como la liga anfictiónica de las almas; la mujer de los serrallos, como el tipo natural de la madre; la pena del talion, como el código de la naturaleza; el fatalismo como la gravitacion de las sociedades humanas; la apoteósis del sable, como la fuerza puesta á servicio de la idea; el Islam en sí, como el eslabon único entre la antigua y la moderna historia; la ciencia nuestra, como la hija legítima de la ciencia enseñada en Bagdad, en Córdoba, en Sevilla; el espíritu europeo, como una de las derivaciones de ese espíritu semita y profético que acabó con la idolatría en la Kaba y dió con la unidad de Dios base incontrastable á la metafísica y á la vida. Las ciencias le deben al mahometismo el descubrimiento del apogeo del sol; la redaccion de las tablas náuticas y astronómicas que sirvieron para sus viajes á Vasco de Gama y á Alburquerque; la aplicacion del Algebra á la Geometría; el ácido sulfúrico y el ácido nítrico; dos mil plantas añadidas al herbario de Dioscórides; los adelantos mayores de la Medicina y el establecimiento de la farmacia; el sistema hidráulico que riega los más hermosos edenes de nuestra

Península, y la arquitectura de los monumentos cordobeses y sevillanos y granadinos, de suerte que su pensamiento ha cultivado y estudiado desde el grano de arroz perdido en las lagunas hasta el astro luminoso perdido en los espacios.

A la verdad, así como en la naturaleza hay una química universal á cuyas operaciones contribuyen las corrientes magnéticas y eléctricas; así como en la atmósfera hay un círculo de vapores por las emanaciones que extraen de las aguas los rayos del sol y una correlacion misteriosa entre la ola que palpita en el mar y la nube que se agarra á la montaña, entre el humillo que se levanta del surco y el rocío que tiembla en la hoja del árbol; así como entre nuestro sol y las nebulosas existen misteriosas armonías como existen en cada uno de nuestros pulmones retortas que liquidan lo gases, y en las fibras de los vegetales instrumentos que solidifican los líquidos; en la historia, en la sociedad, en sus operaciones várias, en la misteriosa elaboracion de sus elementos hay como una máquina misteriosa que convierte el espíritu en várias instituciones, las ideas en sólidos hechos, las leyes del pensamiento en leyes de la historia; y no cabe dudarlo, una trasformacion como la producida por el Koran, una personalidad como la elevada á las alturas de la historia en el genio de Mahoma, una ebullicion de ideas como la impulsada por tantos dogmas y tantos principios lanzados á los cuatro vientos por la palabra inspirada del singular profeta, han debido formar parte considerable de las sólidas bases de la vida en nuestras agitadísimas sociedades, visitadas por tantas ideas con-

trarias, heridas por tantas guerras crueles, sujetas á metamórfosis de tan diversa índole, y que no saben todavía de dónde han venido muchos de aquellos principios á cuya virtud fian completamente su existencia. Así como tenemos en nuestro cuerpo átomos de todos los seres, tenemos en nuestro espíritu ideas de todas las religiones y de todas las ciencias: que de esa suerte se verifica en el mundo la milagrosa trasformacion de las almas.

Pero nosotros, que hemos examinado con verdadera imparcialidad la religion de los griegos, aunque toca por algunos puntos á la religion de nuestra infancia, podemos con igual imparcialidad examinar la religion de los musulmanes, aunque largas tradiciones históricas del genio nacional nos hayan educado en una especie de invencible horror á sus principios. Las religiones pueden ser juzgadas en sí, en su espíritu absoluto, y juzgadas en su vida histórica, desde el momento de su aparicion hasta el momento de su decadencia ó fin sobre la tierra. En un trabajo filosófico, el primer punto de vista sería preferible; en el trabajo histórico es preferible el segundo. Al aparecer Mahoma reinaba la confusion mayor entre los cristianos de Oriente, y el paganismo más sensualista entre los infieles. La Biblia, que contenia la idea madre de la cultura moderna con llevar y contener la idea de la unidad de Dios, pudo dar con Cristo una religion á Occidente, guardando todavía virtud bastante á dar con otro revelador y otro profeta una religion nueva al Oriente. Así el patriarca Abraham es nuestro padre comun, el padre de los hebreos, el padre de los cristiatianos, y el padre tambien de los musulmanes. Así el

Dios del Sinaí es el mismo Dios del Calvario y de la Arabia. Así las profecías del Koran, como las profecías del Evangelio, dimanan de la Biblia. Dios le dice á Abraham que Ismael llegará á jefe de un gran pueblo; y á Moyses que suscitára otro profeta semejante á él y le pondrá palabras divinas en los labios; y á Isaías que mire al horizonte y verá dos hombres maravillosos, el uno caballero en humilde asno, como Cristo debia entrar en Jerusalen, y el otro caballero en dócil camello, como Mahoma debió entrar en la Meca; y á Daniel, que un hijo del hombre subirá hasta las alturas del cielo y con revelaciones celestes fundará un reino indestructible; y á Habacuc que el santo vendrá del lado de Pharan, es decir, del lado de la Arabia; y á San Juan que un caballo negro tenderá su crin y abrirá sus narices entre los huracanes del desierto, y el jinete que lo monte tendrá poder para lanzar sobre el planeta la guerra y blandir su larga espada sobre la cabeza de todos los hombres, peleando en espantosa é interminable carnicería donde mueran razas y pueblos. Por estas profecías se enlaza la vida del pueblo de Israel con la vida del pueblo ismaelita, y se funda verdaderamente el Koran sobre la Biblia, con lo cual los trabajos de los siglos anteriores no se pierden y se preparan nuevos trabajos para los siglos futuros.

Luego la idea de Dios se fortalece en el Koran. Bajo el capullo de la simbólica oriental encierra pensamientos profundísimos respecto á la Divinidad. Dios es Dios, viviente y eternal. El sueño no se acerca á sus ojos. Él sabe cuánto sucedió ántes que fuera el mundo, y cuánto

sucederá despues que el mundo haya sido. Le debeis el reposo de la noche y el despertar en la mañana. Todo lo que hay en los espacios pasará; y quedará resplandeciendo solamente la faz luminosa del Eterno. Aunque todas las hojas de los árboles fueran plumas, y tinta todos los mares, no se podrian escribir ni en lo infinito sus alabanzas. El peso más grave y el más ligero, el de una hormiga ó el de la tierra, no se escapa á su conocimiento, porque todo está escrito en el libro de su evidencia. No digais que Dios es trino, porque decís una blasfemia. No digais que Dios tiene un Hijo, porque á esta palabra se rasgan los cielos y se hienden los montes. El soplo de Dios fecunda la nada. Manda y todos los seres le obedecen. Mira y todas las tinieblas se iluminan. Él ha puesto los cielos como un dosel sobre nuestra frente y la tierra como una alfombra á nuestras plantas. Él ha escrito con letras de estrella en los espacios la direccion de nuestra ruta. Todas las cosas creadas le cantan, y esos cánticos jamas llegarán hasta nuestros profanos oidos.

Con estas palabras de devocion á una idea sublime despertó el Profeta los sentidos de su heroica raza hácia Dios, y su unidad maravillosa; la fundó, la disciplinó en régimen verdaderamente militar; obligóla al cumplimiento del deber, como un general á su ejército; armóla de ideas y de espadas; la arrojó sobre el mundo y la hizo conquistadora de una parte considerable de la tierra, compartiendo á consecuencia de esta conquista con el cristianismo y con el budismo la dominacion más extensa y más avanzada que han conocido los hombres sobre la conciencia humana. Pero, no hay que dudarlo, así

como el judaismo por su idea de Dios y sus mandamientos capitales pertenece á toda la humanidad, pero por su liturgia y por sus ritos exclusivamente al pueblo judío; el mahometismo, por su idea metafísica, por su idea de Dios, pertenece á todas, y por su liturgia, por su legislacion, por sus demas dogmas, á las razas orientales. El mosaismo ha sido la religion de un pueblo, el mahometismo la religion de una raza, y el cristianismo, sólo el cristianismo, entre las religiones históricas, es la religion de la humanidad.

Miéntras estuvimos en los períodos guerreros de la vida histórica brilló el mahometismo con resplandor sin igual. Propio para aquel momento de la historia, en armonía con aquel estado social, su espada abria surcos en la conciencia humana y sembraba multitud de ideas. Así del choque de su alfanje salian centellas que iban á calentar las frias cenizas donde habia quedado como atomizada la cultura antigua despues de consumida por la tea de los Bárbaros. Enfrente del Africa degenerada, enfrente de los godos españoles consumidos por el bizantinismo, enfrente de ese imperio de Constantinopla devorado por la fiebre teológica y reducido á la impotencia de una vida evaporada en contínuas abstracciones, la voluntad enérgica, la disciplina severa, la religion militar, la propaganda por el sable debian prevalecer y triunfar. Junto á una ciencia de comentaristas, junto á un clero decadente, en los primeros siglos de la Edad teocrática moderna, la ciencia musulmana debia ser, como la faz del Dios de su Koran, el único luminar que difundiera su lumbre vivificadora en el espíritu hu-

mano, pues miraba á la tierra, consultaba á la experiencia, vivia en la realidad miéntras nuestra Europa se descaminaba y se perdia en los fantásticos ensueños y en las confusas visiones, producto de la maceracion y de la penitencia, entre las estrechas paredes del claustro.

Pero así que el mundo europeo sintió el primer calor de la primavera del Renacimiento en la Edad Media, tuvo que retroceder el mahometismo en Occidente; y en cuanto, ya en la historia moderna, el mundo europeo sintió el calor de la filosofía, tuvo que estancarse el mahometismo en Oriente; tan cierto es que si las fuerzas rigen la materia, las ideas y solamente las ideas rigen la conciencia. Religion que miraba al temperamento de una raza, al carácter de un pueblo, á la temperatura de una region; como hija de unas circunstancias, con las circunstancias tuvo que pasar su prepotencia y caer por necesidad en irremediable decaimiento. Sus leyes no tienen el carácter de universalidad que deben tener las leyes morales, sino un carácter apropiado á los accidentes pasajeros de la vida y á las facultades exclusivas de una raza. Su gobierno y sus instituciones encuentran regulada la existencia en dogmas religiosos de una rigidez incontrastable. Una autocracia rige la sociedad. Una grande confusion entre el poder espiritual y el poder temporal caracteriza á esta autocracia. El fatalismo pone límites infranqueables á la libertad. El Koran á su vez imposibilita todo progreso, porque las leyes civiles como las leyes políticas, no pueden ser más que comentarios de sus dogmas y derivaciones de sus principios. Así la vida musulmana se corrompe como las aguas de

un mar muerto. Así el poder se petrifica como un gigantesco ídolo, en cuyas aras precisa ofrecer la más terrible de todas las inmolaciones, la inmolacion de la libertad humana. Así los pueblos que honraron en otro tiempo la tierra vuelven á la inocencia de la infancia, por exceso de vejez. Los mismos que tanto los enaltecen confiesan que se han quedado fuera de la luz viva y asentados á la sombra de la muerte. Atribúyenlo á que la escritura semítica, progreso real sobre la escritura jeroglífica, opone hoy con sus complicadas letras, con sus innumerables puntos diacríticos, con sus várias vocales, insuperables obstáculos á la difusion de la ciencia. La escritura es jeroglífica, silábica y alfabética. La escritura silábica de los árabes aparece como un progreso respecto á la escritura jeroglífica de los chinos que emplea ciento treinta mil signos para expresar una limitada cantidad de objetos. Pero con sus ochocientos caractéres tipográficos indispensables para la impresion de un libro ó de un periódico, la escritura árabe tiene verdadera inferioridad respecto á nuestra escritura alfabética, que expresa con treinta caractéres á lo sumo todo cuanto puede concebir el pensamiento humano. No caben pues dentro de tan estrechos moldes el espíritu moderno, la rica variedad de nuestras ideas, los matices de nuestro pensamiento, el análisis prolijo de la filosofía europea, la nomenclatura de ciencias que debierán á la lengua del Koran su primera ilustracion y que hoy del Koran se han separado para desarrollarse y crecer en lenguas más flexibles, más idóneas al progreso, más capaces de dar su expresion adecuada á todas las nobles

aspiraciones del humano espíritu en este trabajo infinito por la verdad y por el bien. Una estrecha ortodoxia, que no existió jamas en los tiempos felices de Bagdad y de Córdoba, ha concluido por inmovilizar el espíritu musulman. El movimiento es el calor, el calor la vida, y la transformacion de las fuerzas el secreto de la mecánica y de la dinámica universal. Y lo mismo sucede en las sociedades humanas donde se derivan de unas ideas otras ideas progresivas y todas juntas forman esa ley del progreso, fuera de la que, sólo reinan la esclavitud ó la muerte.

Delante de la enseñanza que al observador ofrecen estos pueblos musulmanes, podemos decir, alterando una de sus frases capitales: solamente la libertad es grande, solamente la libertad es fecunda. La causa primera de su atraso está en el absurdo fatalismo de su doctrina bajo el cual como que se encorva y se humilla y se corrompe toda la vida. Muchos comentadores ilustres del Koran, y entre otros B. Saint-Hilaire, sostienen que el fatalismo no puede en manera alguna derivarse de la doctrina de Mahoma. Y aunque concediéramos este aserto, aunque proclamáramos el fatalismo como una inconsecuencia flagrante con la teología ismaelita, no podriamos negar que la supresion de la libertad ha llegado á ser como el dogma social de los turcos. El destino de estos fatalistas, escrito está en los cielos; sus acciones se arremolinan y se disipan como los huracanes en el aire y como los remolinos de arena en el desierto. Objeto mecánico que fuerzas ciegas dirigen y mueven, no tiene el turco responsabilidad, como no puede tenerla tampoco la má-

quina. Sus dias se hallan contados en la eternidad y su muerte de antemano señalada en el libro donde se escribe la suerte de todos los mortales. Las acciones caen de su voluntad como caen las hojas de los árboles. La vida corre con el ímpetu ciego de un torrente. Como un cuerpo impulsado por la mano presta el movimiento recibido á otro cuerpo que encuentra en su camino, las acciones de los hombres se mueven unas á otras, porque todas han recibido su movimiento primero de la mano misma de Dios.

Una doctrina de esta clase destruye la mayor de nuestras energías, la voluntad; oscurece el mayor de nuestros luminares, la conciencia; suprime la ley más necesaria á nuestra naturaleza, la moral; arrebata el signo característico de nuestra superioridad sobre todos los seres, el libre albedrío; nos quita la gran dignidad humana quitándonos la virtud, que nace del sentimiento más arraigado en nosotros, del sentimiento de nuestra responsabilidad; y desde la esfera de las causas, donde por libres nos movemos como dioses, nos arroja á la baja esfera de los efectos, como seres inferiores, subordinándonos á un poder ciego cuando nuestra actividad reina como una potencia creadora en la sociedad y en la naturaleza. La libertad es la facultad humana por excelencia. La libertad es el título verdadero de propiedad sobre nosotros mismos. La libertad nos es tan necesaria é indispensable, que hasta las buenas acciones no pueden satisfacernos sino cuando son verdaderamente nuestras, cuando nos pertenecen á nosotros mismos por virtud de la interior espontaneidad. El fatalismo musulman, la

predestinacion luterana, el determinismo moderno, todos los sistemas, ó religiosos ó científicos, que niegan el albedrío, dando á la voluntad divina fuerza avasalladora de la voluntad humana, ó poniendo el motivo como impulsor mecánico de nuestras acciones, jamas destruirán el sentimiento íntimo arraigado en cada hombre de que forma su propia vida por sí mismo; de que determina sus actos por energías é impulsos interiores; de que delibera solicitado por ideas opuestas; de que acepta una razon sobre otra razon y prefiere un motivo á otro motivo; de que elige el bien ó el mal; de que procede en virtud de la energía más viva, en virtud del libre albedrío, causa primera de todas sus obras. Y cuando este gran sentimiento, cuando esta viva conciencia de la libertad se eleva desde el individuo á las naciones, ábrense á sus ojos horizontes infinitos en el pensamiento, y á sus trabajos interminables esferas en la vida. Las grandes instituciones se fundan y á las grandes instituciones corresponden constantes é interminables progresos. Y, al reves, los pueblos que caen tristemente en el fatalismo, como el pueblo turco, se petrifican en la inmovilidad, que es al cabo la muerte.

Luego el Dios musulman se aparta del mundo y se aisla en el retiro de su esencia inaccesible. Si alguna comunicacion tiene con el universo, la tiene por medio de sus profetas y de sus ángeles. Gran diferencia entre esta semítica concepcion del sér absoluto y la concepcion griega, ó mejor dicho, la concepcion platónica, que sin dañar en nada á la libertad humana, ha difundido la esencia divina por las venas del hombre. El espíritu sintéti-

co de los griegos personificado en su más alta expresion, personificado en el genio platónico, ha visto de un lado la perfecta inteligencia divina y de otro lado la inteligencia humana; de un lado el sér invisible y de otro lado la materia visible; de un lado la unidad absoluta y de otro lado la variedad múltiple; y para unir estos dos extremos ha difundido la idea del Verbo, vapor de la virtud celeste y difusion de la celeste claridad, á Dios unido como el tiempo movible al espacio inmóvil y como el calor fecundante á la serena luz, de Dios emanado, pero en la humanidad inmanente, por cuya mediacion la razon absoluta llega hasta nuestra razon, la idea increada hasta el seno de nuestra alma, y la sustancia del Eterno, sin perder nada de su esencia, como no pierde su llama la antorcha donde otras antorchas se encienden, comunícase con el movimiento de los hechos, con la vida de las cosas, con la sustancia de los espíritus, llevando por este medio misterioso la humanidad y el universo en su seno el mismo Dios que los ha creado. Así al sentimiento de la libertad se une en los pueblos cristianos la conciencia de lo divino, miéntras que el musulman, desterrado por un Dios implacable á esta tierra desierta, alza sus manos al cielo suplicantes, atraviesa con sus ojos extáticos las rejas de su cárcel, para buscar lo divino, y, roto y quebrantado por tanto esfuerzo, vuelve á caer en la desesperacion, bajo la pesada cadena del fatalismo, que le aplasta en su pequeñez, como nuestros piés á los insectos en el polvo.

Y estos pueblos turcos crecen con rapidez, si el fanatismo los mueve y la guerra los solicita; pero así que

vienen las épocas de razon y de trabajo; enfrente, sobre todo, de pueblos más progresivos, retroceden y mueren fácilmente. Pasma el extremo de su grandeza unido al extremo de su rebajamiento. Una humilde tribu nómada origina á mediados del siglo décimotercio, cuando Bagdad habia decaido y caido Cordoba, la nacion de los turcos. El fundador de la dinastía de los sultanes, Osman, sueña con que la media luna, surgiendo del seno de su amada, tan bello como un cielo de Oriente, se fija en su pecho y se graba sobre su corazon, miéntras brota de sus riñones un árbol, cuyas hojas eran como hojas de alfanje, y de cuyas raíces bullen y corren los rios más caudalosos de la tierra. A este sueño la conquista le tienta y la guerra se convierte en su única ocupacion y en su único ministerio. Su tio Dundar, anciano prudentísimo, le da consejos reflexivos de moderacion, y el Sultan le responde disparándole una flecha que le derriba muerto á sus plantas. Desde este momento el Asia menor cae como presa dócil entre las garras del tigre, y la capital de la antigua Bithinia se rinde despues de un sitio semejante al antiguo sitio de Troya. Desde este momento ya no hay resistencia. Galípolis, que une el Asia y Europa; Andrinópolis, que es la rival de Constantinopla; la antigua Sardica y la hermosísima Nissa, que dominan toda la península helénica; los campos de Kassovo, donde el gran Amurat sucumbe asesinado por el puñal de un Milosch, que le atisba como una pantera y se lanza sobre su pecho como un leon; la Grecia toda, que cae desde su altísimo trípode de pitonisa en miserable esclavitud; la Bulgaria, comprendida en el centro montañoso de las

cordilleras ricas en pórfido que forman como el núcleo de la península de los Balkanes; la Valaquia y sus fortísimas riberas sobre las aguas del Danubio; la Sérvia y sus valerosos hijos, capaces de defender sus hogares como las águilas sus nidos; la Morea, el antiguo Peloponeso, en cuyos istmos, recamados por las olas de un mar incomparable, se alza la inmortal Corinto; la montañosa Bosnia, la santa Constantinopla, de cuyos muros se exhalaban letanías contínuas miéntras la devoraba el fuego de los sitiadores; la Crimea, aquel Ponto Euxino tan tristemente cantado por Ovidio; el Egipto mismo, la tierra de los misterios; regiones innumerables que la historia se cansa de referir y cuyas guerras de conquista exigirian los acentos de la epopeya, sucumben una tras otra durante tres siglos al poder de los turcos, los cuales, con su cimitarra en las manos, su media luna en la frente, sus genízaros en derredor, sus siervos innumerables á las plantas, parecen, más que los dominadores, los dioses del Oriente.

Pero la decadencia ha venido, y cuando el muezin levanta su voz en los altos minaretes de la Mezquita, parece un Jeremías llorando y plañendo la muerte de una raza. Turquía se cae á pedazos. Cada tres ó cuatro lustros, desde el dia de la emancipacion de Grecia, una de sus regiones suele apartarse del inmenso imperio, conservando tan sólo nominales é ilusorios lazos que sirven para mostrar lo vano de la dominacion en los dominadores y para exacerbar los recuerdos de la antigua servidumbre en los dominados. La poblacion turca disminuye sensiblemente, atrofiada en el serrallo. Las emigracio-

nes del Occidente al Oriente, de la Turquía europea á la Turquía asiática, se notan por todas partes. A cada soplo del aire, á cada rayo de la luz, algo antiguo, algo grande, algo religioso, algo tradicional se muere en el inmenso Imperio. Los patriarcas, que conservan el culto á las ideas muertas, los santones, que murmuran á todas horas la ley de Mahoma entre dientes, se van al Asia en busca de un templo y de un hogar donde no les perturbe la amenazadora aparicion de Europa. Hasta los muertos temen. Los testamentos ordenan frecuentemente depositar los cadáveres de los testadores en tierra de Escutari y no en tierra de Constantinopla. Sin duda, al morir, éntre las revelaciones que descienden sobre las almas al aproximarse á la eternidad, con la intuicion sobrehumana de la muerte, ven surgir en el templo de Constantino y de Justiniano, en la rotonda de santa Sofía, que con la rotonda de San Pedro representa las dos cimas superiores del mundo cristiano, esa Cruz griega despidiendo los resplandores de las ideas de Cristo unidos á los resplandores de las ideas de Platon. Y no cabe dudarlo. Como aquellos que, al finalizar la historia antigua, iban sobre la Roma de los dioses paganos, eran los descendientes de los esclavos, los hijos de los gladiadores, los que ahora se levantan y amenazan la prepotencia de Estambul y la media luna de Osman son tambien hijos de los esclavos : que para los oprimidos guarda siempre un dia de justicia la providencia de Dios y una página de venganza el genio de la Historia.

LA GUERRA Y SUS INCIDENTES.

En la primavera de mil ochocientos setenta y cinco celebraba Italia uno de sus mayores triunfos con sin igual regocijo. Su antiguo tirano el Emperador de Austria entraba como amigo, recibiendo el homenaje de la amistad, en Venecia, donde tantas veces penetrára por el derecho de la fuerza y recibiera el homenaje de la servidumbre. Despues de haber recorrido los canales y visitado los mágicos palacios y puesto el sello de su reconocimiento á la obra capital de este siglo, á la nacionalidad italiana, volvióse por sus estados del Adriático, costeando la antigua Dalmacia y la antigua Iliria, á penetrar de nuevo en el corazon de su Imperio. La rápida fortuna de Víctor Manuel; la reunion de pueblos, ántes separados, á la sombra de su bandera; los prodigios de política sapientísima en combinar el ideal con la realidad y la audacia con la astucia, debieron tentar á quien perdió en Solferino la supremacía sobre Italia, y en Sadowah la supremacía sobre Alemania, pérdidas irreparables, pero que le inspiran el anhelo contínuo de pron-

to desquite y de compensacion verdadera allá por las volcanizadas tierras del Oriente. Lo cierto es que, al tocar el Emperador en aquellas costas, los pueblos oprimidos se conmovieron; y al llegar á la capitalidad de su Imperio el Emperador, los pueblos oprimidos se levantaron como si la sombra del Austria les hubiera infundido una esperanza de resurreccion, y esta esperanza de resurreccion á su vez un aliento de vida.

En aquel verano, pues, las insurrecciones de la Bosnia y la Herzegovina tuvieron su verdadero nacimiento y la política del Austria tuvo participacion verdadera en estos difíciles comienzos. ¡Ciega imprevision! El problema de Oriente no puede tocarse en ninguna de sus ramas, sin que todo él se agite y se perturbe, agitando y perturbando tambien de uno á otro extremo todo el continente europeo. Unos pobres ignorantes montañeses, movidos por absurda intriga política, desplegaron su bandera, blandieron sus armas, y al desplegar su bandera y blandir sus armas, agitaron como sordo terremoto las cinco capitales de las cinco grandes potencias europeas, y anunciaron con fúnebre presagio la proximidad inevitable de conflagracion universal, que pudiese traer una guerra, no ya de pueblos, una guerra de continentes y de razas, como jamas vió otra igual nuestra luctuosa y ensangrentada historia.

El Austria comprendió bien pronto su error. La raza eslava y la raza turca se apercibieron al combate. Tras los eslavos apareció la sombra de Rusia; tras los turcos la sombra de Inglaterra. El antiguo horror de los bohemios á los alemanes, y el antiguo horror de los croatas

á los magyares, renacieron con más fuerza. Las diversas razas de los extraños dominios austriacos se conmovieron profundamente. Y el sueño de una tutela sobre los eslavos y la esperanza de una compensacion verdadera por la desmembracion de los dominios turcos trocáronse en la dificultad de una guerra civil agravada por un conflicto europeo. Desde este momento, coincidiendo con los comienzos de la primavera, empeñóse la córte de Viena en extinguir el incendio atizado por su impremeditacion. Y no cesaron las maquinaciones para traer á los insurrectos del Imperio turco al redil de la autoridad imperial. El agente más seguro de la insurreccion, que fuera el gobernador de Dalmacia, hombre de disciplina y de obediencia, soldado más curtido en las batallas que dispuesto á la diplomacia, vencedor de Custoza, y por lo mismo enemigo de la política revolucionaria; ese agente, que habia consagrado sus trabajos á la revolucion bosniaca en cumplimiento de un deber militar, desanda el camino andado y pugna con su natural vehemencia por una reconciliacion pronta entre los oprimidos y su opresor. En Ragusa la entrevista con los jefes de la insurreccion se conviene, y en pueblo cercano á Ragusa se celebra. El general austriaco pide, suplica, insta; pero encuentra la invencible resistencia de los que, habiendo pasado por las llamas del sacrificio, desafian tranquilos el martirio. Son de ver, á las orillas de ese Adriático que tantos misterios de la humanidad ha presenciado, en campo lleno de recuerdos históricos, aquellos dos cabecillas Peko y Sosica, cuyos atezados rostros brillan por rasgos dignos de los compañeros de Espartaco, vestidos

con sus trajes orientales vistosos como una fiesta, y que sin saber leer ni escribir apénas, saben adivinar la trascendencia de sus palabras y el sentido de sus actos, negándose á toda avenencia que no les asegure sinceramente la práctica leal de sus derechos. Heridos en la persona de sus ascendientes, cruzados sus rostros por el látigo, habituados á la servidumbre, necesitan hoy no tanto aquellas facultades y garantías políticas que son la corona de los pueblos emancipados, como aquella primera base de la existencia, la rudimentaria personalidad civil, y el seguro de un tranquilo hogar. El combate de los rajáhs no puede compararse en modo alguno al combate de los americanos por su independencia, ni al combate de los revolucionarios franceses por su libertad; si á algo se parece en la historia, es al movimiento de aquellos siervos del terruño que buscaban tímidamente en el filo de sus armas y en los azares de sus revoluciones el tenue principio de vida que necesita para ser rudimentariamente en sociedad el alma humana. Resueltos á tener por lo ménos la luz y la atmósfera, la cabaña y la familia, ya que no pueden soñar con otras libertades mayores, juran, poseidos del estoicismo instintivo de los héroes, morir vencidos, pero no entregarse jamas voluntariamente al vencedor. De su negativa depende la paz del mundo, y quieren demostrar que el mundo no puede reposar en paz miéntras tenga un solo esclavo en su seno.

Bien es verdad que á estas negativas contribuye mucho la influencia diplomática del enviado ruso Wesselitsky, el cual propone un medio completamente con-

trario á la consecucion de un armisticio y á los preliminares de la paz. La entrevista de Rodich, el general austriaco, el gobernador de Dalmacia, con Peko y su compañero, se basaba en una nota redactada por el canciller de la corte austriaca y dirigida al apaciguamiento y tranquilidad de los ánimos. Prometíase en esta nota al Imperio turco su integridad, y á los insurrectos del Imperio turco aquel conjunto de garantías sin las cuales no puede existir ya ningun pueblo moderno. Y la principal objecion de los rebeldes á todo convenio estribaba precisamente en que los gobiernos europeos pueden prometer cuanto quieran sin detrimento alguno, miéntras quede al arbitrio de Turquía cumplir promesas mil veces dadas en los protocolos y desmentidas por los hechos. Y entónces, para agravar la cuestion, el enviado ruso propone que pidan los insurrectos una especie de tutela comun sobre la Puerta, desempeñada por todas las potencias europeas, y dirigida á asegurar todos los derechos de los diversos pueblos cristianos. Desde el punto en que tal idea se vertió, fué acogida por los rebeldes; y desde el punto en que los rebeldes la acogieron, desechada por los turcos. Así la diplomacia sólo consiguió exacerbar la guerra. A principios de Marzo del corriente año, diez mil voluntarios recorrian las montañas de la Herzegovina. Sus cuerpos destrozados se vestían con los trajes de los soldados enemigos que despojaban en el campo de batalla, y sus estómagos desfallecidos se alimentaban con la carne de las cabras salvajes cogidas en los desiertos, en los desfiladeros, en los bosques, y asadas al fuego de las cantinas. El espectáculo, que ofrecian los campos de ba-

talla, recordaba aquellos tiempos en que las diversas ciudades árabes ornaban con las cabezas caidas al filo de las cimitarras las torres de sus muros y las paredes de sus palacios. En los desfiladeros, en las estrechas gargantas, en las colinas donde los bosniacos se refugian para combatir, veíanse innumerables cuerpos, todos descabezados y todos desnudos y todos insepultos, sobre cuyas verdosas pestilentes carnes comenzaban á cebarse ya las feroces alimañas de los montes, ya los buitres y los cuervos y demas rapaces del aire. Partia el corazon ver que para alcanzar las primeras condiciones de la vida humana, para conseguir esos derechos, que son á nuestra naturaleza social como la respiracion del oxígeno y como la combustion de la sangre á nuestra fisiología, se necesiten aún estas guerras crueles y estos sacrificios cruentísimos, y estas catástrofes sin número y sin nombre, en que millares de seres humanos sucumben, y millares de corazones se depedazan, como si estuviéramos sujetos al fatalismo de la materia ó sometidos á esa guerra universal por la existencia que unas especies tienen ciegamente empeñada con otras especies, devorándose todas en una carnicería sin término que no encuentra piedad alguna en las inconmovibles y despiadadas entrañas de la implacable naturaleza. Pocos europeos han ido en socorro de los insurrectos de Bosnia y Herzegovina. Los pueblos tienen, como los individuos, sus categorías sociales y sus prestigios históricos. Y aquella atraccion que ejercia Grecia sobre las almas enamoradas de sus antiguos recuerdos y de su divino esplendor; aquella influencia de la hermosa Italia, que, en los

carbones todavía encendidos de su martirio, nos regalaba con los cánticos escapados á su genio inagotables esperanzas de redencion universal; aquella virtud del arte, de la ciencia, de la historia, talisman con que tantos oprimidos han logrado que el mundo los auxiliára á derribar á sus opresores, no puede vincularse en pueblo oscuro, separado de nuestra historia hace cinco siglos, que sólo ha brillado con esplendor momentáneo y siempre ha vivido en perdurable servidumbre. Ademas, no hay que dudarlo, detras de la insurreccion bosniaca se descubre siempre la ambicion moscovita, su imperio autocrático, sus ejércitos apercibidos á la conquista, su ideal de una rusificacion forzosa de todo el Oriente. Y estas aprensiones ejercen deplorable influjo sobre el movimiento de los infelices rajáhs. Y á pesar de todo esto hay algunos combatientes que todavía pelean, como el Duque Vivaldi Pasqua. Alma de héroe, imaginacion de fuego, carácter de hierro, se ha consagrado á la libertad como á su dama el caballero de la Edad Media. Muy niño todavía siguió á Garibaldi en su expedicion á Sicilia, y peleó á su lado con aquel heroismo que resucitaba las antiguas leyendas de Grecia. Desde entónces, donde quiera que ha habido un pueblo opreso en el dolor y en la angustia, donde quiera que se ha levantado el signo de la libertad, donde quiera que se ha combatido por el derecho, lo mismo en los prósperos dias de Nápoles que en los adversos de Mentana, lo mismo en las llanuras de Dijon que en los desfiladeros de los Dougas, este hijo de su siglo, sin contar el número de sus enemigos, ha corrido las fatigas de los combates y los

peligros de la muerte, por romper el eslabon de la cadena de un esclavo y adelantar un minuto el trabajo del hombre en el progreso y realizacion de la justicia.

Los bosniacos y herzegovinos, manteniendo la guerra, se bastan á sí mismos. En las conferencias se han agotado todos los medios aparentes de lograr la paz y no se ha querido acudir á ningun medio real de detener la carnicería. Las notas, los informes, los protocolos rebosan humanidad; hablan de tierras concedidas á los desgraciados, de casas reedificadas por la munificencia mahometana, de libertades antiguas, de ganados devueltos, de abrigos y socorros, miéntras que los soldados árabes, venidos de las tierras acariciadas por el sol, se hunden hasta la cintura en los ventisqueros, y allí tienden la cabeza á sus enemigos para que de los hombros se la arranquen; y á su vez los yagatanes y alfanjes de los suyos cortan narices y orejas cristianas, sembrándolas por los suelos como si fueran despojos de perros repartidos en fiestas de hienas. Y el gobernador austriaco de Dalmacia, y el gobernador musulman de Bosnia, y el general en jefe de las tropas turcas que pelean por las regiones insurrectas, hablan, departen, citan á los jefes de la insurreccion, miéntras sus respectivos Gobiernos y el Gobierno ruso, que no está en ninguna parte y aparece en todas, amontonan las crestas de dificultades en que habrá de perderse la paz europea y animarse el monstruo de una guerra continental y religiosa con todos los fanatismos de la Edad Media, todas las crueldades del Oriente, y todos los medios de asolamiento y de matanza aglomerados por nuestra civiliza-

cion y nuestra ciencia. La Rusia no perdona al Austria que habiendo sido su cómplice en los comienzos de la catástrofe, ahora la abandone y excite á los refugiados herzegovinos en Dalmacia, á que vuelvan á sus hogares destruidos, procurando calmar la cólera musulmana y arreglar armisticios, y hacer paces, y seguir una política de todo en todo contraria á la política que quiere agravar el mal para imponerle gravísimo remedio. Un hecho sencillo indispone á Rusia con Austria. Entre los conspiradores más famosos y los insurgentes más acérrimos encontrábase un protegido de San Petersburgo, el célebre Luitbrand, que creyó encontrar en Austria un refugio, y sólo ha encontrado una fortaleza oscura y ceñuda en territorio apestado y malsano, como aquellas grabadas en la memoria de los pueblos por las descripciones pintorescas y los lamentos desesperados de los grandes patriotas de Italia. El mundo olvida que la guerra entre los bosniacos cristianos y los bosniacos musulmanes todavía tiene caractéres más horribles y exhala odios más profundos que la guerra con los mismos turcos de línea y con los feroces voluntarios de Asia. El rajah prefiere una cabeza de sus compatriotas infieles á cien cabezas de los turcos. Y si esto es así, ¿dónde se encuentra el poder bastante fuerte y la diplomacia bastante hábil para obligar á estos Caínes á vivir bajo el mismo techo y á reconciliarse en el seno de la misma nacionalidad. La diplomacia europea está sembrando en Oriente á sabiendas los gérmenes inextirpables de una guerra eterna.

Tales complicaciones disipaban una de las fantasma-

gorías más acreditadas y ménos reales de nuestra política europea, la union y la inteligencia de los tres emperadores del Norte. Con sólo pararse á meditar que Rusia no ha perdonado todavía al Austria su ingratitud en la guerra de Crimea; que Austria no ha perdonado á Rusia su abandono á las furias revolucionarias en Italia; que Prusia anhela arrojar materialmente al Austria de Alemania como la ha arrojado moralmente de la Confederacion alemana, en tanto que Austria piensa siempre en restaurar su autoridad perdida y tener su hegemonía preponderante en la Dieta de Francfort; con sólo saber cómo el esclavo odia al germano, cómo las tradiciones poéticas y las tradiciones políticas concuerdan y atizan á una estos odios voraces, el ánimo más optimista se persuade ¡ay! de cuántas utopias encierra esa cordial inteligencia, y cuántas guerras realmente prepara. La cuestion de Oriente podia revelar el océano de odios que se oculta bajo estas apariencias de amistad, y no conviene á los dioses mayores de la tierra descubrir tan pronto los móviles de sus acciones y los secretos de su política. El Austria, impulsada por muchos á sostener con una ocupacion militar en Turquía sus proyectos de paz aseguraba que, deseando la integridad del Imperio turco, parecíale esa ocupacion la cosa más contraria á su deseo; y Rusia, impulsada por otros á predicar la concordia, exclamaba que no podia llevar sus consideraciones á Turquía hasta el extremo de desconocer ú olvidar los derechos de los pueblos cristianos. Y en estos contínuos debates resultaba que la inteligencia entre los dos Imperios se rompia y Austria necesitaba declarar oficiosamente su

desinteres, y Rusia decir que no intentaba extenderse allende el Danubio ni llevar á su Imperio pacífico los elementos destructores de toda autoridad, los elementos de una democracia tan levantisca como la democracia de los Principados Danubianos, de cuya anexion sólo podria resultar levadura revolucionaria añadida á los delirios cada vez más crecientes de la demagogia rusa. El Czar no tenía estas aspiraciones, pero bien podia obrar en el Montenegro, principadillo dependiente de su influjo, al igual de sus provincias, tributario seguro de su política, sargento de su ejército, para impedirle algunas locuras, pues el Montenegro envia siete mil de los suyos en apoyo y auxilio de la insurreccion, á fin de que cierren el paso de los turcos á la fortaleza de Nichsik, necesitada de socorro y de abastecimiento. Así, para desvanecer todas estas malas inteligencias entre los potentados del Norte, se apeló al medio único que hay de agravarlas, á la reunion de un Congreso, ó mejor dicho, á la celebracion de una conferencia entre los Cancilleres del Norte.

La nota Andrassy habia sido la primer base de arreglo, conteniendo las siguientes proposiciones presentadas á Turquía: 1.ª Libertad religiosa, es decir, facultad en los cristianos de erigir edificios consagrados á la religion y á la enseñanza con todos los signos externos del cristianismo y todo el necesario aparato de campanas. 2.ª Igualdad efectiva ante la ley, diversa de la que actualmente existe, que es una especie de programa no realizado, una especie de ideal no cumplido, pues decretada de derecho y escrita en leyes pomposas, se practica

tan poco que no vale el testimonio cristiano en los juicios. 3.ª Abolicion del arrendamiento de las contribuciones, á fin de que vaya directamente al fisco lo que hoy queda entre las manos de alcabaleros y merodeadores. 4.ª Inversion de los tributos directos pagados por la Bosnia y la Herzegovina en su propia cultura y en sus necesidades y adelantos. 5.ª Mejoramiento del estado agrario de esas provincias. Una Comision compuesta de musulmanes y cristianos debia velar por el exacto cumplimiento de estas reformas y allanar las dificultades que se suscitasen. La Cancillería austriaca imaginaba que si las reformas demandadas por las potencias y garantidas por la Puerta daban asomos de ejecucion, se apaciguaba la guerra y se podia entrar en período de pactos semiconstitucionales entre el Sultan y sus vasallos. La nota, pues, no tenía otro objeto más que la pacificacion de las provincias. Era un esfuerzo añadido á los esfuerzos anteriores, á las visitas de los cónsules en el verano pasado, á las entrevistas con los insurgentes en la actual primavera. Mas no dió resultados positivos y demandó nuevas entrevistas entre los directores de la política del Norte, próximos á romper sus alianzas con ruidoso rompimiento. Por eso la conciencia pública se preguntaba con grande tenacidad si esta entrevista de los tres cancilleres resultaria la última conferencia amistosa de los tres imperios. Truenan tantas cóleras en la política; arde tanto fuego bajo la ceniza apagada de las conveniencias diplomáticas; batallan aspiraciones tan contrarias en el ánimo de esos imperios tan grandes y de esos emperadores tan omnipotentes, que el menor de sus actos, por

no decir la menor de sus sonrisas, puede enviar á la muerte millares de inocentes y desolar pueblos enteros, y hasta impedir el advenimiento regular de las generaciones, hijas del amor, retardadas en el camino de la vida ó rechazadas á los abismos del no ser por los furores del ódio.

En estos conflictos el Sultan de Constantinopla se divertía á su sabor y á sus anchas. Las tempestades que pasaban sobre su cabeza no tenian bastante estruendo para llegar á sus oidos, ni mucho ménos á su conciencia. El fatalismo le daba esa resignacion mecánica á los decretos de la Providencia que tanto se asemeja á la inercia de los cuerpos inorgánicos y á la frialdad de los metales. El célebre industrial Krup acababa de mandarle en regalo grueso cañon que semejaba la boca de un volcan, que despedia un diluvio de fuego, que aterraba los ánimos y conmovia el suelo como el estallido del trueno ó como los sacudimientos del terremoto. Baste decir que el cañon necesita cien libras de pólvora, que pesa cien mil libras, y que lanza proyectiles de cuatrocientos kilógramos. El jefe de los creyentes lo acariciaba como pudiera acariciar la crin de su caballo favorito ó el cuello de su favorita sultana, poniéndolo á la salida de sus habitaciones y al ingreso de sus patios. Aquella máquina de muerte le parecia una joya de recreo; y á pesar de haber dado órden para que se suspendiera el pago del cupon, encontrándose por tanto el Tesoro vacio, y las tropas desnudas, y la desolacion á sus puertas, y la guerra paseándose con la tea encendida por sus dominios, y el ódio anunciándole terribles dias de dolor y

horas espantosas de venganza, encargó cuatro ó cinco máquinas de aquellas, que debian costarle muchos millones de reales, dispendiados en ese mero adorno de sus patios: que ningun otro aspecto sino el de un capricho podia ofrecer á sus ojos el inmenso monstruo. Hé ahí verdaderamente la autocracia, que es al cabo la imbecilidad de la inteligencia, la frialdad del corazon, la conformidad con el fatalismo, la corrupcion del cuerpo, la muerte del alma, el mal mayor que puede caer sobre los pueblos, la mancha más negra que puede extenderse sobre la conciencia y sobre la historia. Los desfiladeros de la Herzegovina resonaban con los lamentos de la guerra; ardian las aldeas, y sobre sus escombros humeantes yacian los cadáveres carbonizados de inocentes niños y desgraciadísimas mujeres; las nieves inmaculadas se enrojecian con los vapores de la sangre, y entre las piedras de los caminos se encontraban cabezas humanas esparcidas, y diseminados en horrible destrozo humanos cuerpos; dos razas se atisbaban, se herian, se degollaban, ofreciendo al furor de sus cóleras todos los dolores físicos y todos los dolores morales que pueden atormentar á la humanidad; y miéntras tanto, el Sultan, el déspota que debia estancar con una palabra todos aquellos torrentes de sangre, pasaba el tiempo y consumia la vida entre sus innumerables sultanas en los jardines y en las estancias del serrallo; visitaba sus fieras enjauladas, cuyos rugidos y estremecimientos le sonaban como agradable música; y hacía de las máquinas que iban vomitando el incendio, el estrago, la muerte sobre su Imperio, como el juguete que entretiene al niño, como el dije que divierte á la

mujer, condenado en la sima de su omnipotencia al oprobio de vergonzosa impotencia en pro de la humanidad, la cual sólo puede alcanzar el bien por las anchas vías de la justicia y del derecho, eternamente incompatibles con el dominio de un solo hombre, con el vergonzoso despotismo. Singular caso hizo fruncir el ceño al señor del Oriente en estos dias; la muerte de su eunuco favorito. Para enaltecerlo altamente le habia consagrado unos funerales magníficos y habia dicho que se le dieran los títulos del poderoso, el sabio, el invencible, con otras exageraciones orientales, que siempre ha de ser así el despotismo.

Miéntras el Sultan recibia su cañon Krup, los tres Cancilleres del Norte trataban de los asuntos del Imperio, de la política del Sultan, como si en pleno dominio les perteneciese Constantinopla. Y para mayor desgracia, enmedio de esta conferencia, cuando Turquía más necesitaba conciliarse el ánimo de los poderosos y la opinion de los prudentes, llega la terrible noticia de los asesinatos de Salónica. Siempre que la guerra se empeña el fanatismo se despierta. Cierto perceptor cristiano de contribuciones turcas acababa de ser acusado por aquellos dias en uno de los puertos asiáticos, como reo de blasfemias contra el profeta, y tal terror le hubo de sobrecoger, que se arrojó al mar, huyendo por el suicidio de los horrores con que las muchedumbres sublevadas atormentan á sus víctimas. En Salónica rugia tambien la plebe musulmana. Las desgracias de la guerra no son tan temibles por la sangre que vierten como por los odios que engendran. Una muchacha griega se habia convertido á la reli-

gion musulmana. El Cónsul de los Estados-Unidos, griego de raza, cristiano de religion, pretendió disuadirla, y como llegára á mediodia de un pueblo cercano en tren de gente henchido, la recogió en su coche para llevarla á casa de uno de sus amigos y moverla á desistir de su extraña resolucion. En pueblos musulmanes, como es natural, encuentra muchas facilidades la conversion de los cristianos al mahometismo y muchas dificultades la conversion de los mahometanos al cristianismo. Nuestras leyes muzárabes llenas están de ejemplos y casos de esta suerte. ¡ Cuántas y cuán terribles disposiciones contienen contra los que en su fervor católico se daban á ganar almas rebeldes para el cielo! Pues lo mismo debia suceder en Salónica, ciudad que, si bien tiene mayor número de judíos que de musulmanes, se halla enclavada en territorio turco y se rige por las leyes inflexibles del Koran. Ver los musulmanes á su hermosa catecúmena separada por fuerza de su lado, conducida al hogar ajeno, puesta en tutela por la voluntad arbitraria de un griego y de un cristiano que se escudaba con su título diplomático, ver esto y encenderse en ira fué todo obra de un momento. Si en París, en el centro de la cultura europea, en la ciudad humana por excelencia, la guerra encendia los ánimos hasta el punto de que muchos inocentes murieron por espías á los delirios de las extraviadas muchedumbres, ¿qué no sucederá en pueblos orientales, de sangre hirviente, de educacion atrasada, de fanatismo intolerante, que imaginan su vida entera, su alma, su sér en el tiempo y en la eternidad, todo cuanto existe y puede existir, ligado al culto de sus padres y

á la exaltacion de sus creencias? Miráronse los musulmanes unos á otros, prendiéronse mutuamente con aquellas miradas de fuego en torva ira, exaltáronse al contacto de sus sentimientos y al vocerío de sus gargantas enronquecidas por la pasion; y todos, presas de esos vértigos universales que dan á la colectividad impulso tan uno como pueda ser el impulso de los individuos, arremetieron al cónsul americano y lo amenazaron de muerte. Inmediatamente que supieron esto los cónsules de Francia y Alemania se encaminaron á la plebe para contenerla y desviarla de sus propósitos. Nunca lo hubieran hecho. Su celo rayó en imprudencia. Y su imprudencia les costó la vida. Para oponerse al furor musulman corrieron á la mezquita, donde todo furor religioso tiene su natural habitacion. Para entrar en la mezquita no tomaron las precauciones litúrgicas. Y el musulman cuando va al templo baja la frente como si temiera que le cegára el lejano resplandor de Dios; toma las abluciones que han de limpiar y purificar su cuerpo; recita las plegarias que han de abrir su alma á la comunicacion con las cosas eternas; dice una fórmula sagrada en el dintel, otra en la escalera, otra moviendo el pié derecho al ingreso, otra tocando la alfombra santa, como si de este mundo inferior pasase á otro mundo más cercano al Creador, ara de su incomunicable presencia. Y los cónsules entraron en una mezquita á discutir con los musulmanes, y entraron calzados con sus botas. Á un pueblo de exaltacion natural, enloquecido por crímenes recientes y por el vapor de la sangre, herirle en sus sentimientos, contrariarle en sus propósitos, argüirle contra sus ideas

cuando se encuentra con sus ritos desconocidos, con su templo profanado, es tanto como aguijonearle; y fuera de sí, furioso, extraviado, se lanzó delirante sobre los dos extranjeros y los inmoló al impulso ciego de su cólera. Tristes nociones de la religion, á la verdad, han recibido los pueblos. En lo porvenir no creerán los venideros que este sentimiento de lo infinito en el cual se animára y se vivificára la idea de la humanidad purificada en su union estrecha con esa otra idea de nuestra dependencia y sumision á Dios, este sentimiento de lo infinito y de lo eterno, tan arraigado en el corazon, pueda engendrar celos, cóleras, odios, guerra, todo cuanto divide, en vez de engendrar caridad, amor, compasion, todo cuanto une y confunde. Pero, dejando aparte este sentido trascendental de las religiones, debemos decir que la noticia de los asesinatos de Salónica, tan propia para conmover la opinion de Europa y herir su arraigada tolerancia, tuvo funesto influjo en el Consejo de los Cancilleres y en las resoluciones de su política. Hasta el Cuerpo diplomático europeo de Constantinopla se reunió y su reunion demostró las competencias de las diversas naciones en los problemas de Oriente. Miráronse de reojo los Embajadores de Rusia é Inglaterra, mostró una inútil oficiosidad el representante de Austria, miéntras que los de Alemania y Francia se encerraron en la natural reserva impuesta por la incertidumbre de sus propósitos y la extraña confusion de sus ideas.

Por estos dias relampagueaba la pública conciencia en Constantinopla. Todos los fieles musulmanes culpaban de las aflicciones de la situacion al visir Mahamoud;

y de los errores de Mahamoud á la influencia del Gobierno ruso. Veian en su tristeza la máquina gubernamental, que debiera servirles de defensa y asegurarles fuertemente la unidad del Imperio, entregada en manos de los grandes combatientes, cuya historia entera, como la historia de España en la Edad Media, se reduce á lucha eterna, sin tregua, con los sectarios de Mahoma. A este pesimismo atribuian la administracion que no cobra los impuestos debidos, y si los cobra, es para malversarlos en gastos completamente inútiles; la política que no tiene la energía de la autoridad antigua ni admite el soplo vivificador de las libertades modernas; el fanatismo que se reduce á comentar un libro y que á la letra de ese libro sacrifica los derechos eternos de la conciencia; el descuido que envia las tropas al combate sin racion y sin uniforme; la bancarota que responde del crédito con una infamia y que deja el nombre de Turquía entregado á eterna deshonra; los síntomas, en fin, de muerte que acusan una grande catástrofe digna de ser referida con los lúgubres acentos del aterrador Apocalípsis. La indiferencia misma del Sultan se conmovió con sentimiento extraño é inverosímil como la resurreccion de un cadáver; y á la política rusa, personificada por Mahamoud, sucedió la política occidental, personificada por Ruschi, el nuevo Gran Visir.

Detengámonos en presencia de estos sucesos que requieren por su importancia una verdadera meditacion. Hay naturalmente en Turquía altísima clase relacionada con las dos profesiones que, despues de la milicia, más han sabido ennoblecer los pueblos; la profesion de la re-

ligion y la profesion de la jurisprudencia. Estas clases consagradas al escaso culto que las ideas pueden tener en pueblos llenos de antiguas tradiciones, forman como el tesoro de opinion á que no renuncian jamas de grado las sociedades humanas. Los altos dignatarios de esta clase llámanse hulemas, denominacion que significa profesion de la ciencia; y los inferiores llámanse softas, denominacion que significa profesion del estudio. Los que profesan y los que estudian; los que desempeñan las altas magistraturas y los que aspiran á desempeñarlas, tienen por fuerza que resignarse á perpétuo comentario de leyes admitidas y dogmas consagrados por los siglos, comentario en que no entra un soplo de la vida moderna ni un rayo de su luz. Pero con ser esto, con ser una especie de petrificacion secular en los terrenos de la antigua historia y en las capas del antiguo espíritu, áun conservan algun calor vital por conservar el lejano y amortiguado reflejo de una idea casi extinta. Así, miéntras el resto de la sociedad y el pueblo, que tanto en los grandes gobiernos despóticos se parece al monarca, vive en la indiferencia de un estado casi cercano á la inercia, el softa siente las fuezas de descomposicion que desorganizan á su patria, y ve los ángeles invisibles que descienden del cielo con espadas tan largas como sangrientos cometas á consumir y aventar el Imperio. Hay de estas gentes en Constantinopla, entre los que asisten á las mezquitas y enseñan en las madrisas ó escuelas y juzgan en los tribunales, más de treinta mil hombres capaces de producir un cambio político, por ser los únicos que entran verdaderamente en aquellas regiones, donde el

rayo de la revolucion se forja, en las regiones de la conciencia. Un observador que recorriera las calles de Constantinopla notára la profunda conmocion de estas gentes. No sólo se reunian en grandes grupos y hablaban con singular misterio y redactaban extrañas hojas, sino que reunian armas como si á singular combate se apercibiesen. Despues congregáronse un dia en la mezquita de Mahomed, el conquistador de Constantinopla, llamado por esta causa el Fhati en lengua turca. Los musulmanes tienen sus tradiciones religiosas tambien. Cuando se visita el Bósforo se ve sobre una de las colinas más gallardas, base de la oriental Estambul, levantarse hermosa mezquita consagrada al guerrero que dió á los turcos este paraíso. En su recinto duermen las cenizas de Mahomed II. Los fieles mahometanos le prestan tal culto, que tienen aquel sitio por el lugar más sagrado de toda la ciudad. Y hay la supersticion de que en los trances del Imperio, cuando un peligro le amenaza, cuando una guerra centellea en los aires, cuando la cólera de Dios va á probar á los suyos, el suelo frio palpita y se enciende, las piedras inertes chocan, los huesos mondados por los siglos saltan, y un siniestro rumor de armas resuena en los abismos: que el guerrero sin segundo viene invisiblemente á pelear, como el dia de la conquista de Constantinopla, por su religion y por su Imperio. Y el diez de Mayo los guardianes de la sagrada tumba sintieron los estremecimientos del terreno y las vibraciones del combate. Y lo anunciaron así de tal suerte que toda Constantinopla temia algo extraño; los turcos un cambio en su manera de ser, y los cristianos la furia de los turcos.

Pero al fin, como sucede en todos los imperios despoticos donde hay misteriosa relacion entre la Iglesia y la Monarquía, las maniobras del clero musulman prevalecieron en la córte de los sultanes, y el cambio de Ministerio turco señaló, no solamente un cambio en la política, sino tambien un cambio en la vida de Turquía.

El despotismo no tiene medios de ser tan omnisciente y omnipotente como desearian sus fundadores. En la voluntad de un hombre no puede contenerse la voluntad social, como no podria contenerse el agua del Océano en una estrecha vasija. Se le entrega á un solo pensamiento todas las conciencias, á una sola direccion todas las voluntades, á un solo hombre y su perdurable dinastía todas las generaciones; y tanto poder concluye por flaquear é ir á manos de una oligarquía ya pretoriana, ya teocrática, ora fundada por la habilidad, ora por la riqueza. En Turquía los genízaros compartieron con los sultanes el poder supremo. Aquella milicia, que tantos dias de gloria diera al Imperio, desorganizada por el tiempo, incapaz para el combate, atenta al influjo político más que á la pujanza militar, se unió con los monjes fanáticos, y fundó una tiranía que llegaba desde las cimas del trono hasta los abismos del pueblo. En los campos de batalla sólo se le veian las espaldas; pero en los palacios de los sultanes se veia su frente levantarse sobre todas las frentes, y reinar con sin igual autoridad su nombre mantenido en los filos de los alfanjes más embotados para el combate cuanto más se aceraban para la intriga. Fué necesaria una conspiracion tremenda, un degüello de seiscientos soldados, una especie de guerra civil para

desembarazar al Sultan de sus monasterios y de sus cuarteles. Pues en el momento crítico de la historia turca que estamos relatando, los hulemas han venido á reemplazar á los genízaros. Como éstos, desprecian la autoridad del Sultan; como éstos, sustituyen al despotismo la oligarquía; como éstos, envilecen al poder supremo que en pueblos de la índole del pueblo turco no puede existir sino á precio de gozar una completa omnipotencia. Así es que todos cuantos estudiaban los sucesos de Turquía veian tras la exigencia de la destitucion del Gobierno otras exigencias quizá más incontrastables y más difíciles de satisfacer completamente. Contaban los conocedores de la historia turca, que el padre de Abdul-Aziz, el último Sultan, se encontraba en el baño cuando tuvo noticia de su nacimiento. Era el recien nacido hijo de una cristiana, y exclamó el esposo, conocedor de las cualidades de su esposa, el padre, profeta de las desgracias de su hijo: «Si llega á ser sultan, lo despojarán de sus reinos, como me han despojado á mi ahora de mis vestiduras.»

Veamos el nuevo Ministerio impuesto por los softas y los hulemas. No hay que mirar al Gran Visir Ruschi, hombre irresoluto y apegado á las antiguas tradiciones; no hay que mirar tampoco al Ministro de la Guerra, Avni, buen soldado, insignificante estadista; no hay que mirar tampoco al Generalísimo Abdul-Kerin, militar apreciado más por sus buenas intenciones que por sus altas cualidades; no hay que mirar á los demas ministros, pues sus nombres serian olvidados apénas fuesen conocidos: la clave de la nueva situacion, la idea culminante en este cambio, el hombre de Estado por excelencia, es Midhat-

Bajá, que ha concebido el vasto pensamiento de una alianza entre la antigua fe turca y el espíritu moderno. En la hora de todas las decadencias, en las crísis de todos los tiempos, en el ocaso de todas las ideas, aparece siempre un hombre extraordinario, que intenta animar viejos símbolos, instituciones decaidas, leyes muertas, con los principios nuevos, del espíritu humano desprendidos en su eterna renovacion y en su eterno rejuvenecimiento. Pero esta sangre nueva en las venas de las viejas instituciones, les produce una sobreexcitacion, semejante á la fiebre, que precipita su ruina y acelera su muerte. El paganismo se moria como hoy se muere el mahometismo. Sus ídolos habian perdido la llama de la idea en la frente y caian sobre montones de ruinas, como faltos de ese aliento de la vida superior que se llama espíritu. Y Juliano pretendió renovar dioses é ideas, de la misma suerte que un hombre superior pretende ahora renovar las creencias musulmanas con el filtro de la nueva vida. ¡Inútil empeño! Semejante reaccion engañosa precipitó una muerte cierta y una catástrofe irremediable. El paganismo murió en aquella renovacion como en esta renovacion morirá el mahometismo. Cuéntase que los softas han sido los primeros en lanzar la voz mágica de «Constitucion». Esto me recuerda el advenimiento al trono del emperador Nicolás de Rusia, cuando las tropas amotinadas en los cuarteles de Petersburgo gritaban «¡Viva la Constitucion!», creyendo que la Constitucion era la mujer del gran duque Constantino.

Desengañaos. La teocracia turca no se renovará. Hay en los pueblos instituciones flexibles que se acomodan

así al espíritu de los siglos pasados, como al espíritu de los siglos presentes; así á la inflexibilidad de las castas aristocráticas, como á la flexibilidad de las democracias; y la República, aristocrática en Venecia, democrática en Florencia, está ahí para demostrar una vez más verdad tan evidente. Pero las teocracias tienen una rigidez tan grande, que no pueden renovarse. La libertad las descompone, como el aire y la luz descomponen á los cadáveres. Sus principios fundamentales no pueden compadecerse en manera alguna con los principios modernos. Su divinidad y los humanos derechos, su silencio y el libre pensamiento, su rigidez y el progreso, su inflexibilidad y las modificaciones que traen á la vida las reformas, pugnan de una manera tan vigorosa, que acaban por resolverse en una guerra abierta. ¡Cuántas veces no quiso el Occidente imponerle al Papa sus ideas! Pero estas ideas, nacidas de la filosofía, resultaban incompatibles con la revelacion; nacidas de la libertad, resultaban inaceptables por el sacerdocio. Pues lo mismo que ha sucedido con el Pontífice de Roma sucederá con el Califa de Constantinopla. Los incrédulos le pedirán reformas, y para realizarlas tendrá que poner sus manos en las páginas del Koran. Y el Koran, escrito en los cielos, inspirado por los ángeles, obra sobrehumana, no puede consentir modificacion ni enmienda: que sus páginas podrán ser consumidas, pero no purificadas por el espíritu de nuestro siglo.

Midhat-Bajá parece á primera vista uno de esos hombres, como Cromwell, como Federico de Prusia, como Turgot, como Aranda, que, valiéndose del poder abso-

luto, cual de poderosísimo instrumento, lo emplean con gran sabiduría en impulsar la sociedad hácia adelante y en reformarla, oprimiendo los intereses antiguos en bien de los derechos nacientes. De estos ministros á cada paso surgen por las monarquías, de estos hombres extraordinarios, capaces de elevarse á una concepcion superior de lo porvenir y realizarla con los medios varios que les ofrece lo pasado y lo presente, fiando al atraso mismo de los pueblos y al poder inmenso de los reyes el superar y vencer todas las resistencias. No era otra cosa que uno de estos hombres aquel D. Alvaro de Luna, consagrado á destruir el feudalismo un siglo ántes de que tal medida estuviera en sazon, y muerto al hacha del verdugo, no tanto por la omnipotencia de su privanza como por la audacia de su pensamiento. Mas debe considerarse que hay sociedades condenadas por la fatalidad de su misma complexion á no recibir ninguna reforma sin perecer enteramente. La ley de la transformacion general no les alcanza. Se han formado con principios tales, han crecido con tales elementos, que la reforma equivale á la muerte, sucediéndoles como á ciertos enfermos desesperados á quienes acaba la única medicina capaz de devolverles la salud y conservarles la vida. Así hemos visto desaparecer naciones enteras sin dejar en los desiertos ni las huellas del insecto que aletea ó del reptil que se arrastra sobre los océanos de arena. Por ejemplo, nada le hubiera sido tan fácil á Cartago como imitar el ejemplo de su rival Roma, y en vez de ejércitos mercenarios, tener ejércitos nacionales. Pero si aquella aristocracia mercantil admite semejante principio, contrario á sus

bases fundamentales, muere, y prefirió á caer por el suicidio á sus propias manos, caer por la derrota al hierro y á la pujanza de la enemiga Roma. Así es Turquía con su Koran revelado por toda ley, con su Califa-Sultan por todo poder, con sus supersticiones tradicionales por todo espíritu, con su rigidez mortal por toda vida, inmodificable completamente á los humanos progresos. El que la reforma, la mata. Imaginaos un médico que para curar nuestro organismo enfermo propusiera en su clínica desmontar el esqueleto de un vivo, como podria desmontarse el esqueleto de un muerto en el gabinete de Historia Natural. Pues he ahí lo que Midhat-Bajá propone; coger á Turquía viva y desmontarle y limpiarle el esqueleto. De seguro le causa la muerte. Así es que, á fines de Abril, en los consejos del Sultan, prevalecia la política antigua á todo trance: exaltacion de la autoridad; guerra á muerte; ódio sin tregua á los cristianos; llamamiento de todos los vasallos; contingentes de tropas traidos del Asia y lanzados como perros hambrientos sobre sus presas; cruzadas religiosas; apelacion al ódio de los bosniacos mahometanos contra los bosniacos griegos ó católicos; la tradicion, la santa tradicion por la cual Mahoma y sus descendientes vencieron al mundo atónito y fundaron poderosos Imperios. Y en verdad, ó estos medios aprovechaban á Turquía ó no tiene otros. La ascension de Midhat-Bajá significa el relajamiento de la autoridad, el descenso de los califas, el retroceso de la guerra, la utópica reconciliacion entre los combatientes, la tolerancia con los oprimidos que se aprovecharian de ella para derrocar al opresor, complicacio-

nes nuevas en medio de viejas é inveteradas desgracias.

Pero la misma proteccion de las potencias europeas ha impedido á Turquía seguir los impulsos de su naturaleza. En Constantinopla reina unas veces la política inglesa, otras la política rusa, otras la política austriaca, nunca la política turca. Así decíase que dos diplomáticos, el representante de la córte de Lóndres y el representante de la córte de Petersburgo, habian elegido la ciudad de Constantino por campo de batalla donde ejercitar sus respectivas aptitudes. Y por uno de esos secretos sólo confiados á los dioses, el ruso amparaba al Ministerio de la vieja Turquía, miéntras el inglés amparaba al ministerio de la jóven Turquía, cuya principal representacion y autoridad en Midhat-Bajá se personifica y se condensa. Entre tanto el Embajador austriaco representaba el tercero en discordia. Siendo para él como una cuestion interior la cuestion turca, apelaba á medios diversos y hasta contradictorios, naturales expedientes de una política sin rumbo y sin objeto. Ora incitaba y aguijoneaba á los cristianos en armas, ora les advertia que no contáran con su auxilio. Ya se inclinaba á un lado, ya á otro, como depositario de una política ébria de deseos sin satisfaccion posible y de ambiciones sin resultado alguno. Pero el caso es que todos estos consejeros llevaban á la cabecera del enfermo recetas europeas; y Turquía para salvarse necesita la política turca, exclusivamente turca, fundada en sus leyes, en sus tradiciones y en sus costumbres. Y miéntras tanto, los delegados de los tres grandes Imperios del Norte se reunen y proponen reformas recalentadas en la cabeza de la diplomacia europea que,

con ser de sentido comun, aparecen mucho más fáciles de prometer que de cumplir.

Pero sigamos la relacion de los sucesos. Mahamud-Bajá cae á la conjuracion de los softas y le reemplaza Midhat-Bajá en realidad, aunque Ruchid lleve la dignidad de Gran Visir. El Sultan cede, y como todos los poderosos que ceden, el Sultan está perdido. Instálase el nuevo ministerio en medio de las manifestaciones más ardientes de entusiasmo dadas por los softas que representan una verdadera oligarquía atentatoria como todas las oligarquías á los poderes absolutos y á su omnímoda autoridad. Los Ministros desfilan desde el Palacio á la Sublime Puerta en medio de una multitud compacta que los mira con curiosidad y hasta con esperanza. Pero un hecho nefasto engendra en los orientales supersticiosos presentimientos. Cierta columna de softas que iba en procesion á ver el desfile de los Ministros, sus hechuras, entra precipitadamente en el Bazar y mueve tal ruido que los comerciantes turcos se creen asaltados por los cristianos y los cristianos por los turcos. Unos corren; otros gritan; éstos chocan con aquéllos; varios caen heridos; algunos se refugian como locos en las tiendas y rompen cuanto al paso encuentran; dos espiran á los horrores del miedo. Así el terror más espantoso reina sobre la bella ciudad que anida en el Bósforo de Tracia. El Embajador ruso tiene á su servicio materalmente ejércitos de eslavos; el Sultan fortifica su palacio y lo rodea de tropas, como si estuviera en víspera de un asalto; la Sultana madre, la sultana Validé, cuya influencia es omnímoda como adquirida y conservada en el Ser-

rallo, aumenta las precauciones para su persona y las adulaciones al pueblo; los turcos murmuran como arrepentidos de su tolerancia y los cristianos tiemblan como amenazados por un degüello; la pública opinion señala con certeza los barcos aparejados para asilo á los Ministros europeos que piensan por la fuga salvar la inviolabilidad de sus personas; y reina en los ánimos esa espantosa inquietud mensajera de próximos trastornos, semejante al relampagueo de nuestras noches estivales en el Mediodía, cuando, sin que haya ni siquiera una nube, se incendia en llamaradas eléctricas todo el cielo.

Las noticias de Bulgaria son horribles. A la opresion turca sucede un levantamiento alentado por el ajeno ejemplo y justificado por exacciones y vejámenes sinnúmero. Las tropas salvajes, venidas del interior del Asia, á servicio de su Califa de Constantinopla, creen acto meritorio inmolar á los cristianos hasta en sus últimas generaciones, deshonrar á sus mujeres, prender fuego á sus viviendas. Por aquellos caminos, entre el humo espesísimo, sobre charcos de sangre, se alzan horcas de las cuales penden desnudos y amoratados los cadáveres de ancianos, de mujeres, de niños, de todos cuantos no han podido tomar las armas para defender caramente su libertad y su honra. Y la naturaleza humana es así; tiene contrastes increibles y matices varios. Los pueblos de raza griega celebran á mediados de Mayo en todo el Imperio turco fiestas impregnadas del antiguo paganismo que han vencido á los siglos porque representan el amor más primitivo, el amor á la naturaleza. Grecia, al morir, ha dejado en los celajes del Oriente europeo algun

reflejo de su mirada y en las conciencias de su ilustre raza algun resplandor de su luminosa alma. Vanse á los promontorios donde los cielos se ensanchan; á los bosques donde los árboles se mecen y murmuran besados por el aura; á las playas donde las brisas y las olas cantan; doquier el alma se hermosea comunicándose estrechamente con el universo. Las hermosas jóvenes, con su tez morena, con sus ojos negros como las trenzas de su cabello de ébano, con su apostura de estatuas, aparecen más hermosas todavía cuando las ciñen las guirnaldas primaverales de fresco rocío esmaltadas y prendidas á sus sienes palpitantes y á su abovedada cabeza. Coronadas de esta suerte aguardan la salida del sol; y en cuanto los primeros rayos inflaman el Oriente con toques de púrpura, aquellos jóvenes pechos palpitan de alegría y aquellas gargantas entonan himnos que van á confundirse con los gorjeos y con los trinos de todas las aves, y especialmente de los ruiseñores en celo. Despues, en grupos varios, recorren los sembrados, y ya se detienen á ordeñar las ovejas y las cabras para ofrecer al sol libaciones de blanca leche; ya se arrojan á los trigos y en sus espigas se revuelcan, como si quisieran bañarse en la vida y en la sustancia de los campos, en sus efluvios vivificantes, en sus misteriosas esencias. Y luégo se reunen á comer el corderillo asado sobre los romeros, los lentiscos, los tomillos y demas olorosas plantas de aquellas olorosísimas colinas. Y sólo beben agua fresca recogida en el hueco de la mano que apénas turba la clara linfa de la fuente, en cuyo honor trenzan una de esas danzas cíclicas como las que se tejian y celebraban allá

en el templo de Délfos á la sombra de sus inmortales laureles. Luégo á la puerta de cada casa griega brilla una de estas guirnaldas desceñidas de las virginales frentes y colgadas allí para que habite la felicidad en el hogar consagrado por esta religiosa ofrenda.

Acababan de celebrarse estos pintorescos festejos por los griegos de Constantinopla cuando crecian las angustias públicas á medida que los recelos y temores del Sultan se agravaban horriblemente. Un dia viósele sacar dinero á manos llenas de sus arcas cerradas para todo aquello que no fueran sus personales caprichos y dispendiarlo entre las gentes de su guardia. Otro dia la Sultana Validé inmolaba centenares de bueyes y corderos, repartiendo entre los pobres tan suculenta hecatombe. Ya se vestia á los niños de las escuelas ó ya se halagaba á los santones de las mezquitas. La guarnicion de Constantinopla recibia mejores recompensas y adivinaba que en estas recompensas iba envuelto un pensamiento político. Murmurábase mucho de una singular circunstancia. Los sobrinos del Sultan, los hijos de su antecesor Abdul-Mejid, herederos por ende del trono, habíanse instalado ya en su habitacion de verano, á las orillas del Bósforo, cuando reciben la intimacion de recluirse en su palacio de Dolma-Bagtché. Y cuando llegan se encuentran en el mabein al primer chambelan de su augusto tio, el cual, de órden superior, les notifica que no podrán salir de Palacio sin permiso; que no podrán ni siquiera enviar á los pequeñuelos á paseo; que no podrán recibir visita alguna sino con prèvia autorizacion, considerándose como prisioneros de Estado y sometiéndose á todas las condicio-

nes impuestas por la costumbre á cuantos han perdido con razon ó sin ella la necesaria libertad. Es más, la sultana Validé les manda un billete, el cual les previene que no deben tener hijos varones si no quieren verlos degollados en su nacimiento para impedir con futuras competencias al trono futuras guerras civiles al destrozado Imperio. Miéntras tanto, la lucha se agrava en Bosnia; la revolucion estalla en Bulgaria; las peticiones de la igualdad civil entre los creyentes de los diversos cultos se elevan en Creta; los artículos de las conferencias de Berlin suenan como el chasquido de un látigo en el palacio de los sultanes; las crueles penas impuestas en Salónica por las potencias y dirigidas contra los musulmanes por los magistrados cristianos sublevan á los turcos; las maquinaciones de Rusia extienden y propagan la rebelion; las amenazas de Rumanía se unen al clamoreo de la insurreccion y al vibrar de las armas; las conjuraciones griegas llegan hasta las antiguas tierras de Macedonia y del Epiro; la Servia y el Montenegro requieren sus espadas, como si hubieran de entrar inmediatamente en batalla; la voz angustiada del Sultan que reina en Constantinopla resuena desde el Gánges hasta el gaditano estrecho en demanda de auxilio para aquel gran poder, asombro del mundo, que espira de deshonra y de impotencia en las orillas del Bósforo, manchando con su siniestra y oprobiosa agonía la gloriosísima historia de una raza que se apercibe en todas partes al combate y á la muerte.

En esto, el drama que preveian los hombres de alguna inteligencia se desarrolla con toda esa trágica furia y

con todos esos incidentes á que ya nos han acostumbrado las historias orientales, demostrando la uniformidad de un espíritu el cual se reproduce á traves de todos los tiempos con los mismos caractéres. El 29 de Mayo acudieron á ver al Sultan el gran Visir y el Ministro de la Guerra. La conversacion, si bien contenida dentro del más estricto respeto y con la exquisita observancia debida á las leyes de la etiqueta, presagiaba gravísimos sucesos por la multitud de los problemas en ella suscitados. Pintaron uno y otro con vivísimos colores la suerte del Imperio, las desgracias irreparables, los conflictos diarios, el espíritu de rebelion prendido en las razas cristianas, la debilidad de los turcos y la urgencia de recurrir á medidas extremas para contentar á los descontentos, como ceder el tesoro particular, en tantos años amontonado, al ejército que combatia desnudo y hambriento por el divino Koran y por el Gran Señor. Abdul-Azis, que no puede comprender la vida sino á sus antiguas tradiciones apegada, rehusó toda cesion de su tesoro, considerando tal proyecto como un verdadero desacato á su autoridad y á su nombre. Experimentados conocedores del Oriente, comprendieron los dos ministros que despues de este coloquio no quedaba ninguna esperanza, como colocados por el destino en la alternativa de morir ó matar. La honda herida abierta en el déspota provoca como único medio de restañarla pronto el placer de una venganza. Inmediatamente comunicaron su sentir á Midhat-Bajá, el cual pudo fácilmente demostrarles cuán necesario era ó ceder al Sultan los restos del Imperio cediéndoles sus propias cabezas, ó arrancarle de

las manos el sable de Ostman y trasmitirlo al sucesor designado por la religion y por las leyes.

El secreto más absoluto reinó en todas estas conversaciones. Los que se acostumbran al misterio de las tinieblas no son vistos, pero tampoco ven. Traman miles de emboscadas y en una sola emboscada caen. Coronan la sociedad con un abismo y le abren otro abismo á las plantas. En el silencio todos se asfixian, porque la libertad, dígase lo que se quiera, es como el aire, necesaria á los gobernados y más necesaria áun á los gobernantes. En los gobiernos despóticos suprimís la opinion abierta, pero no podeis suprimir la opinion secreta. La protesta de la tribuna y de la prensa no existe; pero existe la protesta del sable y del puñal. No hay tribunos que conmuevan los ánimos, pero hay conjurados que se arrastran en las sombras. No cae un gobierno ni por los debates solemnes, ni por los votos tumultuarios, pero cae un monarca herido por las manos de su propia familia en los secretos de la alcoba, en los placeres del Serrallo. Un pomo de veneno sustituye á la idea; un cuartel á las Cámaras; una conjuracion á la tribuna; un golpe á la palabra; una puñalada seca á las revoluciones: que las sociedades, cuando no pueden naturalmente, se renuevan por la fuerza y por la violencia. Así en cuanto tramaron los conjurados su proyecto, corrieron á ver al jóven príncipe que debia auxiliarles aceptando tras el destronamiento de su antecesor, el mellado alfanje de su gente. Murad se resistió algun tiempo, pero amenazado con una muerte segura si la conjuracion no prevalecia, y si prevalecia con la preferencia sobre sus derechos de los

derechos de su hermano, aceptó el proyecto, resignándose á la fatalidad como la víctima se resigna al sacrificio y alarga el cuello al sacrificador. La razon de Estado es implacable.

Los conjurados supieron que la noche del veintinueve de Mayo Abdul-Azis habia enviado un mensajero al Gran Visir pocos dias ántes despedido. Este grave indicio les forzó la mano y les obligó á una resolucion suprema y decisiva. A esto se unian apremiantes mandatos del Sultan obligando al Ministro de la Guerra á presentarse en Palacio. Habia pasado la noche el ciego dueño de Constantinopla, como suelen todos los predestinados á perder los Imperios, en el seno de los placeres y en el fondo de los serrallos. Una comedia turca habia sazonado tales fiestas bien contrarias al estado de ánimo que debia tener quien reinaba sobre la ruina, sobre la bancarota, sobre la deshonra y sobre la guerra. Al volver habia abierto una ventana que daba á las claras aguas del Bósforo, y al abrir esta ventana habia visto deslizarse en las sombras un barco que parecia conducir tropas á misterioso y no bien definido destino en aquellas altas horas de la noche. Tras estas coincidencias no habia remedio; no quedaba otra alternativa sino lanzarse al golpe de Estado ó sucumbir tristemente en la demanda. Los oficiales generales que debian mandar las operaciones ya estaban prevenidos; las tropas, acuarteladas; el Presidente del Consejo Superior de la Guerra, avisado; la artillería, aparejada; el Ministro de Marina llamando á los buques del Bósforo; los Ministros no partícipes del proyecto y los embajadores extranjeros celados; la escuela militar aper-

cibida como para un combate; y el palacio, que habitaba el Sultan, convertido por varios cordones de tropas enemigas en una verdadera cárcel donde realmente iba á desvanecerse y disiparse la sombra augusta y majestuosa de un colosal Imperio.

Eran las dos de la mañana del 30 de Mayo. El movimiento de tropas debia despertar la atencion á no tener várias y justificadas explicaciones en el estado de guerra. Avni-Bajá, el ministro, sin ninguna insignia militar, corre al palacio del heredero, arranca á Mourad de allí, lo lleva á remo hasta Estambul, lo sube al Ministerio de la Guerra y le obliga á firmar la destitucion de su tio y la propia exaltacion al trono de los Sultanes. Seguidamente un ayuda de campo del Ministerio de la Guerra corre al palacio del Sultan depuesto á comunicarle de órden superior la fatal y tremenda resolucion. El General encargado de sitiar la habitacion del jefe de los creyentes entra, la ocupa militarmente por los jóvenes de la escuela militar y se dirige á golpear la puerta cerrada de las imperiales alcobas. En cuanto el puño de la espada del General resuena en la madera va el eunuco encargado de velar el sueño al gran Señor y dice toda suerte de improperios y amenaza con todo género de castigos al desatentado que ha cometido tan grave falta y que ha derogado todas las leyes del Imperio con semejante agravio al Emperador, al Califa, al predilecto de Alah, al sucesor de Mahona, al dueño de la tierra, al jefe de los creyentes. Pero el interpelado y amenazado, no teniendo ya ninguna consideracion que guardar, anuncia al eunuco la suerte reservada á su Señor. Rie como un loco el

pobre bufon, que sólo se pone serio cuando ve mantenida la palabra del rebelde por las siniestras armas de los soldados. Así cae como rendido y franquea la puerta del serrallo. Al tumulto varios eunucos, fieles como perros, corren, se lanzan sobre las tropas, quieren detenerlas á costa de su vida, gritan como locos, forcejean como energúmenos hasta que caen maniatados y amordazados por la fuerza. Al fin, el General aparece ante el lecho de su Señor. Éste, sorprendido, extrañado como si fuera presa de una pesadilla, se frota los ojos y mira á todas partes con mirada siniestra, cual si la cólera impotente tuviera la fuerza del omnipotente y no disputado poder. A la lectura del decreto que lo depone se lanza casi desnudo del lecho y profiere horribles maldiciones. Y á estos desahogos de su cólera se unen los desahogos de la cólera de su madre, la sultana Validé, que llega mal envuelta en las ropas de su cama, desgreñada, fuera de sí, prorumpiendo en toda suerte de vociferaciones y lanzando al rostro de cuantos faltan á su hijo la hiel de su hígado y el vocabulario de la esclavitud tan rico en horrorosos dicterios. Pero el General, sereno en su ministerio dificilísimo, como quien obedece al destino, con esa resignacion á la fatalidad propia de sus creencias y de sus gentes, dice al Sultan que tiene encargo de llevarlo prisionero á otro palacio, y que no se resista si en algo tiene su vida y la vida de su madre. A estas palabras conoce Abdul-Azis que todo se ha consumado y que su corona está perdida. Y vistiéndose, y devorando la amargura terrible que lleva en el alma, pártese para el sitio designado, como si al caer de

tan alto, se hubiera convertido en miserable autómata.

Desde este momento cumplióse todo como estaba de antemano prevenido y previsto. El caic turco, que es respecto al Bósforo como la góndola veneciana respecto al canal, recogió al Sultan para llevarlo al palacio de Topcapou, una de esas inmensas construcciones en que el destronado ejercitaba sus volubles caprichos y deshacia su riquísimo tesoro. Al punto de dejar al serrallo, agolpósele al corazon toda la fuerza de su sangre, y toda la fuerza de su pensamiento á la cabeza. Se habia acostado dueño del Asia y de la parte más bella del Oriente europeo; su nombre era bendecido desde Jerusalen hasta la Meca; su autoridad religiosa, acatada desde el Gánges hasta el Nilo; parte de aquella Grecia que ha encantado al género humano le pertenecia como un patrimonio, y el Egipto, la tierra de los misterios, le veneraba como á su señor y su califa; por las orillas del Danubio se tendian sus pueblos tributarios, y por los tronos de Europa se levantaban sus aliados forzosos; desde la cuna del sol hasta el estrecho gaditano los santones pedian por su salud al dispensador de todas las gracias, y los soldados juraban acudir á su defensa, como jefe de los creyentes; y en unas horas de sueño todo se perdió, á manera de los estremecimientos de terrible pesadilla, levantándose esclavo, prisionero, juguete de los suyos, burla de los ajenos, vendido por sus ministros, desacatado por sus ejércitos, depuesto por su familia, como un baldon indeleble arrojado sobre las últimas páginas de la gloriosa historia que con su alfanje tinto en sangre escribieran los descendientes de Ostman para asombro y enseñanza

de todas las generaciones. Así no es mucho que estallára su ira y que cayeran de sus labios horribles maldiciones. Al oriental jamas le abandona la fantasía, y en estos momentos en que un europeo hubiera empleado frases duras y ásperas, como un grito de Sakespeare, emplea pintorescas metáforas en armonía con los versículos del Koran y de la Biblia. «Si yo hubiera sabido qué clase de planta era ese Murad, dice, regárala há tiempo con veneno.» Despues de esta reflexion amarguísima contra el sobrino ausente, vuélvese á sus dos hijos, que al lado suyo están, los mira con mezcla de ódio y menosprecio, los insulta groseramente, los maldice por no haber muerto al pié mismo del imperial lecho de su padre. Al mayor, que tiene veinte años, le dice cómo habiéndole nombrado generalísimo de la guardia imperial, no corrió á su defensa; y al menor, que tiene quince, le dice cómo habiéndole nombrado almirante no ha contenido la desercion y evitado la traicion de la armada. Pero los dos príncipes debieron responderle que en las horas solemnes de la historia, cuando los imperios se deshacen al soplo de las ideas, como las montañas de nieve al soplo de la primavera; cuando las dinastías se dispersan heridas por la cólera celeste ó ahogadas en las olas de las iras populares, no basta, no, la devocion y el valor; un hálito letal paraliza hasta los corazones, y los títulos más preciados y las dignidades más altas ocultan solamente el podre de la corrupcion y la triste realidad de la muerte.

Miéntras la dorada lancha conduce el Sultan depuesto á su prision, entre los dudosos resplandores del alba,

sólo, abandonado, rugiente, denostando á sus enemigos y maldiciendo á sus hijos, las puertas del Ministerio de la Guerra se abren; la multitud se precipita por sus salones; las baterías de tierra y las baterías de mar atruenan los aires con el estampido de las salvas; los buques franceses, ingleses é italianos se empavesan con toda suerte de pintadas banderolas; y los muezines, desde lo alto de sus mezquitas y los pregoneros por calles y plazas gritan: «el príncipe Murad es exaltado á Sultan de los Osmanlies, y el Sultan Abdul-Azis depuesto. Que Dios envie al primero su proteccion y perdone al segundo sus enormes faltas.» Un caso merece contarse en demostracion de cómo se quiere modificar un imperio completamente inmodificable, y alentar á la libertad y á la igualdad una raza de antiguo sometida á la servidumbre. Era usual creer que la vista del Sultan cegaba, que su mirar iba hasta el fondo del alma y abrasaba la médula del espíritu y del cuerpo en sus humildes vasallos. Así, cuando recibia en audiencia, los musulmanes se postraban de hinojos, se tendian por los suelos, ocultaban su cabeza entre las manos, miéntras él, de pié, un brazo en jarras y otro apoyado en su corvo sable, erguia la cabeza y miraba á las alturas, á fin de no consumir aquellos débiles insectillos en el resplandor incomunicable de sus ojos. Los creyentes, pues, así que ven á su jefe, pliegan las manos, bajan la cabeza, fijan la vista en el suelo, como diz que los querubines y los serafines ocultan su faz tras sus albas alas para que no los consuma y los devore, cuando á las cimas del cielo se acercan, la faz radiante del Eterno. ¡Uno de esos musulmanes, á

la tradicion apegados, al ver á Murad, plegó las manos hincó las rodillas, bajó los ojos. Pero el jefe verdadero del Gabinete, el representante de la jóven Turquía, el Ministro Midhat, sin duda comprendiendo que no merecia tanto un Sultan erigido por sus manipulaciones y forjado en su cerebro, dió fuerte empellon al devoto, y le dijo: «Alzad la cabeza, pues ya tenemos Sultan á quien podemos mirar cara á cara y frente á frente.» ¿De véras? ¿Lo podeis mirar así? Pues bien pronto echarán de ver aquellos que lo miran cómo es igual ó inferior suyo y se habrá perdido la base inconmovible de los Imperios, á saber, la supersticion de los pueblos.

Al otro dia se publicaba en todos los periódicos turcos la siguiente sentencia: «Si el jefe de los creyentes muestra perturbacion de inteligencia, ignorancia de los negocios públicos y emplea las rentas del Estado en su provecho personal más allá de lo que las fuerzas de la nacion toleran; si confunde y pervierte los asuntos temporales y espirituales; si resulta dañoso á su pueblo, puede ser depuesto.» Y tras esta sentencia contra el Sultan destituido, publicóse tambien una nueva proclama del Sultan proclamado, prometiendo libertades á todas las comuniones y anunciando la entrega de una parte de su lista civil al público tesoro y la trasferencia de las minas de Heraclea á la Administracion del Estado.

El dia 2 de Junio del corriente año iba el sultan Murad por vez primera á celebrar la fiesta de los musulmanes en las mezquitas de Constantinopla. Así como los cristianos tienen por dia de fiesta el domingo, y los judíos el sábado, los musulmanes tienen el viérnes. Y en

este dia el Sultan visita una de las casas del Señor, y en ella celebra las ceremonias de rúbrica, y dirige al cielo las oraciones oficiales. Salir por primera vez y no visitar Santa Sofía, el monumento de la conquista musulmana, fuera cosa extraña y no comprendida de los fieles.. El Sultan último apénas iba á la mezquita erigida por Constantino y agrandada por Justiniano, á causa del largo espacio que la separaba de su vivienda y de la repugnancia que sentia á ver al público. La salida de Murad en los primeros dias de su reinado á la iglesia metropolitana de los griegos demostraba el deseo vivísimo de defenderla contra los cristianos con aquella pujanza con que la defendieron los cristianos contra los turcos. Caballero en lujoso alazan magníficamente enjaezado, vestido con pintoresco traje de los capitanes generales de ejército, airoso en su apostura, radiante de placer, atraia Murad las bendiciones de las muchedumbres, que ora le aclamaban con delirio levantando los brazos al cielo, ora se precipitaban á su lado y se hundian en el polvo como para reclamar sobre su predestinada cabeza las bendiciones de Alah, que debia prosperar sus dias para prosperidad de la religion revelada á Mahoma. No hay espectáculo alguno en el mundo tan embriagador como las manifestaciones de la esperanza y de la alegría de un gran pueblo. No hay nada, sin embargo, que tanto se parezca á los fuegos de artificio, cuyos resplandores y cuyos matices deslumbran, convirtiéndose á seguida en leve nube de humo disipada en los celajes, perdida en los aires.

Al siguiente dia una horrible tragedia pasaba en

Constantinopla. Así que la destitucion de Abdul-Azis llegó á los oidos de Europa, convino instintivamente todo el mundo en que dejaria con el peso del sable de Ostman el peso tambien de su existencia. Este presentimiento se arraigaba en tal manera que nadie extrañó la nueva de su muerte. Sabíase de antemano que en el seno de los palacios, en la vida de los serrallos, en las costumbres del despotismo, la punta del puñal ó el pomo de veneno decide mil veces la suerte de los pueblos. Pero lo extraño, lo extraordinario, lo asombroso era que el gobierno turco se empeñaba en mostrar el fin de aquella deslustrada vida como obra de un suicidio. En los pueblos orientales no suele padecerse con frecuencia esta enfermedad que tanto agovia á los pueblos de Occidente. El fatalismo en el dogma, la resignacion en el alma, la idea de Dios en la vida evitan esas usurpaciones á que voluntades libres acuden con ímpetu incontrastable. No conozco demostracion más evidente de nuestra libertad, prueba más segura del dominio ejercido sobre nosotros mismos, que este omnímodo poder de apelar al suicidio y de procurarnos voluntariamente la muerte. En lo antiguo el suicidio reinó en los dos pueblos más pagados de sus libertades: en Grecia y Roma. Por cada Sardanápalo que en Oriente incendia su palacio y espira entre sus eunucos y sus mujeres, nuestros padres de Aténas y Roma podian contar cien oradores que prefirieron aplicar un veneno á sus labios, como Demóstenes, á ver la ruina de su libertad y de su patria; cien tribunos que, como Bruto y como Caton, supieron morir abrazados al cadáver de la República. Y no

caigais en la vulgaridad de creer el suicidio un acto cobarde. Será punible, criminal, pecaminoso, contrario á la naturaleza humana, usurpador de las potestades de Dios; pero cobarde no, porque el más poderoso instinto es el instinto de conservacion, y en plena razon se necesita un valor sobrehumano para superarlo y vencerlo. En la inmovilidad oriental, en su conformidad á los decretos divinos, en su temperamento soñador no cabe el suicidio, y la resolucion de Abdul-Azis habrá sido verdadera, más no parece verosímil.

Sin embargo, la prolija confrontacion de todas las noticias y de todos los pareceres nos obliga á dar como la más fundada de las versiones sobre la muerte del Sultan la version siguiente: Abdul-Azis habitaba por fin el palacio de Theragan, verdadero monumento oriental, que se extiende dos kilómetros sobre el Bósforo, en la costa de Europa, separado por estrecho jardin y marmóreo muelle de las celestes aguas en cuyo seno con verdadera claridad se retratan y se reflejan todas sus líneas y todos sus contornos. Entre estos palacios, que á las orillas del mar se levantan y los jardines que por la montaña se dilatan, extiéndese una espaciosa calle, sobre la cual gallardean varios puentes destinados á unir los palacios con los jardines, unos y otros de un lujo fabuloso, dignos de las mayores locuras que han podido padecerse en el extraviado y soñador Oriente. Abdul-Azis debia morir en el monumento de sus extravíos, en el centro de sus placeres, en el santuario ideado para albergar su brutal sensualismo, demostrando una vez más con el ejemplo de su vida y el ejemplo de su muerte cuán pre-

sente está la justicia de Dios en todas las catástrófes de los grandes Imperios y en todas las páginas de la humana historia.

En la tarde del 3 de Junio, al dia siguiente de la ceremonia religiosa en que Murad se presentó al pueblo, Abdul-Azis descendió al muelle y se paseó lago rato, como si quisiera contemplar por última vez los sitios donde se juntan Asia y Europa, las aguas del Bósforo surcadas por pintorescas naves, los palacios que se alzan en las riberas y tiemblan al contemplarse en las aguas, Constantinopla tendida sobre la montaña con sus guirnaldas de jardines y sus adornos de poéticos cementerios y pintorescas mezquitas; todos aquellos sitios, que con la bahía de Nápoles y la vega de Granada llevan al título de verdaderos paraísos, reflejo de las hermosuras del cielo en nuestro árido planeta. ¿Es posible que el alma de un déspota se enternezca á los grandiosos espectáculos de la Naturaleza y reconozca el gran principio de igualdad encerrado en su seno y que en todas sus manifestaciones se revela?

En realidad Abdul-Azis habia salido, como por una máquina movido, al muelle, no para contemplar la ciudad y la naturaleza, sino para moverse y arrastrar por alguna parte el desasosiego de su ira. Demente casi por los excesos del poder y los excesos del sentido, su demencia se aumenta con el exceso tambien de su desgracia. Lo cierto es que el ménos observador hubiera podido estudiar en su fisonomía desde arrebatos de furor hasta postraciones cercanas á la imbecilidad y á la muerte. El centinela que le custodiaba pudo notar en

aquel paseo de su antiguo señor todas las señales de exaltado delirio y comunicárselo así al oficial de guardia, el cual vino inmediatamente y rogó al desgraciado que entrase y se reinstalára en sus habitaciones. El Sultan sacó un revólver del bolsillo y apuntó á su interlocutor, decidido á disparárselo á boca de jarro. Afortunadamente le faltó el tiro. El servidor no se conmovió, y bajando con respeto la frente, tornó á insistir en su antigua súplica. Abdul-Azis entró en su apartamento, y la siniestra mirada última que clavó en los ojos de su carcelero pudo y debió revelar lo siniestro tambien de sus proyectos.

El coronel de la guardia, perteneciente á la gendarmería, corrió al palacio del jóven Sultan para decirle cuanto habia observado en el rostro, en los ademanes, en la actitud, en los paseos del viejo. Murad sintió amarga pena, como si presintiese que, representante de tiempos más tristes áun para su causa, estaba llamado á devorar en el falso esplendor de un trono vacilante más acerbos y más agudos dolores. Mandó, pues, que cuidáran á su tio, que lé aliviasen y le consoláran en sus dolores, que le dijeran cuánto le importaba su paz y cuánto gusto tenía en servirle y agasajarle; pero que le rogaba depusiese y entregase inmediatamente todas sus armas. Al mismo tiempo debia cerrar el emisario las ventanas del Palacio, así las que dan sobre el muelle como las que dan sobre la calle, y abrir una comunicacion directa con el cuerpo de guardia, convirtiendo de esta suerte la residencia imperial en una verdadera prision.

El Coronel se presentó á Abdul-Azis para cumplir su

penoso encargo. Grande embarazo para un vasallo intimar á su señor, para un militar á su jefe, para un creyente á su califa órdenes atentatorias á dignidades tan altas. Sus piernas flaqueaban, se estremecia su cuerpo, y sus labios pronunciaban palabras inconexas de muy difícil inteligencia. El Sultan acababa de pasar en aquel momento desde el furor á la indiferencia. Como si hubiera tomado una resolucion suprema, decisiva en su vida, descansaba del peso abrumador de un pensamiento y del combate cruentísimo entre dos encontradas pasiones; la pasion de reinar y la pasion de vivir. Así es que, al notar la embarazosa incertidumbre del oficial, saliólé al encuentro y le formuló en breves frases todo el pensamiento que se escapaba á la inquietud, al embarazo de su interlocutor. «No quieren que me mate, dijo, y me quitan todas las armas.» Y sacó del bolsillo de su gaban el revólver que habia disparado en el jardin, tendiéndolo con espontaneidad á su interlocutor. Éste retrocedió, é inclinándose profundamente, aseveró que jamas osaria acercar su mano á la mano del Sultan, ni tocar un objeto que el Sultan habia tocado. Sonrió tristemente de aquellas últimas consideraciones guardadas á quien tan inconsideradamente habia sido tratado por todos, y depuso el arma sobre un almohadon que tenía á su lado. En seguida, cuando vió la presteza del Coronel en recogerla, y su precipitacion por salirse, detúvole con rápido gesto, y exclamó con profunda amargura: «No quieren que me mate y dejan ahí ese magnífico sable.» El Coronel vió un sable colgado de la pared, se abalanzó á él con presteza, lo descolgó con violencia, lo agarró con

fuerza, y despues de haber hecho profunda reverencia, se salió como un fugitivo que acaba de cometer una accion horrible y huye á un tiempo de su crímen y de su remordimiento.

En la noche que sucedió á esta escena, mostróse el Sultan agitadísimo. Los recuerdos de su historia, la suerte de su pueblo, el fin trágico de su reinado, los males que dejaba como herencia, los negros horizontes abiertos en lo porvenir á su raza, la vergüenza del destronamiento, las reconvenciones de la encallecida conciencia debieron en tropel atormentarle y decidirle á dejar un mundo en el cual solamente le aguardaba ya el dolor perpétuo y el árido y terrible desengaño. Al levantarse de su lecho de espinas, al terminar su largo insomnio, saltó como un tigre, rugió como un leon, rechinó los dientes como un chacal viendo las naves europeas del Bósforo empavesadas á causa de la fiesta de Pentecostes, y atribuyendo tanto gallardete al reconocimento oficial de su caida y de la exaltacion de su sobrino. Estas razas orientales tan uniformes, tan silenciosas, tan áridas como el desierto, se enfurecen y se encienden cuando la pasion las agita como el desierto cuando los huracanes de fuego levantan en su superficie las encrespadas ondas y las terribles trombas de arena. Los relámpagos de sus ojos, los sacudimientos de su cuerpo, la crispadura de sus nervios, las palabras de ódio proferidas por sus labios, la espuma de ira despedida por su boca, los saltos que daba hicieron estremecer á todos los suyos y bambolear los objetos inanimados en sus riquísimos salones, semejándose á terrible fiera de las selvas soltada en los

palacios imperiales que buscase con furor una presa á sus dientes y á sus garras.

Era el 4 de Junio. A las nueve de la mañana entró el Sultan en calma. Una postracion terrible sucedió á sus terribles exaltaciones. Pero despues de esta postracion comenzó á cumplir todas sus faenas diarias con la misma indiferencia y la misma regularidad que si estuviera libre en su palacio y seguro en su trono. A la hora acostumbrada pidió un espejo y unas tijeras para darse á la operacion de cortar y arreglar la barba. Su madre, que temblaba á la consideracion de sus propósitos y temia mucho el empuje de sus resoluciones, dióle de mal grado unas tijerillas de bordar con las cuales difícilmente podia, segun su cándido sentir, inferirse ningun mal, ni siquiera ligerísima herida. A mayor abundamiento se quedó allí celando el tranquilo peinado de su hijo, el cual con la mano izquierda sostenia el espejo y con la derecha se arreglaba y uniformaba la barba. Más á cada tijeretazo volvia la vista á ver si le dejaba la Sultana, hasta que persuadido de su resolucion de quedarse allí con él, rogóla cariñosamente que fuera á apercibirle y perfumarle un baño tibio. La Sultana comenzó á dar las órdenes al efecto necesarias, y el Sultan la reconvino con dulzura y le encareció la necesidad que sentia de tomar un baño cuidadosamente preparado por las manos benditas de su madre. Salió la Sultana, y áun no estaba fuera, cuando ya habia el Sultan dado vuelta á la cerradura y echado fuertemente la llave. Y áun no habia echado la llave, cuando se desnuda el brazo derecho, y con la mano izquierda pretende abrir sus venas y cortar su ar-

téria. Más no teniendo en la mano izquierda la fuerza necesaria, se desnuda el brazo izquierdo, y con la mano derecha se hunde la tijera en las carnes, se abre las venas profundamente, se corta la artéria, se desangra, pierde las fuerzas, siente mortal desmayo, se deja caer sobre un sofá al pié de una ventana que da al mar, y allí poco á poco se debilita, se desmaya, se devanece y espira.

Al poco tiempo los esclavos echan de ver que el Sultan tarda en llamarlos; que no pide ningun objeto de servicio como tenía por costumbre; que no suena las palmas; que no da señales de movimiento y de vida. Aplican la vista á la cerradura, el oido á las tablas, y nada ven, ni nada oyen. Las sospechas crecen á medida que se prolonga el silencio. Pero destinados á la sumision y á la obediencia forzosas, no osan tomar ninguna resolucion y avisan á las mujeres del serrallo. La primera que encuentran, sale, se lanza á la puerta cerrada, llama á gritos y á golpes, forcejea, y al ver tanta resistencia á sus esfuerzos, corre á ordenar que derriben la puerta. Y la derriban. ¡Horrible espectáculo! Todo el pavimento manchado y todas las paredes salpicadas de sangre; aquí y allá sangre coagulada; sobre un sofá tendido el cuerpo exánime, con los brazos caidos y desnudos, con las venas abiertas, con el rostro sereno, con los párpados ligeramente entornados, con los ojos fijos, con los labios contraidos por el último estertor de la vida, con todo su sér envuelto en las primeras sombras de la muerte. Al grito desgarrador que da la pobre cautiva, sale toda la familia y se lanza sobre el inanimado cuerpo, sin poderle

arrancar ni una palabra, ni una mirada, ni un aliento. Los hijos lloran, los esclavos se arrojan al suelo; unas mujeres se mesan los cabellos, otras se caen como muertas, otras rompen con sus delicadas manos los cristales para llamar auxilio, y todas claman con tanta fuerza y gritan con tanto estrépito que el clamoreo llega á la orilla opuesta del Bósforo miéntras la madre, que acababa de preparar y perfumar el baño, se arroja sobre el hijo, lo cubre de besos, pretende cerrar las herida con los labios, darle su sangre como le ha dado la vida, y al persuadirse de que todo es inútil corre á la ventana, y se hubiera lanzado al mar á no impedírselo con violencia los marineros, los soldados, los transeuntes reunidos por el descompuesto vocerío y llamados inútilmente á presenciar esta ya consumada tragedia.

A las pocas horas todo ha concluido. El cadáver yace sobre un colchon, cubierto por una blanca sábana, y tendido en ahumado cuerpo de guardias, donde los médicos certifican las causas de la muerte y dan la órden de sepelio. El primer movimiento de la conciencia pública acusa al heredero de esta catástrofe, diciendo que dos sultanes de Constantinopla no podian caber y no cabian realmente en la tierra. Los partidarios del nuevo Gobierno y del nuevo Sultan se defienden de esta imputacion odiosa. ¿Cómo en medio de su familia, entre sus esclavos y sus mujeres, en las habitaciones de su palacio, en el seno de su serrallo, hubiera sido posible que lo matáran sin defenderse y vender cara su existencia? ¿Cómo entre tantas personas que lo rodean ninguna acusa? ¿Cómo apelar al medio largo de romper una artéria

con tijeras cuando podian de un golpe clavar agudo puñal en mitad del corazon? ¿Cómo olvidar que los mahometanos tienen horror á la sangre, y si todos los sultanes depuestos han sido inmolados, se apeló para su muerte á la tradicional estrangulacion tan usada en Oriente? ¿Cómo encontrar veinte médicos, de todas las naciones, de todas las Embajadas, honrados, honradísimos, estimando en mucho su profesion, que declaráran á una la muerte por la ruptura de la artéria, y la artéria rota por los esfuerzos del suicidio? A estas horas, por todos los datos y por todas las certificaciones tenemos que atenernos, en prueba de nuestra imparcialidad á la más inverosímil, es verdad, pero á la más fundada de todas las aseveraciones, á la aseveracion del suicidio.

El cadáver pasó inmediatamente desde el palacio del Sultan al cuerpo de guardias, por la costumbre seguida en Oriente de sacar con gran precipitacion al difunto de la casa donde ha espirado. Los honores que le fueron consagrados podian llamar por su sencillez la atencion de los cristianos, pero no la atencion de los musulmanes, los cuales, sin alardear tanto de igualdad, la admiten más eficazmente que nosotros en la region de la muerte. Un ataud de madera blanca ha encerrado el cuerpo del jefe de los creyentes, y los transeuntes lo han recogido en las calles y lo han llevado en hombros veinte pasos, para que á su vez sus cuerpos sean llevados por los que encuentren un dia en el camino desde el hogar al sepulcro. Todos los musulmanes, sin distincion de categorías, se entierran de esta suerte. Así desvanece la naturaleza todas las soberbias grandezas inventadas por

la sociedad en los abismos insondables de la muerte.

Miéntras todas estas tragedias pasaban por Constantinopla, corrian por Europa noticias de constituciones turcas, á cual más inverosímil y descabellada. Desde el punto mismo en que un Gobierno con visos de liberal se instaló en la Sublime Puerta, estallaron las oposiciones de ideas naturalés á la libertad. Dos ministros representaban con mayores títulos esta oposicion interior del Gobierno: Midhat-Bajá, presidente del Consejo de Estado, que personificaba toda la impaciencia de la jóven Turquía por las nuevas reformas, y Avni, el ministro de la Guerra, que personifica toda la resistencia de la vieja Turquía á esas reformas. Para Midhat, el nuevo Sultan no podia excusar su exaltacion al trono si no abrazaba una política contraria de todo en todo á la política de su antecesor; y para Avni ninguna reforma podia prevalecer, sino despues de concluida la guerra y triunfante en todos los campos de batalla la eclipsada media luna. Pero Europa no puede forjarse ilusiones acerca de la trascendencia que respecto á los cristianos podrá tener el triunfo de la política más avanzada en los consejos de Constantinopla. Ningun musulman admite la igualdad con los cristianos. La misma proclama primera de Murad, escrita en los momentos de efusion y de esperanza, dictada por el jefe de la jóven Turquía, tenida por la más liberal y progresiva que puede salir de un serrallo, aunque anunciaba la igualdad de todas las comuniones, anunciaba tambien el cumplimiento de la ley religiosa; y la ley religiosa prescribe la inferioridad de los infieles respecto á los fieles musulmanes. Y esta idea de nuestra

inferioridad respecto á los creyentes en el Korán se eleva á las alturas de un dogma religioso y se arraiga con la fuerza y el vigor que todos los dogmas han de tener por necesidad en el corazon de los pueblos. Los saludos, los encuentros, la manera de mirar, las minucias más baladíes de la vida, revelan cuán arraigado está el principio de la diferencia capital entre fieles é infieles, entre musulmanes y cristianos. Midhat-Bajá, que lleva el pendon de las reformas, no admite esa prensa sin censura, esos comicios sin tutela, esas Cámaras sin responsabilidad, esos diputados erigidos en iguales á los reyes, esas facultades deliberantes y legislativas concedidas á los cuerpos políticos, ese organismo parlamentario de la Europa moderna: en su programa sólo entra un Consejo de Estado que el Sultan nombre en su mayor parte y que otras corporaciones nombren tambien, donde los turcos tengan el predominio natural que debe darles su inmenso poder y su artificiosa mayoría. Pero no podemos nosotros, acostumbrados á las tempestades de la libertad, figurarnos cómo pierden la nocion del derecho los pueblos acostumbrados á la servidumbre. Contaba un chusco que cierto príncipe oriental habia querido establecer en su córte ámplio Parlamento á la europea usanza. Los buenos diputados sabian que sentarse á la izquierda era tanto como oponerse al Gobierno, y todos se aglomeraban á la derecha. Para obligarles á representar la farsa de una oposicion fantástica, precisaba lanzarlos á latigazos en la izquierda y con hierros candentes herirlos y foguearlos á fin de que votáran en contra de quien consideraban como el dueño de su vida y el arbi-

trio de su voluntad y de su conciencia. Pues algo de esto pasó en Constantinopla con algunas de las reformas propuestas por Midhat y ya establecidas con ménos aparato en tiempo del infortunado Abdul-Azís. Se organizó un Consejo de Estado, y todos los Consejeros cayeron de rodillas ante el Sultan y tocaron con la cabeza en el suelo hasta hacerla como alfombra de sus plantas. El despotismo tuvo más cómplices, pero no tuvo ménos fuerza. El pueblo llamaba á los Consejeros los señores que sólo sabian decir sí. La arbitrariedad trae siempre los mismos inconvenientes: quita la nocion de la libertad, y al quitar esta nocion de la libertad, quita tambien toda esperanza de renovacion y de progreso. En esos pueblos cabe la conjuracion, el complot, el levantamiento en armas, la protesta de sangre, la guerra civil permanente; pero no caben, no pueden caber estos pacientísimos procedimientos de la libertad, que preve, que espera, que propaga, que siembra una idea con arte, la cultiva con paciencia, la lleva al fondo de todos los espíritus, la formula en apotegmas, la alza á los Parlamentos en largos años de oposicion, hasta que la ve en las cimas del Gobierno y la convierte en una serie de instituciones y de leyes. El esclavo solamente sabe obedecer ó rebelarse. Para aliviar el peso de su cadena há menester romperla. Un crímen como el despotismo y un mal como la servidumbre traen la corrupcion, que sólo se curan con torrentes de sangre.

Lo cierto es que los hulemas pedian una Constitucion, apoyando la política de Midhat-Bajá, y en realidad ignoraban lo que pedian. Así el Gran Visir, opuesto á estas

indescifrables aspiraciones, contestaba con mucha oportunidad á una Comision de peticionarios, portadora de mil quinientas firmas sacerdotales: «Me pedís una Constitucion; designadme vosotros mismos qué Constitucion quereis.» Y en efecto, desde la Constitucion de los Estados-Unidos hasta la Constitucion de Inglaterra, y desde la Constitucion tradicional de Inglaterra hasta la llamada interna de España, hay tales grados y series y matices de Constituciones, que no puede verdaderamente decirse cuál conviene á moderar el histórico despotismo soportado tras tantos siglos por la servil Turquía. Las reformas aparecen excelentes allí donde los pueblos son, al cabo, reformables. Mas las reformas turcas claudican por una vaguedad sin ejemplo. La verdadera idea, decia Hegel, es la idea concreta. En política, digo yo, no se puede proceder, no se debe proceder sino por medio de ideas concretas. En cuanto entrais en la vaguedad, en la incertidumbre, en la indeterminacion, caeis en el abismo. Pueblos europeos de larga historia y de superior madurez política han perdido su libertad por unirla á esas fantásticas vaguedades de un pensamiento no bien limitado por las líneas de lo verdaderamente claro y concreto. ¡Cuánto más no le sucederia á un pueblo acostumbrado á las sombras de la servidumbre y que no puede distinguir en las tinieblas las fronteras separatorias de lo ideal y de lo real, de la ciencia y de la política, del pensamiento y de la vida! El espíritu de Turquía erraba y se extraviaba en sirtes inacabables de verdaderas contradicciones. La prensa, aunque sometida al régimen más arbitrario y expuesta á cada paso á las suspensiones

y á la supresion, repetia y reflejaba bien el estado de la conciencia pública. Desde el cambio último, los periódicos amoldados ántes á todas las exigencias del despotismo, habian tomado ese tono agrio, esas tendencias violentas, ese carácter agresivo tan propio de los que no han aprendido la verdadera medida de las ideas y de las cosas en su piedra de toque, en la fecunda libertad. Para el *Bassiret*, periódico de viejo espíritu turco, el Consejo de Estado debe reducirse á tratar cuestiones de Hacienda y cuestiones de Obras públicas; la igualdad con las otras religiones debe entenderse hasta aquel límite no dañoso á las preeminencias naturales de los creyentes, aseguradas por las leyes divinas; la admision de los cristianos al ejército debe restringirse mucho si no se quiere entregar al número y á la fuerza el porvenir de la Media Luna; y el ejemplo de Bulgaria, que ha respondido á la autonomía religiosa concedida por los sultanes con la ingratitud más negra y la perfidia más púnica, debe servir de enseñanza provechosísima para comprender cómo los infieles no se contentan con ser buenos hermanos de los musulmanes, sino que aspiran á más, á pasar de vasallos á tiranos, de oprimidos á opresores. Los periódicos partidarios de la jóven Turquía responden con ímpetu á estos ataques, y dicen que si la igualdad religiosa no se establece y el régimen liberal no se desarrolla, habrá sonado en la eternidad sin remedio el momento último y la última hora del Imperio. La reformadora política de Midhat encuentra una doble oposicion moderada, templadísima en el Gran Visir, pero violenta, exagerada en el Ministro de la Guerra, una oposicion verdaderamente insuperable.

Caso grave viene á libertar al Presidente del Consejo de Estado, á Midhat, del Ministro de la Guerra, de Avni. Cualquiera diria que en estos dramáticos incidentes se ocultaba una idea política. Cierto circasiano de esa raza aventurera, medio griega, medio turca, se acercaba en una de las noches de mediados de Junio á la habitacion de Midhat-Bajá donde estaba reunido el Consejo de Ministros. Cualquiera que hubiese observado la resolucion de su paso, el resuello de su pecho, la fiereza siniestra de su mirada, dijera que abrigaba algun proyecto de esos que estallan de súbito allí donde la conjuracion eterna tiene su verdadero asiento. Las sospechas se acrecentáran de saber sus antecedentes, de saber que era protegido de una de las sultanas, á la cual debia sus ascensos, y que pertenecia á esos aventureros dispuestos á toda suerte de combates, los cuales pasan los dias en perpétuas pendencias y las noches en garitos y mancebías, dados á toda suerte de vicios. Fantaseador, valeroso, ágil, experimentado en las armas, acostumbradísimo á los combates, manejaba la espada con una ciencia perfecta, la pistola con una puntería sin igual, los caballos como un hijo del desierto, su propio cuerpo como un verdadero gimnasta antiguo, como un verdadero atleta. Calaveradas contínuas, faltas de subordinacion imperdonables, le habian condenado á tomar el camino de Bagdad, y el Ministro de la Guerra debia cumplir esta condena evitada otras veces al influjo de la hermosa esclava circasiana vendida por su padre al serrallo y elevada á esposa, á Sultana, por haber tenido la dicha de dar un hijo al Sultan. De un orgullo que rayaba en temeridad, de una

sed de venganza que habia satisfecho mil veces, de una fuerza hercúlea que le sometia sus mayores enemigos, de un ímpetu incontrastable en todas sus pasiones, de un amor sin límites á los juegos de azar y á las aventuras de enamorado, parecia á esos héroes de leyenda oriental, cuyos últimos reflejos hemos visto en las obras del gran cantor moderno de su raza, del inmortal Lord Byron. Su nombre era Hassan, y su reputacion de calavera y de feroz, una reputacion verdaderamente universal. La muerte de Abdul-Azis le habia quitado todo influjo; y la pérdida de su influjo obligábale á retirarse á Bagdad, con lo cual creia tener perdida completamente su carrera. Así iba, como otras veces, á saciar su venganza en las personas de aquellos Ministros aleves que acababan de arrebatar á los creyentes su jefe, al Imperio su Sultan, y á él su protector.

Parece imposible que pudiera entrar con tanta facilidad en el sitio donde estaban reunidos los Ministros; pero no es de extrañar si se atiende á las democráticas costumbres de Turquía. Ademas mostraba ciertos papeles importantes y decia que necesitaba el Ministro de la Guerra verle y hablarle urgentemente. Con sus papeles en la mano, con su corvo yatagan al cinto, con su capote ruso, tenía cierto aire imperioso que inspiraba, cuando no miedo, respeto. La puerta de la sala del Consejo se abre, y el circasiano entra. El Ministro de la Guerra se levanta, da dos pasos para recibirle, y le interroga con dulzura sobre el objeto de su inesperada venida. Hassan le apunta con tino y le dispara su revólver. El Ministro, al dolor de la herida, no solamente se mantiene á pié

firme, sino que se lanza con presteza y con fuerza sobre el asesino. Un segundo tiro lo derriba en tierra. Miéntras tanto, todos los Ministros huyen, á excepcion del Ministro de Negocios Extranjeros y del Ministro de Marina. Hassan, que no se cansa de matar, clava dos balas en la cabeza del Ministro de Negocios Extranjeros, dejándole muerto en el acto; hiere al Ministro de Marina, cebándose en él con tanta ira, que le acribilla de heridas el rostro y le corta una oreja. El Ministro de Marina, desangrándose, pudo arrastrarse casi á gatas al salon donde sus otros compañeros se habian refugiado, y entrar allí, gracias á haberle franqueado los de dentro, todos desarmados, con una celeridad increible, la anhelada puerta. Hassan, fuera de sí, da vueltas por el salon, golpea las paredes, busca un medio de pasar á donde se encuentran las víctimas que anhela inmolar á su venganza. En este momento aparece un criado de Midhat. Resuelto á detener al asesino, se lanza sobre él para sujetarle. Un solo tiro y una sola bala bastan á Hassan que lo deja frio y rígido á sus plantas. Y en cuanto acaba de perpetrar este nuevo asesinato, sin que la vista de tantos cadáveres le horrorice, sin que la sangre sobre la cual resbala algunas veces le desconcierte, nota que el Ministro de la Guerra todavía respira, que el último aliento no se ha escapado aún de su pecho, que el alma está como prendida de un hilo al cuerpo, y se arroja sobre él, y lo tortura para que su última agonía sea más dolorosa y su último suspiro más horrible, machacándole con el pomo de su puñal circasiano los huesos de las encías y de la frente, abriéndole con el filo y la punta

el vientre para arrancarle las entrañas y esparcirlas por el suelo hasta hacer de su enenigo un monton confuso de carnes desgarradas, de huesos triturados, de sangre humeante, de intestinos rotos, como si lo hubieran masticado, no una fiera, sino legiones de fieras hambrientas.

A los golpes une los insultos. «Perro eres, le dice, y como un perro debes morir á mis manos.» El Gran Visir, á traves de la puerta que del asesino le separaba, pedia con las palabras más dulces de su lengua caridad para aquellos inanimados restos, víctimas de inútil profanacion, pues no les quedaba ni un soplo de vida ni un rescoldo de calor. Y Hassan despues de haber destrozado el cadáver del Ministro de la Guerra, se vuelve hácia el cadáver del Ministro de Negocios Extranjeros, y con su cortante arma circasiana le separa la cabeza del tronco. Hecho esto, abalánzase á la puerta que guarecia y salvaba de su rabia los Ministros restantes. La sobreexcitacion de su estado aumentaba en tales términos sus fuerzas, que la puerta parecia ceder al terrible empuje. Si arrancarla hubiera sido posible la arrancára. Pero las fuerzas se agotan, y en su impotencia, disparaba al traves de la madera sus pistolas y lo acribillaba todo á balazos. Mas persuadido de la inutilidad de sus esfuerzos é iluminado por los últimos reflejos del instinto de conservacion, tomó la escalera y dióse á correr hácia la calle. En uno de los escalones tropezó con valeroso ayudante del Ministro de Marina que iba en busca de su jefe. Al ademan que hizo para detenerlo, Hassan respondió con otro tiro de tal puntería y acierto que hizo rodar á su enemigo por las escaleras abajo. Entónces los soldados del

cuerpo de guardia vecino, á cuyos oidos llegára este último disparo, acuden irritadísimos y en tropel. Hassan, que habia ganado ya el patio, y tomaba casi la puerta, se defiende á tiros y mata á uno de los soldados y hiere á otro. Al ver esta inútil carnicería, el furor de los ofendidos no tuvo ya límites. Cien bayonetas se juntaron sobre el malvado y hubiéranlo concluido, desgarrándole todo el cuerpo á la manera que él desgarrára los cuerpos de sus víctimas, sin la inmediata intervencion de Midhat-Bajá, el cual logró persuadir á los soldados de lo necesario que era sujetarlo á un proceso y conocer el número de sus cómplices y medir la intensidad de su crímen. Redujéronse, pues, á atarlo y le llevaron al jardin, donde, registrado cuidadosamente, soltó tres revólvers, su kama ó puñal circasiano y treinta y cinco cartuchos.

Al dia siguiente 16 de Junio se constituyó el Consejo de Guerra. Cuando llegó el reo delante de los jueces, su cuerpo parecia una llaga: tales bayonetazos le dieron los soldados en el momento de apresarlo. Pero si el cuerpo estaba herido, magullado, maltrecho, el alma indomable permanecia en su feroz serenidad. Ni una sola palabra contestaba á las innumerables preguntas, ni un solo gesto hacía á las infinitas reconvenciones. Cuando ya le sitiaban demasiado y perdia la paciencia, les insultaba é injuriaba diciéndoles que no hablaria como débil mujer ni se defenderia de una suerte merecida y de un castigo impacientemente aguardado como término necesario á sus dolores y á sus males. «Matadme pronto, decia, es cuanto tengo que pediros.» En efecto, al dia siguiente se consumó la ejecucion allá en la plaza del Seraskerat.

Hay en su centro una morera rodeada de otros árboles, que tiene triste renombre en Constantinopla. Semójase á la célebre higuera del misántropo ateniense tan gentilmente descrita por Luciano. En ella solian colgarse los desesperados, y un dia que necesitó arrancarla, lo anunció ántes al público por si alguno de su conciudadanos deseaba aprovechar aquellos últimos momentos. La morera turca no es el árbol de los suicidas como la higuera griega; es el árbol de los ahorcados. Los turcos le llaman la morera-horca. Al amanecer del dia siguiente al Consejo, 17 de Junio, pendia ya Hassan de las funestas ramas. Las gentes aseguraban que, al colgarlo, colgaron un cadáver, pues habia muerto la noche ántes de resultas de sus innumerables heridas. Y en efecto, tenía la frente abierta á sablazos; por la espalda le manaba como un arroyo de sangre; y todos sus miembros guardaban señales de la furia horrible con que habia sido castigada su furia. La cabeza estaba como tronchada, los ojos abiertos y abiertos los labios, los piés tocando casi al suelo, y sobre el pecho un escrito que decia á la letra: «Atendiendo que el circasiano Hassan, graduado de *colassen* en el ejército imperial, arrestado primero por no haber querido unirse á su cuerpo en Bagdad y puesto en libertad el veinte de Djeinazi-ul-Ewel á consecuencia de una promesa de marcha, ha penetrado en la noche del mismo dia en medio de los Ministros reunidos para deliberar sobre asuntos importantísimos del Estado, y sido osado, desconociendo los santos deberes del soldado, á matar, movido de personal venganza, al seraskier Hussain-Avni, y en seguida á Rachid-Bajá, Ministro de

Negocios Extranjeros, atendiendo que ha asesinado tambien al ayuda de campo Chukry-Bey, un soldado del ejército regular y un doméstico, y herido al Ministro de Marina, á un capitan de la Gendarmería y á un gendarme; atendiendo que para ejemplo y escarmiento la ley castiga de muerte á todo criminal que comete un crímen tan grande y tan odioso así en esta vida como en la otra, tal como matar con premeditacion é injustamente al jefe de las tropas imperiales, guardia del Estado y del país y de la nacion, y al mismo tiempo los Ministros y dignatarios y otros, bañándose en su sangre y quitándoles la vida, crímen que no es permitido á nadie y mucho ménos á aquel que sigue la carrera de soldado.

»¡Por estos motivos,

»El Consejo de Guerra, conforme á las leyes y por su decision sancionada en decreto imperial, ha condenado á Hassan á la pena de muerte!

»¡Hé ahí ese hombre!»

La primera impresion de la conciencia pública en Constantinopla fué de asombro, pero en seguida de admiracion al reo. Estos pueblos, poco acostumbrados al ejercicio saludable de la industria y del trabajo, se apasionan del valor y admiran el heroismo, hasta el heroismo criminal. Un hombre que ha roto las leyes, que ha pisoteado la moral pública y privada, que ha cometido toda suerte de crímenes con valor salvaje, se transfigura en lo sobrenatural á los ojos vulgares, y cuando la muerte lo ha tocado con su dedo misterioso en la frente, llega á las cimas legendarias donde habitan los mártires. Cuantos pueblos encorvados bajo la coyunda absolutista han he

cho del ladron que asalta al pasajero en las encrucijadas, del asesino que inmola innumerables víctimas, por este combate con la sociedad y con la moral, un héroe lleno de pasiones nobles, el cual se da á esos horrores más que por malos impulsos, por protestas contra nuestro mundo tan desorganizado y tan vicioso. En la servidumbre no se conocen, no se aprecian las verdaderas virtudes cívicas. Para que la ley inspire culto se necesita contribuir á formarla. En los comicios, en el jurado, en las agitaciones de la vida pública, en la escuela de la libertad, se aprende el culto religioso á las leyes y la distincion entre el bien y el mal tan necesaria á la vida. Los pueblos esclavos pierden ¡ay! en la esclavitud su conciencia; y al perder la conciencia pierden tambien todas las nociones más necesarias de la moral, y con el sentimiento de su derecho el sentimiento de sus deberes. Cuando oprimís á un pueblo, lo rebajais, y cuando lo rebajais, lo corrompeis; porque le falta la primera condicion de toda dignidad, el aprecio á sí mismo.

Hemos referido con amplitud estos sucesos recientes, porque demuestran la incurable decadencia de la antigua Turquía. Creyeron muchos que con mudar de Sultan se habria mudado de política; y un triste desengaño ha venido á mostrarles que no puede cambiarse la vida, si no se cambia el espíritu de un pueblo, y no puede cambiarse el espíritu cuando se inspira en algo que es eterno, en las creencias religiosas. Ni siquiera habian mudado de Sultan. Todos estos príncipes, nacidos de los dos extremos de la naturaleza humana, de un ayuntamiento del poder absoluto con la absoluta esclavitud,

hijos de sultanes y cautivas, sacan de sus padres la demencia á que están sujetos los tiranos, y de sus madres la poquedad de cuerpo y de alma á que están sujetas las esclavas. Corazones de fiera, inteligencias de loco, cuerpos de tísico; hé ahí su complexion moral y su complexion material. A los veinticinco años tiene Murad el mismo agotamiento de fuerzas y la misma indiferencia de ideas que los sultanes más viejos. Los placeres del serrallo lo han embrutecido, la fatalidad musulmana lo ha petrificado; sólo queda de él á sus años lo mismo que de su vasto Imperio, una sombra próxima á disiparse. Imperio decadente, raza decadente, religion decadente, literatura decadente; todo el sér y toda la vida de Turquía se hallan tocados del mismo mal y teñidos del color entre amarillento y verdoso de la muerte. Su descomposicion es la descomposicion del despotismo, la descomposicion de la teocracia, la descomposicion de la fatalidad, la descomposicion de todo aquello que condena la conciencia y que entierra en su seno inapelablemente la historia.

LAS GRANDES SOLUCIONES.

Para entrar en la cuestion de Oriente con acierto se necesita saber de antemano con seguridad que hay en ella algo de fatal y de irremediable, como la decadencia y la destruccion de los turcos. En la historia sucede que los pueblos llamados á desempeñar un ministerio de progreso crecen y se fortifican y se agrandan miéntras que decaen y mueren esos mismos pueblos en cuanto representan la oposicion, la protesta al progreso. La religion mahometana, enfrente de ideas inferiores á ella, tuvo como en depósito por largos siglos el genio de la conquista; y en cuanto se encontró con ideas superiores, fué arrastrándose en derrotas sinnúmero desde Lepanto á Navarino. Frente á frente de aquellos pueblos idólatras del Africa ó del Asia, y de aquellos godos degenerados en España, y de aquellos bizantinos que habian perdido con toda idea de moral todo sentimiento de deber, pudo triunfar; pero en cuanto los pueblos cristianos se avivaron y comprendieron cuán superior vida tenian sus ideas de libertad y cuán superior espíritu su Evangelio, el ma-

hometismo fué de vencida en la pugna constante de las ideas que forma como la trama de la vida y que constituye como la ley de la historia, prevaleciendo sólo allá en Oriente, donde ni encontraba ni podia encontrar un espíritu superior á su espíritu, en la desolacion moral y material de los desiertos.

Si examinais esta larga decadencia desde tiempos aproximados á nosotros, desde principios del siglo décimooctavo, observaréis hechos contradictorios é incidentes varios que os demostrarán cómo la realidad se modifica muy dificilmente áun despues de haberse modificado el espíritu humano y sus ideas. Pero en su lentitud marcha á un fin concreto. Pedro el Grande, al combatir con Turquía, avanza y retrocede á manera de una de esas ciegas inundaciones periódicas de la naturaleza, cuyas leyes desconocemos completamente. Si por la paz de Falksen renuncia á muchos de sus proyectos sobre el Mar Negro y deja pudrirse los barcos que tenía aparejados para penetrar en el Bósforo, por la paz ó concordia de Passarowitz consigue la modesta ventaja de ver á sus fieles y á sus eclesiásticos autorizados para ir á Jerusalen, bajo el amparo de los sultanes, modestos comienzos á grandes pretensiones cristianas, insignificante principio de completa decadencia en los turcos. Y conseguido esto, dióse á proyectos más fecundos y más intencionados: á separar Turquía de Polonia y Suecia y Francia, á desmembrarla y perderla en Asia, á conseguir de Viena que se asociase á su política y amenazára constantemente la integridad del Imperio en Europa. Al mediar el siglo último, el Divan turco, seguro de sí mismo por la favo-

rable paz firmada en Belgrado, agravó la situacion política con dos faltas igualmente graves: una exterior, el abandono de las potencias aliadas del Norte; y otra interior, el nombramiento de voivodes opresores para el Gobierno de Valaquia y Moldavia que le enajenaron estos principados danúbianos lanzándolos por completo en brazos de los rusos. Y miéntras el Sultan se quejaba á Francia de que los esclavos cristianos le habian robado el navío almirante, su trono marítimo, y trasladádolo á Malta, de donde necesitaba recibirlo, sino se queria que la amistad entre turcos y franceses fuera como pinturas en el agua, los rusos mandaban emisarios por todas las provincias griegas y las disponian á la insurreccion y á la guerra.

En 1860 veíase, tocábase, palpábase la descomposicion de Turquía. Los griegos comenzaban á acariciar el pomo de sus espadas; los servios, á resucitar los cánticos y los poemas de su independencia; los bajáes de Oriente y de Egipto, á romper la unidad otomana; los genízaros, á revelar su incurable indisciplina; la Administracion turca, á demostrar la incapacidad unida á la corrupcion cuando una escuadra rusa iba del Báltico al Adriático y sonaba el clarin de la insureccion y perseguia y hasta quemaba los últimos restos de la marina turca, y con ellos los títulos de la dominacion musulmana sobre las costas. A la muerte de Mustafá, Crimea y Moldavia y Valaquia entraban directa ó indirectamente en poder de Rusia; los príncipes de Georgia vendian al Gran Señor y la debida fidelidad en público mercado; el Bajá de Bagdad se declaraba en una inde-

pendencia real y en una dependencia honoraria; Egipto, entregado á los mamelucos, no podia contarse entre los dominios efectivos de la Sublime Puerta; y el Gobernador de Janina, por desahogar sus venganzas personales y satisfacer su ambicion y su orgullo, preparaba la guerra en Grecia y con ella el comienzo de la inevitable ruina y destruccion de Turquía. Así en sus tristes tratados con Catalina, despues de reconocerle y sancionarle una parte considerable de sus conquistas, le entrega la tutela sobre los rumanos y la intervencion directa en la Iglesia griega, gérmenes de futuras guerras y comienzos de inevitables desastres.

Todo el siglo décimonono, con raros intervalos, puede llamarse el siglo funestísimo de Turquía. La Rusia extiende su influencia hasta el Danubio y cubre con la sombra de sus banderas el Mar Negro. La Sérvia comienza á sentir sus aspiraciones nacionales y á recordar que ha podido un dia constituir Imperio eslavo tan fuerte y poderoso como el antiguo Imperio griego. La Albania y la Bulgaria palpitan y se estremecen bajo el peso de sus cadenas. La Grecia aparece como una resurreccion de la antigüedad en medio de las naciones atónitas. Su voz plañidera recuerda que el ingenio griego ha encendido la luz del pensamiento en la mente de los pueblos modernos, y que la libertad griega ha constituido el título primero de la supremacía del continente europeo sobre todos los continentes del planeta. La guerra de la independencia helénica apasionará á todos los sacerdotes de las ideas, y los sacerdotes de las ideas con su electricidad, con su magnetismo, con el influjo misterioso que

los espíritus ejercen sobre los hechos, removerán las pasiones de las muchedumbres como la lejana atraccion de la pálida luna remueve y levanta las mareas. Grecia podrá aparecer incapaz de dirigirse á sí misma, dividida en bandos innumerables, desgarrada por la guerra civil miéntras sostiene la guerra extranjera; pero estas mismas faltas servirán para demostrar á los pueblos cómo se extinguen la inteligencia más clara y la vida más fecunda entregadas á un despotismo funesto. Las tres naciones que más difícilmente podian llegar á entenderse sobre los problemas de Oriente, se entienden para alcanzar la libertad de Grecia: Francia, Rusia é Inglaterra. El representante más ilustre del partido *tory*, el Duque de Wellingthon, conviene con el representante más ilustre del partido liberal, con el gran orador Caning, en preparar la emancipacion de los griegos. Los Pares de Inglaterra se confunden con los revolucionarios de París en esta idea sublime. El gran Emperador de todas las Rusias la acaricia y la proclama desde su alto trono como el último carbonario de Italia en sus humildes ventas. Las armadas combinadas de las tres potencias llegan á un acto decisivo y tremendo: á quemar la flota turca en la bahía de Navarino, y por lo mismo, á perder el predominio musulman sobre la parte más considerable de Grecia. Al fin la independencia de este pueblo queda consagrada, y con su independencia abierta la herida que fluye toda la sangre del Imperio, derribado en tierra por aquellos mismos á quienes más importaba en Europa su autoridad y su predominio, por los ingleses.

Y para que nada falte á tanto desastre, viene luégo la

cuestion de Egipto. Uno de los mayores auxiliares de Turquía en su guerra con Grecia fué el Egipto. Dos hombres eminentes lo mandaban á la sazon, Mehemet-Alí y su hijo Ibrahim-Bajá. Uno y otro, en cuanto el soberano de Constantinopla les pidiera su poderoso auxilio, acudieron como vasallos humildes, y uno y otro mostraron su inteligencia altísima y su ímpetu incontrastable. El Sultan habia dado en premio á Mehemet-Alí el gobierno de Candía, cuando aspiraba al gobierno de Siria. Este Sultan era aquél Mahamud que habia logrado deshacerse de los genízaros, y al deshacerse de los genízaros, habia conseguido, si mayor fuerza para su autoridad, irreparable quebrantamiento en su influjo sobre los más apegados á las tradiciones, que suelen componer la mayoría de los pueblos en estas razas de tradicion como las razas orientales. Al verlo así quebrantado, nada más fácil que contribuir á destruirlo, sobre todo si, como Mehemet-Alí, se tiene ambicion en el pensamiento, y en la voluntad incontrastable fuerza. Previsor y avisado, propietario de todas las tierras egipcias, inteligente en los negocios económicos, hábil en las intrigas políticas, guerrero como toda la gente de su raza, organizador de ejércitos compuestos por soldados árabes y jefes turcos, promovió con arte una emigracion de fellahs, de vasallos egipcios, aguijoneados por el hambre, desde las orillas del Nilo á los valles de Siria. Cuando esta emigracion tenía ya las proporciones debidas y previstas, entabló una negociacion diplomática pidiendo al Bajá de Siria que le devolviera los fellahs de Egipto. El Bajá se negó pretestando que los vasallos de la Puerta podian

residir en unos ú otros dominios del Sultan; y Mehemet-Alí envió contra él su ejército, despues de largo tiempo apercibido á la guerra. Y en efecto, su hijo va de victoria en victoria, arrollándolo todo á su paso como el simoun de los desiertos. Victoria en Jafa; victoria sobre el Bajá de Alepo; victoria despues de haber atravesado el monte Tauro sobre los ejércitos mismos del Sultan; victorias encaminadas, no á destronar la dinastía de Osman, sacratísima para todos los orientales, sino á extender los dominios egipcios, á tomar la Siria, á fundar en Alejandría una rival de Constantinopla y en el vireinato egipcio un rival del Imperio turco á ejercer sobre éste un predominio como el ejercido en tiempos más ilustres por sus ascendientes sobre los sucesores y los enemigos de los Omniadas, sobre los Abasidas.

Lo cierto es que en trance tan grave el Imperio turco llama á sus enemigos los rusos, y estos enemigos implacables llevan sus embajadores al Divan, sus barcos al Bósforo, sus ejércitos como una guarnicion á Constantinopla, tocando de esta suerte con las manos el ideal tanto tiempo acariciado, el fruto de la política seguida en doscientos años de perseverantes esfuerzos: aprovechar las disensiones interiores de Turquía para extender sobre ella primeramente su influjo y luégo su autoridad abierta y directa. Al ver los rusos á la sombra de Santa Sofía, Europa entera cree ver realizado el sueño de Pedro el Grande y encendida una guerra universal entre las razas. Y la diplomacia se lanza, primero sin armonía ni concierto, en aquellas diferencias, y luégo más previsora y más cauta, con un plan convenido, que salva al Impe-

rio turco y le somete su afortunado rival; pero demostrando cuán dificil es el mantenimiento de una autoridad, que en vez de fuerza, poder, prestigio, muestra necesidad de interesado auxilio y de vergonzosa tutela. El Imperio turco se muere. La Moldavia y la Valaquia lo abandonan, Grecia lo vence, el Egipto lo humilla, el Montenegro lo detiene ante sus breñas infranqueables, la Albania y la Bulgaria á cada paso lo amenazan, Rusia y Austria lo protegen ó lo oprimen segun á sus intereses conviene; Francia é Inglaterra, teniendo por tradidicion su estabilidad, lo desgarran con medidas contradictorias y política cambiante; las mismas reformas exigidas por la opinion lo descomponen; la misma tutela desempeñada por Europa entera lo acaba; y el problema propuesto y no resuelto consiste en averiguar cómo ha de arreglarse su necesaria sucesion y cómo ha de repartirse su funesta herencia.

Si examinamos la historia de Turquía verémos este doble fenómeno: dominacion violenta que, ejerciendo tiranía extraordinaria, no consigue asimilarse ninguno de los pueblos cristianos y uniformarlos bajo el imperio de sus leyes y bajo el filo de sus cimitarras. Puede haber y hay renegados en Bosnia, como los hubo en España; eslavos que abrazan la religion de Mahoma por conservar sus propiedades y sus riquezas. Pero estos renegados han podido desasirse de su conciencia y no han podido despojarse ni deshacerse de su sangre. El ódio de las razas enemigas late bajo la uniformidad de las creencias religiosas. No debe por eso maravillarnos que el Rajah, el vasallo cristiano, perseguido como un perro, obligado á

tener fija siempre la vista en el suelo, sin más propiedad que la carga de su deberes y de sus prestaciones, diezmado en sus hijos á cada tres ó cuatro lustros, conserve por siglos de siglos en su servidumbre, como depósito trasmitido por las generaciones anteriores, el poema de su grandeza, el nombre de sus héroes, el recuerdo de su antigua dominacion y las generosas ilusiones de sus inextinguibles y consoladoras esperanzas. El hecho capital de Sérvia es la semi-legendaria batalla de Kossovo, como el hecho capital de España es la semi-legendaria batalla del Guadalete. Amurat representa á Tarik en esta catástrofe de Oriente con la diferencia de que Tarik es un delegado de Muza, á su vez, delegado de los Omniadas; y Amurat es el Sultan en persona, el jefe de los fuertes osmanlies, el Califa de los creyentes. Su pujanza es tal que como le aconsejen atacar á un principadillo insignificante responde con desprecio: el leon no ataca á las moscas. Lázaro, descendiente del gran fundador de la monarquía Sérvia que compitiera con el Imperio bizantino, al ver venir en tropel tantos invasores sobre su tierra, suena su cuerno de caza, parecido al cuernode Roldan, y llama á los príncipes cristianos para que sostengan la Iglesia amenazada, la luz próxima á eclipsarse por aquellos desfiladeros, hasta alcanzar tener consigo auxiliares de Bosnia la eslava, de Albania la montañosa é inexpugnable, de Valaquia la latina y de Hungría y de Polonia, en cruzada que alientan exaltadas esperanzas. El sitio de la batalla es el más importante de la Sérvia; el ejército cristiano es el mayor que se ha reunido en mucho tiempo; la desventaja del número y la desventaja

de la posicion cede en daño de nuestros enemigos; y hasta el cielo parece condenarlos enviándoles remolinos de polvo que hacen del dia noche, y torrentes de lluvia que los detienen y los ciegan. Los turcos pensaban ya en echar pié á tierra, cuando su gran Visir supersticioso como todos los fatalistas, abre el Koran y tropieza con tranquilizadora sura que le excita á empeñar batallas, aunque tenga ménos golpe de gente, contando con la virtud de la propia fe y con la manifiesta proteccion de Alá. Los cristianos á su vez no dudaban de la victoria: más numerosos, mejor colocados, unidos en comunidad de esperanzas, negábanse á un ataque nocturno por algunos propuesto, á causa de que en las sombras de la noche no podrian perseguir con acierto y alcanzar con seguridad á los numerosos fugitivos y dispersos que produciria la segurísima victoria. El siglo décimocuarto concluia, el estallido de la pólvora comenzaba á cambiar la suerte de los pueblo y las leyes de la guerra; unos cañones que llevaban los genízaros, recien traidos de Occidente, servian tan sólo para desconcertarlos con sus extrañas explosiones y su aterrador estruendo. Ya estaba empeñada la batalla en toda la línea, confundidos los ejércitos enemigos en una carnicería que regaba el suelo con torrentes de sangre y aturdia los aires con quejas y lamentos, cuando audaz noble servio, apuesto como su distinguida raza, caballero en corcel que caracoleaba entre la matanza como si jugára en las suertes de un torneo, cargado de todas armas y distinguido por sus escudos y por sus divisas, dirígese á la gran guardia del Sultan y les anuncia que, reo de traicion y dispuesto á

seguirles en la pelea y darles su gente, necesita hablar con el Jefe y Señor para comunicarle un secreto, llave de aquella guerra, y dispensador seguro de la deseada victoria. Milosch se llamaba el héroe. A una seña de Amurat, las filas enemigas se abren, los guardas musulmanes se inclinan para dejar paso al caballero, que la echa de traidor y de renegado. Milosch llega sereno, clava su vista en la faz del Sultan, tiéndese en tierra boca abajo en señal de acatamiento, y al levantarse como para departir de la prometida traicion, le hunde en el vientre su agudo puñal. A la herida, Amurat se mueve violentamente, y á la violencia de sus movimientos los guardias se arrojan sobre el patriota. Pero es tanta su fuerza y tanta su agilidad que logra desasirse de sus brazos y escaparse dando tres saltos semejantes á los saltos del ciervo perseguido. Al tercero, los gritos que le maldicen crecen tanto, y tanto se multiplican los brazos que le acosan, como si todo un ejército se volviera contra un sólo hombre. Y cae derribado en tierra y cubierto de heridas desde los piés á la cabeza, mártir sublime de su religion y de su raza. Desde entónces, desde aquel dia, en eterno recuerdo de tamaño heroismo, no pueden presentarse los extranjeros ante los sultanes sino cogidos de los brazos por dos guardias. Una mezquita señala el sitio de la inmolacion del Sultan y tres piedras, de comun acuerdo respetadas, el sitio de los tres saltos del heroe que inmoló á su enemigo y se inmoló á sí mismo por su religion, por su patria y por su raza.

La relacion de esta batalla ha pasado á los cantos populares servios, capaces de mantener y de acrecentar su

recuerdo, en tres siglos de contínua elaboracion poética, única miel bastante á endulzar un poco las amarguras de la servidumbre. En la Sérvia meridional, en la Bosnia y la Herzegovina se conservan las tradiciones orales que constituyen la Iliada eslava, producidas por un poeta impersonal y anónimo que debe llamarse la imaginacion colectiva de todo un pueblo; tradiciones orales, pareadas en versos de una gran rudeza y de un carácter primitivo; cantadas unas veces y recitadas otras al són de la guzla que el pastor cuelga de su aprisco y el jornalero lleva con su azadon y con su arado; repetidas por los ciegos y los mendigos en sus errantes excursiones, y escuchadas con la atencion debida á un cántico religioso; dispuestas como el Evangelio de la independencia para que las difundan todas las generaciones y las conserven como el aroma de sus esperanzas; dechado de originalidad á la manera de nuestro romancero, y como nuestro romancero obra del instinto nacional; dotadas de un sentimiento de juventud que se renueva como se renueva la vida, y de un candor de heroismo que se trasmite de siglo en siglo como la vocacion de todos los opresos al martirio, y de una inspiracion impersonal que las eleva verdaderamente á epopeya de una raza combatiente en cuyas venas se mantiene el hervor de la sangre, y en cuyas almas la aspiracion constante al combate y al sacrificio. Es de seguir en estos sencillos cantares el relato poético de la inmortal batalla; aquel Sultan que escribe en letras menudillas al principe Lázaro, comenzando por decirle la imposibilidad de que haya sobre una sola tierra dos señores y para un solo pueblo dos tributos,

y concluyendo por invitarle á dividir la particion de los dominios con sus sendos sables; aquel Lázaro que, al comenzar la lectura de esta carta, aunque siente su sangre hervir llamándole al combate, siente su corazon traspasado de dolor y sus ojos henchidos de lágrimas; aquel halcon que viene de Tierra Santa y trae sobre sus alas misteriosa golondrina, portadora de celeste carta al héroe cristiano, en la cual le dicen que si quiere el Imperio de la tierra acere sus armas y caiga como una tempestad sobre los turcos, y si quiere el Imperio de los ángeles cave la tierra y abra los fundamentos de un templo, y en vez de armas reparta hostias á sus soldados; aquel recuento de las tropas turcas tan parecido al recuento de las tropas carlovingias en los romances euskaros de Roncesvalles, en que los estandartes aparecen negros como los nubarrones, y las tiendas blancas como las nieves; aquel Milosch que va preguntando por el Sultan para matarlo, á pesar de decirle los suyos que no se libraria de la muerte, aunque se lanzára sobre su presa, como se lanzan el águila y el milano desde las alturas del aire; aquella cena de la noche precedente á la terrible rota, descrita con sencillez homérica y realzada por la relacion de los héroes próximos al sacrificio; aquella nefasta batalla, en fin, contada á la viuda de Lázaro en toda su triste verdad por los mismos cuervos que vuelven ahitos de la carne humana que han devorado allí donde muere Sérvia con sus aliados y con sus hijos.

La exaltacion poética llega tan alto y tan léjos, que basta en los héroes vigor de alma y de cuerpo, fuerza material y ánimo guerrero, para ser una especie de mitos

nacionales, aunque, traidores á su religion y á su raza, hayan servido en el ejército de los turcos, á la manera que ciertos aventureros españoles solian hacer allá por los duros tiempos de la Edad Média. Tal es Marko, en cuya personalidad se personifican muchos odios de los servios á los turcos y muchas nobles aspiraciones á la libertad y á la independencia. Históricamente aparece como un señor servio y cristiano, á quien competidores de su misma religion y de su misma sangre han despojado de preciadísimos dominios, por lo cual se alista en las banderas del Sultan y muere peleando contra los suyos en la conquista de Moldavia y de Valaquia. Pero poéticamente aparece como el héroe legendario de la Sérvia, que entra todos los años á caballo en la iglesia de San Jorge á celebrar, bebiendo, el dia de su patron, pues vive en una caverna donde la muerte no ha podido llegar, resuelto á descender en oportuna sazon á la defensa de los suyos, ya que los destina el hado á dar y sostener descomunales batallas. Los cantores cuentan que en edad madura vió por vez primera un fusil y lo probó en su propia mano, agujereándosela con una bala. Al ver los estragos del plomo y de la pólvora, invocó la muerte, porque desde la invencion de tales instrumentos y máquinas la vida del más valiente se encuentra á merced de la mano del más cobarde. Y Marko, que ha servido en la historia á dos sultanes enemigos de Sérvia, ha dado en la poesía el trono servio al príncipe cristiano á quien le perteneciera de derecho, aunque entre los pretendientes desairados se encontraba su propio padre, propicio á trasmitirle tan pingüe como codiciada heren-

cia. Y ha perseguido á la Vila, á la hada que se ha alzado del arroyo con su cabellera flotante sobre la espalda y la flecha de oro en las manos para herir al caballero Milosch, cantor de las hazañas cristianas. Y ha recibido del cielo, cuando la sed le ha apurado, un odre de agua vírgen, traido en las garras de extraño halcon que le preserva del sol con sus gigantescas alas. Y tiene libertad de reconvenir á los beys, porque no dan á los mendigos cristianos pan blanco y vino rojo. Y caza con los turcos y les disputa sus presas. Y cuando llega al fin de esta vida de aventuras, el hada de las montañas le manda que descabece á su caballo para preservarlo de los infieles; que rompa en mil pedazos su lanza para arrebatarla á enemigas manos; que deje los tesoros recogidos en los combates á un monje, el cual recogerá su cuerpo y lo enterrará en monasterio donde le guarden con cuidado, diciendo cuáles son sus cenizas á los cristianos, capaces de bendecirlas, y ocultándolas á los musulmanes, capaces de profanarlas. ¡Oh poder de la imaginacion popular! Marko ha sido la traicion; pero tambien ha sido la fuerza, y los pueblos oprimidos, más que á la moral han de atender á la fuerza, al único recurso, á la única esperanza de los esclavos. Marko aparece como un gigante, hábil en manejar el caballo; como un bebedor que apura azumbres tras azumbres sin embriagarse nunca; como un pendenciero que se presenta con celeridad allí donde puede pelear con fortuna; como un cazador cuya flecha alcanza las aves en el aire y las derriba en el suelo; como un guerrero que ha combatido en cien batallas y ha derramado sangre, mucha sangre; como la personificacion,

en fin, de la violencia en toda su ingenuidad, de esa violencia, única auxiliar del esclavo, decidida á apelar desde el puñal hasta el sable, desde la batalla hasta el asesinato, desde la fidelidad hasta el perjurio, cuando se trata de derribar al opresor y de redimirse y salvarse de una opresion deshonrosa.

En estos pueblos esclavos se exalta siempre con amor al que viola todas las leyes que esclavizan. Uno de los tipos más cantados por el bardo servio es el tipo de los haidousk, especie de bandidos que, por huir de la tiranía turca, huyen realmente de la sociedad humana. En tales personajes échase de ver aquella aureola de exaltada poesía puesta por Schiller en las sienes de sus bandoleros, más que criminales, enemigos de una sociedad opresora, á guisa de los caballeros andantes, que en su afan de proteger á los débiles y á los desgraciados, protegian á los galeotes y á los presidiarios, protestando contra los crímenes sociales por medio del crímen individual perpetrado en conciencia y dirigido á servir á la humanidad. Si preguntais al servio de dónde ha brotado el haidousk, os dirá que exclusivamente de la tiranía turca generadora de estas grandes desgracias nacionales. Calzados con sus sandalias griegas, cubiertos con su gorro ruso, los pantalones bombachos á la turca, el dorman á lo persa y de colores claros, armas orientales en el cinto, escopeta de cazador en la mano, rica alhaja de plata que parece un relicario al pecho, ha dejado las poblaciones por los bosques, el hogar por las cavernas, para reunir á los suyos, al aproximarse la fiesta de San Jorge, cuando los árboles se cubren de hojas y las yer-

bas de flores, y los lobos aullan en las montañas, dejándolos en cuanto se acaba el otoño y llega el invierno, si bien despues de haber jurado reunirse al volver el tiempo oportuno para desbalijar á los turcos, y cuando la necesidad apure tambien á los cristianos; porque no pueden, ni deben, ni quieren sufrir una sociedad opresora, absorbente, terrible, dividida en amos y esclavos, donde sólo pueden sentir la servidumbre y sólo en su miseria pueden perpetuar por el amor las tristes generaciones de esclavos. Naturalmente, un pueblo como el pueblo servio, que no logró jamas resignarse á la esclavitud, debió cantar un tipo como el tipo del haidoùsk, que, por huir de la esclavitud, huia tambien de la sociedad. Y la poesía popular los exaltó; y la exaltacion ha pasado como una leyenda á demostrar al pueblo, que siempre hay, ó en el abandono de la sociedad ó en el sacrificio de la vida, un refugio supremo contra la servidumbre.

A la verdad, el servio ha cantado todos los incidentes de su historia que pudieran mantener vivo y ardiente el patriotismo. Para convenceros registrad el diccionario de Vouk ó la traduccion de las poesías populares dada por Dozon. La *pema*, ó cántico relativo á los dones turcos y moscovitas, revela mucho de los repliegues más ocultos de la conciencia nacional. Allá, el Czar de Moscou, esperado por todos los servios como el Mesías armado de su raza, envia al Sultan de Constantinopla verdadero conjunto de ricos y deslumbradores dones. Preciosa mesa de oro sostenia graciosísima mezquita de oro tambien, al rededor de la cual se enroscaba gruesa serpiente que tenía en la cabeza un carbunclo capaz de alumbrar las

noches como pudiera alumbrarlas el mágico disco de la luna. A estas riquezas se unian alfanjes sembrados de pedrería para el hijo primogénito del Sultan, y para la Sultana favorita sencilla cuna de oro guarecida por las abiertas alas de un oscuro halcon. Cuando el dueño de Constantinopla recibió estos riquísimos presentes del dueño de Moscou, se encontró perplejo por ignorar cómo podria mandarle otros iguales no habiendo dinero bastante á pagarlos en su agotado tesoro. A todos cuantos iban á visitarle, ulemas, cadíes, visires, bajáes, les demandaba cómo devolveria fineza con fineza, y cómo pagaria al Czar su presente. Ninguno acertaba á darle valedero consejo. Al fin uno de aquellos dignatarios le procuró fácil salida, inspirándole que citára al Patriarca griego de Constantinopla y le pidiera sus luces. El Patriarca le dijo que enviára á Moscou la cruz de Sara Nemanitch, la corona de oro del Emperador Constantino, la túnica de San Juan y el estandarte de los servios perdido por el mártir Lázaro en los campos de Kossovo. El Sultan accedió, y los caballeros de Moscou que habian traido los presentes del Czar á Turquía, se volvieron contentísimos con los presentes enviados por el Sultan á Rusia. Al verlos partir aconsejóles el Patriarca escogieran los caminos más extraviados que pudieran tomar, á fin de huir á los peligros más graves que podian imaginarse. Y, en efecto, el Sultan relató á uno de sus primeros bajáes el número y la calidad de los presentes enviados á Rusia. — « Sultan imperial, sol resplandeciente, le preguntó el Bajá; ¿quién te ha dado el consejo de enviar tales dones? — El Patriarca de la Iglesia griega, res-

pondió el Sultan.» «—¡Ah! replicó el Bajá con calma, ¿por qué no has añadido las llaves de Constantinopla, que en dia no lejano, tras tanta debilidad, tendrás que ofrecer como el despojo necesario de tu derrota? Corre, fiel Bajá, grita el Sultan, congrega mis genízaros, y arráncale á los caballeros moscovitas esos funestos presentes.» Pero no pudo encontrarlos, y por órden del Sultan cortó la cabeza al viejo Patriarca de Constantinopla.

¿No se descubre en todos estos cánticos el espíritu nacional de Sérvia.? ¿No se ve claramente que esta porcion de la familia eslava se imagina llamada por la Providencia á ser como el núcleo de los eslavos del Sur, y á libertarlos á todos del yugo turco y del yugo austriaco que tristemente los oprime.? Cuatro siglos han pasado desde Kossovo, y en esos cuatro siglos no se ha extinguido el amor á la patria independencia. El corazon de los servios late hoy como latian los corazones de aquellos combatientes en los campos de Kossovo, que caian encomendando su alma á Dios y su venganza á sus hijos. Sérvia se cree el Piamonte eslavo. Por eso acudirá siempre á la pelea, ya le aguarde la victoria, ya le aguarde la derrota, porque ha aprendido en el ejemplo de sus hermanos opresos cómo un Novara conduce á Solferino y el sacrificio de una corona frágil forja resplandecientes y más preciadas coronas en la vívida llama del martirio. Por eso los servios no contarán para comprometerse y empeñarse en la pelea con el éxito ó con la derrota, cuando iguales resultados aguardan de la fortuna y de la desgracia. La perseverancia es en ellos la cualidad por excelencia de estos seculares empeños á que se libra el

porvenir de todo un pueblo y de toda una raza. Así era sabido de cuantos á la política se consagran, que Sérvia tomaria una de las posiciones de mayor peligro en su exaltado ódio á la dominacion musulmana, el dia de la guerra. Detras de sus estandartes, como una sombra gigantesca, descúbrese el pabellon de Rusia, enseña protectora de todos los eslavos. La idea de la consanguineidad de estos pueblos, que semejaba una idea abstracta, avivada allá en los cielos apartadísimos de la ciencia, ha descendido al corazon de los ignorantes y de los esclavos, fecundándolo como el pólen misterioso esparcido por los vientos en la inmensidad de los espacios fecunda misteriosamente las plantas. Sérvia es uno de los datos principales del problema oriental. Y su recomposicion se verifica á medida que se verifica tambien la descomposicion de Turquía.

Otro de los datos importantes en este problema de Oriente es la diminuta nacionalidad llamada el Montenegro. En la Iliria turca se eleva una especie de isla á donde ni ha llegado ni puede llegar la dominacion de Turquía. Es como un escollo al cual se agarraron los naúfragos de Kossovo en el dia nefasto en que los monasterios de Oriente tocaron á muerto por el Imperio servio, en cuya vida se extinguia una grande esperanza de la raza eslava en el mundo. Lo que fué Venecia para los italianos fugitivos y errantes á causa de las irrupciones bárbaras; lo que fué Astúrias para aquellos españoles decididos á no doblegarse á la fortuna y á la victoria de los sarracenos; lo que fueron los Alpes helvéticos á los pastores ansiosos del más preciado bien, ansiosos de

libertad, eso fué la Montaña Negra para los servios derrotados; una especie de santuario ofrecido á las rotas aras de su Dios, una especie de último refugio á la heroica alma de su raza. Aquel laberinto de montañas; aquellos desfiladeros inexpugnables; aquellos torrentes impetuosos; aquellos lagos que á cada paso cortan el camino; aquel esponjoso terreno parecido en sus abismos, en sus derrumbaderos, en sus cavernas abiertas por todas partes, en sus agujeros, en sus innumerables madrigueras, á un panal de oscura miel, ha ofrecido con las resistencias propias de la naturaleza un último supremo asilo á la libertad. Doscientos mil solamente han podido guarecerse en esos escollos combatidos de contínuo por la guerra, pero esos doscientos mil han bastado á ofrecer una esperanza á sus hermanos, como el faro incierto al navegante perdido. De esta suerte los montenegrinos cercanos á los albaneses, pueden pasar por un pueblo en armas. Su traje oriental, sus armas de todos córtes al cinto, su escopeta cazadora al lado, le dan el aspecto de un rebelde refugiado en un desierto y que aplica el oido á todos los vientos aguardando la señal de atacar ó ser atacado á todas las horas del dia. Su constitucion política se parece á su constitucion geográfica y á su constitucion social.—¿Qué es la montaña negra?—Una fortaleza.—¿Qué el pueblo montenegrino?—Una guarnicion de doscientas mil almas dispuestas siempre á un combate sin término.—¿Cuál es, cuál puede ser la organizacion de esta gente?—Una organizacion puramente militar. Necesitan entregarse en cuerpo y en alma á un jefe que los mantenga en la defensa ó los lleve á la

pelea, como necesitaban los siervos del terruño la sombra de un castillo, y en ese castillo el brazo armado de un señor pronto á la guerra. Por eso el jefe de esta colonia militar absorberá todos los poderes, personificará toda la nacion, tendrá una autoridad absoluta, someterá sus vasallos á una rígida disciplina á fin de que en aquel campamento improvisado en un dia para durar siglos de siglos le tengan los suyos por la imágen misma de la guerra, de ese mal horrible que ha de tomar precisamente en todo tiempo y en todo lugar la forma del despotismo. La historia montenegrina tiene una monotonía desesperante por repetirse siempre los mismos encuentros, las mismas luchas sanguinarias, la misma horrible carnicería, el mismo degüello de enemigos implacables, y la misma perseverancia en sustentar una libertad fiada siempre al poder de los nervudos brazos y á la suerte ciega de las armas. Una aldea presidirá á toda esta nacion. Un montañes guiará á todos estos montañeses. No tendrán un puerto, porque por el puerto podrian las escuadras atacarlos y preferirán la miseria á la derrota. No tendrán un camino, porque el camino puede abrir paso al comercio y paso á la guerra, paso á los traficantes y paso á los ejércitos. En su desgracia solamente, á su naturaleza de fieras les será dado conservar el tesoro preciosísimo de su libertad: que un hombre libre en medio de rebaños de esclavos puede ser al cabo la salud y la esperanza para todos. Su príncipe en el templo sólo ha aprendido la invocacion al Dios de las batallas; en la casa, el relato histórico de interminables guerras; en las calles y en las encrucijadas, el cantar con-

sagrado á los esfuerzos inmarcesibles y á los martirios sublimes; en el campo, los ejercicios del atleta y del gimnasta que ha de sostener diariamente un combate cuerpo á cuerpo, el trabajo de un cazador que ha de cazar hombres, el manejo de un caballo que ha de correr y áun ha de volar entre los golpes de las batallas, como las aguilas entre el relampaguear y el tronar de las tempestades. Por eso la Constitucion de 1868 misma, le considera más como el jefe de un ejército que como el jefe de un pueblo. Reducido Senado, verdadera córte de justicia, le rodea para tratar y resolver los negocios judiciales. Cada senador tiene seis mil reales de sueldo al año. No es de extrañar, pues, que exaltadísimo viajero lo haya comparado con la asamblea de pastores y de proscritos vestidos de pieles arrancadas á las fieras que Rómulo reunia en los comienzos de Roma. Una especie de desvan era su palacio, junto al cual habia cuadra comun para atar los asnos y los mulos senatoriales; largo banco de ladrillo pegado á las paredes serviales de asiento y algunas sillas de paja rodeaban la campesina chimenea, donde ardia un provido fuego; los senadores llevaban todas sus armas orientales al cinto, y sus orientales pipas al labio; si la sesion se prolongaba y venía la hora acostumbrada de la comida, asábase con cuidado un cordero sobre las brasas y se repartian sus pedazos entre los padres conscriptos que lo devoraban con muy buenas ganas y lo rociaban con copiosísimos tragos de encendido vino. Hoy los representantes de la justicia montenegrina se encuentran mejor alojados que ántes; pero no han perdido el carácter primitivo, campesino,

montañes, que tienen allí las leyes, las Constituciones, las Asambleas y los Gobiernos. Algunas veces el Príncipe se hastia de esta uniformidad é inventa instituciones como la institucion de un Ministerio responsable, inútil mediador entre el Senado y el Monarca. Pero una dolorosa experiencia le demuestra pronto cuán fútil es el empeño de quitarle al montenegrino su carácter histórico, su carácter de ágil cazador de turcos.

Á nuestra misma vista, en 1862, se han verdaderamente anticipado sucesos como los sucesos que ahora ocurren. La Herzegovina se levanta contra sus dominadores y empeña una de esas guerras de desesperacion mil veces comprometidas por el heroismo y mil veces desenlazadas por la desgracia. El Gobierno turco, que confunde siempre las simpatías morales por un pueblo hermano con la cooperacion efectiva á la guerra, invade el Montenegro con las tropas crueles y devastadoras de Omer-Bajá, las cuales van por aquellos espacios ebrias de sangre, aunque no hartas de matanza. La resistencia del Montenegro rayó en el martirio. Á cincuenta mil turcos sólo pudo oponer la tercera parte de montenegrinos. Pero estos montenegrinos tenian á su cabeza uno de los principales héroes de su raza, el guerrero Mirko, padre del Príncipe hoy reinante, y tan grande en su carácter y en su alma que habia cedido los goces del poder y no las amarguras, dejando á su hijo la autoridad para reservarse tan sólo el sacrificio. La lucha no podia tener un carácter más desigual. La derrota no podia ser más segura. Los montenegrinos peleaban por la honra y no por la victoria. Un tratado horrible vino como conse-

cuencia necesaria de esta temeridad fabulosa. Por el artículo 5.° recibia el Principado la imposicion de expulsar á Mirko. Por los demas artículos dejaba su territorio abierto á las invasiones turcas y cerrado á su propia defensa. De esta suerte agoviado el Montenegro ha debido aprovechar en 1876 la primera ocasion oportuna de tomar su desquite por las humillaciones de 1862. Y en cuanto la Servia se ha movido, tambien se ha movido el Montenegro y ha entrado en la liza con la pujanza de los héroes unida á la resignacion de los mártires. El Montenegro es otro dato importantísimo en la cuestion de Oriente.

Un pueblo extraño ha cobrado verdadera importancia política en estos conflictos, el pueblo de los búlgaros. Cuanto más se considera el problema oriental, más complicado aparece por la multitud de naciones empeñadas en su planteamiento y en su ulterior desarrollo. Entre estas naciones ninguna tan digna de estudio como la nacion búlgara. De raza mongólica, de lengua eslava, de culto griego, de orígen ruso, por la dominacion que sufren verdaderamente turcos, y por las posiciones que ocupan, los más privilegiados habitantes de Turquía, complican los conflictos orientales apareciendo como un término medio entre los resignados y los rebeldes. Habitantes de la meseta céntrica de los Balkanes puede decirse que bajo su mano tienen la espina dorsal del Imperio. Los antiguos llamaron á esta meseta la Mesia superior y la tuvieron por el núcleo central de las razas amenazadoras al imperio romano. Constantino, cuando vió la admirable posicion de Sardica, hoy

Sofía, la quiso escoger por capital de su Imperio como dominadora incontrastable desde aquellas alturas lo mismo del Bósforo que de la Grecia; lo mismo del Mar Negro que del Mar Adriático; lo mismo de los pueblos asentados á las orillas del Danubio, que de los pueblos perdidos en las crestas de las montañas y los inaccesibles defiladeros. Un gran geógrafo ha caracterizado de esta suerte la tierra de los búlgaros. «El vasto espacio cuadrangular ocupado por las vertientes montañosas del Rhemo y del Rhodopo, y limitado al Norte por el Danubio, cerca de la mitad de Turquía, es la region de los búlgaros. Aunque el nombre de Bulgaria se haya aplicado sólo á la vertiente septentrional de los Balkanes, la verdadera Bulgaria se extiende por un territorio tres veces más considerable. De las orillas del Danubio inferior á las vertientes del Pindo, todo el suelo de la Península pertenece á los búlgaros, con excepcion de los islotes y archipiélagos donde habitan turcos, valacos y griegos.»

De raza mongólica, ¿cómo han pasado por su religion y por su lengua á ser de raza aria? ¿Cómo se han eslavizado hasta el punto de que las creencias y el idioma y la historia se confunden con las creencias y el idioma y la historia de los servios? Sin duda alguna esta notable diferencia muestra tambien la notable diferencia de asimilacion que existe entre la raza eslava y la raza turca. Los búlgaros pueden llamarse hermanos de los pueblos que ocupan parte considerable de las regiones polares en el Imperio ruso. Su aparicion entre los eslavos produjo el mismo terror que la aparicion de los hun-

nos entre los latinos. Cuantos hayan leido los historiadores de las irrupciones recordarán el terror producido por aquella última retaguardia de los invasores, menudos, bajos, amarillentos, con ojos de lechuza, con cara de tortuga acribillada por heridas que sus madres les abrian al nacer á fin de que sintiesen la amargura de la sangre ántes del dulzor de la leche, caballeros en monturas extrañas como las inventadas por los soñadores del Apocalipsis, acompañados del tambor mágico que sonaba como el Sábado de las brujas, y seguidos por dioses cuyo cetro era la espada y cuyo culto exigia torrentes de sangre en humanos sacrificios. Pues algo semejante pasó entre los pueblos eslavos á la irrupcion de los pueblos búlgaros. Creyéronlos hijos de los demonios y de las brujas. Tomáronlos por abortos del infierno venidos en el siglo que anunciaba el fin próximo de la tierra en el juicio universal, á aventar las cenizas de tan espantosa catástrofe, como los ángeles exterminadores en los libros de Daniel y en los ensueños de San Juan. Y, sin embargo, la raza eslava se ha asimilado á la raza búlgara. La raza eslava ha conseguido que los búlgaros piensen como ella, hablen como ella, crean como ella, y le ha impreso su sello en la frente. Excepto la porcion que ha pasado al mahometismo, la familia búlgara ignora que por su orígen y por su sangre es pariente de los turcos, y se cree parte integrante de la raza eslava. El maravilloso imperio servio, de tanto influjo en la península de los Balkanes, se la ha llevado en pos de sí ejerciendo la atraccion que en las esferas celestes unos astros ejercen sobre otros astros de ménos magnitud. Y despues de haber sufrido la

atraccion eslava, han quedado en su mayor parte los búlgaros fieles á esta trasformacion y apegados á esta raza. De suerte que un mismo pueblo en presencia de la raza eslava y de la raza turca se deja atraer y dominar por unos hasta identificarse con ellos, y resiste completamente á los otros. Este fenómeno histórico prueba que las instituciones y las creencias semíticas en su rigidez y en su intransigencia carecen por completo de aquella flexibilidad maravillosa que tienen las instituciones y las creencias arias ó indo-europeas, y que tan aptas las hacen para la educacion progresiva y la trasformacion maravillosa del género humano en la historia. Y cuenta que, como hemos dicho ántes, el pueblo búlgaro ha quedado siendo como el término medio entre los resignados y los rebeldes. Trabajador, económico, industrial, sin esa poesía guerrera de sus hermanos , sin esa historia de Sérvia, sin sus leyendas ni sus héroes, resiste ménos al Imperio turco y se acomodaria más á una autonomía que, dándole cierta descentralizacion administrativa y cierta independencia política, le mantuviese en el gran Estado á que hoy por la fuerza misma de las cosas pertenece. Una de las nobles aspiraciones de su espíritu nacional se ha realizado por completo. Confundidos con los griegos dependian de la autoridad del Patriarca bizantino, y deseaban fundar y constituir su nacionalidad eclesiástica y su independencia religiosa. Dos poderes distintos, pero de gran fuerza, oponian resistencia invencible á esta innovacion beneficiosa; en el hogar la mujer que tomaba por herejías todas las alteraciones litúrgicas, y en el Estado la autoridad turca, temerosa de que unas reformas trajeran otras

reformas, y la satisfaccion de unas nobles aspiraciones el nacimiento de otras más levantadas y más incontrastables. Pero la perseverancia de estos pueblos orientales venció todos los obstáculos, y la familia búlgara tiene hoy su autonomía religiosa completamente establecida, y su nacionalidad eclesiástica, en definitiva, segura ya y fundada. Pero no cabia dudarlo, el presentimiento de los turcos era legítimo. Desde que tuvieron la nacionalidad religiosa, aspiraban á la nacionalidad política: que toda idea humana es una serie de ideas, y todas las humanas aspiraciones encierran en gérmen mil otras aspiraciones, como que el contraste entre el ideal y la realidad será eterno y eterno tambien el espoleador aguijon del deseo. Mas la guerra no tiene en Bulgaria la fuerza y la universalidad que tiene en la Bosnia y la Herzegovina. Y á pesar de no tener ni esta fuerza ni esta universalidad, los turcos han lanzado sobre los búlgaros sus tropas más feroces y más salvajes. Las crueldades que estas fieras del interior del Asia han cometido en los hijos del oriente de Europa, recuerdan aquellas atrocidades de la historia antigua, cuando no dejaban los conquistadores piedra sobre piedra en Jerusalen ó en Tiro; cuando incendiaban toda una comarca como si fuera la piel de una víctima destinada al sacrificio; cuando pasaban á cuchillo toda una raza; tiempos de increible crueldad y de infinitas venganzas. El corresponsal de un periódico inglés, el corresponsal del *Daly-News*, denunció estas barbaridades, y se conmovió profundamente toda Europa, y sonó una protesta en el Parlamento más adicto á Turquía, en el parlamento de Inglaterra. El di-

rector hoy de la política inglesa, el depositario de la autoridad ministerial, Mr. Disraeli, negó los relatos del corresponsal tachándolos de infundados y exageradísimos. Pero nuevas informaciones han mostrado que el gobierno inglés, ó no conocia la verdad, ó la ocultaba á sabiendas. La verdad es que la insurreccion búlgara ha sido una llamarada fugaz y la guerra turca un paseo militar. Solamente tres aldeas han resistido con algun coraje, y solamente un centenar de turcos han muerto, y todos ellos en abierto combate. Y para castigar esto los desquites y las venganzas no han tenido número. Una maestra de escuela ha sido arrestada, presa, puesta á pan y agua durante largos dias por el horrendo crímen de haber bordado una bandera. En Batok se encuentra una colina llena de huesos y de cráneos que los perros de todas las cercanías hociquean y mascan. Entre estos despojos humanos ha podido contar más de cien cráneos pertenecientes á mujeres y á niños. En el pueblo las calles se han convertido en cementerios. Los alrededores de la iglesia parecen verdaderos campos de batalla por los huesos amontonados, por los restos y los despojos aquí y allá esparcidos, diseminados; por las manchas de sangre que no ha sorbido la tierra ni borrado el aire; por el hedor que asfixia. Entre la iglesia y la escuela tropiézase á cada paso con grandes montones de cadáveres. En el cementerio no habia tierra bastante á cubrir y ocultar tanta carnicería. Los brazos, las piernas, los cráneos, salian por uno y otro lado como si ántes de darles el reposo hubieran trucidado aquellos cuerpos maltratados ya por una profanacion horrorosa. A tres mil

se eleva el número de las víctimas en una sola poblacion. Trescientos inocentes, trescientos niños con algunas mujeres han sido abrasados vivos en el incendio de una sola escuela. De nueve mil habitantes sólo quedan en Botak mil doscientos. Da horror ver á los sobrevivientes, más infelices que los muertos, buscando entre montones de piedras calcinadas los restos de sus hogares, y entre huesos mondados y dispersos los restos de sus parientes. El infame bajá que ha perpetrado todos estos crímenes, gobierna todavía en la provincia víctima de su ferocidad, y ha recibido un grado en premio á todos estos horrores. Tanta sangre forma como una nube en torno de los imperios protervos que la derraman; y de esa nube sale un dia ú otro, como el rayo de la cólera divina, el castigo de los opresores y la venganza de los opresos. La cuestion de Bulgaria se ha elevado á ser uno de los términos del problema de Oriente, como la cuestion de Bosnia, de Herzegovina, de Sérvia y del Montenegro.

Otro de los pueblos que en la cuestion de Oriente aparecen, aunque no con la pujanza de Sérvia, es el pueblo rumano, cuya historia en los últimos tiempos se ha dividido entre la dominacion turca y la dominacion rusa, y cuyo ministerio en Oriente ha de tener por necesidad una grande autoridad y una decisiva fuerza. Los rumanos han conservado mayor cohesion que ninguna otra de las familias orientales. Divididos áun hoy en várias porciones, la independiente que ha consagrado la paz de París despues de la guerra de Crimea, y las sometidas á diversas potencias, queda en su seno un prin-

cipio de unidad tan fuerte que mantiene el fondo comun de la raza á despecho de las diferencias políticas y de las fatalidades geográficas. Habrá en Rumanía restos de los antiguos faraniotas griegos que la han oprimido de comun acuerdo con los turcos; habrá sombras de los boyardos feudales, que á manera de la aristocracia polaca han herido al campesino y han estrujado el suelo, manteniendo hasta última hora la plaga horrible de la servidumbre; habrá sectarios de religiones nacidas en los desiertos de Asia, y que se han extendido por Rusia principalmente, como si la aridez de la estepa diera sed al espíritu, cual los infelices dados á mutilarse como Orígenes; habrá dos clases de judíos, los de orígen español, por todos respetados, y los de orígen eslavo ó polaco, de todos aborrecidos; habrá éstas y otras muchas familias de pueblos; pero en medio de ellas, en su fondo, queda íntegra, intacta, riéndose de los eruditos que la quieren confundir con la raza celta ó con la raza germánica, esa colonia de andaluces é italianos, latinos de sangre, latinos de lenguaje, latinos de educacion, llevados allá por Trajano, adivinando y presintiendo la necesidad que habia de oponer una resistencia al prolífico y amenazador genio del Norte, llevados allá, decia, por Trajano, y mantenidos al traves de las irrupciones, al traves de la conquista, bajo el yugo de la más abominable opresion, entre las dos invasiones de los turcos y de los rusos, para mostrar la pujanza de nuestra gente y la superioridad de nuestro espíritu. Estos pueblos alzados entre los montes Cárpathos y el Danubio, pertenecen por la geografía al Oriente, y por la educacion, por el alma,

por el carácter, por la historia, pertenecen al mundo latino, á nuestro Occidente. Cuando los encontrais en vuestro camino y se convencen de que sois frances, italiano, español sobre todo, os hablan como miembro de la misma familia, como perteneciente á la misma raza, como hijo de la misma madre, gloriándose de su orígen y de su sangre, creyéndose destinados en porvenir no lejano á ser como la levadura de la confederacion latino-helénica que ha de extenderse de un extremo á otro del Mediterráneo, y que ha de resucitar la antigua liga anfictiónica en el seno de la moderna Europa. Trajano es para ellos un Dios; Trajano, el hombre en torno del cual se condensa la vida de su nacion, como Carlo-Magno entre los franceses, y el Cid entre los españoles; y á Trajano atribuyen todas sus grandezas morales y materiales; á Trajano, todos los recuerdos de su memoria y todas las ruinas de su tierra; á Trajano, desde la palabra que se escapa á sus labios hasta la fiesta que embellece su vida; á Trajano, los grandes trabajos de la naturaleza como las hendiduras de los montes y el lecho de los rios; á Trajano desde el hogar de la familia hasta la nacionalidad de la raza. Y tienen razon, porque Trajano los ha llevado á las orillas de ese rio que ya cantaron los Argonautas, como el guardador de los vellocinos de oro contenidos en los esfuerzos de la navegacion; especie de océano interior en cuyas riberas se miran tantos pueblos diversos; destinado á unir el centro con el Oriente de Europa, y que, naciendo cerca de Suiza, en la maravillosa Selva Negra, á las puertas de Alemania, y dilatándose en setecientas leguas de vário curso hasta desem-

bocar en el Mar Negro, parece decir en los oidos de las razas opresas ó cercanas á una antigua opresion, que en confederaciones como la helvética se encuentra todo el secreto de su futura grandeza en el mundo y toda la clave de sus futuros maravillosos destinos en la historia. Este pueblo rumano se hallaba dividido en dos principados, la Moldavia y la Valaquia. Estos dos principados, producto de una mezcla de la raza latina con la raza dacia, en la cual predominó siempre el elemento latino, lucharon cuanto pudieron con los bárbaros despues de la caida del Imperio Romano, y mantuvieron su independencia constituyéndose en conjunto de dominios feudales que formaba el carácter principal de las nacionalidades durante la Edad Média. El uno, la Valaquia, se constituyó á mediados del siglo décimotercio; y el otro, la Moldavia, á principios del siglo décimocuarto. Tantos enemigos los asaltaron y tantas luchas sostuvieron, que al cabo la necesidad les obligó á pactar con Turquía, pidiéndole proteccion para su independencia, á cambio de un tributo de vasallaje. Estos pactos no bastaron á guarecerlos, y las alternativas de los tiempos y la vária suerte propia de los Imperios, unas veces los llevaron á poder de los rusos y otras veces á poder de los turcos, dándose la singularidad de que, so pretexto de gobernarlos y de protegerlos, muchas veces los oprimieran unos y otros al mismo tiempo. La Rumanía es de tal manera un pueblo independiente, que ha llegado á pactar tratados de comercio y á recibir ministros extranjeros, aunque siempre con la protesta de Turquía, que, á pesar de esto, conserva una administracion aduanera

aparte de la administracion rumana. En verdad este pueblo ofrece una ventaja sobre todos los orientales: primeramente, esa universalidad de nuestra raza que le da un carácter asimilador, propio para atraer á los demas pueblos, y despues una igual desconfianza de los turcos y de los rusos. Como ha padecido bajo las dos dominaciones, ó cuando ménos, bajo las dos influencias, ha tratado de conjurarlas á un mismo tiempo. Luégo, no sintiéndose eslavo, no participando, por tanto, de las supersticiones de esa raza, no tiene por el pueblo fuerte, por el brazo férreo de los eslavos, la adoracion de los servios. Ligado sólo por el tributo pecuniario con Turquía, y en posesion de una ámplia libertad, su impaciencia en el momento no es tan grande como la impaciencia de los otros pueblos cristianos, y en su reserva hay mucho de iniciacion para lo porvenir. Luégo siente dos antipatías poderosas contra dos enemigos fortísimos. Una de ellas, la antipatía contra los alemanes, á pesar de tener dinastía alemana, á causa sin duda del empeño que éstos muestran diariamente en germanizar la Rumanía, sobre todo, por el intermedio de los judíos del Norte. Y la otra antipatía es contra los húngaros, en lo cual se unen con los eslavos, á causa de que los húngaros retienen bajo su poder una parte considerable de Rumanía. Ademas tienen con los otros pueblos eslavos de Oriente un lazo muy fuerte, el lazo de la religion griega. El medio ambiente ha podido en ellos más que el instinto de raza. La religion de los latinos en el momento de formarse y en los dias de su más deslumbrante esplendor no podia llegar á estas regiones orientales. Y el lazo religioso,

aunque aflojado por la autonomía de las diversas Iglesias nacionales, áun tiene bastante fuerza para constituir una especie de federacion espiritual entre estas diversas nacionalidades que son los datos capitales del problema de Oriente.

Mas el pueblo que ha abierto á todos estos pueblos el camino de la libertad, el pueblo que los ha iniciado en la vida del derecho, ha sido ese pueblo griego cuya fecunda inteligencia no se agota jamas y cuyo porvenir tiene celajes tan bellos como su pasado. Maravillosos en verdad siempre los griegos. Dominaciones várias los han oprimido desde la dominacion romana hasta la dominacion oriental; aquel bizantinismo capaz de corromper los pueblos más fuertes y viciarlos para siempre, ha penetrado en la médula de sus huesos bandas de aventureros varios se han creido en las luchas de la Edad Media llamadas á su dominacion y se han ornado varios reyes con el vano título de Duques de Aténas; el turco ha venido por fin y ha esterilizado con su despotismo desde el suelo hasta el espíritu; se ha cebado la miseria en sus familias la sequía en sus campos, la despoblacion ha llamado el desierto á sitios ántes consagrados por las inspiraciones del genio y por los resplandores del arte; la tierra entera, desnuda de su primitiva vegetacion, apénas produce con que mantener á sus hijos, obligados todos los años á largas emigraciones doblemente tristes para quienes han nacido bajo la sonrisa de aquel cielo, entre las reverberaciones de aquella luz, á la sombra de aquellos montes de mármol besados por las ondas de aquel mar de eternas armonías; todo se ha conjurado para per-

der á Grecia desde los elementos implacables hasta la implacable política; y sin embargo, la inteligencia brota en su seno con tanta espontaneidad, la idea se apodera de la inteligencia con tanta viveza, la hermosura reviste á la idea de formas tan escultóricas y tan correctas, que, hoy mismo, en su precaria independencia, en su mal gobierno, en su pésima administracion, sin haber respondido en la ciencia de gobernarse á las esperanzas inspiradas por su pujanza en la guerra, asombran y maravillan por el conjunto de cualidades contradictorias como las aptitudes artísticas y científicas unidas á las aptitudes guerreras y mercantiles en tan alto grado que parece vivir todavía en Grecia el alma deslumbradora de sus antiguos genios. Bien es verdad que no puede verse uno de aquellos sitios, no puede mentarse una de aquellas porciones del planeta sin que el alma se conmueva y se crea llamada á producir con su ejemplo y su recuerdo algo extraordinario que toque en la inmortalidad. Por sus cimas denominadas con vocablos que todavía seducen y halagan nuestros oidos, arden como un fuego eterno las ideas; por sus mares, que esculpen la tierra con cortes tan graciosos y la esmaltan con franjas tan celestes, todavía viven los dioses. No hay alma, por vulgar, que no haya aspirado á ascender al Parnaso, á oir los ruiseñores de Colonna, á ceñirse los laureles del Pindo, á beber en las fuentes de Hipocrene y de Castalia, á descansar á la sombra de los árboles de Delfos, á repetir el coro de las islas griegas, á visitar la cuna de la inteligencia europea, á recorrer los sitios donde ha nacido Homero, donde ha hablado Demóstenes, donde ha pen-

sado Platon, donde ha esculpido Fidias, donde han peleado Milíciades y Temístocles, donde ha muerto Leónidas. Todos tenemos una parte del alma de Grecia en nuestra alma y todos imaginamos haber encendido la luz de nuestra vida en su divina luz. La resurreccion nacional de Grecia se debe al prestigio de sus recuerdos y al resplandor de su historia. Todos los hombres eminentes de Europa se empeñaron á una en que Grecia habia de ser; y Grecia fué, aunque arrancando su libertad á la Santa Alianza. Verdaderamente merecia ser por su esfuerzo y por su heroismo. Jamas pueblo alguno ha combatido con pujanza tan grande como ese pueblo móvil, artista, inspirado, á quien los fuertes incapaces de comprenderlo ni de imitarlo, llamarian el lado femenino de la historia humana. Su epopeya heróica tuvo tres momentos sublimes: la guerra en las montañas, la guerra en las ciudades, la guerra en los mares. La antigüedad no ha ofrecido jamas heroismo semejante al heroismo de los kleftas. En cada uno de aquellos montañeses del Epiro renacian los trescientos espartanos que sucumbieron por los desfiladeros de las Termópilas. El heroico Photos supo comunicar su heroismo á las mujeres que combatian á manera de las fabulosas amazonas, y se mataban ántes que caer en manos de los turcos. El monje Samuel, con su crucifijo en la mano, hacía saltar la última fortaleza en que se anidaba su esperanza para morir sobre las humeantes ruinas. Dos mil combatientes pelearon tres años seguidos con el feroz Alí-Bajá y detuvieron á sus plantas ejércitos numerosísimos, contra los cuales sólo tenian muchas veces las piedras de sus montañas. Su-

cumbieron, porque aquella guerra á la luz del raciocinio frio parecia una demencia; pero enseñaron á los suyos que no habia muerto toda entera la Grecia, y que áun quedaba quien supiese morir en aras de su libertad y de su independencia, sentidas, adoradas, exaltadas por unos cuantos náufragos que escaparon en las montañas á la total ruina de su patria. No es mucho que su ejemplo despertára á Grecia y sus imitadores descendieran á la llanura y á las costas superándolos en heroismo, cómo los superó Botzaris, aquel epirota nacido para convertir en realidad la poesía del heroismo; el defensor de Arta y de Missolonghi; el mártir sublime que no pudiendo ganar la última de sus batallas sino por el sacrificio de la vida, fué vivo á los monasterios y se arrodilló al pié de los monjes á pedirles que rogáran por su alma, y en seguida corrió á la pelea para acabar con un ejército, acabando con su jefe; accion sublime, para la cual se necesitaba aceptar con la resignacion de un mártir el sacrificio de la vida, que él aceptó y consumó, recibiendo la muerte y alabando al cielo por permitirle gloria tan grande y envidiable como el morir por la Grecia. Estas heroicidades de los montañeses y de los ciudadanos fueron coronadas con heroicidades increibles tambien de los marinos, dignos descendientes de aquellos que habian sembrado con bellísimas colonias todas las costas del Mediterráneo, y que habian traido al seno inmóvil de la vida antigua todo el movimiento y toda la actividad del comercio. El marino griego es uno de los más originales tipos que tiene la nacion: inteligente como los atenienses, sobrio como los espartanos, valero-

sísimo como los epirotas, de genio mercantil como los corintios, reune á todas estas cualidades un espíritu de asociacion y de disciplina difíciles de obtener y de conservar en el seno de una raza cuyo individualismo le ha llevado muchas veces á la anarquía y cuya anarquía á la conquista extranjera. Todas estas cualidades desplegaron los griegos en la guerra por la independencia, y todas estas cualidades le valieron victorias ilustradas por las hazañas de Mioulis, como las guerras de los montes fueron ilustradas por las hazañas de Photos, y las guerras de las ciudades por las hazañas de Botzaris. Grecia despues de veinticinco siglos de decadencia, mostraba en pleno siglo décimonono al mundo que no habia perdido el secreto de su grandeza, su histórico heroismo.

Pero ¡ah! que en gobernarse á sí mismo no ha mostrado las aptitudes maravillosas que en la guerra, como si la virtud propia de los combates fuera incompatible con esas otras virtudes más modestas, pero más necesarias de la vida civil, y sin las cuales apénas se concibe el ejercicio de la libertad. Las querellas interiores estallaron, aquellas querellas semejantes á las guerras del Peloponeso. Las rivalidades entre las ciudades se exacerbaron, aquellas rivalidades que en otro tiempo trajeron y justificaron la intervencion funesta de los macedonios, destinados á enterrar la Grecia del arte y de la libertad en los campos de Queronea. Las provincias unidas en comunidad de sentimientos contra los turcos, se dividieron y apartaron como si no fueran hermanas en el dia de la independencia. Los habitantes de Rumelia y los habitantes del Peloponeso vinieron á las manos, co-

mo si debieran llamarse turcos los unos respecto á los otros segun sus comunes odios y venganzas. Los capitanes que más habian servido á la patria, invocaban estos servicios para escalar el poder ó disputarlo con saña. En Nauplia, el feroz Grivaz lanzaba sus cañones contra su enemigo personal Stator, que ocupaba un islote fortificado á la entrada del puerto. Los piratas infestaban los mares y los bandidos la tierra. El jóven griego se iba arrojado por las exacciones del fisco, maldiciendo de su gobierno, aunque sin maldecir de su patria. A todo esto se unia que la victoria de Grecia no fué completa, ni su independencia total. Los manejos de la diplomacia, los congresos de los reyes impidieron la autonomía necesaria y la privaron de la totalidad y de la integridad de su territorio. Cuando todos sus antecedentes y toda su historia la llamaban á constituirse en república, le dieron una monarquía extranjera, completamente ajena á su temperamento y completamente contraria á sus instintos. Cuando el más vulgar sentido aconsejaba conservar la integridad y la totalidad de aquel territorio, se rasgó en dos porciones. El Pindo y el Olimpo, la montaña de las musas y la montaña de los dioses, pertenecen á los turcos. La Thesalia, tan griega, ha conservado la marca infamante de la Media luna. Las largas costas del Mar Egeo pertenecen ¡ay! en su mayor parte, á los eternos enemigos de sus gentes. La isla de Candía, que misteriosamente une Grecia con el Egipto se estremece cada vez que piensa en su servidumbre y reclama la confraternidad con sus hermanas las islas griegas y la comunion espiritual con sus ideas. Grecia es como Rumania, una de

las porciones del territorio oriental que más se apartan de la atraccion de los rusos. Las creencias comunes en religion no importan cuando el griego, algo escéptico de suyo, como el italiano, siente en todos sus afectos y en todas sus ideas una superioridad verdaderamente incalculable sobre los rusos. No se cree Grecia el planeta que gira en torno de otro sol, ni el satélite que gira en torno de otro planeta; créese, por lo contrario, el centro que ha de traer una parte de los territorios próximos á desprenderse de Turquía, una parte de las familias sometidas al Imperio turco, á ese hogar del espíritu, á ese templo del derecho, á ese nido de la inspiracion, á ese taller inmenso donde un cincel prodigioso, al par que desbastaba las estátuas, erigia sobre un pedestal inmenso la augusta personalidad del hombre, principio iniciador de todas las libertades en toda la sucesion de los siglos. Grecia es, pues, otro de los datos capitales y otro de los capitales elementos en el complicadísimo problema de las cuestiones orientales.

Hemos examinado en todo el conjunto de este trabajo dos ideas de igual importancia: la descomposicion del Imperio turco y la multitud de pueblos que quieren erigirse ó completarse sobre sus despojos. Hemos visto que los capitales hoy son: 1.° La Bosnia. 2.° La Herzegovina. 3.° La Sérvia. 4.° El Montenegro. 5.° La Bulgaria. 6.° La Rumania. 7.° La Grecia. La idea de raza es la idea que se desprende como un substratum necesario de todas las combinaciones orientales. Dígase lo que se quiera, así como territorios diversos, enemigos durante mucho tiempo, han concluido por formar al cabo una

sola nacion que participa de ideas y de sentimientos comunes, naciones diversas separadas por guerras contínuas concluyen concibiendo por la voz de la sangre, por la afinidad de la religion y de la lengua, que componen una misma raza y que tienen, con ideas idénticas, idénticos intereses. Durante muchos siglos, las guerras feudales, los municipios independientes, las batallas de calle á calle y de casa á casa, sirvieron, á pesar del cáos que engendraban, para sembrar la idea de la individualidad en la moderna Europa. Despues que el régimen feudal decayó y que iniciaron una nueva vida las monarquías triunfantes, en aquel combate titánico de los reyes con los nobles, aparentemente íbamos á la constitucion de las monarquías y en realidad á la constitucion de las nacionalidades. Hoy en el combate de las clases medias y de las clases populares con las monarquías, hemos aprendido un principio salvador, á saber, que las naciones se pertenecen á sí mismas. Y aprendido este principio, vamos derechamente desde la constitucion libre de las nacionalidades ya unidas á la espontánea confederacion de las razas ya formadas. Este principio late en todos los hechos de la historia contemporánea y se desprende, como un vapor vital, de la agitacion y del movimiento de todas las ideas. El Oriente, la tierra de la luz, no puede resolver sus complicados problemas políticos sino apelando á esta clave, á la confederacion de los pueblos en razas, y á la confederacion de las razas entre sí. Fuera de esta solucion, creedlo, no habrá paz en Oriente, y por consecuencia, no habrá tampoco reposo alguno en Europa.

Desde luégo la raza turca queda completamente aislada en medio de las otras razas. El mismo bosniaco que ha abjurado el cristianismo y ha seguido las creencias y las prácticas musulmanas; el mismo búlgaro que se ha hecho mahometano; el mismo griego apóstata que ha sabido durante tres siglos trasmitir la ficcion de su fe en Mahoma á tantas generaciones y que ha vuelto á los altares cristianos en cuanto ha obtenido la libertad religiosa, no pueden transigir con el turco á cuyo nombre unen por costumbre y por instinto siempre el calificativo de perro, de asesino ó de ladron. Y en efecto, no pidais al turco las cualidades del semita, de esa misteriosísima raza que ha traido la idea de Dios á la vida y que ha elevado el sentimiento de la música y el culto de la poesia lírica á las alturas de una religion verdadera. Ni el misticismo del semita, ni su elegancia, ni su caballerosidad, ni su hermosura, ni su distincion aristocrática encontraréis en el turco, especie de mongol ingerto en la raza caucásica. Son valerosos los turcos, pero tambien brutalmente sensuales. Son sufridos, pero de una complexion grosera, en la cual difícilmente penetrará jamas un afecto ó un sentimiento elevado. Sus desordenados apetitos se confunden con los apetitos de las fieras, y el instinto domina en ellos mucho más que la inteligencia. Estos apetitos los llevan á la conquista, como llevan los suyos al tigre á la carnicería. Así jamas sentirán piedad alguna por los vencidos, ni más ni ménos que los chacales. El sentimiento de la guerra encuentra su complemento necesario en la tendencia á fundar la esclavitud.

Todos los pueblos guerreros pretenderán reducir á

siervos los enemigos que no hayan podido exterminar completamente. Guerra y opresion, enemigo y esclavo son palabras sinónimas para los turcos. Despues de Dios está su sable; despues de la adoracion del Koran, la adoracion de la fuerza; ó mejor dicho, la religion y el alfanje, Dios y la fuerza se confunden completamente con sus creencias. Destituidos de toda aficion al trabajo no conocen más cosecha que la cosecha del combate. Por eso necesitan siempre tener á su lado una raza opresa que los sirva y que los mantenga. La nocion de la igualdad no ha podido entrar jamas en su mente, y como no ha podido entrar la nocion de la igualdad, no ha podido entrar tampoco aquella que la perfecciona y completa, la nocion de la justicia. Mirad su cabeza cuadrada; su cuello musculoso como la cerviz de un toro; sus anchas espaldas destinadas á soportar grandes pesos; sus brazos largos y nervudos como apercibiéndoles á la rapiña; sus piés y sus piernas resistentes como para indicar la necesidad de la vida nómada; sus ojos sin expresion alguna; todo su grosero sér, y echaréis de ver cuánto se acercan á las esferas inferiores de la animalidad y al brutal instinto esos dueños de Constantinopla, esos soberanos de las regiones donde brotó la libertad y la inteligencia del género humano en su más admirable esplendor. No les busqueis, pues, idealidad alguna. La espada los ha ingertado al Koran como un árbol se ingerta de otro árbol, y han permanecido en el Koran por costumbre: que, faltos de ideal, no pueden oponerle cosa alguna superior á la impurísima realidad. En cuanto se trata de combatir, de conquistar, del incendio, de la matanza, del exter-

minio, miradlos qué fuertes y qué avasalladores; pero al tratarse de la política, su tolerancia es indiferencia, y colocados junto á un pueblo y sobre un pueblo erigidos por la fortuna ó por la victoria, ni pueden asimilárselo ni pueden someterlo: que uno y otro resultado se deberán siempre á la virtud del genio y á la iluminacion de las grandes inspiraciones. Ninguna de sus conquistas se parecerá jamas á las conquistas de Alejandro. Al contrario, nacidas de la fuerza, sólo podrán mantenerse por la fuerza. Todas sus pasiones son instintos. El amor en ellos es un apetito que necesita la variedad para mantenerse, en vez de la adoracion á un solo sér sentida por todos los pueblos verdaderamente cultos y arraigada allá en las interioridades donde el amor puede encontrar la eternidad, en las interioridades del alma. Su casa es el serrallo, sus hijos los hijos del ciego apetito educados por diversas madres rivales entre sí y llamadas á infundir con sus tristezas entre hermanos una rivalidad inextinguible y fecunda solamente en vicios y en crímenes. En los tiempos antiguos la indiferencia que los ha llevado á la tolerancia les dió cierta supremacía sobre tantas naciones intolerantes como pululaban por toda Europa. Pero en los tiempos modernos, hoy que la igualdad entre las religiones se ha abierto paso al traves de todos los obstáculos y ha entrado en el derecho comun europeo, los turcos padecen de una incompatibilidad completa con la civilizacion europea.

La primera raza que encuentran enfrente los turcos es aquella raza griega en la cual se une el genio del Oriente con el genio del Occidente, y que parece por sus

rasgos fisiológicos y por sus aptitudes intelectuales la primera entre las razas de Europa. La pureza de su cielo, el intercolumnio de sus montañas maravillosas, los córtes teatrales de sus costas, el color de sus mares, la hermosura de sus valles, parecen haber demandado que el hombre y la mujer fueran allí como un prodigio de belleza, como dioses de aquel templo, y en tan perfecta forma reunieran las cualidades más opuestas, la índole poética, la vocacion musical, el sentimiento del color y de la línea, la armonía artística con el valor heroico, con el desprecio de la vida, y tanto arte y tanto heroismo con el perspicaz ingenio político y la aptitud para el cálculo y el comercio; como si el heleno reunicra los dos extremos de la humanidad en su mayor potencia. Es el griego sobrio, como todos esos pueblos mediterráneos que parecen alimentados del aire y de la luz; es flexible y móvil como sus ondas, al par que fuerte y resistente como sus montñaas; combate la insanidad de los climas más pestilentes, al par que combate la corrupcion de las servidumbres más largas: su ingenio artístico y su aptitud para la forma no dañan en nada á la profundidad de su pensamiento científico; y cierto escepticismo ingenioso como cierta falta de sentido moral, serviránle para llegar á convertirse, arrastrándose, en señor de todos sus señores. Mucho le ha hecho degenerar la desgracia, pero todavía en la servidumbre y en la adversidad ha conservado el carácter y el genio que fueron su grandeza y que le prometen una verdadera regeneracion.

La raza eslava es la raza más cercana á los antiguos arios, y su lengua con la lengua griega la más parecida

al sanscrito. Ellos pretenden que son la raza sintética por excelencia de la historia moderna. Esa personalidad libre del sajon que le da el jurado y el *habeas corpus*, se une al genio universal de los latinos. El mal del comunismo, que consiste en destruir la variedad de la vida, no muerde en ellos, que saben conservar su independencia en comunidades donde hasta el gobierno y hasta la propiedad tienen un carácter colectivo. Ha sido, segun sus apologistas, la primera de todas las familias europeas en comprender este parentesco estrecho entre los pueblos, que constituye la idea fundamental de las razas, lo cual no ha obstado para que tuviera el amor al municipio, el amor exaltado á la patria local. Su *mir*, ó ayuntamiento, parece un monasterio en el cual todos los bienes son comunes y todos los directores de la comunidad provienen ó de la eleccion ó de la suerte. En sus eufónicas lenguas que tienen, como el griego, sobre un fondo sanscrito complicados ornamentos europeos, son sinónimos el nombre de noble y el nombre de labrador, apoteósis instintiva del trabajo agrícola desconocida en otros pueblos de más antigua cultura. A pesar de que pretenden los eslavos la unidad fisiológica y la unidad espiritual, diferéncianse mucho las razas del Norte, contaminadas de sangre mongólica y tártara como los rusos, y las razas del Mediodía, avivadas por la calorosísima sangre helénica, como los servios y los montenegrinos. Todos ellos tienen cierta prominencia en los pómulos, cierta platitud en la cara, ciertas dimensiones en la nariz de suyo remengada, que acusan un tipo bien distinto del tipo meridional ó griego, cuyas diferencias se extreman con sólo

notar la construccion huesosa de uno y otro y su diversa fuerza muscular de una solidez y de un vigor superiores en los eslavos. El pecho, que parece una fragua, los pulmones de tanta fuerza, las gargantas de tanto alcance, las espaldas fornidas, los hombros anchísimos, los puños férreos, denotan que los ha forjado naturaleza para resistir á las inclemencias de una ágria naturaleza y á los combates de enemigos elementos. Y con toda esta fuerza externa reune dulzura femenina, paciencia monástica, un lenguaje melódico que halaga como el cántico, una ternura que parece incompatible con el vigor, una efusion de alma que le obliga á llamar á sus iguales hermanos, y á sus superiores padres y abuelos, como si todo un pueblo fuera su hogar y todos sus conciudadanos su familia. Le han llamado al eslavo algunos escritores árabe rubio. Es como el árabe, caballero y jinete; como el árabe, cantor de melodías sujetivas y melancólicas; como el árabe, capaz del mayor esfuerzo y de la mayor indolencia; como el árabe, dado á los ensueños de la poesía y á las efusiones de la religion; como el árabe, privado de ese gran sentimiento de la línea y del color que ha hecho de los pueblos heleno-latinos, los pueblos por excelencia artistas y plásticos de la humana historia. En su mente han producido los desiertos de hielo el mismo efecto que en los semitas el desierto de aureas arenas, teniendo la misma prodigiosa fecundidad para las ideas religiosas. El temperamento místico ha sido completado por el temperamento músico de tal suerte, que en ningun pueblo se cultivan las voces con tanto esmero ni se conciertan los coros con tanta ciencia. Dos

cualidades políticas tiene el eslavo que le distinguen y le enaltecen completamente. Una de ellas, la resistencia á la absorcion; otra de ellas, el instinto de igualdad. Ignoro si ha sido por su tarda aparicion en la historia moderna, ó si ha sido por sus condiciones de servidumbre: el amor á la independencia más parece un sentimiento de raza que un sentimiento de nacionalidad, y el amor á las ideas igualitarias frisa con el socialismo. Estas dos ideas llevan al eslavo donde llevaron á los pueblos feudales las necesidades de la Edad Media: á constituir autoridades fortísimas que respondan por la unidad de personificacion á la unidad del espíritu, como la unidad del espíritu á la unidad de la idea. Así es que hasta ahora, por sus tendencias generales, no son los eslavos una amenaza para la libertad; lo son, y grande, por sus compromisos históricos. Bien es verdad que el mayor medio de probar las aptitudes de la raza, la libertad, no ha podido ejercerse en los eslavos. Una parte de ellos, los polacos, opresos están por rusos, prusianos y austriacos; otra parte de ellos, los fuertes bohemios, han perdido su nacionalidad bajo el cetro de Austria; los croatas y los rutenos forcejean por no confundirse con los húngaros; y los bosniacos, los herzegovinos, los búlgaros, los servios, los montenegrinos, luchan constantemente por salvarse del yugo de Turquía, miéntras que los más numerosos y los más fuertes de todos, los moscovitas, yacen por completo humillados bajo el látigo de la autocracia de Petersburgo y bajo el peso de la burocrocia de Alemania. La gran division de los pueblos eslavos se caracteriza de esta manera: eslavos del Norte y eslavos del Me-

diodía, separados unos de otros por la raza de los húngaros. Pero los eslavos del Mediodía son verdaderamente los que en sí tienen la mayor participacion de hecho y de derecho en los problemas orientales.

Ademas de las razas helénicas y de las razas eslavas hay en Oriente las razas latinas, cuyo principal representante es el pueblo rumano, asentado en los antiguos principados de Valaquia y de Moldavia. A estos valacos, á estos moldavos, á los rumanos en fin, les sucede lo inverso que á los búlgaros. Miéntras éstos, á pesar de su inmediato orígen y de su carácter profundamente asiático, se han convertido á la raza eslava, esencialmente aria, los rumanos, á pesar de tantas influencias orientales, han conservado su carácter latino, su espíritu de raza, esta aptitud para las generalizaciones, esta tendencia á la unidad, ese amor al arte, ese espíritu revolucionario, esas inclinaciones á la constitucion de Estados uniformes, ese genio democrático que caracteriza y distingue á los pueblos latinos entre todos los pueblos de la tierra, y hacen de su raza la raza por excelencia privilegiada de la historia.

Hé aquí, pues, la solucion verdadera de los problemas orientales. Estas tres razas de los pueblos cristianos de Oriente, los griegos, los eslavos, los rumanos, deben constituir cada uno dentro de sí fuerte nacionalidad; y estas nacionalidades deben constituir una fuerte confederacion que las eleve sobre las ruinas del Imperio turco y las preserve de dos terribles amenazas: la amenaza del Imperio germánico y la amenaza del Imperio ruso. No hay que dudarlo. Los rusos tienden á oprimir

á los greco-eslavos y á los rumanos, miéntras los alemanes tienden por todos los medios á germanizarlos. Y una confederacion entre ellos puede salvarlos y puede establecerlos sólidamente en Europa. Esta confederacion estrecha de razas diversas existe hoy en pueblo que parece llamado á ser como una gran escuela de la humanidad, el puebló helvético. Existen allá en los Alpes suizos cantones de sangre y de lengua latinas, como el canton de Vand y el canton de Ginebra; existen cantones de sangre y de raza germánica, la mayoría de los cantones; existen mixtos de una y otra sangre, como el canton de Friburgo; existen románicos, como el canton de los Grisones; y puramente italianos, como el hermoso canton que avecina á los deslumbradores lagos del Norte de Italia. Y por el mecanismo de la confederacion, todos estos cantones conservan dentro de sí, en su derecho particular, toda su autonomía, y entre sí constituyen una de las nacionalidades más fuertes y más unidas que pueden existir en Europa. Y lo mismo le sucederia á los latinos de Rumania, á los helénos de Grecia, á los eslavos de Sérvia, á los semi-eslavos de Bulgaria. Y todos ellos podrian conservar su respectiva independencia, y componer una de las federaciones más brillantes y más capaces de encerrar en sí una parte considerable del espíritu humano y ornar con verdadero ornamento nuestro planeta.

No olvidemos que el espacio ocupado por esas familias de pueblos es uno de los espacios más importantes de nuestro planeta. Cuando la historia europea está de tal suerte en sus albores que todavía no se distinguen

bien los lineamientos de los hechos, como en dulce crepúsculo no se distinguen ni se dibujan bien los objetos, por ahí, por esas montañas de la Iliria, vienen los pueblos del Norte á mezclar su sangre con los pueblos autóctonos de Occidente; cuando el gran conquistador macedon comenzó por pacificar á sus vecinos ántes de someter los pueblos lejanos, en esa Iliria ejercitó sus aptitudes bélicas: por Iliria los romanos subyugaron á Grecia, por Iliria, por Dacia, por Mesia, por Pannonia pudo el Gran Trajano alzar el fuerte muro contra cuyas piedras debian estrellarse las irrupciones bárbaras, incontrastables, como un océano salido de su lecho, en cuanto superaron y vencieron aquella gran resistencia; desde las crestas de sus montañas la cólera de Alarico y la espada de Atila se extendian como una nube de fuego sobre todo el Imperio romano; en sus valles se dilataron los eslavos y compusieron bajo la direccion de Douchan, el Alejandro de su raza, un imperio que pudo rivalizar en la Edad Media con el Imperio bizantino; en su alto trono pensó un dia elevar Constantino la sede del Oriente; y desde los tártaros hasta los magyares, desde los cruzados hasta los turcos, todos cuantos han ido y todos cuantos han venido de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente han pasado por esa Vía Sacra de las razas, por esa cuenca de las irrupciones, por esa zona de los humanos destinos. Y á Europa conviene, y conviene al mundo, que territorios de tal manera privilegiados se encuentren por necesidad en poder de pueblos que, léjos de aprovecharlos para amenazar con grandes conquistas, los aprovechen para servir en una confederacion pacífi-

ca, abierta á las relaciones internacionales, próvida y beneficiosa, apta para la industria y para el comercio, á las nobles causas de la libertad y del trabajo.

El Estado turco debe desaparecer de Europa, mas debe quedar el pueblo turco. Esas proscripciones de razas enteras pudieron imaginarse en la antigüedad, cuando no vivia la idea del derecho; pero no en nuestro tiempo, cuando la idea del derecho se aviva cada vez más en la conciencia. Nuestra tolerancia religiosa puede resolver este problema como no hubiera podido resolverlo ningun otro siglo. No se necesita proceder con los turcos como procedió Tito con los judíos, ni Felipe III con los moriscos; no se necesita desarraigarlos de sus tierras, de sus viviendas, de sus mezquitas; hay que quitarles tan sólo el Estado, á causa de que su predominio en el Estado se opone al derecho de todos, porque jamas llegarán á comprender ni á concebir la idea capitalísima de nuestro siglo, la idea de la igualdad religiosa. Pero el arrancarles el gobierno, el Estado, el poder, no quiere decir que les arranquemos su facultad á vivir en paz y en libertad entre nosotros. Al derecho todos los hombres tienen derecho; al poder sólo tienen derecho los hombres que saben respetar el derecho de los demas. Y los turcos no saben ni pueden respetar el derecho de los demas. Su religion se lo impide si no se lo impidieran su complexion y su temperamento de tiranos y de conquistadores. Constantinopla, esa cabeza de los Balkanes, la más admirable de las tres grandes penínsulas mediterráneas, por su rio mayor que los demas rios de Europa, el Danubio, por sus abrigados puertos, por sus costas del Mar Ne-

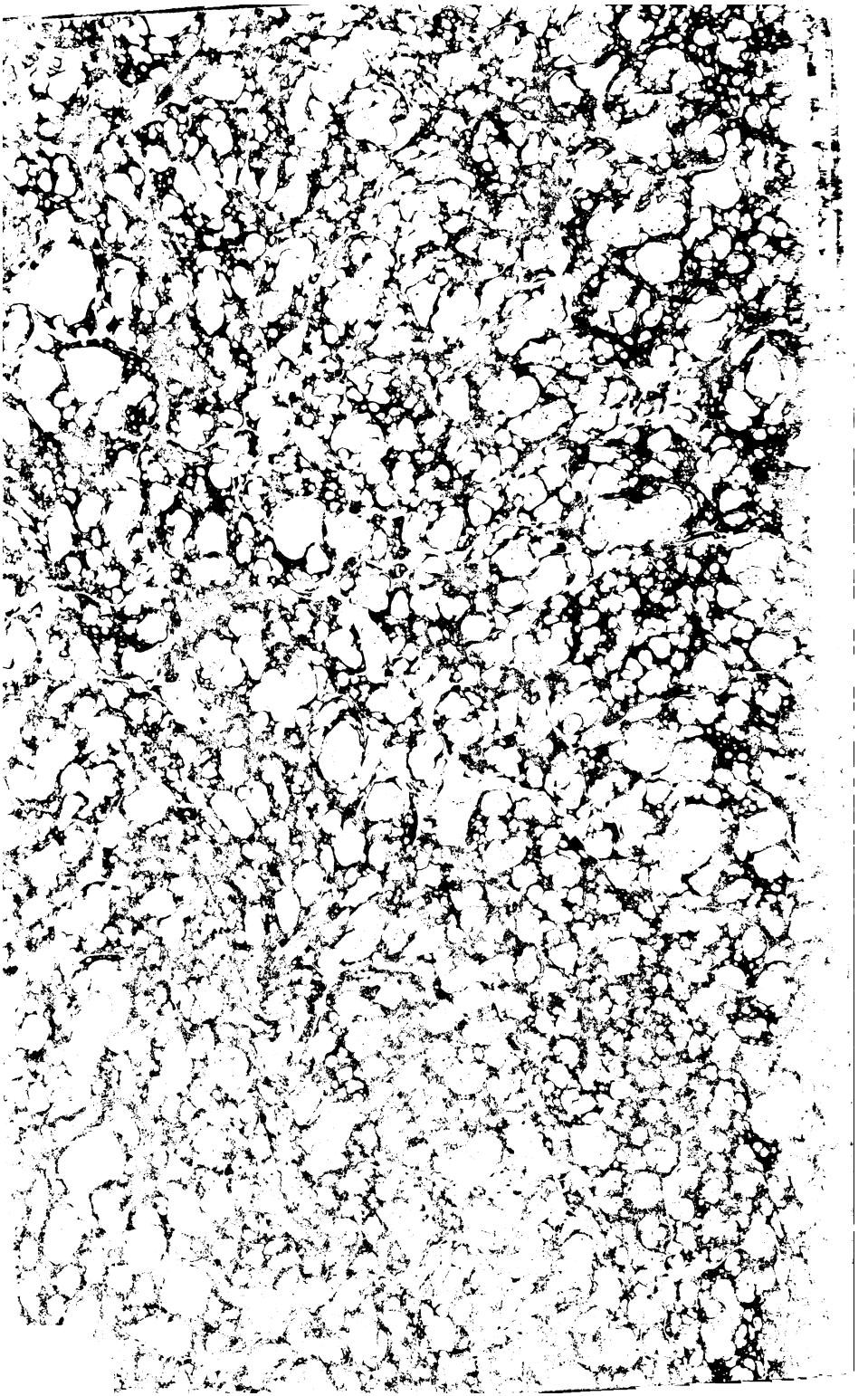
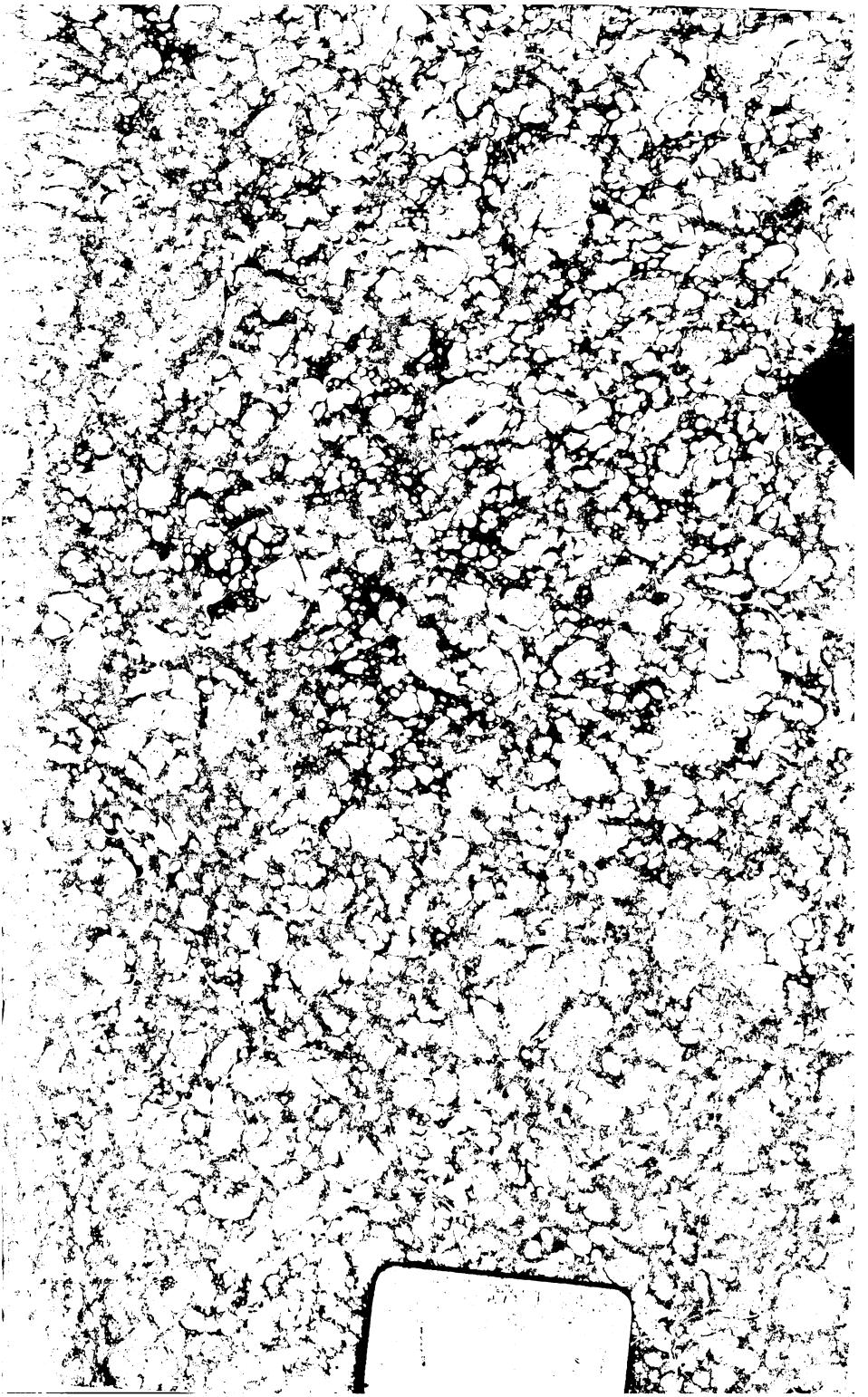
gro y sus costas del Mar Egeo, por sus archipiélagos maravillosos que parecen coros de nereidas, por su posicion entre el Asia y Europa; Constantinopla con sus jardines, con sus cien templos, con sus bazares y sus mercados, con su babilónica poblacion donde todas las razas se confunden y se oyen todas las lenguas, debe ser la capital del mundo, y como capital del mundo, una ciudad anseática, municipal, libre, sin aduanas y sin reyes, garantida por todas las potencias, administrada por todas las razas; isla de paz, serena en medio de las competencias guerreras, que vuelva á servir como de interseccion á los continentes, de foco luminoso al humano espíritu, ella, que con sólo sacudir su corona de diosa, al caer en el siglo décimoquinto y enviarnos el último suspiro de su alma, avivó el Renacimiento y produjo una de las edades más bellas de la humanidad y una de las páginas más brillantes de la historia.

Yo bien sé cuál es el inconveniente á esta teoría; el inconveniente mayor se encuentra en la actual constitucion del Imperio austriaco; y yo sé tambien cuál es á esta teoría el peligro; ¡ah! el peligro es la ambicion moscovita. Una parte considerable de los pueblos eslavos se halla sometida á los húngaros, y entre dominadores y dominados reina terrible animosidad histórica. Los eslavos se quejan de que Hungría procede con ellos como Austria procedió en tiempo de Meternich con Hungría, y se consideran respectivamente tan desgraciados como sus hermanos sometidos á los turcos. Y á su vez los húngaros dicen que los eslavos son en toda la tierra los sargentos de Rusia; que en 1848 ellos se constituyeron en

los esbirros y los soldados del emperador Nicolás ayudándole á enterrar la heroica Hungría empeñada en la demanda de su independencia. Hay realmente quejas fundadas de una y otro parte. Los eslavos tienen razon en decir que los húngaros les oprimen por extremo desconociendo sus derechos á la autonomía, y los húngaros tienen razon en decir que los eslavos, contando demasiado con el auxilio moscovita, sirven á las desapoderadas ambiciones de Rusia. Y hé aquí el peligro mayor encerrado en la cuestion de Oriente, hé aquí el peligro capaz de dar aún vital aliento á Turquía: la ambicion moscovita. ¡Qué sería de nosotros si un imperio inmenso poseyera el Báltico y el Bósforo, el Volga y el Danubio, las inmensas estepas moscovitas y la península de los Balkanes, los eslavos del Norte y los eslavos del Mediodía, el Mar de hielo y el Mar de Aténas y de Venecia: la libertad, la variedad, la civilizacion de la Europa entera desaparecerian bajo la inmensa pesadumbre de este Imperio asiático, cual desaparecieron las artes y las libertades de la Grecia antigua bajo el yugo de Macedonia. Si detras de los eslavos aparece Rusia, Europa sostendrá á Turquía. Pero si los pueblos eslavos tienden la mano á sus hermanos de infortunio, á los griegos, á los ilirios, á los rumanos, y se reconcilian con los húngaros, disolverán á un tiempo dos imperios que han sido igualmente opresores, el Imperio austriaco y el Imperio turco, inaugurando una época de paz y de libertad en toda Europa.

FIN.

ÍNDICE.

La Bosnia y la Herzegowina. 5
El Pueblo servio y su independencia. 27
El Imperio turco y sus abusos. 41
Un tipo oriental relacionado con las costumbres orientales. 51
Política interior de Rusia y estado de sus conquistas en Asia. 63
El Istmo de Suez en sus relaciones con la cuestion de Oriente. 81
Temores de guerra europea y mediacion del Austria . . . 95
El principio del fin 107
Latinos y germanos enfrente de los eslavos. 121
La religion cristiana en Oriente. 147
Una religion decadente. 177
La guerra y sus incidentes. 199
Las grandes soluciones. 269

FIN DEL ÍNDICE.